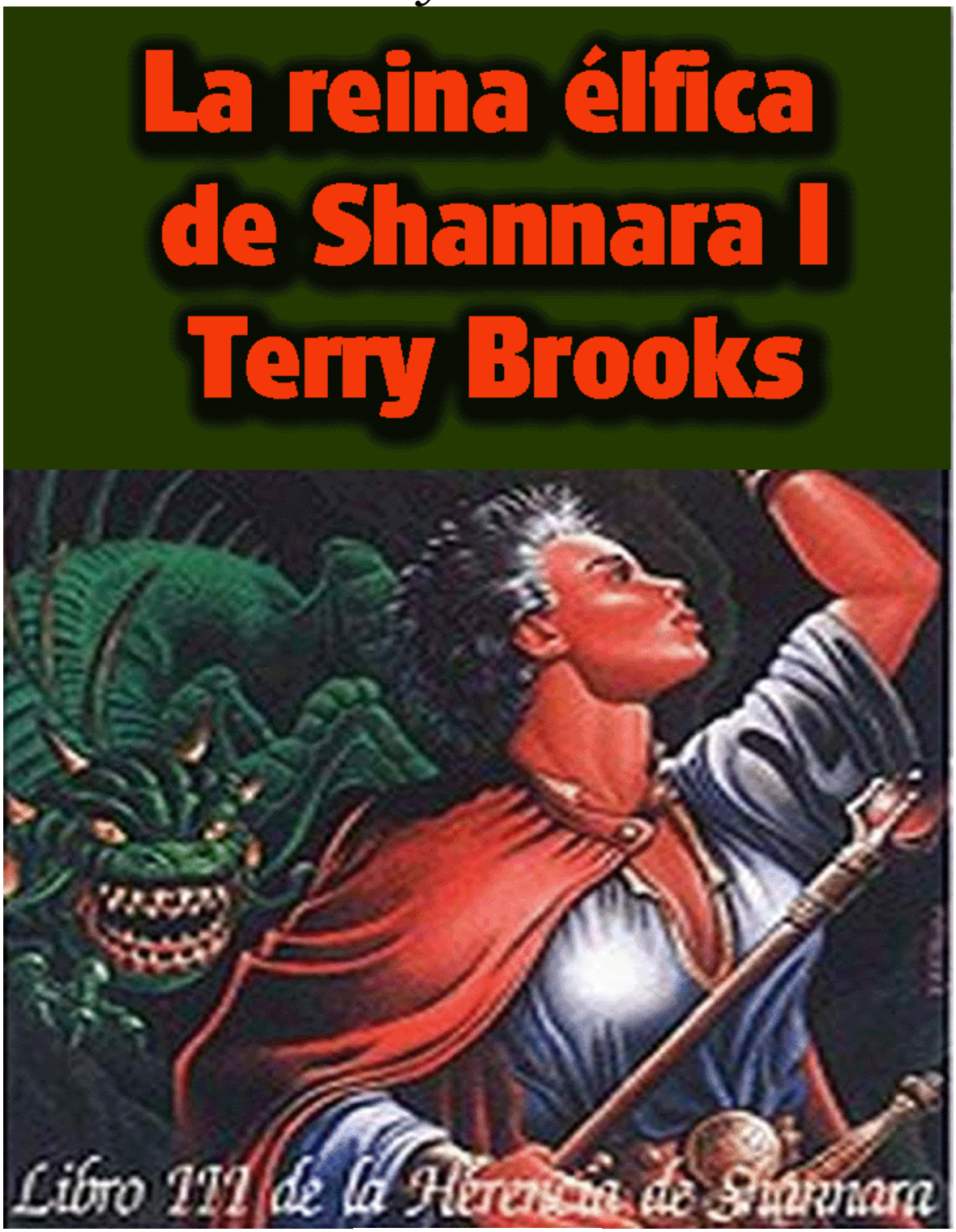
La reina élfica de Shannara I

Terry Brooks



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Diane,
con nostalgia

1

Fuego.

Crepitaba en las lámparas de aceite que colgaban, lejanas y solitarias, en las ventanas y las puertas de entrada a los hogares de sus moradores. Chispeaba y siseaba lamiendo las antorchas embreadas que iluminaban los cruces de caminos y las puertas. Resplandecía entre las ramas frondosas de los robles y nogales, donde los faroles bordeaban los senderos. Débiles puntos y fragmentos de luz titilante, las llamas eran como diminutas e indefensas criaturas a las que la noche amenazara con sorprender y aniquilar.

Como nosotros, pensó ella.

Como los elfos.

Levantó su mirada sobre los edificios y murallas de la ciudad para fijarse en el lugar donde humeaba el Killeshan.

Fuego.

Despedía un rojo resplandor por las dentadas fauces del volcán, el fulgor de su corazón derretido reflejado en las nubes de ceniza volcánica que formaban tenebrosos bancos a través del cielo vacío. El Killeshan se erguía sobre sus cabezas, inmenso y huraño, un fenómeno de la naturaleza al que ninguna magia élfica podría afectar. Hacía semanas que se producían grandes explosiones en sus entrañas, muestra evidente de su descontento, de su determinación, de una presión acumulada que podría exigir libertad.

Ahora, la lava se filtraba y abría paso entre las grietas y fisuras de su corteza, y fluía hasta las aguas del océano formando sinuosas cintas que arrasaban a su paso la selva y las criaturas que en ella vivían. Sin embargo, en cualquier momento, este pequeño desahogo resultaría insuficiente, y el Killeshan eructaría un fuego mortífero que los consumiría a todos, pensó.

Si es que aún quedaba alguien.

Estaba de pie en los Jardines de la Vida, donde crecía Ellcrys. El viejo árbol se levantaba hacia el cielo como si intentara atravesar la bruma grisácea para respirar el aire más puro de las capas más altas de la atmósfera. Sus ramas plateadas brillaban débilmente a la luz de los faroles y las antorchas, y sus hojas escarlatas reflejaban el siniestro resplandor del volcán. Pinceladas de fuego danzaban formando figuras extrañas a través de las hendiduras del árbol como si pretendieran mostrar algo. Contempló abstraída las imágenes que aparecían y se desvanecían, un espejo de sus propios pensamientos, y sintió una profunda tristeza que amenazó con dominarla.

¿Qué puedo hacer?, pensó, desesperada. *¿Qué otras alternativas me quedan?*

Ninguna, lo sabía. Ninguna, excepto esperar.

Ella era Ellenroh Elessedil, reina de los elfos, y sólo podía esperar.

Agarró con fuerza el báculo Ruhk, miró al cielo e hizo una mueca de disgusto. Aquella noche no había estrellas ni Luna. Pocas se habían visto en las últimas semanas, sólo una bruma cenicienta, densa e insondable, un sudario a la espera de descender, de cubrir sus cuerpos, de abrazarlos y envolverlos para siempre.

Permanecía rígida mientras la brisa caliente soplaba sobre ella, agitando el delicado lino de sus ropas. Era alta, de cuerpo anguloso y miembros largos. Los prominentes huesos de su cara conformaban unas facciones singulares, reconocibles al instante. Sus pómulos eran altos, su frente amplia y sus mandíbulas afiladas y suaves bajo una boca grande y fina. Su piel se tensaba contra el rostro, dándole un aspecto hierático. Una rubia cabellera caía sobre sus hombros en tupidos e indóciles rizos. Sus ojos, de un extraño e intenso azul, daban la impresión de estar viendo cosas que a los demás les pasaban desapercibidas.

Aunque ya había sobrepasado los cincuenta años, parecía mucho más joven. Cuando sonreía, lo cual hacía con mucha frecuencia, provocaba sonrisas espontáneas en quienes la acompañaban.

Ahora, sin embargo, su expresión era sombría. Ya era muy tarde, la medianoche había quedado muy atrás, y su fatiga actuaba como una cadena que le impidiera marcharse. Como no podía conciliar el sueño, había decidido salir a pasear por los jardines para escuchar los sonidos de la noche, para estar a solas con sus pensamientos e intentar conseguir un poco de paz. Pero la paz era huidiza, sus pensamientos pequeños demonios que la atormentaban, mofándose de ella, y la noche una inmensa y hambrienta nube negra que esperaba pacientemente el momento en que al fin se extinguiera la frágil chispa de sus vidas.

Fuego, una vez más. Fuego para dar vida y fuego para quitarla. La imagen susurraba insidiosamente en su mente.

Se volvió con brusquedad y empezó a pasear por los jardines. Cort la siguió; una figura invisible y silenciosa. Si se hubiese preocupado de buscarlo, no lo habría encontrado. Era un joven bajo y robusto, dotado de una agilidad y fuerza increíbles, miembro de la Guardia Especial, que tenían encomendada la misión de proteger a los gobernantes élficos, de defenderlos con sus armas, de sacrificar sus vidas para preservar las de ellos. Cort era su sombra, y si éste no estaba, Dal se ocupaba de protegerla. Uno u otro estaban siempre muy cerca, velando por su seguridad. Mientras recorría el sendero, sus pensamientos se sucedieron con rapidez. Sentía la aspereza del terreno a través de las delgadas suelas de sus chinelas. Arborlon, la ciudad de los elfos, su hogar, arrancada de la Tierras Occidentales hacía más de cien años para asentarla allí... en aquel...

No pudo acabar el pensamiento. Le faltaron las palabras para completarlo.

La magia élfica, invocada de nuevo desde la época del mundo fantástico, protegía a la ciudad, pero estaba empezando a debilitarse. Las fragancias de las flores del jardín estaban dominadas por ácidos olores de los gases del Killeshan donde éstos habían traspasado la barrera exterior de la Quilla. Los pájaros nocturnos cantaban en los árboles, pero, incluso allí, sus cantos eran socavados por los sonidos guturales de los seres oscuros que se ocultaban más allá de las murallas de la ciudad, en las selvas y los pantanos, que merodeaban junto a la Quilla, en actitud de espera.

Los monstruos.

El sendero que seguía Ellenroh terminaba en el extremo norte de los jardines, sobre un promontorio que dominaba su hogar. Las ventanas del palacio estaban oscuras; todos sus habitantes dormían, excepto ella. Detrás yacía la ciudad, grupos de viviendas y comercios replegados tras la barrera protectora de la Quilla como temerosos animales acurrucados en sus guaridas. Nada se movía, como si el miedo impidiera cualquier movimiento, como si el movimiento pudiera descubrirlos. La reina de los elfos hizo un gesto de tristeza. Arborlon era una isla rodeada de enemigos. Al este se encontraba el Killeshan, levantando sobre la ciudad su gigantesca y dentada montaña formada por una roca de lava, formada por erupciones de siglos. El volcán, dormido hasta hacía sólo veinte años, ahora estaba despierto y ansioso. Al norte y al sur crecía la jungla, espesa e impenetrable, extendiendo su maraña verde hasta las costas del océano. Al oeste, bajo las laderas donde se asentaba Arborlon, estaba el Rowen, y más allá el muro de la Cornisa Negra. Nada de eso pertenecía a los elfos. En otra época, antes de la llegada del hombre, eran los dueños de todo el mundo. En otra época, ningún lugar les estaba vedado. Incluso en tiempos del druida Allanon, sólo trescientos años antes, todas las Tierras Occidentales eran suyas. Ahora, sin embargo, se hallaban recluidos en aquel pequeño espacio, acosados por los cuatro puntos cardinales, apresados tras la muralla de su declinante magia. Todos aquellos que habían conseguido sobrevivir estaban atrapados.

Miró hacia la oscuridad que se extendía más allá de la Quilla, imaginando lo que allí esperaba. Durante un breve instante pensó en lo irónico de la situación... Los elfos habían sido víctimas de su propia magia, de su propia inteligencia, de sus planes erróneos y de unos temores a los que nunca debían haber prestado atención. ¿Cómo habían podido ser tan estúpidos?

Lejos y más abajo de donde se encontraba, cerca del final de la Quilla, en el lugar donde se asentaba la lava endurecida de algún antiguo flujo, refulgió una repentina ráfaga de luz, un corto chorro de fuego seguido de una rápida y brillante explosión y de un alarido. Se oyeron algunos gritos, y luego volvió a reinar el silencio. Se había producido otro intento de escalar las murallas y otra muerte. Eso ocurría todas las noches desde que las criaturas habían aumentado su osadía y la magia continuaba debilitándose.

Se volvió para contemplar las ramas de la copa de Ellcrys que se elevaban sobre los otros árboles del jardín como un dosel de vida. El árbol había protegido a los elfos de las más terribles amenazas durante muchas generaciones. Había renovado y restaurado. Había dado paz, Pero no podía protegerlos contra la amenaza que ahora se cernía sobre ellos.

No podía protegerlos contra sí mismos.

Apretó el báculo Ruhk como desafío y sintió que la magia surgía en su interior, cálida en la palma de la mano y los dedos. El báculo era grueso, nudoso y pulido. Había sido cortado de un nogal negro e impregnado con la magia de su pueblo. Fijada a su punta estaba la Loden, brillo blanco en la oscuridad de la noche. Podía verse reflejada en sus facetas. Podía sentirse en comunicación con su interior. El báculo Ruhk había fortalecido a los gobernantes de Arborlon durante más de un siglo.

Pero tampoco el báculo podía proteger a los elfos.

–¿Cort? –llamó en voz baja.

El guardia especial se acercó a ella.

–Quédate conmigo un rato.

Contemplaron en silencio la ciudad. La reina se sentía sola. Sobre su pueblo pesaba una seria amenaza de extinción. Debía hacer algo para impedirlo. Cualquier cosa. ¿Qué ocurriría si los sueños fueran engañosos? ¿Qué sucedería si las visiones de Eowen Cerise carecieran de fundamento? Eso no había sucedido nunca, desde luego, pero había tanto en juego... Su boca se crispó de ira. Debía creer. Era necesario que creyera. Las visiones podrían convertirse en realidad. La muchacha aparecería ante ellos como estaba anunciado, sangre de su sangre. La muchacha aparecería.

Pero ¿sería suficiente?

Rechazó la pregunta. No podía permitirse la duda. No podía abrir la puerta a la desesperación.

Dio media vuelta y regresó deprisa al sendero que conducía a la parte baja de los jardines. Cort siguió a su lado un momento más y luego se fundió con las sombras. Ella no lo vio alejarse. Estaba pensando en el futuro, en las predicciones de Eowen y en el destino de los elfos. Estaba decidida a que su pueblo consiguiera sobrevivir. Esperaría a la muchacha tanto tiempo como fuera posible, tanto tiempo como la magia pudiera contener a sus enemigos. Rogaría para que las visiones de Eowen fuesen ciertas.

Ella era Ellenroh Elessedil, reina de los elfos, y haría lo que debía.

Fuego.

También quemaba por dentro.

Enfundada en la armadura de sus convicciones, salió de los Jardines de la Vida en las lentas horas de la madrugada para retirarse a descansar a sus habitaciones.

2

Wren Ohmsford, acuciada por el cansancio y la fatiga, dio un prolongado bostezo. Estaba sentada en un risco desde donde se dominaba la Linde Azul, con la espalda apoyada en el tronco liso de un viejo sauce. A sus pies se extendía el océano, un destellante caleidoscopio multicolor en el horizonte, donde la puesta de Sol rayaba las aguas con trazos rojos, dorados y purpúreos, y las nubes bajas formaban extrañas figuras en el cielo ya oscuro. El crepúsculo empezaba a ocupar su lugar apaciblemente, manifestándose en el gris creciente de la luz, en el susurro de la brisa vespertina sobre el agua y en la calma descendente. Los grillos iniciaban sus cantos y los destellos de las luciérnagas se hacían visibles.

Wren dobló las rodillas contra el pecho, esforzándose en permanecer erguida cuando lo que en realidad deseaba era tenderse. Llevaba casi dos días sin dormir, y la fatiga empezaba a dejar sentir sus efectos. Bajo las ramas del sauce, el lugar era sombreado y fresco, y le hubiera sido fácil dejarse vencer, deslizarse hacia el suelo, taparse con la capa y permitir que el sueño la invadiera. Sus ojos se cerraron en contra de su voluntad sólo con pensar en ello, pero los abrió al instante. Hasta que no regresara Garth, debía permanecer alerta.

Se levantó y fue hasta el borde del risco, sintiendo en su rostro el suave frescor de la brisa y dejando que los olores del mar embargaran sus sentidos. Las grullas y las gaviotas planeaban y se lanzaban en picado sobre las aguas, gráciles y lánguidas mientras volaban. Lejos, demasiado lejos para ser visto con claridad, algún pez grande saltaba del agua produciendo altas salpicaduras y se sumergía después. Dejó que su mirada vagara a lo largo de la costa. Desde el lugar donde se encontraba hasta donde alcanzaba la vista, el litoral se extendía en una ininterrumpida sucesión de abruptas y boscosas escarpaduras, respaldadas por las áridas montañas Espolón de Roca al norte, y las Irrybis al sur, yermas y coronadas de blanco. Una serie de playas rocosas separaban las escarpaduras del agua, llenas de maderos, conchas y algas.

Más allá de las playas sólo se lograba vislumbrar la vacía inmensidad de la Linde Azul. Había llegado al final del mundo conocido, pensó con disgusto, y aún seguía buscando a los elfos.

Un búho ululó en los densos bosques situados a su espalda, obligándola a darse la vuelta. Escrutó la penumbra, intentado detectar algún indicio de movimiento o alteración, pero no descubrió ninguno. No había señales de Garth, que debía de seguir rastreando.

Regresó sin prisa a las frías cenizas de la fogata en que habían cocinado al mediodía, y las esparció con la bota. Garth no era partidario de encender verdaderas hogueras mientras no estuviera seguro de que no corrían ningún peligro. Había estado nervioso y suspicaz durante todo el día, inquieto por algo que ninguno de ellos podía ver, con la sensación de que algo no iba bien. Wren se inclinaba a atribuir su desasosiego a la falta de descanso, pero debía reconocer que los presentimientos de Garth rara vez carecían de fundamento. Cuando estaba intranquilo, era mejor no preguntarle.

Wren ansiaba su regreso.

Había una laguna entre los árboles que crecían tras el risco. Se dirigió hacia ella, se arrodilló y se mojó la cara. Al contacto de sus manos con el agua, la superficie de la laguna se onduló y aclaró, y pudo ver su imagen reflejada en ella, primero distorsionada pero pocos segundos después era tan clara como si estuviera ante un espejo. La observó con atención. Correspondía a una muchacha apenas adulta, de facciones inequívocamente élficas, con las orejas en punta y las cejas oblicuas, el rostro alargado y con pómulos

prominentes, y la tez del color de las nueces. Vio unos ojos castaños e inquietos, una media sonrisa que parecía provocada por algún chiste no compartido, y una corta cabellera rizada de un rubio ceniciento. Había tensión en ella, pensó, una tirantez de la que no lograba liberarse a pesar de lo mucho que se esforzaba para conseguirlo.

Se balanceó hacia atrás sobre los talones y esbozó una irónica sonrisa, concluyendo que su imagen le gustaba lo suficiente para seguir viviendo con ella un poco más.

Cruzó las manos sobre el regazo y bajó la cabeza. ¿Cuánto tiempo hacía que buscaba a los elfos? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que el anciano que afirmaba que era Cogline había ido en su búsqueda para hablarle de los sueños? Muchas semanas. Pero ¿cuántas? Había perdido la cuenta. El anciano sabía que había tenido esos sueños, y la retó a que descubriera la verdad que encerraban. Ella había aceptado su desafío: había ido al Cuerno del Infierno, en el Valle de Pizarra, para encontrarse con el espíritu de Allanon. ¿Por qué no iba a hacerlo? Quizá consiguiera tener noticias de su lugar de origen, de los padres que nunca conoció o de la historia de sus antepasados.

Era extraño. Hasta el momento en que se presentó el anciano, no había sentido la más mínima curiosidad por su ascendencia. Se había convencido a sí misma de que eso carecía de importancia. Pero algo de la forma en que el anciano le habló, en las palabras que utilizó, había hecho que cambiara de opinión.

Levantó la mano para tocar la bolsa de cuero que colgaba de su cuello en un gesto casi inconsciente, sintiendo el duro contorno de las piedras pintadas, de las falsas piedras élficas; su único vínculo con el pasado. ¿De dónde procedían? ¿Por qué se las habían dado?

Rasgos élficos, relación con los Ohmsford y corazón y habilidades de bohemia... Eso era todo lo que tenía. Pero ¿de dónde le llegaba?

En realidad, ¿quién era ella?

No consiguió averiguar nada en el Cuerno del Infierno. Allanon cumplió su promesa y acudió a la cita, intimidante y misterioso incluso en la muerte. No le habló de sus orígenes, pero le encomendó una misión... A cada vástago de la casa de Shannara, como él los llamaba, le encomendó una. A Par, Walker y ella. Pero la misión que le había correspondido... Bien. Hizo un gesto de resignación al recordarlo. Tenía que buscar a los elfos y, cuando los encontrara, convencerlos de que debían regresar al mundo de los hombres. Los elfos, a quienes nadie había visto desde hacía más de cien años, cuya existencia era negada, y que ya formaban parte de la leyenda o eran considerados personajes de los cuentos infantiles... Y ella tenía que encontrarlos.

Al principio se negó a aceptar la misión, asustada por sus posibles implicaciones, reacia a tomar parte, o arriesgarse, en algo que no comprendía ni le incumbía. Se separó de los otros y regresó con Garth, de nuevo su único compañero, a las Tierras Occidentales, pensando en reanudar su vida de bohemia. No le preocupaban los Espectros. Los problemas que pudieran tener las razas no eran de su incumbencia. Pero la misión encomendada por el druida seguía viva en ella, y emprendió la búsqueda casi sin darse cuenta. Empezó haciendo unas cuantas preguntas aquí y allá. ¿Había oído alguien hablar de los elfos? ¿Los había visto? ¿Sabía dónde podían encontrarse? Al principio formulaba esas preguntas con desgana, casi con indiferencia, pero con el paso del tiempo su curiosidad aumentó, y se hicieron apremiantes.

¿Qué ocurriría si Allanon tenía razón? ¿Qué ocurriría si los elfos seguían viviendo en algún lugar? ¿Qué ocurriría si sólo ellos poseían lo necesario para superar la plaga de los Espectros?

Pero todas las respuestas que había recibido habían sido negativas. Nadie sabía nada de los elfos. A nadie le preocupaba lo más mínimo su existencia.

Entonces alguien había empezado a perseguirlos, alguien o algo, su sombra como

acabaron llamándolo, un ser lo bastante inteligente para seguir su rastro a pesar de las precauciones que tomaban, y lo bastante sigiloso para no ser sorprendido. Dos veces intentaron caer sobre él, pero fallaron. En varias ocasiones dieron un rodeo para quedar a sus espaldas, y fracasaron. Nunca habían conseguido verlo, ni siquiera vislumbrar su presencia. No tenían ni idea de quién o qué era.

Seguía tras sus pasos cuando entraron en el Silvestrum y descendieron al Recinto de Grimpen. Allí, dos noches antes, habían encontrado a la Víbora. Un bohemio les había hablado de la anciana, una vidente que tenía fama de conocer muchos secretos y que podía saber algo sobre los elfos. La encontraron en el sótano de una taberna, apresada y encadenada por un grupo de individuos que querían hacer dinero explotando sus dotes. Wren se las ingenió para que los secuestradores le permitieran hablar con ella. La anciana era un ser mucho más peligroso y astuto de lo que sospechaban sus raptores.

Aquel encuentro seguía vivo en la mente de Wren y cuando lo recordaba, un fuerte estremecimiento recorría todo su cuerpo.

La anciana era una cáscara seca, y su cara un laberinto de surcos y arrugas. Las greñas blancas caían sobre sus frágiles hombros. Wren se acercó y se arrodilló a su lado. La anciana levantó la cabeza, mostrando unos ojos lechosos y fijos. Era ciega.

–¿Eres la vidente a quien llaman la Víbora, vieja madre? –preguntó con voz suave.

–¿Quién desea saberlo? –preguntó la anciana en voz baja, parpadeando–. Dime tu nombre.

–Soy Wren Ohmsford.

La anciana extendió las manos para tocarle la cara, explorando sus líneas y depresiones, rozando su piel con la aspereza de las hojas secas. Las manos se retiraron.

–Eres una elfina.

–Tengo sangre élfica.

–¡Una elfina! –La voz de la mujer era bronca e insistente, un siseo que cortaba el silencio de la bodega. El arrugado rostro se inclinó hacia un lado, como si meditara–. Soy la Víbora. ¿Qué quieres de mí?

–Estoy buscando a los elfos de las Tierra Occidentales –respondió Wren, meciéndose suavemente sobre los talones de las botas–. Hace una semana, me dijeron que tal vez tú supieras dónde podría encontrarlos... si es que todavía existen.

–¡Oh, existen, desde luego, existen! –dijo la Víbora, esbozando una sonrisa–. Pero no se muestran a todo el mundo... no se dejan ver de nadie desde hace muchos años. ¿Es muy importante para ti verlos, elfina? ¿Los buscas porque necesitas a los de tu raza? –Los lechosos ojos de la anciana miraron el rostro de Wren sin verlo–. No, tú no. ¿Por qué, entonces?

–Porque me han encomendado una misión... una misión que he decidido aceptar –respondió Wren, eligiendo las palabras.

–¿Una misión? –Las arrugas y pliegues de la cara de la anciana se hicieron más profundos–. Acércate a mí, elfina.

Wren dudó, y luego se inclinó hacia delante con cautela. Las manos de la Víbora se alzaron de nuevo, y sus dedos la exploraron detenidamente. Pasaron una vez más sobre la cara de Wren, sobre su cuello y su cuerpo. Cuando tocaron la parte delantera de la blusa, retrocedieron como si se hubieran quemado.

–¡Magia! –exclamó la anciana, jadeando.

–¿Qué magia? ¿Qué estás diciendo? –preguntó Wren estremeciéndose y agarrando impulsivamente las muñecas de la anciana.

Pero la Víbora no respondió. Apretó los labios y bajó la cabeza hasta que la barbilla chocó contra su pecho. Wren la mantuvo agarrada un instante más, y enseguida la soltó.

–Elfina –dijo la anciana en voz baja–, ¿quién te envía en busca de los elfos de la

Tierras Occidentales?

–El espíritu de Allanon –respondió Wren, respirando profundamente para controlar su miedo.

–¡Allanon! –exclamó la anciana, levantando bruscamente la cabeza. Pronunció el nombre como si fuera una maldición–. Una misión de druidas, ¿verdad? Muy bien. Escúchame, pues. Ve al sur a través del Silvestrum, cruza las montañas Irrybis y sigue la costa de la Linde Azul. Cuando llegues a las cuevas de los Rucs, enciende una hoguera y mantenla ardiendo tres días y tres noches. Aparecerá alguien que podrá ayudarte. ¿Me has comprendido?

–Sí –respondió Wren, preguntándose al mismo tiempo si en realidad, lo comprendía.

–Cuidado, elfina –le advirtió la anciana, levantando un brazo tan delgado como un palillo–. Veo peligro ante ti, tiempos difíciles, y traición y maldad inimaginables. Mis visiones están en mi cabeza, verdades que me espantan con su locura. Escúchame. Sigue tu propio criterio, muchacha. ¡No confíes en nadie!

¡No confíes en nadie!

Entonces, Wren se despidió de la anciana, exhortada por ésta a marcharse, aunque la joven se había ofrecido a quedarse y ayudarle. Después volvió a reunirse con Garth, y los malhechores intentaron asesinarles porque lo habían planeado desde el principio. Fracasaron en su intento y pagaron muy cara su estupidez... quizá con su vida, si la Víbora ya se había cansado de ellos.

Tras huir del Recinto de Grimpen, Wren y Garth se dirigieron al sur, siguiendo las instrucciones de la vieja vidente, empeñados en la búsqueda de los desaparecidos elfos. Viajaron durante dos días sin detenerse para dormir, deseando alejarse del Recinto de Grimpen lo más posible y también para librarse de su «sombra». Aquel día, Wren llegó a pensar que lo habían conseguido, Garth no estaba tan seguro. Seguía mostrándose tan inquieto como siempre, y cuando se detuvieron al anochecer, acosados por el cansancio y la falta de sueño, volvió sobre sus pasos una vez más. Quizá descubriera algo que zanjara el asunto, le había dicho a Wren. Quizá no. Pero quería intentarlo.

Así era Garth. Nunca dejaba nada al azar.

A sus espaldas, en los bosques, uno de los caballos piafó con nerviosismo y se calmó de nuevo. Garth había escondido a los animales entre los árboles antes de marcharse. Wren esperó un momento para cerciorarse de que no ocurría nada anormal, después volvió bajo el sauce y las sombras que proyectaba su copa, y se sentó de nuevo apoyando su espalda al ancho tronco. Lejos, al oeste, la luz se había reducido a un resplandor plateado donde el agua y el cielo se confundían.

Magia, dijo la Víbora. ¿Cómo era posible?

Si todavía vivían los elfos, y si ella era capaz de encontrarlos, ¿podrían explicarle lo que la anciana había callado?

Se recostó y cerró los ojos un momento, sintiendo que flotaba y permitiendo que ocurriera.

Cuando se despertó, sobresaltada, el crepúsculo había dado paso a la noche, la oscuridad reinaba a su alrededor, salvo donde la Luna y las estrellas bañaban los espacios abiertos con su resplandor plateado. La hoguera se había apagado y tiritó con el frío de la brisa costera. Se levantó, se acercó a su morral, sacó su capa, se tapó con ella y volvió a acomodarse bajo el árbol.

Te has dormido, se reprochó a sí misma. ¿Qué diría Garth si se enterara?

Permaneció en vela hasta que regresó. Era cerca de medianoche y reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido por el sosegado murmullo de las olas que bañaban la playa. Aunque Garth se acercó sin hacer ruido, sintió su llegada antes de que pudiera verlo, y se alegró. Él salió de entre los árboles y se dirigió hacia donde ella se ocultaba, inmersa

en la oscuridad nocturna, tan quieta que parecía formar parte del viejo sauce. Se sentó ante la muchacha, enorme e imponente, con el rostro tapado por las sombras. Levantó sus grandes manos y empezó a hablarle por señas. Sus dedos se movían con agilidad.

Su «sombra» continuaba tras ellos, siguiéndolos.

Wren sintió frío en el estómago y cruzó los brazos.

–¿La has visto? –preguntó, haciendo señas mientras hablaba.

No.

–¿Has conseguido averiguar qué es?

No.

–¿Nada? ¿Nada en absoluto?

Garth hizo un gesto negativo. Wren estaba irritada por la frustración que había dejado traslucir en su voz. Quería estar tan serena como su compañero, tan dueña de sí como él le había enseñado. Deseaba ser una buena discípula.

–¿Viene a buscarnos o sigue a la espera? –le preguntó apoyando una mano en su hombro y presionando.

Esperando, respondió por señas, encogiéndose de hombros.

Su curtido y barbudo rostro carecía de expresión, como correspondía al papel de cazador que estaba desempeñando. Wren conocía esa actitud. La adoptaba cuando se sentía amenazado. Era una máscara para ocultar sus sentimientos.

Esperando, repitió ella mentalmente. ¿Por qué? ¿Para qué?

Garth se levantó, se dirigió a grandes pasos hasta donde había dejado su morral, sacó un trozo de queso y una bota de cerveza, y se sentó. Wren se acercó y se sentó a su lado. El gigante comió y bebió sin mirarla, con la vista perdida en la negra inmensidad de la Linde Azul, aparentemente ajeno a toda realidad. Wren lo observaba, pensativa. Era un hombre de elevada estatura, fuerte como el hierro, rápido como un gato, diestro en la caza y un magnífico rastreador; el más hábil que jamás había conocido. Había sido su protector y maestro desde su niñez, cuando la llevaron a las Tierras Occidentales y la dejaron al cuidado de los bohemios tras una breve estancia con la familia Ohmsford. ¿Cómo había sucedido todo aquello? Por las noticias que tenía, su padre era un Ohmsford y su madre una bohemia, pero ella no lograba recordar a ninguno de los dos. ¿Por qué habían encomendado su cuidado a los bohemios en lugar de a los Ohmsford? ¿Quién había tomado aquella decisión? Nadie le había hablado con claridad de aquellos trágicos momentos. Garth afirmaba una y otra vez que no sabía nada. Le daba su palabra de que sólo sabía lo que otros le habían dicho, que era muy poco, y que las únicas instrucciones que había recibido, el único cometido que le habían encargado, era que cuidara de ella. Así lo había hecho, transmitiéndole todos sus conocimientos y habilidades, hasta conseguir que su discípula lo igualase. Se había esforzado mucho para que aprendiera sus lecciones, y había conseguido que las aprendiera. Sin menoscabo de sus restantes conocimientos, por encima de todo, Wren Ohmsford sabía cómo sobrevivir en las circunstancias más adversas. Garth se había encargado de que así fuera.

Pero ese entrenamiento no era el que recibía un niño bohemio normal, y menos aún una niña. Wren lo supo desde el principio, y por ello empezó a sospechar que Garth estaba bastante más y mejor informado de lo que confesaba. Con el paso del tiempo, la sospecha se fue afianzando, hasta transformarse en una fuerte convicción.

Sin embargo, cuando Wren lo presionaba, Garth seguía negando que conociera algo más sobre los primeros años de su vida. Se limitaba a hacer un gesto negativo y a afirmar que ella necesitaba desarrollar unas habilidades especiales porque era huérfana y estaba sola, por lo que debía ser más fuerte y sagaz que los demás. El gigante se negaba a darle otras explicaciones.

De pronto, Wren se dio cuenta de que Garth había terminado de comer y estaba

observándola. Las sombras no ocultaban ya su curtido y barbudo rostro. Podía ver con claridad sus facciones y leer lo que reflejaban: vio la preocupación grabada en su frente; captó la bondad que reflejaban sus ojos; percibió la determinación que traslucía todo su ser. Por extraño que pudiera parecer, el gigante siempre había sido capaz de transmitirle con una simple mirada más que otras personas con un torrente de palabras.

–No me gusta que me miren de esta forma –dijo Wren, traduciéndoselo por señas–. No me gusta esperar para descubrir lo que está sucediendo.

Garth, con los ojos brillantes, hizo un gesto de asentimiento.

–Es algo relacionado con los elfos –prosiguió Wren guiada por un impulso–. Ignoro por qué tengo este presentimiento, pero lo siento. Estoy segura.

Entonces lo sabremos pronto, respondió el gigante.

–Cuando lleguemos a las cuevas de los Rucs –dijo Wren–. Sí. Porque entonces sabremos si la Víbora me dijo la verdad, si los elfos existen todavía.

Y nuestro perseguidor quizá quiera saberlo también.

La muchacha esbozó una sonrisa forzada. Se miraron durante un breve instante en silencio, intentado dilucidar lo que cada uno veía en los ojos del otro, preguntándose lo que les tendría reservado el destino.

Entonces Garth se puso de pie y señaló hacia los bosques. Recogieron su equipo y volvieron junto al viejo sauce. Después de instalarse en la base del tronco, extendieron sus camastros y se envolvieron en sus capas. Wren se ofreció a hacer la primera guardia a pesar de su fatiga, y Garth accedió. Se enrolló en su manta, se tendió junto a ella y se quedó dormido a los pocos segundos.

Escuchó cómo la respiración del gigante se ralentizaba, y después centró su atención en los sonidos nocturnos. Todo estaba tranquilo sobre el farallón, los pájaros y los insectos habían reducido su actividad, el viento era un susurro y el océano, un lejano murmullo. Fuera quien fuese el ser que los acechaba, parecía encontrarse muy lejos. Esa impresión es engañosa, se advirtió a sí misma, y reforzó su cautela.

Palpó la bolsa donde guardaba las piedras que eran una simple imitación de las piedras élficas, que descansaba sobre su pecho. Eran su amuleto de la buena suerte, pensó, un amuleto para alejar el mal, protegerla del peligro y permitirle salir sana y salva de cualquier empresa. Tres piedras pintadas que simbolizaban una magia que había sido real pero que se había perdido, como había ocurrido con los elfos y con su propio pasado. Se preguntó si podría recuperar parte de éste.

O, mejor, si debería recuperarlo.

Se apoyó en el tronco del sauce y escudriñó la noche en una inútil búsqueda de respuestas.

3

Con las primeras luces del alba, Wren y Garth reemprendieron la marcha hacia el sur en busca de las cuevas de los Rucs. Era un viaje impulsado por la fe, porque aunque los dos habían recorrido antes varios sectores del litoral, nunca habían encontrado unas cuevas tan grandes como las que ahora buscaban ni habían visto un ruc. Habían oído varios relatos sobre las legendarias aves, grandes criaturas aladas que en otras épocas transportaban a los humanos. Pero los relatos eran sólo eso, historias para ser contadas alrededor de una hoguera y pasar el rato, que describían unos seres que podrían haber existido pero que, probablemente, nunca existieron. Algunos aseguraban que los habían visto, por supuesto, como sucede con todos los monstruos de los cuentos fantásticos. Pero su testimonio no era fiable. Igual que los elfos, los rucs parecían invisibles.

Sin embargo, no era necesario que hubiera rucs para que hubiera elfos. Lo que la Víbora había dicho a Wren era comprobable. Sólo tenían que descubrir las cuevas, hubiera o no rucs, encender la hoguera que serviría de señal y esperar tres días. Entonces descubrirían la verdad. Sin duda, corrían el riesgo de que la verdad los decepcionase, pero como los dos reconocían y aceptaban esa eventualidad, no había razón que pudiese justificar el abandono de la empresa. Su única debilidad sobre las posibilidades desfavorables era que procuraban no hablar de ellas.

El día amaneció claro, estimulante, con un cielo limpio y despejado. La aurora era una brillante salpicadura en el horizonte oriental que silueteaba las escabrosas montañas. El aire estaba embalsamado con la mezcla de los olores del mar y el bosque, y los cantos de los estorninos y sinsontes brotaban de los árboles. El Sol ahuyentó rápidamente el frío dejado por la noche y calentó la tierra. El calor aumentó en el interior, denso y sofocante donde las montañas lo atrapaban, agostando las hierbas de las llanuras y colinas, de color marrón, como siempre sucedía durante el verano, pero la costa permanecía fresca y agradable gracias a la permanente brisa que soplaba del mar. Wren y Garth llevaban sus caballos al paso, siguiendo los estrechos y sinuosos caminos costeros que recorrían los farallones y playas fronteras al este de las montañas. No se daban ninguna prisa, porque disponían de tiempo suficiente para llegar a su destino.

Disponían de tiempo para ser cautelosos en su recorrido por aquella desconocida región, tiempo para adoptar precauciones contra su «sombra» en el caso de que todavía los siguiera.

Pero tampoco hablaron de ello.

Sin embargo, Wren no podía dejar de pensar en su perseguidor y, cuando se dio cuenta, se encontró considerando la posibilidad de que estuviera a su espalda mientras cabalgaba, al dejar que su mente derivara a su capricho en tanto ella contemplaba la vasta extensión de la Linde Azul y permitía que su caballo escogiera el camino. Sus sospechas más sombrías le advertían que su «sombra» era un ser similar al que había perseguido a Par y Coltar en su viaje desde Culhaven hasta la Chimenea de Piedra, cuando fueron en busca de Walker Boh; un ser similar al Devorador. Pero ¿podía un Devorador ocultar su presencia con tanta eficacia como su «sombra»? ¿Podía algo que era animal encontrar su rastro una y otra vez, cuando ellos se esforzaban tanto para que lo perdiera? Parecía más probable que su perseguidor fuese humano, que estuviese dotado de la astucia, inteligencia y habilidad propias de los humanos: un investigador, enviado quizá por Rimmer Dall, un rastreador de extraordinaria destreza, o incluso un asesino, aunque tendría que ser más que eso para haber logrado permanecer cerca de ellos sin que lograran sorprenderlo.

También era posible que no fuese un enemigo, sino algo distinto. «Amigo» tal vez no

fuese la palabra más adecuada, pero quizás era alguien con un propósito similar al suyo, alguien interesado en los elfos, alguien que...

Se detuvo. ¿Alguien que persistía en mantenerse oculto, aun a sabiendas de que Garth y ella habían descubierto que los seguía? ¿Alguien que continuaba jugando con ellos al gato y al ratón de forma deliberada?

Sus más oscuros temores se impusieron a cualquier otra posibilidad.

Al mediodía llegaron a las estribaciones septentrionales de las montañas Irrybis, en el lugar donde se bifurcaban en dos direcciones. El ramal más alto se dirigía al este, en paralelo con las montañas Espolón de Roca del norte y rodeando el Silvestrum; el más bajo se extendía hacia el sur, a lo largo de la línea costera que ellos seguían. Este último estaba densamente poblado de árboles e impresionaba menos, desparramado en macizos a lo largo de la Linde Azul, resguardando valles y lomas, y formando desfiladeros que conectaban la región de colinas interiores con las playas. Sin embargo, su avance se ralentizó aún más porque los senderos estaban menos definidos y, con frecuencia, desaparecían por completo durante largos trechos. A veces, las montañas penetraban en el agua, descendiendo en empinadas pendientes que los obligaban a retroceder en busca de otras rutas. Apretados grupos de árboles bloqueaban también el camino, obligándolos a rodearlos. Se encontraron alejados de las playas, ascendiendo por aquellos desfiladeros cuyo terreno era más despejado y transitable. Avanzaban muy despacio, observando cómo el Sol se alejaba hacia el oeste para luego sumergirse en el mar.

La noche transcurrió sin incidentes, y al despuntar el alba estaban de nuevo despiertos y en camino. El frío de la mañana volvió a dejar paso al calor del mediodía. Las brisas oceánicas que habían refrescado la jornada anterior no eran tan perceptibles en los desfiladeros, y Wren sudaba copiosamente. Se echó hacia atrás el alborotado cabello y se ató un pañuelo en torno a la cabeza, se roció el rostro con agua y se obligó a pensar en otras cosas. Centró los recuerdos en su infancia en Valle Umbroso, intentando evocar una vez más el aspecto de sus padres. Una vez más, le resultó imposible. Sus pocos recuerdos eran muy vagos y fragmentarios: retazos de conversaciones, fugaces instantes desligados del tiempo, palabras o frases fuera de contexto. Todo aquello podía aplicarse tanto a los padres de Par como a los suyos propios. ¿Esos recuerdos estaban relacionados con sus padres o con Jaralan y Mirianna Ohmsford? ¿Había conocido en realidad a sus padres? ¿Habían estado con ella en Valle Umbroso? Eso le habían dicho, y también que los dos habían muerto. Sin embargo, ella no lo recordaba. ¿Por qué? ¿Por qué no conservaba ningún recuerdo de ellos?

Miró a Garth, con la inquietud reflejada en sus ojos, pero enseguida apartó la mirada, renunciando a la explicación.

Se detuvieron para comer al mediodía y luego siguieron cabalgando. Wren formuló algunas preguntas a Garth sobre su «sombra». ¿Continuaba persiguiéndolos? ¿Notaba él algo que pudiera ser sospechoso? Garth se encogió de hombros, y le respondió que ya no estaba seguro, que no podía confiar en sus propias apreciaciones sobre ese misterioso ser. Wren hizo un gesto dubitativo, pero el gigante no dijo nada más. Su oscuro y barbudo rostro tenía una expresión indescifrable.

Necesitaron toda la tarde para cruzar una estribación asolada por un voraz incendio el año anterior, que había dejado la tierra sólo con los ennegrecidos tocones de la antigua vegetación, entre los que ya apuntaban los primeros brotes verdes de la nueva. Desde la cumbre, Wren pudo contemplar varios kilómetros de su recorrido, porque nada obstaculizaba la vista. No había lugar donde su perseguidor pudiera ocultarse, ningún espacio que pudiera atravesar sin que fuera descubierto. Lo buscó, poniendo toda su atención en ello, pero no consiguió encontrarlo.

Pero no lograba librarse de la sensación de que seguía tras sus pasos.

El anochecer los sorprendió cuando se encontraban recorriendo la cresta de un alto y estrecho risco que descendía bruscamente hasta el mar. A sus pies, las olas de la Linde Azul golpeaban las rocas y se retiraban, y las aves marinas revoloteaban y chillaban sobre la espuma blanca. Acamparon en un bosquecillo de alisos, en las proximidades de un arroyo que bajaba de las montañas, proporcionándoles agua potable. Para sorpresa de Wren, Garth encendió una hoguera para preparar comida caliente. Al advertir que lo miraba con extrañeza, el gigante bohemio levantó la cabeza y le dijo por señas que, si su «sombra» los seguía, permanecería a la espera. Por tanto, no tenían nada que temer. Ella no estaba tan segura, pero Garth parecía tranquilo, por lo que se olvidó por completo del asunto.

Aquella noche soñó con su madre, la madre que no lograba recordar y a la que dudaba que hubiera conocido. En el sueño carecía de nombre. Era una mujer menuda y vivaz, con el pelo rubio ceniza de Wren y ojos de color avellana. Su semblante era amable, expresivo y solícito. Le dijo: *«Acuérdate de mí».* Wren no podía recordarla, no tenía nada de ella que le permitiera recordarla. Sin embargo, su madre repetía la frase una y otra vez: *Acuérdate de mí. Acuérdate de mí.*

Cuando se despertó, conservaba viva la imagen del rostro de su madre y el sonido de su voz. Garth no pareció advertir su abstracción. Se vistieron, desayunaron, recogieron sus cosas y reemprendieron de nuevo la marcha. El recuerdo del sueño persistía, y empezó a preguntarse si sería el resurgimiento de una verdad que, de algún modo, ella había mantenido arrinconada durante años. Quizá la mujer con la que había soñado era realmente su madre, cuyo rostro había conservado en la mente a lo largo de toda su vida. Le costaba creerlo, pero no se atrevía a descartarlo.

Cabalgó en silencio, intentando en vano decidir cuál de las dos opciones acabaría causándole mayor daño.

El calor se hacía más opresivo a medida que avanzaba la mañana. Cuando el Sol se levantó sobre las montañas, la brisa que soplaba del océano se calmó por completo. El aire se serenó. Con los caballos al paso para que descansaran, siguieron el acantilado hasta el final, y se encontraron en una vereda rocosa que ascendía hacia una enorme masa de peñascos. El sudor escurría y se secaba sobre su piel, y tenían los cuerpos pesados y doloridos. Las aves marinas habían desaparecido, posándose en alguna parte en espera del fresco del atardecer para aventurarse de nuevo a pescar. La tierra y su vida oculta quedaron en silencio. El único sonido era el perezoso chapoteo de las aguas de la Linde Azul al chocar contra la costa rocosa, en una lenta y lánguida cadencia. En el horizonte comenzaban a formarse nubes oscuras y amenazadoras. Wren dirigió una inquisitiva mirada a Garth. Habría tormenta antes del anochecer.

La vereda que seguían continuaba serpenteando hacia la cima de los peñascos. A medida que ascendían, los árboles iban escaseando; los pinos, abetos y cedros primero, luego incluso los pequeños y resistentes grupos de alisos. La roca yacía yerma y desprotegida bajo el ardiente Sol, irradiando sofocantes e intensas oleadas de calor. A Wren empezó a nublársele la vista, y se detuvo para mojar el pañuelo que llevaba en la cabeza. Garth se volvió para esperarla, con expresión impasible. Cuando la muchacha hizo un gesto de asentimiento, reanudaron el ascenso, deseando acabar cuanto antes aquella agotadora subida.

Era cerca del mediodía cuando alcanzaron la cima. El Sol estaba ahora sobre sus cabezas, bañándolos en calor ardiente. Las nubes que habían empezado a agruparse antes, avanzaban con rapidez tierra adentro, y había un silencio palpable en la atmósfera. Cuando llegaron al final de la vereda, miraron a su alrededor para reconocer el terreno. Estaban en el borde de una meseta cubierta de espesas hierbas y salpicada de grupos de nudosos

árboles inclinados por el viento, que parecían alguna variedad de abeto. La meseta se extendía hacia el sur, entre los altos picos, en dirección al océano, hasta más allá de donde alcanzaba la vista, en una amplia y desigual sucesión de llanuras sobre las que el tórrido aire flotaba denso e inmóvil.

Wren y Garth intercambiaron una inquisitiva mirada con gesto cansado, y reemprendieron la marcha. En lo alto, los negros nubarrones que presagiaban tormenta se dirigían poco a poco hacia el Sol. Cuando lo hubieron envuelto por completo, se levantó de repente la brisa. El calor fue disminuyendo y las sombras empezaron a cubrir la tierra.

Wren se guardó el pañuelo en un bolsillo y esperó a que se refrescara su cuerpo.

Descubrieron el valle minutos después, una profunda depresión en la planicie que había permanecido oculta a sus ojos hasta que casi estuvieron encima de ella. El valle era amplio, de casi un kilómetro de anchura, resguardado de las inclemencias del tiempo por una serie de intrincadas colinas que se levantaban al este, una elevación rocosa al oeste y grandes grupos de árboles que crecían de un extremo a otro. Varios arroyos corrían surcaban el valle; Wren oyó el gorgoteo, incluso antes de descender, de su paso entre las rocas y su caída en las hondonadas. Bajó al valle seguida de Garth, intrigada por la perspectiva de lo que pudiera encontrar allí. Poco después llegaron a un claro lleno de hierbajos y arbustos, pero desprovisto de árboles. Tras realizar una rápida inspección, descubrieron los cascotes de cimientos de piedra enterrados bajo la maleza. Los árboles habían sido cortados para edificar casas. En aquel lugar se había asentado una importante población.

Wren miró a su alrededor, pensativa. ¿Era aquello lo que estaban buscando? Se encogió de hombros. No había cuevas, al menos a la vista, pero...

Sin acabar el pensamiento, hizo unas apresuradas señas a Garth para que la siguiera, montó en su caballo y se dirigió hacia los riscos que se levantaban al oeste.

Salieron del valle y ascendieron por las rocas que los separaban del océano. Estaban desprovistas de árboles, pero en todas sus hendiduras y grietas crecía la maleza. Wren maniobró para alcanzar el punto más alto, una especie de cornisa que sobresalía de los acantilados, sobre el océano. Cuando lo logró, se apeó del caballo y se adelantó unos pasos. Allí la roca estaba pelada, una amplia concavidad sobre la que parecía imposible que pudiera crecer ni una brizna de hierba. La examinó detenidamente durante un momento, y le hizo pensar en una fumarola limpiada y purificada por las llamas. Evitó mirar a Garth y se aproximó al borde. Ahora, el viento soplaba con fuerza, azotándole el rostro con repentinas ráfagas mientras miraba hacia abajo. Garth se acercó sin ruido. Las rocas parecían cortadas y estaban salpicadas por brotes de maleza. Crecían minúsculas flores azules y amarillas, que parecían fuera de lugar. Muy por debajo de donde se encontraban, el océano invadía el estrecho y desértico litoral. Las olas empezaban a encresparse ante la tormenta que se avecinaba, deshaciéndose en blanca espuma al chocar contra las piedras.

Wren contempló el precipicio durante largo rato. La creciente oscuridad dificultaba su visión. La penumbra lo enmascaraba todo, y el movimiento de las nubes provocaba desplazamientos de la luz sobre la superficie rocosa.

La joven bohemia frunció el entrecejo. Había algo extraño en lo que veía, algo que no acababa de encajar, pero no podía precisar qué era. Se sentó sobre sus talones y esperó a que le llegara la respuesta.

Por fin le llegó: no había aves marinas por ninguna parte... ni una sola.

Reflexionó sobre aquella circunstancia durante un momento, intentando averiguar su significado, y después se volvió hacia Garth y le pidió por señas que esperase. Corrió hasta donde estaba su caballo, sacó una cuerda del morral y regresó con ella en la mano. Garth observaba a Wren con curiosidad. La joven bohemia le hizo rápidas y ansiosas señas. Quería que él la descolgara por la pendiente para explorar la base.

En silencio, ataron un extremo de la cuerda, con un nudo corredizo, bajo los brazos de Wren, y el otro a un saliente próximo al borde del acantilado. La muchacha probó la firmeza de los nudos e hizo un gesto de asentimiento. Tras atarse a sí mismo, Garth comenzó a bajar a Wren lentamente por el borde. La muchacha descendió con cuidado, escogiendo los puntos de apoyo para las manos y los pies. Pronto perdió de vista a Garth y empezó a comunicarse con él mediante un código de tirones previamente convenido.

El viento le acometía cada vez con mayor fuerza. Se pegó a la pared rocosa para evitar que la zarandeara. Las nubes ocultaban el firmamento, acumulándose unas sobre otras, y pronto empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Apretó los dientes. No le gustaba la perspectiva de que la sorprendiera allí la tormenta. Tenía que acabar pronto su exploración.

Se balanceó hacia atrás, chocando contra un matorral. Las espinas le arañaron los brazos y las piernas, y se apartó con enojo. Continuó el descenso. Al mirar hacia abajo, vio algo que antes le había pasado inadvertido: una mancha oscura en el muro, una depresión. Luchó por contener su nerviosismo. Pidió a Garth que le soltara cuerda, y descendió con más rapidez. La oscuridad se hizo más intensa. La depresión era mayor de lo que había creído, un gran agujero negro. Forzó la mirada a través de la penumbra. No consiguió ver lo que había en el interior, pero advirtió la existencia de dos más... y de otro, casi tapado por la maleza, disimulado por la roca...

¡Cuevas!

Pidió al gigante que soltara más cuerda. Cuando ésta dio de sí lo suficiente, se deslizó hacia la cueva más próxima, penetrando con precaución en la oscuridad creciente, forzando los ojos...

Entonces oyó el sonido, una especie de susurro procedente del interior, justo bajo sus pies. Se quedó petrificada durante un breve instante. Después volvió a mirar hacia abajo. Las sombras lo envolvían todo como un lúgubre sudario. No lograba ver nada. El viento soplaba con fuerza, produciendo un ruido estridente que se imponía a todos los demás sonidos.

¿Estaría equivocada?

Bajó un poco más, insegura.

Había algo...

Dio una fuerte y nerviosa sacudida a la cuerda para interrumpir el descenso, quedándose suspendida a escasos centímetros del oscuro hueco.

El ruc apareció de repente bajo sus pies, como si hubiera sido disparado por una catapulta. Tuvo la impresión de que ocupaba todo el aire, con las alas desplegadas contra las grises aguas de la Linde Azul, silueteándose sobre el fondo de penumbra y nubes. Pasó tan cerca de ella que le rozó los pies, haciéndola salir despedida dando vueltas como una peonza. Wren se encogió instintivamente, aferrándose a la cuerda como a un cable de salvamento, rebotando contra la áspera superficie de la roca y esforzándose en no gritar, implorando interiormente que el gigantesco pájaro no la viera. El ruc levantó el vuelo como si no hubiese advertido su presencia o le fuera indiferente. Su cuerpo era dorado y su cabeza color de fuego. Tenía un aspecto feroz, con el plumaje alborotado, y sus alas estaban llenas de marcas y cicatrices. Remontó el vuelo en la tormentosa atmósfera y desapareció de la vista hacia el oeste.

Ésta es la razón de que no haya aves en estos contornos, pensó la muchacha bohemia, horrorizada y aturdida.

Permaneció sin moverse, pegada a la superficie rocosa, durante un rato, para asegurarse de que el temible ruc no volvía; después dio un cauteloso tirón a la cuerda, que era la señal convenida para que Garth la izara hasta encontrarse a salvo.

Poco después de que Wren alcanzara la cima del despeñadero empezó a llover. Garth la envolvió en su capa y la llevó en volandas hasta el valle, donde un bosquecillo de abetos les sirvió de refugio provisional. Encendió una hoguera e hizo sopa para que la joven bohemia entrara en calor. La muchacha siguió con el frío metido en los huesos durante un buen rato, estremeciéndose cada vez que recordaba el tiempo que había estado colgada e indefensa mientras el ruc pasaba volando bajo sus pies, lo bastante cerca para arrastrarla consigo o acabar con su vida. Tenía la mente entumecida. Había bajado en busca de las cuevas de los Rucs, pero no se le había ocurrido pensar que podía encontrarse con uno de ellos.

Cuando recuperó la capacidad de movimiento, después de que la sopa calentara su estómago, entabló conversación con Garth.

–Si existen los rucs, también es posible que existan los elfos –dijo Wren, traduciendo las palabras mediante movimientos de los dedos–. ¿Cuál es tu opinión?

Pienso que has estado al borde de la muerte, respondió Garth, haciendo una mueca.

–Lo sé –admitió la muchacha de mala gana–. ¿Te importaría olvidarlo? Me siento ridícula.

Está bien, respondió el gigante sin inmutarse.

–Si la Víbora dijo la verdad cuando me habló de las cuevas de los Rucs, ¿no crees que existen muchas probabilidades de que también sean ciertas sus afirmaciones sobre los elfos? –Wren hablaba de forma precipitada–. Al menos, yo así lo creo. Creo que si encendemos una hoguera en aquel saliente, se presentará alguien. En el agujero. Como has podido observar, allí es donde se encendían en otras épocas. Tal vez este valle haya estado habitado por los elfos, y quizá siga estándolo. Mañana encenderemos la hoguera y esperaremos a ver qué sucede.

Pasó por alto el gesto de indiferencia hecho por su compañero e instructor, y se tendió cómodamente, envuelta en sus mantas, reflejando en su mirada una firme resolución. El incidente con el ruc empezaba a quedar arrinconado en su memoria.

Durmió hasta pasada la media noche e hizo su relevo de la guardia más tarde de lo establecido porque Garth prefirió no despertarla. Permaneció alerta durante el resto de la noche, manteniendo ocupada la mente con suposiciones sobre los acontecimientos que los esperaban. Dejó de llover, y con la salida del Sol regresó el calor estival, húmedo y sofocante. Buscaron madera seca, que cortaron en trozos del tamaño adecuado para poder transportarlos con facilidad hasta el lugar elegido para encender el fuego. Construyeron una narria, fueron depositando en ella los leños y, cuando estuvo llena, uncieron a ella los caballos para llevarla al borde del farallón. Trabajaron con eficacia a pesar del calor, procurando no agotar sus fuerzas ni la de los animales, haciendo frecuentes descansos y bebiendo agua suficiente para prevenir los efectos de la temperatura. El día continuaba siendo claro y bochornoso, y las lluvias se habían convertido en un recuerdo lejano. Ocasionales brisas soplaban del océano, pero apenas servían para refrescarlos. El mar extendía su tersa y cristalina superficie, que desde las alturas del farallón parecía tan lisa y dura como el hierro.

No vieron ningún otro ruc. Según Garth, eran pájaros nocturnos, cazadores que buscaban el amparo de la oscuridad en vez de arriesgarse. A Wren le pareció oír su graznido, débil y distante, en varias ocasiones. Le hubiera gustado saber cuántos habitaban en las cuevas, y si tenían polluelos. Pero prefería reprimir su curiosidad después de la experiencia de la tarde anterior con el roce de sus alas.

Prepararon su almenara en la concavidad de la cornisa rocosa que dominaba la Linde Azul. Cuando se aproximaba el ocaso, Garth utilizó su pedernal para encender las astillas, y pronto ardieron también los leños grandes. Las llamas se remontaron hacia el cielo, un deslumbrante fulgor rojo y dorado contra la luz crepuscular, crepitando en el silencio.

Wren, con expresión satisfecha, miró a su alrededor. Situada a aquella altura, la fogata era perfectamente visible desde varios kilómetros a la redonda. No podía pasar inadvertida a ningún observador.

Cenaron en silencio, sentados cerca de la hoguera, con los ojos fijos en las llamas y su pensamiento en otra parte. Wren pensaba en sus primos, Par y Coltar Ohmsford, y en Walker Boh. Se preguntó si, como había hecho ella, se habrían decidido ya a cumplir la misión que les había encargado Allanon. «Encuentra la Espada de Shannara», le había dicho el espíritu a Par. «Encuentra a los druidas y el desaparecido Paranor», le había dicho a Walker. Y a ella que encontrara a los elfos perdidos. Si no lo hacían, si alguno de ellos fallaba, la visión que les había mostrado de un mundo estéril y vacío se convertiría en realidad, y las gentes de las Razas en juguetes de los Espectros. Su rostro reflejó un rictus provocado por la tensión, y se recogió distraídamente un rizo suelto. Los Espectros... ¿quiénes eran? Recordó que Cogline los había mencionado de pasada, sin dar demasiados detalles sobre ellos. La historia que les había contado aquella noche en el Cuerno del Infierno era sorprendentemente imprecisa. Según sus palabras, los Espectros se habían formado en el vacío producido al extinguirse la magia con la muerte de Allanon. Unos seres nacidos de una magia desaparecida. ¿Qué significado tenían exactamente esas palabras?

Acabó de cenar, se levantó y paseó. La noche era clara y el cielo estaba poblado de estrellas, cuya blanca luz rielaba en la superficie del océano formando un reluciente tapiz de plata. Wren se sumergió en aquella belleza durante un rato, complaciéndose en el frescor del atardecer, liberada por el momento de sus pensamientos más sombríos. Cuando volvió en sí, sintió deseos de saber algo más de la meta hacia la que se encaminaba. Su vida, que hasta aquel momento había sido segura y ordenada, de pronto había adquirido unos tintes quijotescos.

Regresó a la fogata y se reunió con Garth. El gigante estaba preparando los camastros que había subido del valle. Tenían que dormir junto a la hoguera, y alimentarla hasta que transcurrieran los tres días previstos o hasta que se presentase alguien. Habían dejado los caballos atados a unos árboles que crecían en los linderos del valle. Mientras no lloviese, estarían bastante cómodos durmiendo al aire libre.

Garth se ofreció para hacer la primera guardia, y Wren aceptó. La joven bohemia se envolvió en su manta, un poco retirada del calor de la almenara, y se acostó. Observó la danza de las llamas en la oscuridad, dejándose influenciar por su movimiento hipnótico. Volvió a pensar en su madre, en su cara y en su voz como las había visto y oído en el sueño, y se preguntó si correspondían a la realidad.

Acuérdate de mí.

¿Por qué no?

Todavía continuaba pensando en ello cuando la venció el sueño.

Se despertó al sentir la mano de Garth sobre su hombro. La había despertado centenares de veces en el transcurso de los años, y había aprendido a descubrir por su simple contacto los sentimientos del gigante. Ahora su toque le decía que estaba preocupado.

Se levantó al instante, completamente despejada. Al mirar al cielo nocturno supo que aún era temprano. El fuego seguía ardiendo junto a ellos; su resplandor no había disminuido. Garth estaba de espaldas, mirando el valle. Entonces Wren pudo oír que algo se aproximaba; un arañazo, un chasquido, el sonido de unas garras sobre la roca. Quienquiera que estuviese allí, no se preocupaba de ocultar su presencia.

Garth se volvió hacia ella y le indicó por señas que todo había estado en calma hasta unos momentos antes. Su visitante debía de haberse acercado al principio sigilosamente, y

después había decidido cambiar de táctica. Wren no puso en duda lo que le decía. Garth oía con todos sus sentidos: la nariz, el tacto, pero, sobre todo, con el instinto. Aunque era sordo, oía mucho mejor que ella. *¿Un ruc?,* sugirió rápidamente, acordándose de sus garras. Garth hizo un gesto negativo. *¿Sería, entonces, el visitante que le había prometido la Víbora?* Garth permaneció en silencio, porque no era necesario dar una respuesta. Lo que se acercaba era algo diferente, algo peligroso...

Wren cerró los ojos y, de repente, supo la verdad.

Era su «sombra», que por fin había decidido revelarse.

El chirriante sonido se hizo más fuerte, más prolongado, como si lo que se aproximaba se estuviese arrastrando. La muchacha bohemia y el gigante se alejaron unos pasos de la hoguera, intentando dejar un espacio iluminado entre ellos y su visitante, intentando que la oscuridad quedara a sus espaldas.

Wren palpó el largo cuchillo que llevaba sujeto a la cintura, aunque no era gran cosa como arma. Garth empuñó su lanza. La muchacha bohemia deseó tener la suya a mano, pero la había dejado con los caballos.

Una cara deforme irrumpió en el área iluminada, surgiendo de la oscuridad como empujada por algo, seguida de un cuerpo musculoso. Wren sintió que se le helaba el estómago. El ser que tenía ante sí no podía ser real. Parecía un lobo enorme, recubierto por completo de un erizado pelaje gris, con el hocico oscuro y unos ojos que relampagueaban a la luz de la hoguera. Pero también era grotescamente humano. Tenía brazos humanos provistos de manos y dedos, aunque todo cubierto de pelo, y los dedos acabados en garras, deformados y con abultadas callosidades. Asimismo, la cabeza tenía cierta apariencia humana, produciendo la impresión de que alguien le había colocado una máscara de lobo, adaptándosela como si fuese de arcilla.

La cabeza de la horrible criatura se inclinó hacia el fuego y volvió a apartarse, mientras sus duros ojos se clavaban en los dos bohemios.

Aquél era su perseguidor. Wren respiró profunda y lentamente. Aquél era el ser que los había seguido sin desmayo a través de las Tierras Occidentales, el ser que había estado acechándolos durante varias semanas.

Si había permanecido oculto durante todo ese tiempo, ¿por qué se mostraba ahora abiertamente?

Observó que replegaba el hocico para revelar unas largas hileras de curvados dientes. Sus chispeantes ojos parecieron animarse. No produjo ningún sonido mientras estaba ante ellos.

Se ha dejado ver porque ha decidido matarnos, pensó Wren, y se aterrorizó ante la idea.

Garth dirigió a la muchacha una rápida mirada, una mirada que lo decía todo. No se hacía ilusiones sobre lo que estaba a punto de suceder, y, sin embargo, dio un paso hacia la bestia.

Al instante, ésta arremetió contra él, una embestida que lo golpeó antes de que pudiera prepararse para rechazar su ataque. Garth echó la cabeza atrás, justo a tiempo de evitar que se la arrancara de los hombros, giró la lanza y logró rechazar a su atacante. La criatura lobuna aterrizó profiriendo un terrible gruñido, volvió a ponerse de pie pataleando y se dio la vuelta mostrando sus afilados dientes. Atacó a Garth por segunda vez, ignorando por completo a Wren. Pero ahora el bohemio estaba preparado, y clavó la punta de su lanza en el nudoso cuerpo. La muchacha oyó un sonido de huesos que se quebraban. La bestia cayó rodando, volvió a ponerse de pie y empezó a moverse en círculo. Seguía sin prestar atención a Wren, aunque procuraba mantenerla dentro de su campo visual para poder controlar sus movimientos. Al parecer, creía que Garth era la principal amenaza y que debía acabar con él en primer lugar.

¿Qué eres?, quiso preguntarle Wren. ¿Qué clase de criatura eres?

La bestia acometió de nuevo a Garth, lanzándose de forma temeraria contra la lanza. El dolor no parecía arredrarla. El gigante la rechazó, pero lo volvió a intentar, rechinando los dientes. Repitió sus ataques, y nada de cuanto hacía Garth lograba frenarla. Wren permanecía acurrucada y a la espera, imposibilitada para intervenir sin riesgo de su amigo. La bestia lobuna no le ofrecía la más mínima oportunidad de golpearla. Era rápida, tan ágil que nunca permanecía caída más de un breve instante, y se movía con una elasticidad que superaba la de los humanos y las bestias. Wren estaba segura de que ningún lobo era capaz de actuar de aquella manera.

La batalla se prolongaba. Ambos combatientes sufrían heridas, pero las de la bestia parecían sanar casi al instante, mientras que de las de Garth manaba abundante sangre. Las fracturas de sus costillas deberían haber entorpecido sus movimientos, pero no era así. La sangre desaparecía de sus heridas a los pocos segundos. Al parecer, sus lesiones no le afectaban, como si...

De repente, Wren recordó la historia que Par le había contado sobre el Espectro que Coltar Ohmsford, Morgan Leah y él mismo habían encontrado en el trayecto de su viaje a Culhaven, aquella monstruosa criatura que poseía rasgos humanos y que había unido a su cuerpo el brazo que le habían cercenado como si el dolor no significase nada para ella.

¡Aquella especie de lobo era un Espectro!

Al comprenderlo, se lanzó hacia delante sin pensarlo. Se dirigió hacia la criatura con el cuchillo largo en la mano, desenvainado, furiosa y decidida. La bestia se dio media vuelta con la sorpresa reflejada en sus duros ojos, desviando por un instante su atención de Garth. La joven bohemia alcanzó a la criatura al mismo tiempo que el gigante bohemio, y consiguieron atraparla entre los dos. Garth golpeó su cráneo con la lanza, que se astilló por la fuerza del impacto y la dureza del objetivo. Wren hundió la hoja de su cuchillo en el hirsuto pecho sin demasiado esfuerzo. La criatura se levantó y retrocedió, tambaleándose, emitiendo por primera vez un gruñido, un alarido de dolor que parecía de mujer. Luego se volvió de forma brusca y se abalanzó sobre Wren, abatiéndola. Poseía una fuerza extraordinaria. Wren cayó de espaldas, pataleando para impedir que los ganchudos dientes desgarrasen su rostro. Fue el excesivo ímpetu del horrendo ser lo que la salvó, pues le hizo fallar el golpe y caer en la oscuridad. La muchacha bohemia se levantó tras realizar un gran esfuerzo. Se había quedado desarmada, porque su cuchillo seguía clavado en el cuerpo de la bestia. La lanza de Garth estaba rota, pero el gigante bohemio empuñaba ya una espada corta.

La bestia de rasgos lobunos regresó al área iluminada por la hoguera. Se movía, como si las heridas no le produjeran ningún dolor, mostrando los dientes en un gesto aterrador.

La bestia de rasgos lobunos.

El Espectro.

De repente, Wren tuvo la certeza de que nunca conseguirían acabar con su vida, que sería ella quien acabara con la de ellos.

Retrocedió rápidamente hasta ponerse junto a Garth, frenética, luchando por conservar la razón. El gigante bohemio desenfundó su cuchillo largo y se lo dio. Wren podía oír su respiración acelerada, pero no se atrevió a mirarlo.

El Espectro se lanzó contra ellos. En el último instante dirigió su embestida contra Garth. El gigante bohemio logró esquivar su acometida, pero la fuerza del ataque le hizo perder el equilibrio. Inmediatamente, el Espectro cayó sobre él, profiriendo terribles gruñidos. Garth interpuso la espada para evitar que el Espectro le mordiera. El gigante bohemio era el ser humano más fuerte que Wren había conocido, pero no tanto como el monstruo. Advirtió que empezaba a debilitarse.

¡Garth!

Wren atacó a la bestia, clavándole el cuchillo, pero ésta no dio la menor muestra de haber notado su impacto. La joven se aferró a ella, forcejeando para apartarla. Debajo, pudo vislumbrar el oscuro rostro de Garth, tenso y cubierto de sudor. La muchacha profirió un grito de furia.

El Espectro se sacudió con fuerza, haciendo que la joven bohemia saliera despedida, que cayó a suelo, desarmada e indefensa. Hizo un gran esfuerzo para conseguir ponerse de rodillas al darse cuenta, de repente, de que el calor de la hoguera la quemaba. Era un ardor intenso (¿cuánto tiempo hacía que estaba allí?), centrado en su pecho. Se palpó, pensando en que el fuego había prendido en ella... No, no había llamas, ninguna excepto...

Sus dedos se doblaron al tropezar con la bolsita de cuero que guardaba las piedras pintadas. ¡El fuego estaba allí!

Se arrancó la bolsa de un tirón y, casi sin darse cuenta de lo que hacía, sacó las piedras y las puso en la palma de su mano.

Al instante produjeron una explosión de luz, asombrosa, aterradora. Sintió que no podía desprenderse de ellas. La pintura que las cubría desapareció, y las piedras se transformaron en... No se atrevió a pensar en la palabra y, además, no tenía tiempo para pensar. La luz refulgió y se concentró como si se tratara de un ser vivo. Vio que, más allá del resplandor, la cabeza con rasgos lobunos del Espectro sufría espasmódicas sacudidas. Observó el brillo de sus ojos. Tanto Garth como ella tendrían una oportunidad de sobrevivir si...

Movida por el instinto, proyectó la luz hacia delante con un simple pensamiento. Ésta ensartó al Espectro con una asombrosa velocidad. La bestia fue separada de Garth mientras su cuerpo se retorcía y profería terribles aullidos. La luz la envolvió, quemándola y consumiéndola. Wren mantuvo la mano extendida, controlando el fuego. La magia le aterraba, pero consiguió sobreponerse a su terror. A través de ella fluía una energía siniestra y estimulante a la vez. El Espectro retrocedió, combatiendo contra la luz, luchando con todas sus fuerzas para liberarse de ella, pero sin éxito. Wren dio un grito triunfal cuando el Espectro sucumbió, cuando vio que su enorme y grotesco cuerpo estallaba y quedaba reducido a polvo.

En aquel preciso instante la luz desapareció también, y Garth y ella se quedaron solos.

4

Sin pérdida de tiempo, Wren curó las heridas de Garth. No había sufrido ninguna fractura, pero sí profundas desgarraduras en los antebrazos y el pecho, y numerosos cortes y contusiones de la cabeza a los pies. Yacía echado de espaldas sobre la tierra mientras ella, arrodillada a su lado, aplicaba en sus heridas las hierbas y ungüentos curativos que los bohemios llevaban siempre consigo. Su rostro estaba sereno. El duro Garth. Su grande y musculoso cuerpo se contrajo una o dos veces mientras ella limpiaba y vendaba, suturaba y presionaba; pero eso fue todo. No había ningún gesto en su cara ni ninguna expresión en sus ojos que revelasen el trauma y el dolor que se veía obligado a soportar.

Wren no pudo contener las lágrimas, e inclinó la cabeza para que el gigante bohemio no pudiera verlas. Era su mejor amigo y había estado a punto de perderlo.

Si no hubiera sido por las piedras élficas...

Eran piedras élficas. Auténticas piedras élficas.

¡No pienses más en ello!, se dijo a sí misma.

Se concentró más en lo que estaba haciendo y reprimió sus angustiosos y terroríficos pensamientos. La hoguera seguía ardiendo, y sus llamas lamían la oscuridad entre incesantes chisporroteos. La muchacha bohemia trabajaba en silencio y, por tanto, oía todos los ruidos que se producían a su alrededor: el clamor del fuego, el silbido del viento al pasar entre las rocas, el golpeteo de las olas al chocar contra la costa, el lejano zumbido de los insectos del valle y el siseo de su propia respiración. Parecía como si todos los sonidos nocturnos hubieran centuplicado su intensidad, o como si ella estuviera dentro de un gran cañón vacío donde hasta el susurro más débil produjera un fuerte eco.

Cuando acabó de curar las heridas de Garth, se sintió desfallecer durante un momento, con una multitud de imágenes danzando ante sus ojos. Vio de nuevo al ser de rasgos lobunos que era un Espectro, todo dientes, garras y pelo erizado. Vio a Garth luchando sin descanso con el monstruo. Se vio a sí misma abalanzándose sobre la bestia en un vano intento de ayudar al gigante bohemio. Vio que el resplandor del fuego los cubría como si fuera sangre. Vio que las piedras élficas cobraban vida y despedían una luz blanca provista de una energía ancestral, llenando la noche con su brillo, alanceando y golpeando al Espectro, quemándolo mientras él hacía supremos esfuerzos por liberarse...

Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás. Garth, que había conseguido ponerse de rodillas, la recogió en sus brazos y la dejó con cuidado en el suelo. Antes la mantuvo en sus brazos durante un momento, meciéndola como si fuera una niña, y Wren dejó que lo hiciera mientras ocultaba su rostro oprimiéndolo contra él. Después se separó de su amigo y respiró lenta y profundamente para serenarse. Se levantó, recogió deprisa sus capas y las llevó al lugar donde esperaba Garth. Se envolvieron en ellas para protegerse del frío de la noche y se sentaron, intercambiando en silencio sus miradas.

¿Sabías lo de las piedras élficas?, preguntó por fin Wren, levantando las manos para hablar por señas.

No, respondió Garth, manteniendo firme su mirada.

¿No sabías nada de ellas? ¿No sabías que eran auténticas ni conocías su verdadero poder?

No.

La joven lo miró detenidamente durante un momento, sin moverse. Después hurgó en su túnica y extrajo la bolsa de cuero que colgaba de su cuello. Había guardado en ella las piedras élficas cuando fue en ayuda de Garth. Se preguntó si se habrían transformado

otra vez, si habrían vuelto a ser las piedras pintadas que habían sido. Incluso se preguntó si su vista la habría engañado de algún modo. Volvió la bolsa del revés y la sacudió sobre su mano.

Tres brillantes piedras azules cayeron en la palma de la mano. Ya no eran piedras pintadas, sino relucientes piedras élficas; las mismas que Allanon había entregado a Shea Ohmsford hacía más de quinientos años y que habían pertenecido a la familia Ohmsford desde entonces. Las miró, fascinada, extasiada por su belleza y, al mismo tiempo, asustada por ser su poseedora. Al recordar su poder, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo.

–Garth –dijo en voz baja, después de depositar las piedras élficas sobre su regazo para hablar con los dedos–. Tú debes de saber algo. Tienes que saberlo. A mí me pusieron bajo tu tutela, Garth. Las piedras élficas no se han separado de mí desde entonces. Dime, ¿de dónde proceden?

Tú ya lo sabes. Te las dieron tus padres.

–Háblame de ellos –le suplicó, sintiéndose invadida por una oleada de dolor y frustración–. Dímelo todo. No guardes ningún secreto, Garth. Siempre ha habido secretos entre nosotros, pero ahora necesito saber la verdad. Háblame.

El rostro de Garth tenía una expresión rígida. Después, tras un breve instante de vacilación, le dijo que su madre había sido una bohemia y su padre un Ohmsford, y que la habían confiado a la tutela de los bohemios cuando era pequeña. Le habían asegurado que lo último que hicieron antes de marcharse fue colgarle del cuello la bolsa de cuero con las piedras pintadas.

–¿Nunca viste a mi madre? ¿Ni a mi padre?

Garth respondió con un gesto negativo. Él estaba ausente cuando llegaron, y cuando regresó ya se habían ido. Nunca más volvieron. Wren fue llevada a Valle Umbroso y confiada al cuidado de Jaralan y Mirianna Ohmsford. Cuando cumplió los cinco años de edad, los bohemios se hicieron de nuevo cargo de ella. Ése había sido el acuerdo establecido con los Ohmsford. Ésa había sido la voluntad de sus padres.

–Pero ¿por qué? –lo interrumpió Wren, desconcertada.

Garth no lo sabía. Tampoco le habían dicho quiénes eran los bohemios que habían cerrado el trato. Un anciano de la familia la confió a su tutela, un hombre que falleció poco después. Nadie le había explicado por qué tenía que adiestrarla como lo había hecho. Se limitaron a decirle lo que tenía que hacer. Ella debía convertirse en la más rápida, fuerte, sagaz y capacitada para sobrevivir de toda la comunidad bohemia. Garth tenía que conseguirlo a toda costa.

Wren reclinó la espalda con gesto contrariado. Ya sabía todo aquello. No era la primera vez que Garth se lo contaba. Apretó las mandíbulas. Debía de haber algo más, algo que le diera más indicios, sobre sus orígenes y sobre la razón de que llevase las piedras élficas.

–Garth –insistió–. ¿Qué me ocultas? ¿Es algo referente a mi madre? He soñado con ella, ¿sabes? He visto su cara. ¡Dime qué estás ocultando!

El gigante aparentó indiferencia, pero sus ojos reflejaban un profundo dolor. La joven bohemia estuvo a punto de consolarlo, pero su necesidad de saber se lo impidió. Garth la miró sin responder durante un rato. Después sus dedos se movieron.

No puedo decirte nada que tú no puedas ver.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Wren, echándose hacia atrás.

Tienes rasgos élficos, Wren. Más que ningún otro Ohmsford. ¿A qué lo atribuyes?

Wren se encogió de hombros, sin saber qué contestar.

Es porque tus padres eran elfos, dijo Garth, frunciendo el entrecejo.

Wren lo miró con incredulidad. No tenía la menor idea de que sus padres hubieran tenido aspecto élfico; ella siempre se había considerado una bohemia.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó, estupefacta.

Me lo dijo alguien que los vio. También me dijeron que sería peligroso para ti el saberlo.

–¿Por qué has decidido decírmelo ahora?

Garth se encogió de hombros como si preguntara: «¿Qué importancia puede tener después de lo que ha sucedido? ¿Acaso, por saberlo, puedes exponerte a peligros mayores que los que has corrido?».

Wren hizo un gesto de asentimiento. Su madre había sido una bohemia y su padre, un Ohmsford; pero los dos eran elfos. ¿Cómo podía explicarse? Ningún bohemio pertenecía a la raza elfa.

–¿Estás seguro? –preguntó–. ¿No eran humanos con sangre élfica, sino auténticos elfos?

Está muy claro, respondió Garth por señas, haciendo un gesto de asentimiento.

Para todos menos para ella, pensó Wren. ¿Cómo podían ser elfos sus padres? Los Ohmsford nunca lo habían sido. Tenían una remota ascendencia élfica, que conservaban en una pequeña parte de su sangre, pero nada más. ¿Significaba que sus padres habían vivido con los elfos? ¿Significaba que procedían de la comunidad élfica y que, por esta causa, Allanon la había enviado en busca de los elfos, porque ella era una elfina?

Miró a la lejanía, abrumada por las implicaciones que eso encerraba. Evocó el rostro de su madre, tal y como se le había aparecido en el sueño: era el rostro de una joven de raza humana. No se evidenciaban en ella rasgos élficos. ¿O no los había captado? ¿Y su padre? Era extraño, pensó. Él nunca había sido importante, nunca había protagonizado sus reflexiones ni le había parecido tan real como su madre, pero desconocía la causa. Para ella carecía de rostro. Era un ser invisible.

–¿No sabías que las piedras pintadas eran piedras élficas? –preguntó, buscando con sus ojos los del gigante bohemio, que esperaba pacientemente su pregunta–. ¿No sabías nada de ellas?

Nada.

¿Qué hubiera ocurrido si las hubiera tirado?, pensó. ¿Qué hubiera sucedido con los planes, cualesquiera que fuesen, que sus padres habían hecho para ella? Pero ya conocía la respuesta. Nunca hubiera sido capaz de separarse de las piedras pintadas, que eran su único vínculo con el pasado, lo único que le quedaba de sus padres. ¿Habrían contado con ello? Y lo que aún era más importante, ¿por qué le habían dado las piedras élficas? ¿Para protegerla? ¿Contra qué? ¿Contra los Espectros? ¿Contra alguna otra cosa? ¿Contra algo que ni siquiera existía cuando ella nació?

–¿Por qué crees que me dieron estas piedras? –le preguntó a Garth, desconcertada.

Quizá para protegerte durante tu búsqueda de los elfos, respondió por señas Garth, bajando la vista y volviendo a levantarla inmediatamente, mientras un estremecimiento recorría su gigantesco cuerpo.

Wren lo miró detenidamente, con la cara demudada. A ella nunca se le hubiera ocurrido pensar en esa posibilidad. Pero ¿cómo podían haber previsto sus padres que ella tendría que buscar a los elfos? ¿O sólo sabían que algún día trataría de encontrar sus raíces, que querría averiguar su procedencia y conocer a los suyos?

–Garth, no lo entiendo –le confesó–. ¿Qué significa todo esto?

Pero su compañero se limitó a hacer un gesto de impotencia con pesadumbre.

Se alternaron en la guardia durante toda la noche, dormitando entre los relevos hasta que el alba bañó con su luz el firmamento oriental. Entonces Garth, que estaba exhausto, se dejó vencer por el sueño, y durmió hasta el mediodía. Wren se quedó sentada con la mirada puesta en la inmensidad de la Linde Azul, reflexionando sobre las consecuencias que se derivaban del descubrimiento de las piedras élficas. Llegó a la conclusión de que eran las

mismas que habían pertenecido a Shea Ohmsford. Había oído describirlas con frecuencia, había escuchado numerosos relatos sobre su historia. Pertenecían a quien se le entregaban, fuera quien fuese. Habían sido entregadas a la familia Ohmsford y se suponía que, algún tiempo después, se habían perdido. O tal vez no. Quizás alguien las guardó. Habían nacido muchos Ohmsford después de Brin y Jair, y se había perdido el rastro de la magia durante trescientos años... incluso de una tan poderosa y personal como la de las piedras élficas. Recordó que hubo una época en que sólo podían invocar su magia, sin exponerse a resultar gravemente perjudicados por ella, quienes tuvieran una determinada cantidad de sangre élfica. Wil Ohmsford había sufrido las consecuencias al incumplir esa norma. Cuando utilizó las piedras, absorbió parte de su magia y cuando nacieron sus hijos, Brin y Jair, la magia se transformó en el cantar. Por tanto, quizás algún Ohmsford decidió devolver las piedras a aquellos que podían utilizarlas sin correr ningún riesgo: a los elfos. ¿Era así como habían llegado a poder de sus padres?

Las preguntas se sucedían unas a otras, de forma abrumadora e insistente, pero sin respuestas. ¿Qué le había dicho Cogline cuando la encontró en el Tirfing y la convenció de que debía acompañarlo al Cuerno del Infierno siguiendo las indicaciones de Allanon? *No es tan importante saber quién eres como quién podrías ser.* Empezaba a pensar en la posibilidad de que podía llegarse a la verdad por caminos que nunca hubiera podido imaginar.

Garth se levantó al mediodía y comió el estofado de verduras y el pan que ella había preparado. Estaba tenso y dolorido, y no había conseguido recuperar por completo las fuerzas. Sin embargo, creyó que debía rastrear la zona para asegurarse de que no había más bestias lobunas por los alrededores que pudieran acecharlos. Wren no había considerado esa posibilidad. Ambos habían reconocido en su atacante a un Espectro, a un ser humano convertido parcialmente en bestia, una criatura capaz de seguir rastros y cazar, de camuflarse y acechar, de pensar como ellos y matar sin ningún escrúpulo. No era extraño que los hubiera perseguido tan hábilmente. Wren había dado por supuesto que la bestia estaba sola, pero debía reconocer que era una suposición gratuita y debía actuar en consecuencia. Dijo a Garth que ella se encargaría de realizar la batida. En aquellos momentos era la más capacitada de los dos para afrontar cualquier peligro, y además contaba con la protección de las piedras élficas.

Sin embargo, prefirió callarse el gran temor que le producía la magia élfica y lo difícil que le resultaría invocarla si se viera obligada a hacerlo.

Mientras retrocedía para rastrear el lugar por el sur y el este en busca de indicios, huellas o de cualquier otra cosa que estuviera fuera de lugar, confiando en que su instinto la advertiría de cualquier posible peligro, pensó en lo que significaba poseer una magia de tal naturaleza. Recordó la ocasión en que Par había bromeado a causa de sus sueños, diciéndole que tenía la misma sangre élfica que él, y quizá parte de sus poderes mágicos. Ella se había reído a carcajadas, y le había contestado que sólo tenía unas piedras pintadas. Recordó que la Víbora, al palpar la bolsita de cuero donde guardaba las piedras, había exclamado: «¡Magia!». Ni siquiera entonces se le había ocurrido pensar en las piedras pintadas. Desde los primeros años de su vida sabía que los Ohmsford poseían la magia que se les había otorgado como descendientes de la casa élfica de Shannara. Sin embargo, nunca había pensado que también ella podría utilizarla, ni tampoco lo había deseado. Ahora le pertenecía, como también le pertenecían las piedras, pero... ¿qué iba a hacer con ellas? No quería responsabilizarse de las piedras ni de su magia. No deseaba la herencia de los Ohmsford. Era un lastre que la arrastraría hasta el abismo. Ella era una muchacha bohemia, nacida y educada en la libertad, y no aspiraba ni deseaba otra cosa. Había aceptado sus rasgos élficos sin preguntarse qué podrían implicar. Formaban parte de su persona, pero una parte secundaria, sin menoscabo de su naturaleza bohemia. Se sentía

como si el descubrimiento de las piedras élficas la hubiese dejado vacía, como si la magia, al entrar en su vida, absorbiera su vitalidad y la dominara, y le desagradaba profundamente esa sensación. No deseaba que la transformaran en una persona diferente.

Durante todo el día intentó averiguar la causa de su malestar, pero regresó al campamento sin haberlo conseguido. La hoguera era tan eficaz como un faro, y se guió por su resplandor para regresar hasta donde la esperaba Garth. El gigante bohemio estaba angustiado por su tardanza; pudo leerlo en sus ojos. Pero se limitó a pasarle la cena y recostarse para ver cómo comía sin hacer ningún comentario. Wren le explicó que no había encontrado ningún indicio que pudiera hacerle sospechar la presencia de otro Espectro, pero se calló el que había empezado a reconsiderar todo aquel proyecto. En una ocasión anterior, justo cuando acababa de tomar la decisión de indagar sobre sus orígenes, se había preguntado qué sucedería si no le gustaba lo que descubría, pero había rechazado esa posibilidad. Ahora creía que había cometido un grave error.

La segunda noche transcurrió sin incidentes. Mantuvieron la hoguera encendida, alimentándola a medida que la leña se consumía. Y esperaron. Transcurrió otro día, pero nadie se presentó. Escrutaron el cielo y la tierra de un extremo a otro, pero no consiguieron apreciar ni el más leve indicio de presencia alguna. Al anochecer, los dos tenían los nervios a flor de piel. Garth, con las heridas más superficiales completamente curadas y las más profundas en proceso de curación, iba de un lado a otro como un animal enjaulado, realizando tareas inútiles para no sentarse. Wren se controlaba para no imitarlo. Dormían en cuanto les entraba sueño, porque tenían que descansar y ninguna otra cosa que hacer. Wren se encontró pensando en su entrevista con la Víbora, dudando de su palabra. ¿Cuánto tiempo debía llevar encadenada en aquel sótano, cautiva de aquellos malhechores? Tal vez estuviera empezando a perder la memoria. Tal vez había perdido lucidez... Sin embargo, a Wren no le pareció que se mostrara insegura ni confundida. Le pareció peligrosa. ¿Y qué podía decir del Espectro que les había seguido los pasos a todo lo largo y ancho de las Tierras Occidentales? Durante todo aquel tiempo se había mantenido oculto y a distancia. Sólo se mostró cuando encendieron la hoguera, y con la clara intención de acabar con su vida. ¿No era razonable suponer que su aparición había sido provocada por lo que hacían, y que consideraba la fogata como una amenaza que debía impedir a toda costa? ¿Por qué, si no, había elegido aquel momento para atacarlos?

Por tanto, no debes darte por vencida, se animaba a sí misma Wren, repitiendo mentalmente las palabras como una letanía de esperanza para evitar que su ánimo decayera por completo. No debes darte por vencida.

La tercera noche se les hizo interminable a ambos; los minutos parecían horas y las horas, días. Wren y Garth se relevaban en la guardia con frecuencia, porque su sueño era inquieto. En más de una ocasión estuvieron los dos en vela, nerviosos, angustiados, preocupados... Alimentaban el fuego y contemplaban la danza de las llamas en la oscuridad. Escudriñaban el negro vacío que se extendía sobre la Linde Azul. Escuchaban los sonidos nocturnos, y analizaban todos sus pensamientos.

Pero nada sucedió ni nadie se presentó.

Cerca del amanecer, Wren se adormiló en contra de su voluntad durante la última hora de su turno de guardia. Estaba sentada, con las piernas dobladas, los brazos en torno a las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante. Se despertó con un estremecimiento y la sensación de que acababa de dormirse. Miró a su alrededor, temerosa. Garth dormía a pocos pasos de distancia, envuelto en su amplia capa. El fuego continuaba ardiendo intensamente. La tierra estaba envuelta en un opaco manto de sombras y de penumbra; el alba no era más que un tenue resplandor plateado que empezaba a mostrarse por encima de las montañas que se levantaban al este. Aún se veían algunas estrellas al oeste, pero ya hacía tiempo que la Luna había desaparecido. Wren se levantó. Las nubes se desplazaban

sobre el océano, bajas, oscuras...

Se sobresaltó porque vio algo más, algo negro y veloz que había surgido de repente de la oscuridad y se dirigía hacia ella a gran velocidad. Parpadeó para asegurarse; después retrocedió deprisa y se inclinó sobre Garth. Éste se puso en pie de un salto. Juntos miraron hacia la Linde Azul, y observaron que el objeto negro empezaba a tomar forma: era un ruc. Enseguida comprendieron que volaba hacia la almenara como una mariposa atraída por las llamas. Sobrepasó el acantilado y dio media vuelta para retroceder de nuevo. Su contorno apenas era distinguible a la débil luz de la aurora. Voló dos veces más sobre ellos, como si examinara lo que había debajo. Wren y Garth observaban en silencio, incapaces de hacer otra cosa.

Por fin, el ruc descendió en picado. Su enorme cuerpo produjo una especie de silbido al cortar el aire, tan cerca que hubiera podido apresarlos con sus enormes garras. Wren y Garth se aplastaron contra las rocas, en busca de protección, mirando al pájaro mientras éste se posaba tranquilamente en el borde del farallón. Era gigantesco, de cuerpo negro, con la cabeza tan roja como el fuego y alas que superaban en tamaño a las del pájaro que había rozado los pies de Wren.

Wren y Garth se irguieron y se sacudieron el polvo.

Había un hombre montado a horcajadas sobre el ruc, sujeto por un arnés de cuero. Observaron cómo se desabrochaba las correas y se deslizaba hasta el suelo. Permaneció inmóvil junto a su montura, examinándolos. Luego avanzó. Era pequeño y encorvado, y su indumentaria se componía de una túnica, pantalones, botas y guantes de cuero. Caminaba con un extraño balanceo, como si el andar sobre sus pies no fuera un ejercicio agradable. Sus facciones eran élficas, estrechas y afiladas, y su rostro estaba arrugado. No llevaba barba, y su pelo era castaño, veteado de gris, muy corto. Sus feroces ojos negros los miraban insistentemente, parpadeando con alarmante rapidez.

Cuando estuvo a una docena de pasos, se detuvo.

–¿Habéis encendido vosotros esa hoguera? –preguntó. Su aguda voz tenía cierta aspereza.

–Sí –respondió Wren.

–¿Por qué?

–Porque alguien me dijo que debía hacerlo.

–¿Quién fue?, si no tienes ningún inconveniente en decírmelo.

–No tengo ninguno. Fue la Víbora.

–¿Quién dices? –inquirió el desconocido, parpadeando a doble velocidad.

–Una anciana, una vidente con la que hablé en el Recinto de Grimpen. La llaman la Víbora.

–El Recinto de Grimpen –repitió el hombrecillo, emitiendo un gruñido–. ¡Uf! Ninguna persona que esté en sus cabales va allí. –Su boca se tensó–. Bien, ¿por qué te dijo esa Víbora que encendieras la hoguera?

Wren dio un suspiro, dando muestras de impaciencia. Durante tres días había esperado que se presentara alguien, y estaba ansiosa por descubrir si aquel pequeño individuo era la persona que esperaba.

–Permíteme preguntarte algo primero –replicó–. ¿Puedes decirme tu nombre?

–Tal vez –respondió el desconocido, haciendo un gesto que acentuó las arrugas de su rostro–. ¿Por qué no me dices antes el tuyo?

–Me llamo Wren Ohmsford –dijo la muchacha, en un tono desafiante– y éste es mi amigo Garth. Somos bohemios.

–¡Vaya, vaya...! Así que sois bohemios, ¿verdad? –Rió entre dientes como si celebrase algún chiste secreto–. Parece que tú tienes también un poco de sangre élfica.

–Igual que tú –respondió la muchacha–. ¿Cómo te llamas?

–Tigre Ty –dijo el hombrecillo–. Al menos, así es como me llama todo el mundo. Bueno, Wren. Ahora que ya nos hemos presentado y saludado, ¿puedo saber qué hacéis aquí tu compañero y tú, Víboras aparte? ¿Por qué habéis encendido esa hoguera?

–Quizá para atraeros a tu pájaro y a ti, si eres tú quien puede conducirnos hasta los elfos –respondió Wren, esbozando una amplia sonrisa.

–Ese «pájaro» es un ruc, Wren –dijo Tigre Ty, dando un gruñido y escupiendo–. Se llama *Espíritu.* Es el mejor de todos. Y los elfos no existen. Todo el mundo lo sabe.

–No todo el mundo lo sabe –respondió Wren, haciendo un gesto negativo–. Algunos están convencidos de que existen. He sido enviada para comprobarlo. ¿Podéis ayudarme *Espíritu* y tú a encontrarlos?

Siguió un largo silencio, durante el cual el rostro de Tigre Ty cambió de expresión una docena de veces.

–Un tipo fuerte, tu amigo Garth, ¿verdad? –dijo Tigre Ty, rompiendo el prolongado silencio–. Veo que le estás traduciendo con las manos lo que hablamos. Apostaría cualquier cosa a que, aunque lo disimule, oye mejor que nosotros. –Hizo una breve pausa–. ¿Quién eres tú, que tanto te preocupas por saber si existen los elfos?

Wren se lo explicó, segura ya de que era la persona que había de presentarse en respuesta a la almenara, que quería averiguar sus intenciones y por eso se mostraba cauteloso y reticente. Le contó toda su vida, y que estaba buscando alguna conexión con sus orígenes. Le refirió su encuentro con el espíritu de Allanon y la misión que el druida le había encomendado: buscar a los elfos y conseguir que regresaran al mundo de los hombres para que prestasen su colaboración en la lucha contra los Espectros.

Pero no quiso hablarle de las piedras élficas. Todavía no estaba dispuesta a confiar a nadie su secreto.

Mientras hablaba, Tigre Ty cambiaba constantemente de postura con gestos nerviosos. Había concentrado toda su atención en Wren y parecía que se hubiera olvidado de la presencia de Garth. No llevaba armas, a excepción de un cuchillo largo, pero con *Espíritu* vigilando allí no parecía que pudiera necesitarlas. El ruc era su protector, no le cabía la menor duda.

–Sentémonos –dijo Tigre Ty cuando la joven concluyó su relato, quitándose los guantes de cuero–. ¿Tenéis algo de comer?

Se sentaron junto a la olvidada almenara, y la muchacha le ofreció pan, cerveza y frutos secos. Comieron y bebieron en silencio. Wren y Garth intercambiaban inquisitivas miradas de vez en cuando, pero Tigre Ty, absorto en la comida, las ignoraba.

–Un buen comienzo para un buen día, Wren –dijo Tigre Ty cuando terminaron el desayuno, esbozando una sonrisa por primera vez–. Muchas gracias.

–Tu presencia es muy grata –respondió Wren, haciendo un gesto de asentimiento–. Ahora dime: ¿eres tú la persona que debía responder a la hoguera?

–Bueno... Eso depende, ¿sabes? –respondió Tigre Ty, frunciendo el entrecejo– Permíteme hacerte una pregunta, Wren. ¿Has oído hablar de los jinetes alados?

Wren hizo un gesto negativo.

–Pues eso es lo que soy yo, como ves. Un jinete alado. Un navegante de las rutas aéreas, un vigilante de la costa de las Tierras Occidentales. Mi ruc es *Espíritu,* y fue adiestrado por mi padre, quien me lo cedió cuando alcancé la edad adecuada. Algún día pasará a ser de mi hijo, si demuestra que posee las suficientes aptitudes. Pero la verdad es que tengo serias dudas sobre sus aptitudes. Es un muchacho alocado que no hace más que volar de acá para allá sobre el ruc sin pedir permiso. Desoye todos mis consejos. Es impulsivo. En cualquier caso, los jinetes alados vuelan sobre la Linde Azul desde hace cientos de años. En este preciso lugar, donde nos encontramos ahora, y allí detrás en el valle, estuvo nuestro hogar en otra época. Se llamaba Ala Desplegada. Eso ocurrió en la

época del druida Allanon. Como veis, sé algunas cosas.

–¿Conoces el apellido Ohmsford? –preguntó Wren, sin pensarlo.

–Hay una leyenda sobre cierto Ohmsford que vivió hace siglos, cuando los elfos luchaban contra los demonios evadidos de la Prohibición. Dicen que los jinetes alados también participaron en aquella guerra. Pero había un Ohmsford, según he oído. ¿Era pariente tuyo?

–Sí. Salvando la distancia de nueve generaciones.

–Así que desciendes de la casa de Shannara, ¿verdad? –preguntó Tigre Ty en actitud pensativa, haciendo un gesto de asentimiento.

–Supongo que ésa es la razón por la que me encomendaron la misión de buscar a los elfos, Tigre Ty –respondió la muchacha, haciendo un gesto de asentimiento.

–Los jinetes alados también somos ellos, ¿sabes? –dijo Tigre Ty con cautela–. Pero no los que estás buscando. Tú buscas a los elfos terrestres, no a los aéreos. ¿Conoces la diferencia?

Wren hizo un gesto negativo. Entonces él le explicó que los habitantes de Ala Desplegada eran elfos aéreos y que se consideraban un pueblo independiente. Los demás, la mayoría, eran elfos terrestres, porque no ejercían ningún control sobre los rucs y, por tanto, no podían volar.

–Por eso no nos pidieron que los acompañáramos cuando emigraron –concluyó, frunciendo el entrecejo–. En cualquier caso, tampoco hubiéramos aceptado su petición.

–Entonces aún hay elfos, ¿verdad? –preguntó Wren, sintiendo que se le aceleraba el pulso–. ¿Dónde están, Tigre Ty?

–No sé si debería responderte, ni siquiera estoy seguro de que deba seguir hablando contigo –respondió el hombrecillo, parpadeando y contrayendo su curtido rostro–. Es posible que seas quien dices ser, pero también es posible que no lo seas. Incluso aunque lo seas, tal vez no te corresponda conocer el destino de los elfos. ¿Dices que te envía el druida Allanon? ¿Que te mandó a buscar a los elfos para hacer que regresaran? Me parece que te han encomendado una difícil misión.

–No me vendría mal una pequeña ayuda –admitió Wren–. ¿Te importaría prestármela, Tigre Ty?

–Bien... creo que en eso vas a tener suerte, Wren –respondió el hombrecillo, interrumpiendo sus reflexiones y haciendo un gesto de asentimiento en señal de acuerdo con su propia decisión–. Además, me gusta lo que veo en ti. A mi hijo no le vendría mal un poco de lo que tú tienes. Por otra parte, quizá sea eso lo que le sobra. Mmm...

»Allá lejos –continuó, irguiendo la cabeza y fijando en la muchacha sus penetrantes ojos, mientras señalaba con la mano hacia la Linde Azul–. Allí es donde están los que han conseguido sobrevivir. –Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo–. Es una larga historia, así que escucha atentamente, porque no tengo ninguna intención de repetirla. Tú también, amigo. –Señaló a Garth con un dedo amenazador.

»Hace mucho tiempo, más de cien años –prosiguió el hombrecillo, respirando profundamente y recostándose–, los elfos terrestres se reunieron en consejo y tomaron la decisión de emigrar de las Tierras Occidentales. No me preguntéis por qué, ya que mis conocimientos no llegan a tanto. Supongo que fue a causa de la Federación, que se adueñó del poder con la pretensión de que todo lo habido y por haber le pertenecía. Además, cargaba la responsabilidad de cualquier problema sobre la magia y sobre los elfos. Era algo realmente increíble. El caso es que a los elfos terrestres no les gustaba la situación y decidieron marcharse. Pero ¿dónde podían ir? Era difícil encontrar un lugar que acogiera a un pueblo entero sin provocar trastornos en sus habitantes. Las Tierras Orientales, las Tierras Meridionales, las Tierras Septentrionales... todas estaban ocupadas. Así que nos pidieron consejo. Los elfos aéreos viajábamos más que la mayoría de los terrestres, y

conocíamos lugares que eran completamente desconocidos para los demás. Les dijimos que había islas desiertas en la Linde Azul. Reflexionaron la cuestión, la discutieron entre ellos, hicieron algunas excursiones aéreas con los rucs y sus jinetes alados, y tomaron una decisión. Fijaron un punto de encuentro, construyeron centenares de barcos en secreto y se fueron.

–¿Todos?

–Hasta el último de ellos, según mis noticias. Se marcharon en los barcos.

–¿Para vivir en las islas? –preguntó Wren, incrédula.

–En una isla. –Tigre Ty levantó un dedo para dar mayor énfasis a sus palabras–. En Morrowindl.

–¿Se llamaba así? ¿Morrowindl?

–La mayor de todas, con unos trescientos kilómetros de anchura, ideal para practicar la agricultura, una especie de Sarandanon ya cultivado. Abundaban las frutas, las verduras, los árboles y poseía buena tierra, y además estaba protegida... de cualquier cosa... También era rica en caza. Los elfos terrestres tenían un propósito: abandonar el viejo mundo y empezar una nueva vida, aislándose y olvidándose de las otras razas. También querían recuperar su magia.

»Como decía, eso fue hace mucho tiempo –prosiguió Tigre Ty, aclarándose la garganta–. Después, nosotros emigramos también. No tan lejos, ya sabéis, sólo a las islas costeras, sólo lo suficiente para impedir que la Federación pudiera caer sobre nosotros. Ellos no distinguen entre unos elfos y otros. Ya estábamos hartos de esa manera de pensar. No éramos muchos, desde luego; no tantos como los elfos terrestres. Necesitábamos menos espacio y pudimos establecernos en las islas más pequeñas, que es donde todavía estamos, Wren. A dos o tres kilómetros de la costa. Sólo regresamos al continente cuando es completamente necesario. Por ejemplo, cuando alguien enciende una almenara. Eso fue lo que acordamos.

–¿Con quién establecisteis ese acuerdo?

–Con los elfos terrestres. Unos pocos, que se habían quedado con las otras razas, entablaban contacto con nosotros por medio de la hoguera. Y con el paso de los años algunos elfos regresaron al continente. Por tanto, algunos conocían esta forma de comunicación. Pero la mayoría de elfos murieron hace mucho tiempo. Esa Víbora... no sé cómo puede haberse enterado.

–Espera un momento, Tigre Ty –dijo Wren, extendiendo las manos en actitud apaciguadora–. Acaba primero tu historia sobre los elfos terrestres. ¿Qué les sucedió? Has dicho que emigraron hace más de cien años. ¿Qué les sucedió después?

–Se asentaron, construyeron sus casas, se multiplicaron y vivieron felices –respondió el hombrecillo, encogiéndose de hombros–. Todo iba mejor de lo que esperaban... al principio. Luego, hace unos veinte años, empezaron surgir los problemas. Es difícil decir en qué consistían; no tuvieron ocasión de explicárnoslo. Nos veíamos de tarde en tarde. Seguíamos sin tratarnos mucho, incluso después de que nosotros emigráramos también. Por el motivo que fuese, todo empezó a cambiar en Morrowindl. Se inició con el Killeshan, el volcán. Había estado dormido durante centenares de años, y se despertó de repente. Echó humo, escupió lava y eructó un par de veces. Las nubes de ceniza volcánica empezaron a llenar el cielo. El aire, la tierra, el agua de los alrededores... cambiaron. –Se detuvo, con el semblante ensombrecido por una dura expresión–. Y también cambiaron ellos, los elfos terrestres. Aunque al principio nos negábamos a admitirlo, veíamos que habían sufrido una transformación. Se notaba en la actitud recelosa y reservada que adoptaban cuando nos acercábamos. Siempre iban armados hasta los dientes. Y en la isla empezaron a aparecer unas extrañas criaturas, unos seres monstruosos que nunca habían vivido en ella. Aparecieron como si hubieran surgido de la nada. Y la tierra empezó a degenerar, igual que

todas las demás cosas.

»Los elfos terrestres empezaron a extinguirse, poco a poco al principio, y con mayor rapidez a medida que pasaba el tiempo –prosiguió Tigre Ty, dando un suspiro–. En otra época vivían dispersos, ocupando toda la isla; después fueron concentrándose en su capital, apiñándose como ratas en un barco que se hunde. Construyeron fortificaciones y las reforzaron con la magia. Una magia ancestral, ¿sabéis?, rescatada del tiempo y utilizada a la vieja usanza. Los elfos aéreos no queremos ni oír hablar de ella. Nunca hemos compartido el uso de la magia. –Se recostó–. Hace diez años desaparecieron por completo.

–¿Desaparecieron? –inquirió Wren, con semblante preocupado.

–Se desvanecieron. Seguían en Morrowindl, creo, pero escondidos. Entonces la isla era una masa de ceniza, niebla y vapores sofocantes. Estaba tan cambiada que parecía un lugar completamente diferente. –Frunció el entrecejo–. No podíamos entrar para averiguar lo sucedido. Enviamos media docena de jinetes alados, pero ninguno regresó. Ni siquiera los rucs. Y ningún elfo salió de la isla. Ninguno, Wren. En todo ese tiempo.

La muchacha bohemia permaneció en silencio un rato, reflexionando. El Sol se había levantado en el horizonte, y su cálido torrente de luz caía en cascada desde las cumbres de las montañas Irrybis; el despejado cielo matutino era luminoso y acogedor. *Espíritu* seguía posado en el borde del farallón, ajeno a ellos, inmóvil como una estatua. Sólo sus agudos y penetrantes ojos indicaban que tenía vida.

–Por tanto, si siguen con vida algunos elfos –dijo Wren rompiendo el silencio–, algunos elfos terrestres quiero decir, estarán en algún lugar de Morrowindl. ¿Estás seguro de eso, Tigre Ty?

–Seguro hasta cierto punto –respondió el jinete alado, encogiéndose de hombros–. Es posible que se hayan ido a otro sitio, pero es muy extraño que no nos lo hayan dicho.

–¿Puedes llevarnos a Morrowindl? –preguntó Wren, respirando profundamente.

Fue una petición impulsiva, nacida de su fuerte y quijotesca determinación de descubrir una verdad que parecía estar oculta no sólo para ella, sino también para todos los demás. Reconoció que se estaba comportando de una forma egoísta. No había tenido la delicadeza de consultar con Garth, ni había pensado en las heridas que sufría como consecuencia de su lucha con el Espectro. Mantuvo los ojos fijos en Tigre Ty, sin atreverse a mirar al gigante bohemio.

No cabía la menor duda de lo que Garth pensaba sobre esa idea.

–Podría llevaros a Morrowindl –respondió el pequeño jinete con expresión ceñuda–. Pero no lo haré.

–Necesito saber si han conseguido sobrevivir algunos elfos –insistió la muchacha, intentando controlar el tono de su voz. Entonces se arriesgó a dirigir una mirada a Garth. El rostro del gigantesco bohemio estaba completamente inexpresivo–. Necesito descubrir si pueden ser devueltos al mundo de los hombres. Ésa fue la misión que me encargó Allanon, y creo que tiene la suficiente importancia para cumplirla.

–¡Otra vez Allanon! –exclamó Tigre Ty, visiblemente irritado–. ¿Estás dispuesta a arriesgar tu vida para cumplir el mandato de un fantasma? ¿Tienes idea de cómo es Morrowindl? ¡No, por supuesto que no! ¿Por qué me molesto siquiera en preguntártelo? No has escuchado ni una sola palabra de lo que he dicho, ¿verdad? ¿Piensas que puedes entrar, echar una ojeada y salir? ¡Pues eso es imposible! No conseguirías dar ni veinte pasos, Wren... ¡ni tú ni tu amigo! ¡Esa isla es una trampa mortal! Pantanos y selvas cubiertos de cenizas volcánicas, con el Killeshan escupiendo fuego sin cesar. ¿Y los monstruos que viven en ella? ¿Qué oportunidades crees que tendréis si os enfrentáis a ellos? Si los jinetes alados y sus rucs no consiguieron aterrizar en ella y volver a levantar el vuelo, podéis estar completamente seguros de que tampoco lo conseguiréis vosotros.

–Tal vez –admitió Wren–. Pero tengo que intentarlo.

Miró de nuevo a Garth, quien, en vez de recriminarla, le recomendó que actuase con prudencia.

¿Estás segura de que deseas seguir?, le preguntó el gigante bohemio.

La muchacha respondió a Garth con un rápido y decidido gesto de asentimiento.

–¿No quieres saber qué les ha sucedido? –pregunto Wren al jinete alado–. ¿Qué ocurrirá si necesitan ayuda?

–Eso no cambiaría nada –refunfuñó Tigre Ty–. ¿Qué podríamos hacer los elfos aéreos? Sólo somos un puñado. Ellos eran miles. Si no lograron dominar lo que haya en esa isla, ¿qué posibilidades tendríamos nosotros? ¿O tú, señorita rescatadora?

–¿Quieres llevarnos? –insistió Wren.

–¡No, no lo haré! ¡Ya puedes olvidarte de eso! –respondió el jinete alado, levantándose encolerizado.

–Muy bien. Entonces construiremos una lancha y con ella llegaremos a Morrowindl.

–¡Construir una lancha! ¡Qué sabréis vosotros de construir embarcaciones y menos aún de navegar en ellas! –Tigre Ty estaba muy enfadado–. ¡Eres una insensata, una cabeza de chorlito...!

Se dirigió corriendo hacia *Espíritu,* pero antes de llegar donde esperaba el gigantesco pájaro se detuvo, pisoteó con rabia el suelo, se giró y volvió sobre sus pasos. Tenía la cara enrojecida y sus manos se habían convertido en puños crispados.

–Estás dispuesta a ir, ¿verdad? –preguntó–. Tanto si te ayudo a hacerlo como si no.

–Tengo que ir –respondió la muchacha con voz serena.

–Pero eres sólo... No eres más que... –dijo el jinete alado, incapaz de completar el pensamiento.

–Soy más fuerte de lo que crees –respondió la muchacha con voz cortante como un cuchillo. Había entendido lo que Tigre Ty quería decirle, y no le había gustado nada–. No tengo miedo.

Tigre Ty le dirigió una mirada larga y dura, observó de reojo a Garth durante un breve instante y levantó las manos en un gesto de resignación.

–¡De acuerdo, está bien! –concedió el jinete alado, con expresión iracunda–. ¡Yo os llevaré! Sólo hasta la costa. Fíjate bien en lo que te digo, porque, al contrario que tú, yo estoy en mi sano juicio y no quiero arriesgar mi cuello ni el de *Espíritu* sólo por satisfacer tu curiosidad.

–Esto no tiene nada que ver con la satisfacción de mi curiosidad, y tú lo sabes muy bien –respondió la muchacha, dirigiéndole una gélida mirada.

–Es posible –dijo el elfo inclinándose hasta poner su rostro a unos pocos centímetros del de la joven–. Pero escucha. Quiero que me prometas que, cuando veas a lo que has de enfrentarte, reconsiderarás tu decisión. Porque, a pesar de que no tienes mucho sentido común, hay en ti algo que me agrada, y lamentaría que sufrieras una desgracia. Las cosas no van a ser como piensas. Lo verás muy pronto. Así que prométemelo. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –respondió Wren, haciendo un solemne gesto de asentimiento.

–Entonces, vayamos –dijo Tigre Ty entre dientes, irguiéndose con las manos en las caderas, conservando su actitud retadora–, y acabemos con el asunto de una vez por todas.

5

Tigre Ty estaba impaciente por partir, pero Wren y Garth necesitaron casi una hora para volver al valle y recoger los pertrechos y armas que llevarían consigo y atender a sus caballos. Los animales seguían atados, y Garth los soltó para que pudieran pastar y beber cuando lo necesitaran. En el valle disponían de hierba y agua más que suficiente para sobrevivir y, por otra parte, eran unos animales que estaban adiestrados para no alejarse del lugar donde se los dejaba. La joven bohemia seleccionó una parte de sus provisiones, cogiendo las más precisas y fáciles de transportar. La mayor parte de sus pertenencias eran demasiado pesadas, y las escondió en un lugar seguro para recogerlas a su regreso.

Si es que regresaban, pensó sombríamente.

¿En qué se había metido? Su mente no cesaba de dar vueltas y más vueltas al asunto por su gran magnitud, y se vio obligada a preguntarse si un día no llegaría a tener motivos para arrepentirse de su temeridad.

Cuando regresaron a los acantilados, Tigre Ty los esperaba con visible impaciencia. Inmediatamente ordenó a *Espíritu* que se levantara, y después ayudó a Wren y a Garth a subir a lomos del gigantesco pájaro y a atarse con las correas de los arneses. Había abrazaderas para los pies, asideros de nudos para las manos y una traba para la cintura, todo ello para garantizar la seguridad de los jinetes. Tigre Ty les explicó prolijamente cómo reaccionaría el ruc cuando estuviera en el aire y qué efectos les produciría el vuelo. Dio a cada uno un trozo de raíz de sabor amargo para que lo masticaran, indicándoles que así evitarían mareos.

–Aunque no debería molestar con tales minucias a un par de bohemios veteranos –comentó, esbozando una sonrisa que era peor que su gesto de enfado.

Después subió y se instaló cómodamente delante de ellos, se puso sus gruesos guantes y, sin previo aviso, dio un grito y unas palmadas a *Espíritu* en el cuello. El gigantesco pájaro respondió con un penetrante graznido, desplegó las alas y se elevó en el aire. Sobrevolaron el borde de los acantilados, descendieron de repente, encontraron una corriente de aire y se remontaron hacia el cielo. Wren sintió una opresión en el estómago. Cerró los ojos para contrarrestarla y los abrió de nuevo, consciente de que Tigre Ty la miraba por encima del hombro, riendo entre dientes. Le correspondió con una animada sonrisa. *Espíritu* volaba sobre la Linde Azul sin apenas mover las alas, aprovechando el impulso del viento. A sus espaldas, la costa iba achicándose y perdiendo nitidez, y pronto fue sólo una delgada línea en el horizonte.

El tiempo pasaba. No veían nada bajo sus pies salvo algunos atolones rocosos y el ocasional chapoteo producido por algún pez grande. Las aves acuáticas revoloteaban y se zambullían produciendo pequeñas estelas blancas, y las nubes flotaban como bandas de gasa. El océano extendía su vasta y llana superficie azul, veteada con las espumosas crestas de las olas que corrían presurosas hacia las distantes costas. Un rato después, Wren logró superar su malestar inicial y serenarse. A Garth le costó bastante más adaptarse. Estaba sentado detrás de Wren, y cuando ésta volvió la mirada hacia él, percibió la rigidez de su oscuro rostro y la crispación de sus manos aferradas a las correas. La muchacha desvió su mirada para concentrarla en el océano.

Pronto empezó a pensar en Morrowindl y en los elfos. Tigre Ty no parecía propenso a fantasear, y no cabía esperar que hubiera exagerado el peligro que correría si persistía en el propósito de adentrarse en la isla. Era verdad que estaba decidida a descubrir qué había sido de los elfos, pero también era evidente que su descubrimiento serviría de muy poco si no sobrevivía para hacer algo que pudiera remediar la situación. Pero ¿qué podría hacer,

suponiendo que los elfos siguiesen todavía en Morrowindl? Si nadie había logrado entrar ni salir de la isla desde hacía diez años, ¿cómo iba a cambiar la situación? Fueran cuales fuesen las circunstancias en que ahora se encontrasen los elfos, ¿por qué iban a considerar lo que Allanon quería que les propusiera... que abandonaran aquel lugar y regresaran a las Cuatro Tierras?

Por supuesto, carecía de respuestas a estas preguntas, y era inútil que intentara encontrarlas. Hasta entonces, había tomado las decisiones basándose sólo en su intuición. Así lo había hecho al iniciar la investigación sobre los elfos, al buscar a la Víbora en el Recinto de Grimpen y seguir sus instrucciones, y al convencer a Tigre Ty para que los llevara a Morrowindl. No podía menos de preguntarse si en esta ocasión su intuición estaría errada. Garth había permanecido junto a ella, casi sin discutir, pero podía haberse comportado así por lealtad o amistad. Podría haber decidido discutir el asunto, pero eso no implicaba que lo hubiese hecho con más sentido común que ella. Recorrió con la vista la vacía extensión de la Linde Azul, y se sintió pequeña y vulnerable. Morrowindl era una isla perdida en el océano, una minúscula porción de tierra en medio de tanta agua. Cuando llegaran a ella, Garth y ella quedarían aislados de todo cuanto les era familiar. No podrían regresar si no contaban con un ruc o una lancha, y no podían confiar en que hubiera alguien en la isla dispuesto a ayudarles. Tal vez no quedara ningún elfo. Tal vez sólo hubiese monstruos...

Monstruos. Durante un momento se preguntó de qué clase serían. Tigre Ty no se lo había dicho. ¿Serían tan peligrosos como los Espectros? Eso explicaría la desaparición de los elfos. Supuso que un número suficiente de estos monstruos podría haberlos atrapado, o incluso aniquilado. Pero ¿cómo habían permitido los elfos que ocurriera tal cosa? Y en caso de que los monstruos no los hubieran atrapado, ¿por qué continuaban en Morrowindl? ¿Por qué no habían enviado ni siquiera un solo mensajero en busca de ayuda?

¡Había tantas preguntas sin respuesta...! Cerró los ojos y las desechó.

Era cerca del mediodía cuando sobrevolaron un grupo de pequeñas islas que parecían esmeraldas flotando en el mar, con su vivo color verde destacándose contra el fondo azul. *Espíritu* giró a su alrededor durante un momento bajo la dirección de Tigre Ty, después descendió hacia la mayor y escogió un estrecho risco cubierto de hierbas para aterrizar. Cuando el enorme pájaro se posó, sus jinetes se desabrocharon las correas de seguridad y desmontaron. Wren y Garth tenían los músculos agarrotados y doloridos, y tardaron un instante en conseguir que sus miembros recuperasen la movilidad. La muchacha se frotó las articulaciones y miró a su alrededor. La isla parecía estar formada por una oscura roca porosa, sobre la cual crecía la vegetación como si se tratara de tierra fértil. Había roca por todas partes, y crujía bajo sus pies al caminar. Wren se agachó y cogió un trozo, descubriendo que era sorprendentemente ligero.

–Lava solidificada –dijo Tigre Ty al ver la expresión de asombro dibujada en la cara de la muchacha–. Todas estas islas forman parte de una cadena volcánica que emergió hace cientos o quizá miles de años. –Hizo una breve pausa y señaló con la mano–. Las islas donde viven los elfos aéreos están situadas al sur. Como podéis comprender, no iremos allí. No quiero que nadie se entere de que voy a llevaros a Morrowindl. No quiero que descubran mi alto grado de estupidez.

Se dirigió hacia un montículo cubierto de hierba y se sentó. Tras descalzarse los guantes y las botas, empezó a masajearse los pies.

–Dentro de un instante tendremos algo de comer y de beber –murmuró.

Wren permaneció en silencio. Garth se había echado sobre la hierba y cerrado los ojos. Se sentía satisfecho por poder pisar de nuevo la tierra con sus pies. Dejó en el suelo la piedra que había estado examinando y dio unos pasos para sentarse junto a Tigre Ty.

–Nos has hablado de unos monstruos que viven en Morrowindl –dijo la muchacha

tras guardar un breve instante de silencio. Una suave brisa le alborotaba el cabello, tapándole la cara– ¿Puedes explicarme algo sobre ellos?

–Los hay de todas clases, Wren –respondió Tigre Ty, fijando sus agudos ojos en la joven bohemia–. Grandes y pequeños, de cuatro patas y de dos; unos vuelan, otros reptan y otros caminan erguidos sobre sus patas traseras. Unos están recubiertos de pelo, otros de escamas y otros tienen la piel lampiña. Algunos parecen surgidos de nuestras peores pesadillas. Otros, según dicen, no son verdaderos seres vivientes. Unos cazan en manadas, mientras que otros excavan guaridas en la tierra y acechan desde ellas. –Hizo un gesto de preocupación–. Yo sólo he visto uno o dos. De los demás sólo he oído descripciones, pero hay muchas clases. –Reflexionó durante un instante–. ¿No te parece extraño que haya tantas clases? Además, también es muy extraño que al principio no hubiera ninguno y, de repente, empezasen a aparecer.

–¿Crees que los elfos están relacionados de alguna manera con ellos? –preguntó Wren.

–Supongo que sí –respondió Tigre Ty, frunciendo los labios en un gesto reflexivo–. Deben de estar relacionados con su recuperación de la magia, con su retorno a las viejas costumbres, pero los pocos con los que he podido hablar se negaban a admitirlo. Eso fue hace unos diez años, tal vez más. Afirmaban que todo se debía a los cambios registrados en la tierra y el clima a causa de la erupción del volcán. Imagínate.

»Así son las cosas, ya sabes –prosiguió Tigre Ty, esbozando una leve sonrisa, como si se disculpara–. Nadie está dispuesto a decir la verdad. Todo el mundo quiere guardar secretos. –Hizo una pausa y se frotó la barbilla–. Por ejemplo, ¿estás tú dispuesta a contarme lo que sucedió en Ala Desplegada? Mientras esperabais a que yo viese vuestra hoguera y me acercase... –Observó el rostro de Wren–. Cojo las cosas al vuelo, porque se me escapan muy pocos detalles. Como el estado en que se encuentra tu amigo, con tantas vendas. Arañado y magullado por una lucha reciente y dura. Tú misma tienes varias marcas. Además, en las rocas había una mancha oscura, producida, sin duda, por un fuego muy intenso. No estaba donde suele encenderse la almenara, y era reciente. Por otra parte, la roca mostraba profundos arañazos en un par de sitios, producidos por armas de hierro, supongo. O por garras.

–Estás en lo cierto... –respondió Wren, esbozando una sonrisa a su pesar y mirando al jinete alado con evidente admiración–. Eres muy observador, Tigre Ty. Hubo una lucha, en efecto. Alguien nos estuvo siguiendo durante semanas, un ser al que llamábamos nuestra «sombra». –Al instante vio una expresión de reconocimiento en sus ojos–. Nos atacó en cuanto encendimos la hoguera, pero conseguimos acabar con su vida.

–¿Es posible? –preguntó el elfo, respirando profundamente por la nariz–. ¿Vosotros dos solos pudisteis destruir a un Espectro? Conozco un poco a los Espectros. Se necesita algo especial para destruirlos. Fuego, tal vez. La clase de fuego que procede de la magia élfica. Eso explicaría la quemadura de la roca, ¿no es cierto?

–Tal vez –respondió la muchacha bohemia, haciendo un gesto de asentimiento.

–Eres igual que los demás Ohmsford, ¿no es así, Wren? –preguntó el elfo aéreo, inclinándose hacia delante–. También tienes magia.

Había pronunciado estas palabras con voz suave y en tono especulativo, reflejando una curiosidad nueva en sus ojos. Volvió a acertar, por supuesto. Ella tenía magia. Desde que había hecho este descubrimiento, se había esforzado en no pensar en él, porque de lo contrario hubiera tenido que admitir las responsabilidades inherentes a su posesión y uso. Continuaba diciéndose a sí misma que las piedras élficas no le pertenecían, que era una mera depositaría y, además, involuntaria. Sí, habían salvado la vida de Garth y también la suya propia, por lo que les estaba agradecida. Pero su magia era peligrosa. Todo el mundo lo sabía. Ella había sido adiestrada durante toda su vida para valerse por sí misma, para

confiar en su instinto y en su destreza, y también para recordar que la supervivencia dependía principalmente de las habilidades y el pensamiento propios. No estaba dispuesta, ni tampoco lo deseaba, a sacrificar estos principios en aras de la magia élfica.

Tigre Ty seguía mirándola, esperando su respuesta. Wren sostuvo su mirada y permaneció en silencio.

–Bien –dijo el jinete alado, rompiendo el silencio y haciendo un gesto de indiferencia, como si de repente hubiera perdido todo interés en el asunto–. Ya es hora de tomar un bocado.

La isla estaba llena de árboles frutales, que les brindaron una comida satisfactoria. Luego bebieron agua fresca de un arroyo que encontraron tierra adentro. Crecían flores por todas partes (buganvillas, adelfas, hibiscos, orquídeas y otras muchas), frondosos arbustos floridos cuyos luminosos colores resaltaban sobre el verde, y el aire estaba impregnado de sus aromas. Había palmeras, acacias, banianos y una planta llamada gingeo. Extraños pájaros estaban posados en las ramas de espinosas zarzas, exhibiendo el arco iris de su plumaje. Mientras caminaban, Tigre Ty describía todo lo que encontraban a su paso, señalando, identificando y explicando. Wren miraba a su alrededor con asombro, sin permitir que su vista se fijase en ningún sitio más de unos segundos, para no perder ningún detalle. Nunca había visto tanta belleza, tal profusión de maravillas naturales. Resultaba casi abrumadora.

–¿Se parece Morrowindl a esto? –preguntó la muchacha bohemia a Tigre Ty.

–En otra época sí se parecía –respondió escuetamente el elfo aéreo, dirigiendo a Wren una rápida mirada.

Poco después volvieron a subir a lomos de *Espíritu* y reanudaron el vuelo. En esta ocasión no les resultó tan incómodo, e incluso parecía que Garth había descubierto la manera de soportar mejor el viaje. Se dirigieron al noroeste, desviándose de la trayectoria seguida por el Sol. Había otras islas, pequeñas y en su mayoría rocosas, aunque en todas había alguna vegetación. El aire era cálido y sedante; el Sol ardía en un cielo sin nubes e iluminaba fuertemente la Linde Azul haciéndola destellar. Vieron unos enormes animales marinos, a los que Tigre Ty denominó ballenas, afirmando que eran las criaturas más grandes que habitaban en el océano. Se veían aves de todos los tamaños y formas. Había peces que nadaban en grupos numerosos, llamados cardúmenes, y saltaban del agua en formación, arqueando sus cuerpos plateados bajo el Sol. El vuelo se convirtió en una fascinante experiencia de aprendizaje para la muchacha bohemia, que se sumergió en sus lecciones.

–¡Nunca he visto nada parecido! –le gritó con entusiasmo a Tigre Ty.

–Pues espera a que lleguemos a Morrowindl.

A media tarde descendieron por segunda vez del ruc para hacer un breve descanso, escogiendo una isla con anchas playas de arena blanca y ensenadas tan poco profundas que el agua adquiría un color turquesa claro. Wren se dio cuenta de que *Espíritu* llevaba todo el día sin comer, y preguntó la causa. Tigre Ty explicó que el ruc comía carne que él mismo cazaba. Solamente necesitaba alimentarse una vez cada siete días.

–El ruc es un pájaro del todo autosuficiente –manifestó el jinete alado con evidente admiración hacia el animal–. Sólo necesita que se le permita actuar por su cuenta. Desde luego, es mucho más de lo que puede decirse de la mayoría de gente.

Continuaron el viaje en silencio. Tanto Wren como Garth empezaban a mostrar signos de cansancio. Sus articulaciones estaban rígidas por haber mantenido la misma postura durante todo el día, estaban doloridos por el continuo balanceo y además sentían fuertes calambres en los dedos de las manos por permanecer agarrados durante tanto tiempo a los asideros. Las aguas de la Linde Azul se desplazaban ordenadamente en una incesante procesión de olas. Hacía tiempo que habían perdido de vista el continente, y el

océano parecía extenderse hasta el infinito. La joven bohemia se sentía empequeñecida, reducida a algo tan insignificante que corría peligro de desaparecer. Su sensación de aislamiento se había ido incrementado con el transcurso de las horas, y de pronto se preguntó por primera vez si algún día volvería a su tierra.

Cerca del ocaso avistaron Morrowindl. El Sol había descendido hasta el filo del horizonte, su luz se había suavizado, cambiando del blanco al naranja claro. Una franja púrpura y plata entrelazaba una larga línea de nubes de formas extrañas, que desfilaban por el cielo como insólitos animales. Perfilándose contra este panorama se destacaba la isla, oscura, cubierta de bruma y repulsiva. Era mucho mayor que las que habían visto hasta entonces, y se levantaba como un muro a medida que se aproximaban. El Killeshan elevaba su dentada boca hacia el cielo, exhalando vapor de su garganta. Sus laderas descendían hasta sumergirse en una densa capa de niebla y cenizas, desaparecían bajo ésta y emergían en una costa formada por proyecciones rocosas y escabrosos acantilados. Las olas rompían contra las piedras, tornándose en blanca espuma que salpicaba hacia lo alto.

Espíritu se acercaba a la isla, descendiendo hacia el sudario ceniciento. Un fuerte hedor impregnaba el aire, el olor del sulfuro salido de las entrañas de la tierra, donde el fuego del volcán convertía la roca en ceniza. A través de las nubes y la bruma pudieron ver valles y cordilleras, gargantas y desfiladeros, todos densamente arbolados, con la apariencia de una sofocante jungla. Tigre Ty miró hacia atrás por encima del hombro, haciendo señas. Iban a rodear la isla. Guiado por él, *Espíritu* viró a la derecha. El extremo norte de la isla estaba bajo una lluvia torrencial, un monzón que lo inundaba todo, formando gigantescas cataratas que se despeñaban por precipicios de centenares de metros de altura. Al oeste, la isla era tan árida como un desierto, toda cubierta de lava solidificada excepto en algunos lugares donde crecían arbustos de vistosas flores y nudosos y atrofiados árboles inclinados por el viento. Al sur y al este, la isla era una masa de playas de arenas negras y singulares formaciones rocosas que entraban en contacto con las aguas de la Linde Azul antes de elevarse para desaparecer en medio de la selva y la bruma.

La joven bohemia contemplaba con recelo Morrowindl. Era un lugar amenazador e inhóspito, y presentaba un fuerte contraste con las islas que habían visto durante el viaje. Diversos frentes climáticos chocaban y se repelían. Cada lado de la isla ofrecía unas condiciones atmosféricas completamente distintas. El conjunto era sombrío y nuboso, como si el Killeshan fuera un demonio que exhalara fuego y se hubiese envuelto en el manto de su propio y sofocante hálito.

Tigre Ty hizo que *Espíritu* virara por última vez y lo dirigió a tierra. El ruc se posó con cautela en el límite de una amplia playa de arena negra, clavando las garras en la roca volcánica triturada y plegando las alas con manifiesto disgusto. El gigantesco pájaro se volvió hacia la jungla, fijando en la niebla sus penetrantes ojos.

Tigre Ty les ordenó que desmontaran y, tras desabrocharse las correas, se deslizaron sobre la playa. Wren miró tierra adentro. La isla se levantaba ante ella, formada por afloramientos rocosos sobre los que crecía una abundante vegetación cubierta por la niebla. Ya no se veía el Sol, y las sombras y la penumbra lo cubrían todo.

–Supongo que te mantienes firme en tu decisión, ¿no es así? –preguntó a Wren el jinete alado, volviéndose hacia ella–. ¿Sigues tan empeñada como antes?

La muchacha bohemia se limitó a responder a Tigre Ty con un gesto de asentimiento, temerosa de manifestar sus dudas al hablar.

–Entonces, escucha. Y piensa que puedes cambiar de opinión mientras lo haces. Te he mostrado los cuatro lados de Morrowindl por una razón. En el norte llueve sin cesar, todos los días y a todas horas. A veces con fuerza y otras en forma de llovizna. Pero hay agua por todas partes. Hay pantanos y estanques, cataratas y cascadas. Es preciso saber nadar para recorrer la región. Por otra parte, hay madrigueras con seres acechando

permanentemente, dispuestos a abatir a cualquiera.

»El oeste está desierto –prosiguió Tigre Ty, haciendo un gesto con la mano–. Ya lo has visto. No es más que un descampado caluroso, seco y árido. Supongo que creerás que podrás atravesarlo y alcanzar la cima de la montaña. Pero no conseguirás andar ni un kilómetro sin toparte con las criaturas que viven bajo la roca. No tendrás oportunidad de verlas, porque acabarán contigo en un abrir y cerrar de ojos. Las hay a miles, de todos los tamaños y formas, en su mayoría provistas de un veneno que produce una muerte rápida. No hay modo de pasar por allí.

»Nos queda el sur y el este, que son muy similares –prosiguió el jinete alado, frunciendo el entrecejo y las arrugas de su rostro se acentuaron aún más–. Roca, selva, cenizas e innumerables criaturas desagradables. Cuando salgáis de esta playa, no estaréis seguros hasta que regreséis a ella. Ya te he dicho que la isla es una trampa mortal, pero te lo repetiré una vez más por si no me hubieras oído.

»Wren –prosiguió en voz baja Tigre Ty–. No sigas adelante. No tienes ninguna probabilidad de éxito.

–Garth y yo cuidaremos uno del otro –respondió la muchacha, acercándose impulsivamente al elfo aéreo y cogiendo sus nudosas y fuertes manos–. Hace mucho tiempo que nos cuidamos mutuamente.

–No será suficiente –dijo Tigre Ty, haciendo un gesto de preocupación.

–¿Hasta dónde tendremos que llegar para encontrar a los elfos? –le preguntó Wren, aumentando la presión de sus manos–. ¿Puedes darnos alguna idea?

–Su capital, si todavía sigue ocupando el mismo lugar, está en la ladera de la montaña, en un entrante protegido de las corrientes de lava –respondió el elfo aéreo, liberando sus manos de las de Wren y señalando hacia el interior de la isla–. La mayor parte de las montañas descienden hacia el este, y algunas pasan por el interior de la roca hasta el mar. Debe de estar a unos cuarenta kilómetros de distancia. No puedo darte más datos. En diez años cambian muchas cosas.

–Encontraremos el camino –respondió la muchacha.

Respiró profundamente para tranquilizarse, consciente de sus escasas posibilidades de éxito, y dirigió a Garth una inquisitiva mirada. El gigante le respondió con un gesto inexpresivo. Después se volvió hacia Tigre Ty.

–Necesito pedirte algo más. ¿Podrás venir a recogernos? ¿Nos darás tiempo suficiente para que podamos concluir la búsqueda y regresar aquí?

–Vendré, Wren –le prometió Tigre Ty, cruzando los brazos. Su cara reflejaba una profunda tristeza y reproche a la vez–. Os daré tres semanas de tiempo. Durante ellas tendréis tiempo para investigar y regresar. Después vendré una vez a la semana durante un mes seguido. –Hizo un gesto de disgusto–. Pero mucho me temo que será una pérdida de tiempo. No regresaréis. No volveré a veros nunca más.

–Lo conseguiré, Tigre Ty –respondió Wren, esbozando una tranquilizadora sonrisa.

–Sólo hay un modo de conseguirlo –dijo el jinete alado estrechando los ojos–: ser más astuto y más fuerte que cualquiera que te salga al paso. Y... –la señaló con un huesudo dedo– estar mejor preparada para usar la magia.

Se dio media vuelta de repente y se dirigió hacia donde esperaba *Espíritu.* Sin detenerse, montó sobre el gigantesco pájaro, se ató las correas y se acomodó. Cuando acabó, volvió a mirarlos.

–No intentéis entrar de noche –les advirtió–. El primer día, al menos, viajad con la luz del día. Cuando escaléis el Killeshan, manteneos a la izquierda del cráter. –Levantó las manos–. ¡Por todos los demonios, estáis haciendo una completa tontería!

–¡No te olvides de nosotros, Tigre Ty! –gritó Wren.

El jinete alado la miró durante un breve instante con expresión ceñuda, e

inmediatamente dio un ligero golpe con los talones a *Espíritu.* El ruc se elevó en el aire con las alas extendidas contra el viento, ganó altura lentamente y viró hacia el sur. En unos segundos, el gigantesco pájaro se había convertido en una diminuta mancha en la luz menguante.

Wren y Garth se quedaron de pie, silenciosos, en la playa desierta, siguiendo la mancha con la vista hasta que desapareció por completo.

6

Siguiendo el consejo de Tigre Ty, pasaron aquella noche en la playa, y esperaron la llegada del amanecer para adentrarse en la isla. Acamparon en una despejada extensión de arena negra, a unos cuatrocientos metros al norte del lugar donde los había dejado el jinete alado. En aquel lugar, el límite de la marea distaba más de treinta metros del comienzo de la selva. Entonces, ya había anochecido. El Sol se había ocultado tras el horizonte, y su débil luz rielaba sobre las aguas del océano. A medida que la oscuridad se hacía más intensa, la pálida y plateada luz de la Luna y las estrellas cubría la playa desierta, reflejándose en la arena como si sobre ella hubiese diamantes esparcidos, iluminando la costa hasta donde alcanzaba la vista. Pronto descartaron la idea de encender una hoguera; no necesitaban luz ni calor. Desde allí podían ver con toda claridad cualquier cosa que intentara aproximarse, y el aire era cálido y fragante. Una hoguera sólo hubiera servido para llamar la atención, lo cual deseaban evitar a toda costa.

Tomaron una cena fría compuesta de carne desecada, pan y queso, regado con cerveza. Estaban sentados de cara a la selva y de espaldas al océano, aguzando la vista y el oído. Morrowindl perdía nitidez a medida que se asentaba la noche; la jungla, los acantilados y el desierto fueron desapareciendo en la oscuridad hasta que la isla quedó reducida a una silueta recortada contra el cielo, y llegó un momento en que incluso eso se esfumó, y sólo quedó una constante cacofonía de sonidos. Éstos eran en su mayor parte indistinguibles, débiles y sordos, una heterogénea mezcolanza de llamadas, ululatos y zumbidos de pájaros, insectos y animales sumergidos en las tinieblas. Las aguas de la Linde Azul rozaban con un ritmo estable las costas de la isla, bañándolas y retirándose en un lento y acompasado chapoteo. Se levantó una brisa suave y perfumada que eliminó los últimos restos del calor diurno.

Cuando acabaron de cenar, ambos permanecieron un rato en silencio, con la mirada perdida en el cielo, la playa y el océano.

Morrowindl empezaba a inquietar a Wren Ohmsford. Incluso en aquellos momentos, envuelta en la oscuridad, invisible y dormida, la isla era una presencia amenazadora. La joven bohemia la dibujó en su mente: el Killeshan irguiéndose contra el cielo con sus dentadas fauces abiertas, una mezcla de colinas cubiertas por una densa selva, de salientes rocosos y yermos desiertos, un gigante encadenado envuelto en ceniza y niebla, esperando. Podía sentir su respiración en la cara, ansiosa y hambrienta. Podía oír su sibilante saludo.

Podía sentir que la observaba.

La asustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, y no se sentía capaz de superar su miedo. Era una insidiosa sombra que reptaba por los recovecos de su mente, susurrando palabras de significado incomprensible pero cuya intención era clara. Se sentía extrañamente privada de sus habilidades y destrezas, como si le hubieran sido arrebatadas en el momento de poner los pies sobre la isla. Incluso su instinto parecía embotado. No encontraba explicación válida que pudiera justificarlo. No tenía sentido. Aún no había sucedido nada y, sin embargo, allí estaba ella con la seguridad en sí misma hecha añicos y dispersa. Cualquier otra persona se habría sentido reconfortada con la posesión de las legendarias piedras élficas, pero no ella. La magia le parecía algo ajeno a ella, algo de lo que debía desconfiar. Pertenecía a un pasado que sólo conocía de oídas, a una historia perdida que había perdido su vigencia durante varias generaciones. Pertenecía a otro, a alguien a quien no conocía. Las piedras élficas, pensó sombríamente, no guardaban ninguna relación con ella.

Sintió una opresión en el estómago. Las piedras, desde luego, eran una falacia.

Se cubrió el rostro con las manos, como si quisiera esconderse de sí misma. Las dudas crecían en su interior, y de repente, y ya de forma inútil, se preguntó si su decisión de ir a Morrowindl había sido acertada.

Después apartó las manos de la cara y se acercó a Garth lo suficiente para ver bien su barbudo rostro a pesar de la oscuridad. El gigante observó sin moverse cómo Wren levantaba las manos y empezaba a hablarle por señas.

¿Crees que cometí un error al insistir en venir aquí?

Él la miró durante un breve instante y respondió haciendo un gesto negativo.

Nunca es un error hacer algo que se cree necesario.

Creía que era necesario.

Sé que es necesario.

–Pero no he venido sólo para descubrir si aún viven los elfos –dijo Wren, a la vez que movía los dedos–. He venido para averiguar algo sobre mis padres, para enterarme de quiénes eran y qué ha sido de ellos.

El gigante bohemio se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

–Antes no me preocupaba, ya sabes –prosiguió, intentando explicarse–. Me era indiferente. Yo me sentía una persona bohemia, y con eso tenía suficiente. Seguí sin pensar en ellos incluso después de que Cogline viniera a nuestro encuentro y partiéramos hacia el este, al Cuerno del Infierno, para asistir a la cita con el espíritu de Allanon; incluso cuando empecé a hacer preguntas sobre los elfos para saber qué les había sucedido. No tenía ni idea de adónde conducía todo aquello. Me limité a continuar preguntando hasta que la Víbora me habló de hacer señales con la hoguera. No hice otra cosa que seguir una pista, deseando descubrir adónde conducía.

»Pero no había contado con las piedras élficas, Garth –prosiguió la muchacha, tras hacer una breve pausa–. Cuando descubrí que eran auténticas, que eran las de Shea y Wil Ohmsford, todo cambió. ¡Pensar que tenían tanto poder y que habían pertenecido a mis padres...! ¿Por qué? En primer lugar, ¿cómo las habían conseguido? ¿Con qué intenciones me las entregaron? Me comprendes, ¿verdad? Nunca podré encontrar las respuestas si no averiguo quiénes fueron mis padres.

Te comprendo. Si no te comprendiera, no estaría aquí contigo –respondió Garth.

–Lo sé –dijo Wren en voz baja, con un nudo en la garganta–. Sólo quería que lo dijeras.

Guardaron silencio durante un momento, desviando la mirada, y escucharon un fuerte chapoteo en el agua, a gran distancia. El sonido sólo duró un breve instante. Wren presionó la áspera arena con su bota.

Garth, le dijo por señas, atrayendo su mirada, *¿hay algo sobre mis padres que no me hayas dicho?*

Garth no respondió. Su cara permanecía inexpresiva.

–Porque si lo hay –prosiguió Wren–, ha llegado el momento de que me lo digas. No puedes permitir que continúe la búsqueda sin que lo sepa.

Garth cambió de postura y bajó la cabeza. Cuando la irguió de nuevo, empezó a mover los dedos.

Si no fuera necesario, yo no te ocultaría nada. No te estoy ocultando nada sobre tus padres. Puedes estar completamente segura de que ya te he dicho todo lo que sé sobre ellos.

–Lo creo –respondió Wren con voz serena.

Sin embargo, esa respuesta la había dejado intranquila. ¿Habría algo que considerara necesario ocultarle? ¿Tenía derecho a exigirle que se lo dijera?

Hizo un gesto de resignación. Garth nunca le haría daño, y eso era lo importante.

Descubriremos la verdad sobre tus padres, dijo Garth. *Te lo prometo.*

–Garth –dijo la joven bohemia, cogiéndole las manos y soltándolas enseguida–, eres mi mejor amigo.

Hizo guardia mientras él dormía, sintiéndose reconfortada por sus palabras y aliviada al saber que no estaba sola en aquella empresa, que ambos albergaban el mismo propósito. Oculta en la oscuridad, Morrowindl seguía al acecho, siniestra y amenazadora. Pero ya no se sentía tan intimidada como pocos momentos antes; había reforzado su decisión y aclarado su objetivo. Las cosas serían como habían sido desde hacía muchos años: Garth y ella juntos contra cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Con eso le bastaba.

Cuando Garth se despertó a medianoche para hacer el relevo, ella se durmió enseguida.

La aurora aclaró el firmamento con un pálido resplandor plateado, pero Morrowindl era una muralla negra que le cerraba el paso. La isla se interponía entre el alba y ellos como si pretendiera encerrarlos en la penumbra para siempre. La playa, tranquila y desierta, era una línea negra que se extendía en la distancia como la luctuosa banda de un crespón. Las rocas y los acantilados sobresalían entre la verde maraña de vegetación, empinándose como criaturas apresadas que se esforzaban en estirar el cuello para respirar. El Killeshan se proyectaba hacia el cielo en el silencio, y espirales de vapor culebreaban desde las fisuras de su piel de lava solidificada. Al norte, en la lejana zona desértica de la isla, se vislumbraba una áspera y agrietada superficie cubierta por una sábana de neblina sulfurosa, impidiendo ver cualquier movimiento.

La joven bohemia y su compañero se lavaron y tomaron de forma apresurada un ligero desayuno, deseosos de emprender la marcha. El calor del día empezaba a dejarse notar, imponiéndose a las suaves brisas procedentes del océano. Las aves marinas planeaban y se sumergían en busca del alimento. Los cangrejos deambulaban cautelosamente por las rocas en busca del refugio de las grietas y hendiduras. Toda la isla estaba empezando a despertar al nuevo día.

Wren y Garth cargaron los morrales a la espalda, comprobaron sus armas y, tras intercambiar una breve mirada, emprendieron la marcha.

La playa terminaba en una franja de hierbas altas, que a su vez abría paso a un bosque de acacias gigantescas. Los troncos de los vetustos árboles se elevaban como sólidas columnas, y se extendían al frente dando la impresión de formar una imponente muralla. El suelo del bosque carecía de maleza; las tormentas y las pleamares habían arrasado con todo, excepto los árboles. Entre las acacias reinaba una profunda quietud. El Sol aún estaba oculto en el este, y las sombras cubrían toda la isla. Wren y Garth avanzaban con precaución, a paso lento pero firme, alertas a cualquier clase de peligro. Atravesaron el bosque de acacias y entraron en un campo de bambúes. Lo bordearon hasta encontrar un pasaje estrecho, que recorrieron abriéndose paso con la ayuda de sus espadas cortas. A continuación se adentraron en una pradera cuyas hierbas les llegaban a la cintura y adornada con flores silvestres de vivos colores que resaltaban vivamente contra el fondo verde. Delante, el bosque ascendía por las laderas del Killeshan. Los árboles y la maleza crecían entre extrañas formaciones de lava sólida hasta que todo desaparecía bajo la ceniza volcánica.

El primer día transcurrió sin incidentes. Siempre que les era posible marchaban por campo abierto, eligiendo aquellos senderos que les permitieran ver hacia dónde se dirigían. Aquella noche acamparon en un prado situado en un terreno alto, desde donde se dominaba una amplia extensión en todas direcciones.

El segundo día transcurrió de una forma similar al primero. Anduvieron mucho, vadeando ríos y arroyos, sorteando barrancos y subiendo colinas sin grandes dificultades. No encontraron la menor señal de los monstruos sobre los que Tigre Ty los había

prevenido. Había serpientes de colores brillantes y arañas que debían de ser venenosas, pero los dos bohemios habían tratado con especies semejantes en otras partes del mundo y conocían la manera de evitar cualquier contacto. Oyeron los ásperos maullidos de los gatos del páramo, pero no llegaron a ver ninguno. En un par de ocasiones volaron sobre ellos aves rapaces, pero tras varios pases de inspección, los depredadores alados pronto se alejaron en busca de presas más fáciles. De vez en cuando eran sorprendidos por algún fuerte chaparrón de corta duración, pero exceptuando la posibilidad de quedar atrapados en el lecho seco de algún río por una inesperada avalancha de agua o de caer en algún pozo recién formado, la lluvia no constituía para ellos ningún problema.

La neblina que cubría las laderas del Killeshan estaba cada vez más cerca, augurando mayores tribulaciones.

El tercer día se inició lo mismo que los dos anteriores: sombrío, silencioso y tétrico. El Sol apareció en el horizonte oriental y se dejó ver brevemente entre los árboles de delante, como un cálido y amistoso faro. Pero cuando se acercaron a los primeros estratos de lava solidificada, desapareció de repente. Al principio, la neblina era tenue, no más que un aumento de la densidad del aire, un agrisamiento de la luz, y no les causaba ninguna molestia. Pero empezó a espesarse poco a poco, formando manchones que ocultaban todo lo que se encontraba a más de diez metros de distancia. El terreno se hacía más abrupto a medida que las tierras bajas del litoral y las estribaciones cubiertas de hierba iban dando paso a los declives resbaladizos y a los precipicios. Era difícil conservar el equilibrio, y la marcha se ralentizó notablemente.

Almorzaron con rapidez, inquietos y taciturnos, y reemprendieron la marcha con suma cautela. Se ataron unas gruesas pieles en torno a las piernas, sobre las botas y bajo las rodillas, para protegerse de las posibles mordeduras de las serpientes. Se pusieron las pesadas capas y se las ciñeron. Había desaparecido el calor de las tierras bajas y, al contrario de lo que habían supuesto, el aire se había enfriado en lugar de aumentar su temperatura a medida que se acercaban al Killeshan. Garth se situó delante con la deliberada intención de proteger a Wren. Podían distinguir sombras que se movían a su alrededor en medio de la niebla, seres sin formas ni contornos, pero cuya presencia era incuestionable. Los sonidos familiares de los pájaros y los insectos se desvanecieron en un expectante silencio. Pronto llegó el crepúsculo, ahuyentando la luz, y empezó a llover de forma insistente y con fuerza.

Acamparon al pie de un viejo koa, que precedía a un pequeño claro. Cenaron con las espaldas apoyadas en el árbol y observaron cómo la atmósfera pasaba del gris claro del humo al negro intenso del carbón. La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna intermitente, y empezó a levantarse la niebla, descendiendo en lentas espirales por las laderas. El bosque empezaba a convertirse en selva, los árboles crecían más juntos y cubiertos de enredaderas y el terreno era húmedo y blando. Las babosas y los escarabajos se arrastraban entre la maleza y los troncos podridos. El suelo estaba seco bajo la copa del koa, pero la humedad del aire calaba hasta los huesos. No había posibilidad de encender fuego, por lo que los dos bohemios se arrebujaron en las capas y se acurrucaron uno junto a otro. La noche cayó sobre el bosque, dejándolo cubierto de tinta negra.

Wren se ofreció a hacer la primera guardia, demasiado inquieta para poder conciliar el sueño. Garth accedió sin hacer ningún comentario. Dobló las rodillas, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y se durmió de inmediato.

La joven permaneció sentada escudriñando las tinieblas. Los árboles y la niebla ocultaban la luz de la Luna y las estrellas, e incluso después de que sus ojos se adaptaran a la oscuridad le resultó imposible ver a más de cuatro metros de distancia. Las sombras vagaban en la periferia de su área visual, sucintas, rápidas y sugerentes. De la bruma brotaban unos sonidos desafiantes y burlones: la estridente llamada de las aves nocturnas,

el zumbido de los insectos, arañazos y susurros, bufidos y gruñidos. Desde algún lugar lejano le llegaba el grave ronroneo de los gatos cazadores. Wren percibía levemente las emanaciones sulfurosas del Killeshan, transportadas por el aire, mezcladas con las fragancias de la selva, más intensas y penetrantes. Estaba rodeada de un mundo invisible que empezaba a despertar.

¡Adelante, pues!, exclamó en su interior, provocándolo.

El aire se calmó a la vez que cesaba la llovizna, pero persistía la niebla. El tiempo transcurría lentamente. Los sonidos se suavizaron, y daba la impresión de que todo lo que había en la negrura estaba a la espera, vigilante. Advirtió que habían desaparecido las sombras que se movían en la niebla. Garth roncaba. Ella estiró su entumecido cuerpo, pero no pensó en levantarse. Le gustaba sentir el contacto del árbol en la espalda y la presión del cuerpo de Garth. Aborrecía la influencia que la isla ejercía sobre ella, haciendo que se sintiera expuesta a los peligros, vulnerable e indefensa. Se dijo a sí misma que se debía a la novedad de la situación, al desconocimiento del terreno, al alejamiento de su propio país, al recuerdo de la advertencia de Tigre Ty sobre la existencia de monstruos. Necesitaba tiempo para adaptarse. Pues...

Interrumpió sus pensamientos porque vio la silueta de un ser gigantesco en los límites de la niebla. Caminó erguido sobre dos patas durante un momento, y luego sobre las cuatro. Después se detuvo, y ella tuvo la certidumbre de que la estaba mirando. Se le erizó el pelo de la nuca, y deslizó la mano hacia abajo hasta que sus dedos se cerraron en torno al largo cuchillo que llevaba sujeto a la cintura.

Esperó.

El ser que la observaba tampoco se movía. Al parecer, esperaba también.

Entonces vio otro similar al primero, después otro más, y luego un cuarto. Se reunieron en la oscuridad y permanecieron inmóviles, con los ojos destellando. Wren respiraba lenta y profundamente. Pensó en despertar a Garth, pero lo fue posponiendo minuto a minuto, el tiempo necesario para ver qué podía ocurrir.

Pero todo seguía inalterable. Los minutos pasaban y los seres seguían en el mismo lugar. Primero se preguntó cuántos habría y luego si había otros detrás de ella, donde no podía verlos, deslizándose hasta llegar lo bastante cerca para...

Se giró con rapidez. Allí no había nada. Al menos, dentro del limitado radio de acción de su visión.

Volvió a mirar al frente. De repente se dio cuenta de que aquellos seres estaban esperando conocer su reacción, para descubrir hasta qué punto podía ser peligrosa para su seguridad. Si seguía sentada demasiado tiempo, se impacientarían y decidirían ponerla a prueba. Se preguntó de cuánto tiempo dispondría. También se preguntó qué podría hacer para disuadirlos. Si los monstruos estaban allí, a sólo tres jornadas de la playa, con mayor motivo estarían más adelante, vigilando y acechando. Y habría otros muchos. Tenía que haberlos.

La sangre de Wren latía con violencia, corriendo con tanta rapidez como sus pensamientos. Garth y ella juntos eran capaces de enfrentarse a cualquier cosa. Pero no podían permitirse el lujo de luchar con cualquier ser que se interpusiera en su camino.

Los seres habían empezado a moverse de nuevo, inquietos. Oyó murmullos, sin poder distinguir las palabras, y sintió movimiento a su alrededor de otros seres que no podía ver. Los habitantes de la selva habían descubierto su presencia y estaban congregándose a su alrededor. Oyó un gruñido grave y amenazador. Junto a ella, Garth se dio media vuelta, dormido.

La cara de Wren ardía.

Haz algo, se dijo a sí misma. Tienes que hacer algo.

Advirtió que los seres estaban ahora detrás de ella.

Sintió algo caliente contra su pecho.

De forma inconsciente, buscó en su túnica y sacó la bolsa de cuero con las piedras élficas. Al instante, evitando pensar en lo que hacía, depositó las piedras en la palma de su mano y cerró los dedos sobre ellas. Podía sentir el acecho de los seres.

Sólo una muestra del poder de las piedras, se dijo a sí misma. Con eso debería bastar.

Alargó la mano y abrió un poco los dedos. La luz azul de las piedras élficas destelló, se condensó en un fuego frío y se proyectó en finos rayos para sondear las tinieblas.

Los seres desaparecieron con tanta rapidez como si nunca hubiesen estado allí, y los sonidos se disolvieron en el silencio de la noche. El mundo se convirtió en un inmenso vacío, en el que sólo Garth y ella habían quedado.

Volvió a cerrar los dedos con fuerza y retiró la mano. Los seres, cualesquiera que fuesen, debían de saber algo sobre la magia élfica.

Su instinto se lo decía.

Se sintió invadida por una súbita amargura. Se había repetido innumerables veces que las piedras élficas no formaban parte de su vida, que pertenecían a otra persona. ¡De qué manera se había precipitado al realizar tal afirmación! ¡Y con qué rapidez había recurrido a su ayuda cuando se sintió amenazada!

Volvió a depositar las piedras élficas en la bolsa y la guardó bajo la túnica. La noche era apacible y tranquila, y la niebla estaba vacía de movimientos. Los seres que habitaban Morrowindl se habían marchado en busca de presas más fáciles de conseguir.

Era más de medianoche cuando despertó a Garth. Al no haber surgido nuevas amenazas, decidió no contar lo sucedido a su compañero. Se envolvió en su capa y se reclinó contra él, pero tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Reanudaron la marcha al despuntar el alba. La bruma impregnada de ceniza cubría las laderas del Killeshan, y la luz era tenue y grisácea. La humedad llenaba el aire, empapaba la tierra y mojaba sus ropas, haciéndolos temblar. Un rato después, el Sol empezó a resplandecer a través de la niebla y el frío disminuyó un poco. Avanzaban con lentitud y dificultad, el terreno accidentado y cambiante, compuesto por barrancos y riscos ocultos por la jungla. Persistía la calma de la noche anterior, una lúgubre quietud que aislaba a los dos caminantes y tejía una red de malestar en torno a ellos.

Las siluetas persistían en el límite de su visión, furtivas, sigilosas; un grupo de fugaces e informes sombras que estaban allí hasta el momento en que alguien los miraba. Entonces desaparecían. Daba la impresión de que Garth ignoraba su presencia, pero Wren sabía que no era así. Cuando miraba de reojo, su moreno semblante veía la calma que reflejaban sus ojos. Sentía una profunda admiración por el autocontrol de su gigantesco amigo. Ella, por el contrario, escudriñaba la niebla sin descanso, porque aún no estaba segura de hasta qué punto los seres que se escondían en ella temían a las piedras élficas, ni durante cuánto tiempo conseguiría la magia mantenerlos alejados. Sus dedos buscaban sin cesar entre su túnica, palpando la bolsa de cuero que colgaba bajo sus pliegues para asegurarse de que las piedras protectoras seguían en el mismo lugar.

El día transcurrió muy despacio. Atravesaron bosques de viejos koas y banianos, cubiertos de musgo y enredaderas, atravesaron declives donde las rocas de lava estaban partidas y se desprendían bajo su peso, se adentraron en barrancos cubiertos de maleza espinosa y cruzaron valles sobre los que se cernían densas nubes fundidas en un impenetrable manto gris. Todo ello en su ininterrumpida escalada por las laderas del Killeshan, captando breves vistas del volcán a través de las fisuras de la niebla, observando cómo la cima se elevaba a lo lejos, aparentemente, siempre a la misma distancia.

Poco a poco empezaron a reconocer los peligros de la isla. Había unas plantas, de vivos colores y complicadas formas, que aferraban cualquier cosa que se pusiera a su

alcance. Había agujeros que podían engullir en un instante a quien tuviera la desgracia de pisarlos. Había animales extraños que aparecían y desaparecían de forma instantánea, depredadores cubiertos de escamas y pinchos, provistos de garras y afilados dientes. No habían visto ningún monstruo, pero Wren sospechaba que estaban cerca, vigilando y acechando. Espectros que susurraban en la niebla.

La noche cayó sobre ellos y se entregaron al sueño. Esta vez los seres no se acercaron, permanecieron precavidamente ocultos. Un gato del páramo merodeaba por las cercanías, pero Garth sopló en un grueso tallo de hierba y produjo un silbido que desanimó al gran felino, haciéndole emprender una veloz huida. Wren soñó con las Tierras Occidentales, con la época de su infancia en que todo era nuevo, y se despertó con los recuerdos claros y vívidos.

–Garth, he vuelto a utilizar las piedras élficas –dijo a su compañero durante el desayuno. Estaban acurrucados uno junto al otro para protegerse del frío del amanecer–. Hace dos noches, cuando los seres aparecieron por primera vez.

Lo sé, respondió el gigante, clavando sus ojos en los de la muchacha. *Estaba despierto.*

–¿Qué viste? –le preguntó en voz baja, haciendo un gesto de incredulidad.

Bastante. La magia te asusta, ¿verdad?

–Me asusta todo lo que estamos haciendo –respondió Wren, esbozando una sonrisa cargada de tristeza.

Caminaron en el silencio del amanecer, absortos en sus pensamientos. El terreno que tenían delante era llano y la selva se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La neblina, firme e inmóvil, era allí más densa. El aire estaba quieto. Atravesaron un espacio abierto y llegaron a la orilla de un pantano. Evitaron acercarse a sus márgenes poblados de juncos, y buscaron un terreno más firme. Cuando lo encontraron siguieron adelante. El pantano se alargaba. Se vieron obligados a cambiar de dirección en numerosas ocasiones para buscar un camino más seguro. La ciénaga era un llano con el tenue brillo de la humedad que se extendía a través de zonas cubiertas de hierba y maleza, y de él emergían árboles como brazos de gigantes ahogados. Volaban insectos relucientes e irisados. Garth sacó un ungüento maloliente que les sirvió para protegerse la cara y los brazos contra las picaduras. Las serpientes se deslizaban por el fango. Pululaban las arañas por doquier, algunas mayores que el puño de Garth. De las ramas y la maleza colgaban telarañas, enredaderas y musgos, pegajosos y mortíferos. Los murciélagos revoloteaban en las copas de los árboles, profiriendo agudos y estremecedores chillidos.

En su lugar, descubrieron una gigantesca telaraña escondida en lo alto y dispuesta a modo de trampa para caer sobre cualquier cosa que pasara debajo. Unos cazadores menos avezados podían no haberla visto y quedar atrapados, pero Garth la descubrió enseguida. Los hilos de la telaraña eran tan gruesos como los dedos de Wren, y tan transparentes que pasaban inadvertidos si no se miraban con atención. Ella tocó uno con la punta de un junco, que se pegó con firmeza. Ambos observaron los alrededores durante un rato, sin moverse. Fuera cual fuese el ser que había tejido aquella telaraña, no deseaban encontrarse con él.

Cuando se convencieron de que el tejedor no se encontraba en las cercanías, reanudaron la marcha.

Cerca del mediodía oyeron un sonido chirriante. Aflojaron el paso hasta detenerse. El sonido era desigual y frenético, demasiado fuerte para la quietud de la ciénaga. Procedía de su izquierda, donde la sombra cubría un compacto grupo de arbustos de llamativas flores rojas. Con Garth abriendo la marcha, rodearon los arbustos por la derecha, siguiendo una franja de terreno firme que conducía al claro de un bosque de koas. Caminaban en silencio, sin dejar de oír el sonido. Casi de inmediato vieron los hilos de telaraña que colgaban de

las copas de los árboles. Algo oculto en la maleza tiraba de los hilos. Era fácil suponer lo sucedido. Garth hizo una seña a Wren, y los dos continuaron caminando con precaución.

Se detuvieron de nuevo entre los koas. Había tendidas varias trampas entre los árboles. Una era grande y todas las demás, pequeñas. Una de las pequeñas había sido accionada, y el sonido procedía de la criatura que había caído en ella, que se debatía con furia en un intento inútil por liberarse. Esta criatura no se parecía a ninguna de cuantas los dos bohemios habían visto hasta entonces. Tenía el tamaño de un pequeño perro de caza, y parecía ser un cruce entre un puerco espín y un felino. Su cuerpo, en forma de barril, estaba cubierto por franjas de púas negras y marrones, y se sustentaba sobre cuatro patas cortas y gruesas. Su cabeza, casi cuadrada, se encajaba directamente en el lomo, sin cuello, y se estrechaba confiriéndole el romo y piloso perfil de un felino. Sus rugosas zarpas terminaban en garras afiladas, que cavaban en la tierra, y su gruesa cola, también recubierta de púas, se agitaba de un lado a otro en un desesperado esfuerzo por romper los hilos de la telaraña que lo aprisionaba.

Todos sus esfuerzos eran inútiles. Cuanto más se debatía, más aprisionada quedaba. Por fin, la extraña criatura dejó de agitarse, levantó la cabeza y advirtió su presencia. Wren se quedó asombrada cuando le vio los ojos. Tenían párpados y pestañas, y eran de un vivo color azul. No eran los ojos de un animal, eran unos ojos como los suyos.

El cuerpo de la criatura se relajó, agotado por la lucha. Las púas se inclinaron hacia atrás con suavidad, y los extraños ojos parpadearon.

–¡Pfff...! –profirió de una forma que recordaba el bufido de un gato. Después, con voz áspera, se dirigió a Wren–. Supongo que no vas a ayudarme. Aunque también tú eres... arrggg... responsable de mi situación.

Wren la miró con asombro, y después se volvió hacia Garth, que por una vez parecía tan sorprendido como ella. ¿Cómo era posible que aquella criatura hablase? Volvió a prestarle atención.

–¿Qué quieres decir al afirmar que también yo soy responsable?

–Rrauuuggg. Quiero decir que eres una elfina. ¿No es verdad?

–Bueno, no, en realidad no lo soy. Soy...

Estuvo a punto de decir que era una bohemia, pero en realidad era elfina, al menos en parte. ¿No la había identificado la criatura por sus rasgos élficos? Frunció el entrecejo. Pero ¿cómo podía conocer a los elfos?

–¿Quién eres? –le preguntó Wren.

La criatura la miró sin pestañear con sus ojos azules durante un momento. Cuando habló, su voz era un ronco gruñido.

–*Stresa.*

–*Stresa* –repitió la muchacha–. ¿Te llamas así?

La criatura se limitó a responder con un gesto afirmativo.

–Yo me llamo Wren, y éste es mi amigo Garth.

–Jssst. Eres una elfina –repitió *Stresa,* contrayendo su semblante felino–. Pero no eres de Morrowindl.

–No –respondió Wren, apoyando con perplejidad las manos en las caderas–. ¿Cómo lo has adivinado?

–No me has reconocido –respondió la criatura, entrecerrando ligeramente sus ojos azules–. No sabes lo que soy. Jrrrauul. Si vivieras en Morrowindl, lo sabrías.

–¿Qué eres? –preguntó Wren, haciendo un gesto de asentimiento.

–Un gatoespino –respondió la criatura, profiriendo un gruñido en las profundidades de su garganta–. Así es como nos llaman a los pocos que hemos conseguido sobrevivir. Somos una combinación de diversas especies, sin que guardemos ningún parecido con ninguna de ellas. Puurrft.

–¿Cómo conoces a los elfos? ¿Todavía viven aquí algunos elfos?

–Si me liberas –respondió el gatoespino con ronco y áspero ronroneo, mirándola con frialdad y paciencia desde su prisión–, contestaré a tus preguntas.

Wren titubeó, indecisa.

–¡Fffpft! Será mejor que os deis prisa –les urgió el gatoespino–. Antes de que llegue el wisteron.

¿El wisteron? Wren miró de nuevo a Garth, indicándole por señas lo que *Stresa* había dicho. Garth dio una respuesta breve.

–¿Cómo podemos estar seguros de que no nos harás daño? – preguntó Wren, volviéndose hacia el gatoespino.

–Jarrruul. Si no sois de Morrowindl y habéis llegado hasta aquí, es que sois más peligrosos que yo –respondió con un gesto que pretendía ser una sonrisa–. Daos prisa. Utilizad vuestros cuchillos largos para cortar la telaraña. Sólo el filo de la hoja; mantened apartada la parte plana. –La extraña criatura se detuvo, y Wren vio por primera vez un atisbo de desesperación en sus ojos–. No queda mucho tiempo. Si me ayudáis... jrrauu... tal vez también yo pueda ayudaros.

Wren hizo señas a Garth, y se acercaron hasta donde estaba atrapado el gatoespino, evitando accionar alguna de las trampas instaladas. Cortaron deprisa los hilos que mantenían inmovilizada a la criatura y después retrocedieron. *Stresa* pasó con cautela por encima de las telarañas rotas, y por delante de los dos bohemios hasta llegar a terreno firme. Desplegó sus púas y las sacudió con fuerza. Tanto Wren como Garth retrocedieron ante aquel repentino movimiento, pero ninguna púa voló hacia ellos. El gatoespino se sacudía los restos de telaraña que tenía adheridos al cuerpo. Después empezó a acicalarse, pero se detuvo al recordar que lo estaban observando.

–Gracias –dijo con su grave y áspera voz–. Si no me hubieseis liberado, habría muerto. Grruul. El wisteron me habría devorado.

–¿El wisteron? –preguntó Wren.

–También vosotros deberíais estar muertos –dijo el gatoespino echando hacia atrás las púas y haciendo caso omiso de la pregunta. Su cara de gato se contrajo de nuevo–. ¡Pffftt! –resopló–. O tenéis mucha suerte o contáis con la protección de la magia. ¿Puedo saber cuál de las dos cosas os protege?

–Nos has prometido contestar a nuestras preguntas, *Stresa* –respondió Wren, tras reflexionar durante un breve instante–. Háblame de ellos.

El gatoespino recuperó la compostura y se sentó. Era más corpulento de lo que les había parecido cuando estaba en la trampa, su tamaño se asemejaba más al de un perro que al de un gato o un puerco espín.

–Los elfos –dijo, y su voz volvió a enronquecerse– viven en el interior, en la parte alta de las laderas del Killeshan, en la ciudad de Arborlon... jrraugg... donde los demonios los tienen atrapados.

–¿Los demonios? –preguntó Wren, acordándose entonces de los que habían sido encerrados en la Prohibición por Ellcrys. Habían logrado evadirse una vez, en la época de Wil Ohmsford. ¿Habrían vuelto a conseguirlo?–. ¿Qué aspecto tienen esos demonios?

–¡Sssssttt! Tienen aspectos muy diferentes. ¿Qué importa eso? Lo importante es que los *hicieron* los elfos, y ahora no pueden librarse de ellos. ¡Pfft! Demasiado malo para los elfos. Ahora les falla la magia de la Quilla. No tardará en suceder lo que ha de venir.

El gatoespino esperó a que Wren asimilara sus últimas palabras. Aún le faltaban muchas cosas que comprender.

–¿Los elfos *hicieron* a los demonios? –preguntó, confusa.

–Hace bastantes años. Cuando no tenían otra cosa mejor que hacer.

–Pero... ¿de qué los hicieron?

–¿A qué habéis venido... grruul? ¿Por qué buscáis a los elfos? –preguntó a su vez *Stresa,* relamiéndose, y su lengua de color violeta oscuro resaltó contra su cara marrón.

Wren sintió sobre su hombro la mano de Garth. Se volvió y vio que señalaba la selva.

–Jssst, sí, yo también lo oigo –dijo *Stresa,* levantándose deprisa–. El wisteron. Está empezando su caza, y ahora va a revisar las trampas en busca de alimento. Tenemos que salir de aquí enseguida. Cuando descubra que he conseguido escapar, me buscará. –El gatoespino se sacudió las púas–. Jjgggj. Puesto que no creo que conozcáis el camino, será mejor que me sigáis.

Entonces empezó a andar. Wren salió detrás de él, seguida de Garth.

–¡Espera un momento! ¿Qué clase de criatura es el wisteron? –preguntó la muchacha.

–Sería mejor para ti no saberlo nunca –respondió *Stresa* enigmáticamente, mientras se erizaban todas sus púas–. Este pantano se llama In Ju. El wisteron se ha establecido en este lugar. El In Ju se extiende hasta la Cornisa Negra... y eso está muy lejos de aquí. Pffaagg.

Caminaba arrastrando las patas, pero avanzaba con mucha más rapidez de lo que Wren hubiera podido imaginar.

–Todavía no entiendo cómo sabes tanto sobre los elfos –dijo la muchacha, corriendo detrás de él–. Ni cómo se explica que puedas hablar. ¿Hablan todos los habitantes de Morrowindl?

–Rraargg... ¿No te lo he dicho? –respondió *Stresa,* dirigiendo hacia atrás su penetrante y astuta mirada de felino–. La razón de que yo pueda hablar es que también me hicieron los elfos. Jsssstt. –El gatoespino se volvió–. Basta ya de preguntas. Es mejor que estemos un rato callados.

Se internó velozmente entre los árboles, con gran sigilo, dejando que Wren y Garth lo siguieran, aumentando su desconcierto e incredulidad.

7

Huían muy deprisa y en completo silencio a través del In Ju. El gatoespino abría la marcha, arrastrando su parduzco y espinoso cuerpo entre los arbustos y las hierbas, bajo las zarzas y también sobre los leños, como si todos los obstáculos fueran idénticos y tuviese que realizar el mismo esfuerzo para superarlos. La muchacha y el gigantesco bohemio lo seguían inmediatamente detrás, obligados a rodear las áreas de maleza más espesas, a escoger el camino con mayor precaución y a tantear el terreno antes de poner los pies sobre él. Conseguían mantener el ritmo sólo porque *Stresa* tenía la suficiente presencia de ánimo para volver la vista de vez en cuando y esperar a que ellos lo alcanzasen.

Ninguno hablaba mientras corrían, pero todos mantenían el oído alerta a cualquier sonido que pudiera anunciar la proximidad del wisteron.

La selva se volvió más oscura y empezaron a aparecer telarañas por todas partes. Muchas eran restos de trampas usadas o deterioradas hacía mucho tiempo, pero muchas otras estaban trabadas con las redes que había tendidas por encima de las copas de los árboles, a lo largo de los arbustos o incluso sobre pequeños fosos abiertos en la tierra. El tejido era transparente, invisible, excepto en aquellas zonas donde se habían adherido a sus hilos hojas o suciedad, dándole color y delimitando su forma, pero incluso en estos casos era difícil de detectar. Wren pronto dejó de preocuparse por cualquier otra cosa, concentrándose en las peligrosas redes. Sólo una araña tejería redes como aquéllas, se dijo, y se forjó una imagen mental del wisteron.

Pocos minutos después de haber emprendido la huida oyó los movimientos del wisteron. Percibió su ruido con nitidez. Algo azotaba la maleza y los arbustos, tronchaba las ramas más gruesas de los árboles, arañaba las cortezas, chapoteaba en las aguas y las agitaba. El wisteron era una criatura descomunal, y no hacía el menor esfuerzo por ocultar su llegada. Sonaba como si una fuerza inexorable arrollara todo lo que encontraba a su paso de forma implacable e ineludible. El In Ju era una gigantesca catedral verde de la que había sido expulsado el silencio. Wren se sintió de repente atenazada por el miedo.

Entraron en un extenso calvero ocupado por un lago, que los obligó a cambiar de dirección. Tras vacilar durante un breve instante, lo rodearon por la derecha, siguiendo una loma baja en la que crecía un espeso zarzal. *Stresa* se abrió paso entre las zarzas, habilitando un pequeño túnel. Wren y Garth lo siguieron haciendo acopio de valor, ignorando los arañazos y cortes que sus aguijones les producían. Los sonidos que anunciaban la proximidad del wisteron aumentaban su intensidad a sus espaldas.

Entonces, los sonidos cesaron de repente.

Stresa se detuvo inmediatamente, como si se hubiera quedado petrificado. Los dos bohemios lo imitaron. Wren escuchó sin moverse y Garth puso las manos sobre la tierra. Todo estaba quieto. Los árboles se alzaban inmóviles a su alrededor, y la penumbra, empañada de niebla, los envolvía como una cortina de gasa. Sólo se oía el murmullo del viento... pero no soplaba ni la más leve brisa. Wren sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. El aire podía apreciarse la quietud de la muerte. Dirigió una rápida mirada a *Stresa,* que estaba mirando hacia arriba.

El wisteron se desplazaba por las copas de los árboles.

Garth se irguió y desenvainó su largo cuchillo. Wren escrutó la cubierta de hojas y ramas que se extendía sobre sus cabezas en un esfuerzo inútil por captar alguna señal. El susurro se oía más cerca, más reconocible; ya no parecía el murmullo del viento al rozar con las hojas de los árboles, sino el movimiento de un ser de grandes proporciones.

Stresa empezó a correr, una extraña bola de tierra espinosa lanzada hacia un

bosquecillo de koas. Wren y Garth lo siguieron por instinto sin pérdida de tiempo. La muchacha sudaba a raudales bajo sus ropas, y el cuerpo le dolía a causa del esfuerzo que tenía que realizar para no hacer ruido. Avanzaba encogida, sin atreverse a mirar atrás ni arriba, ni en ninguna otra dirección, sino únicamente hacia delante, siguiendo las evoluciones del gatoespino. El sonido de las hojas llenaba sus oídos, mezclado con crujidos de ramas. Los pájaros volaban como dardos a través del cavernoso bosque, produciendo fugaces ráfagas de color y movimiento que se esfumaban en un abrir y cerrar de ojos. La selva, perlada de humedad, se había paralizado a su alrededor, dando la impresión de ser un mundo petrificado en el que sólo ellos se movían. Los koas, venerables gigantes anclados en el tiempo, mostraban sus imponentes troncos cubiertos de musgosas enredaderas.

De pronto, Wren se sobresaltó. Las piedras élficas habían empezado a quemarle el pecho.

Otra vez no, pensó con desesperación. *No volveré a utilizar la magia.* Pero sabía que iba a hacerlo.

Llegaron al refugio de los koas, adentrándose de forma apresurada en un corredor formado por troncos y sombras. Wren levantó la vista para descubrir posibles trampas. No había ninguna. Vio que *Stresa* se desviaba hacia unos espesos matorrales y se precipitaba en su interior. Garth y ella lo siguieron, inclinados para pasar entre las ramas, arrastrando sus morrales con cuidado para disminuir el ruido producido por el roce.

Agazapados en la oscuridad y con respiración entrecortada, se arrodillaron en el suelo de la jungla y esperaron. Los minutos pasaban. Las frondosas ramas de su refugio amortiguaban cualquier sonido procedente del exterior, por lo que no podían percibir el siniestro susurro. Su escondrijo era estrecho, y un olor de madera podrida subía de la tierra. Wren se sentía atrapada. Hubiera preferido encontrarse en campo abierto, donde pudiera orientarse y correr. De repente, se apoderó de ella un intenso deseo de salir de aquel estrecho refugio, pero la serena expresión del semblante de Garth serenó su ánimo. *Stresa* se había colocado a la entrada, aplastado contra la tierra, con la cabeza erguida y las pequeñas orejas de felino tiesas.

Wren se deslizó junto a la criatura y atisbó el exterior.

Las púas del gatoespino se erizaron.

En ese mismo instante, la joven bohemia vio al wisteron. Estaba entre los árboles, tan lejos de donde estaban escondidos que no era más que una silueta en la cortina de niebla. Sin embargo, no había posibilidad de error. Reptaba por las ramas como un espectro gigantesco... No, se corrigió. No reptaba. Merodeaba. No con las precauciones de un felino, sino con más seguridad y determinación. Robaba la vida del aire al pasar, como si absorbiera todo sonido y movimiento. Tenía cuatro patas y cola, y se valía de las cinco para agarrarse a las ramas de los árboles e impulsarse hacia delante. Tal vez en otra época hubiese sido un mamífero; todavía conservaba este aspecto. Pero se movía como un insecto. Era contrahecho y deforme, con los miembros articulados como gigantescas anclas que le permitían balancearse con absoluta libertad en cualquier dirección. Era aún más robusto, musculoso y grotesco que el ser lobuno que los había seguido desde el Recinto de Grimpen.

El wisteron se detuvo, dándose la vuelta.

A Wren se le atragantó el aliento, y lo retuvo en la garganta con una tenacidad que amenazaba con pararle el corazón. El wisteron permaneció suspendido contra el fondo gris como una sombra gigantesca y aterradora. Luego, de repente, se alejó balanceándose. Pasó ante ella como la promesa de su propia muerte, insinuante, provocador, susurrando mudas amenazas. Sin embargo, no la vio; no se entretuvo. Aquella tarde había elegido otras víctimas.

Por fin, desapareció.

Poco después abandonaron su refugio para reanudar la marcha, nerviosos y furtivos, movidos por la imperiosa necesidad de salir cuanto antes del In Ju. Sin embargo, no lo consiguieron antes de que oscureciera y se vieron obligados a pasar aquella noche en el pantano. *Stresa* descubrió una gran oquedad en el tronco de un baniano muerto y los dos bohemios se deslizaron en su interior, sin mucho entusiasmo, a instancias del gatoespino. No deseaban estar encerrados, pero era mejor que dormir a cielo descubierto y ser sorprendidos por las criaturas del pantano. En cualquier caso, el tronco estaba seco y el frío nocturno no era tan intenso. Los dos bohemios se envolvieron en sus pesadas capas y se sentaron de cara a la abertura, escudriñando la lóbrega oscuridad, percibiendo el olor a podrido y a humedad, observando el paso furtivo de las omnipresentes siluetas.

–¿Qué es lo que se mueve ahí fuera? –preguntó Wren a *Stresa,* sin poder contener ni un segundo más su curiosidad.

Acababan de comer. El gatoespino parecía dispuesto a engullirlo todo: el queso, el pan y la carne desecada que llevaban a partes iguales, además de las larvas e insectos que devoró por su cuenta. En aquel momento estaba sentado a un lado de la abertura del baniano, mordisqueando una raíz.

Levantó la mirada, alarmado.

–¿Ahí fuera? –repitió. Sus palabras eran tan guturales que Wren apenas logró entenderlas–. Grrrssst. No gran cosa, en realidad. Unas criaturas pequeñas y feas que no se atreverían a dar la cara en otras circunstancias. Ahora se atreven a deambular... jjjrrgg... porque todos los seres peligrosos, a excepción del... uuussst... wisteron, están en Arborlon, esperando el momento en que la Quilla ceda.

–Háblame de la Quilla –le pidió Wren.

Sus dedos se movían para traducir a Garth las palabras del gatoespino.

–La Quilla es la muralla que rodea la ciudad –dijo *Stresa,* dejando la raíz en el suelo, mientras su áspera voz volvía a convertirse en un ronroneo–. Fue edificada por la magia y la magia mantiene tras la muralla a los demonios. Pero la muralla se está debilitando, mientras que los demonios se fortalecen. Los elfos no parecen capaces de hacer nada para evitarlo. –El gatoespino hizo una breve pausa–. ¿Cómo habéis averiguado la existencia de los demonios? Jssttt. ¿Me dices otra vez cómo te llamas? ¿Grrlwren? ¿Wren? ¿Quién te habló de Morrowindl?

–Es una larga historia, *Stresa* –respondió Wren, apoyándose en el tronco del baniano–. Un jinete alado nos ha traído a la isla. Es la única persona que nos ha prevenido contra los demonios, a quien él llama monstruos. ¿Sabes algo de los jinetes alados?

–¡Ssttppft! Son elfos que poseen pájaros gigantes. Sí, los conozco. Venían aquí con mucha frecuencia. Ya no lo hacen. Los demonios están al acecho por si viene alguno. Los derriban y los matan... fffftt... con rapidez. Y eso es lo que os hubiera sucedido a vosotros si no hubieran estado en Arborlon todos ellos... o al menos la mayoría. Al wisteron le traen sin cuidado esas cosas.

Arborlon, recordó Wren, había sido la ciudad de los elfos cuando vivían en las Tierras Occidentales. Había desaparecido al mismo tiempo que ellos. ¿La habrían reconstruido en Morrowindl? ¿Qué habrían hecho con el Ellcrys? ¿Lo habrían traído consigo? ¿O habría vuelto a secarse como en la época de Wil Ohmsford? ¿Era ésa la causa de que hubiera demonios en Morrowindl?

–¿A qué distancia de la ciudad nos encontramos? –preguntó Wren, olvidando de momento esas cuestiones.

–Aún queda un largo camino –respondió *Stresa,* levantando su cara de gato–. El In Ju se extiende hasta la barrera de montañas Cornisa Negra, que a su vez se extiende por todo

el extremo sur de la isla. Al otro lado se abre un valle por el que discurre el Rowen. Rruuun. Y más lejos aún, sobre un risco situado bajo la boca del Killeshan, se levanta la ciudad de Arborlon. ¿Es allí adonde queréis ir?

Wren respondió con un gesto de asentimiento.

–¡Ppffajj! ¿Para qué?

–Para encontrar a los elfos –respondió la joven bohemia. He sido enviada para transmitirles un mensaje.

–Espero que el mensaje sea importante –dijo *Stresa* haciendo un gesto de preocupación, mientras sus púas se alargaban un par de centímetros–. No veo cómo podrás entregarlo estando la ciudad sitiada por los demonios... si es que la ciudad todavía existe. Ssstt.

–Ya encontraremos la forma de entrar –respondió Wren, de forma tajante para cambiar el tema de la conversación–. *Stresa,* antes has dicho que te hicieron los elfos, y que también hicieron a los demonios, pero no me has explicado cómo.

–¡Con magia, por supuesto! –dijo el gatoespino con voz áspera, dirigiendo a la muchacha una mirada de preocupación–. ¡Jrrruul! La magia élfica permite hacer cualquier cosa. Yo fui de los primeros, mucho antes de que decidieran crear a los demonios o a cualquiera de los otros seres. Eso sucedió hace casi cincuenta años. Los gatoespinos viven mucho tiempo. Ssppptt. Me hicieron para que cuidara de las granjas, alejando a las alimañas y depredadores. Yo era muy competente en estos menesteres. Todos lo éramos. Pfftt. Podíamos vivir de la tierra, necesitábamos muy pocos cuidados y éramos capaces de estar durante semanas sin pisar la ciudad. Pero entonces llegaron los demonios, acabaron con la mayoría de nosotros y las granjas fracasaron y fueron abandonadas. Eso fue todo. Dejaron que nos valiésemos por nosotros mismos... grrrsssst... lo cual era muy razonable, pues ya estábamos muy acostumbrados a hacerlo. Podíamos sobrevivir por nuestra cuenta. En realidad, fue mejor así. Me fastidiaría mucho que me encerraran en esa ciudad estando cercada... jssstt... por los demonios. –La criatura profirió un ronco gruñido–. Siento náuseas sólo de pensarlo.

Wren intentó buscar las razones que hubieran podido tener los elfos para utilizar de nuevo la magia. ¿De dónde procedía ésta? No la utilizaban cuando vivían en las Tierras Occidentales, ni la tenían desde la época de los seres fantásticos, exceptuando sus poderes curativos. La auténtica magia había estado perdida durante muchos años. Ahora, al parecer, y sin que ella pudiera imaginarse cómo, habían logrado recuperarla en la medida suficiente para crear demonios, o para invocarlos. Una decisión funesta, sin duda, si es que la habían tomado. ¿Cómo podía habérseles ocurrido algo semejante?

De pronto se preguntó qué relación podían tener sus padres con todo aquello. ¿Estarían también ellos implicados en la utilización de la magia? Si, en efecto, lo estaban, ¿por qué le habían entregado las piedras élficas, la magia más poderosa de todas?

–Si fueron los elfos quienes crearon esos demonios con su magia, ¿por qué no pueden destruirlos? –preguntó, sintiendo todavía curiosidad por saber de dónde procedían los llamados demonios y si eran realmente tales–. ¿Por qué no pueden utilizar su magia para liberarse?

–No tengo ni la más remota idea –respondió *Stresa,* haciendo un gesto de ignorancia y cogiendo de nuevo la raíz–. Nadie me lo ha explicado. Como nunca voy a la ciudad, hace muchos años que no hablo con un elfo. Tú eres la primera... y no eres del todo una elfina, ¿verdad? Pruufft. Tienes la sangre mezclada. Y tu amigo es también algo más.

–Es humano –respondió Wren.

–Sssptt. Si tú lo dices... Nunca he visto a nadie que se le parezca. ¿De dónde procede?

Wren pensó por primera vez en la posibilidad de que *Stresa* no conociera la

existencia de gentes distintas de los elfos y los jinetes alados, o de otros lugares fuera de las islas.

–Los dos procedemos de las Tierras Occidentales, que forman parte de un país llamado las Cuatro Tierras, del cual salieron todos los elfos hace años. Allí conviven habitantes de razas muy variadas. Garth y yo pertenecemos a una de ellas.

Stresa la miró con expresión pensativa. Su espinoso cuerpo se hinchó mientras sus patas se juntaban.

–Después de que encontréis a los elfos... rrrggggjj... y les deis vuestro mensaje, ¿qué vais a hacer? ¿Volveréis al lugar de donde procedéis?

Wren respondió con un gesto de asentimiento.

–Las Tierras Occidentales, dices que se llama. ¿Se parece en algo... gruul... a Morrowindl?

–No, *Stresa.* Aunque también hay seres peligrosos. Sin embargo, no se parece en nada a Morrowindl.

Antes de acabar de hablar, la joven bohemia pensó: Todavía no, pero ¿cuánto tiempo durará esta situación, ahora que los Espectros se están fortaleciendo?

–Pfftt. No creo que consigáis llegar a Arborlon por vuestros propios medios –dijo el gatoespino, mordisqueando la raíz e interrumpiendo a Wren en su reflexión. Sus extraños ojos azules estaban clavados en los de Wren.

–¿Por qué no? –preguntó la muchacha.

–Pft, pft. No veo la manera. No tenéis ni idea de cómo se debe escalar la Cornisa Negra. Suceda lo que suceda, tenéis que evitar la... jrrrwwl... Grada y los dráculs. Abajo, en el valle, están los aparecidos. Son los peores de todos los demonios. Hay también docenas de otros seres. Ssspjt. Una vez que os descubran...

El espinoso cuerpo se erizó en un gesto muy expresivo y volvió a alisarse. Wren se sintió tentada a interrogarlo sobre los dráculs y los aparecidos. En lugar de hacerlo, dirigió a Garth una mirada inquisitiva, pidiéndole su opinión. Garth se limitó a responder haciendo un gesto de indiferencia. Estaba acostumbrado a encontrar su propio camino.

–Bien, ¿qué sugieres que hagamos? –preguntó la muchacha al gatoespino.

–Os propongo un trato –respondió la criatura pestañeando, mientras se producía un ronroneo en su garganta–. Os conduciré a la ciudad. Si lográis traspasar la barrera de los demonios, entregar vuestro mensaje y volver a salir, os serviré de guía también en el camino de vuelta. Jrrruul. –*Stresa* hizo una pausa–. Pero a cambio, debéis prometerme que me llevaréis con vosotros cuando abandonéis la isla.

–¿A las Tierras Occidentales? ¿Quieres abandonar para siempre Morrowindl? –inquirió la muchacha, frunciendo el entrecejo.

–Sppppttt. No me gustaría quedarme aquí mucho tiempo –respondió el gatoespino, haciendo un gesto de asentimiento–. No podéis reprochármelo. He sobrevivido gracias a mi ingenio, a mi experiencia y a mi instinto, pero sobre todo gracias a la suerte, que siempre me ha acompañado. Pero ahora me ha abandonado. Si no hubierais pasado por casualidad cerca de la trampa donde había caído, ahora estaría muerto. Estoy harto de esta vida. Quiero volver a vivir como antes. Quizá pueda hacerlo en vuestra tierra.

Tal vez sí o tal vez no, pensó Wren, dirigiendo una mirada a Garth.

No sabemos nada de esta criatura, respondió el gigante con rápidos movimientos de sus dedos. *Piénsalo muy bien antes de tomar una decisión.*

Wren le respondió con un gesto de asentimiento. Típico de Garth. No tenía razón, desde luego... Los dos debían tener en cuenta una cosa: el gatoespino los había salvado del wisteron, al igual que ellos lo habían salvado a él. Y su compañía podría serles muy útil, ya que conocía los peligros de Morrowindl mucho mejor que ellos. El llevarlo con ellos cuando abandonasen la isla no era dar mucho a cambio.

A menos que las sospechas de Garth se confirmaran y el gatoespino estuviera representando alguna especie de farsa...

No confíes en nadie, le había advertido la Víbora.

La joven titubeó durante un instante, mientras analizaba la situación, y por fin decidió hacer caso omiso de la advertencia.

–Trato hecho –respondió Wren–. Creo que es una buena idea.

–Jrruul. Sabía que aceptarías –dijo el gatoespino, desplegando sus púas pomposamente y dando un bostezo de satisfacción. Luego se estiró todo lo largo que era y apoyó cómodamente la cabeza sobre las zarpas–. No me rocéis mientras duermo –les advirtió–. Si lo hacéis, acabaréis con la cara llena de púas, y yo me sentiría muy mal si nuestra amistad terminase de esa forma. Pfjjtt.

Antes de que Wren tuviera tiempo de traducir a Garth su advertencia, los ojos de *Stresa* se cerraron, y el gatoespino se quedó profundamente dormido.

Después de hacer la primera guardia, Wren durmió hasta el amanecer. La despertaron los ruidos producidos por la febril actividad de *Stresa:* el rumor de sus púas y el arañar de sus garras en la madera. Se levantó con la mente nublada y los ojos secos e irritados. Se sentía débil e intranquila, pero olvidó su malestar cuando Garth le tendió el pan y la cerveza. Sabía que los víveres se estaban agotando deprisa; una gran parte se había echado a perder. Pronto tendrían que reponer las provisiones. Esperaba que *Stresa,* a pesar de sus singulares hábitos nutritivos, pudiera ayudarles a seleccionar los productos comestibles. Mordió el pan y lo escupió. Sabía a moho.

Stresa salió del tronco hueco haciendo un pequeño esfuerzo, y los dos bohemios lo siguieron a gatas, poniéndose de pie con dificultad porque tenían los músculos rígidos y doloridos. La aurora era una vaporosa calina gris que se filtraba por las copas de los árboles, apenas sin fuerza para disipar la oscuridad del espacio inferior. La ceniza volcánica se arremolinaba en toda la selva como una sopa removida en una olla, pero las capas bajas del aire estaban quietas y sin vida. Unos seres pululaban en las fétidas aguas de las ciénagas y los hoyos, y sobre la madera muerta que flotaba en ellos, produciendo figuras y formas cambiantes en la penumbra. De las sombras surgían sonidos que quedaban suspendidos en el aire como un desafío.

Emprendieron la marcha a través de la penumbra, guiados por *Stresa,* que se arrastraba bamboleando su masa de púas. Avanzaron despacio pero sin interrupción durante toda la mañana, en medio de la ceniza y la neblina, un húmedo e incoloro manto que desprendía un olor a muerte. Cuando la luz conseguía traspasar la niebla, cambiaba los tonos grises en plateados, pero seguía siendo tenue y difusa bajo la cubierta vegetal. Los hilos con los que el wisteron había tejido sus redes estaban enrollados en las ramas y las enredaderas, y colgaban trampas por todas partes a la espera de atrapar alguna víctima descuidada. El monstruo no se dejó ver en ningún momento, pero podía percibirse su presencia en la quietud reinante.

El malestar de Wren aumentaba a medida que avanzaba la mañana. En aquellos momentos sentía náuseas y estaba empezando a sudar, e incluso en algunas ocasiones se le nublaba la vista. Sabía que había contraído una fiebre, pero no le dio importancia, pensando que pasaría pronto. Siguió caminando en silencio.

Poco después del mediodía, la espesa selva empezó a clarear, el terreno volvió a adquirir firmeza, el pantano fue cediendo el paso a la tierra seca y las copas de los árboles se separaron. Raudales de luz penetraban por los agujeros abiertos entre los árboles y la bruma. El silencio se disolvió en una corriente de zumbidos y chasquidos. *Stresa* dijo algo entre dientes, pero Wren no logró entenderlo. Hacía un rato que no lograba coordinar sus pensamientos, y tenía la vista tan nublada que hasta el gatoespino y Garth le parecían unas

simples sombras. Se detuvo, consciente de que alguien estaba hablándole. Cuando se volvió para ver quién era, se desplomó.

Apenas recordaba lo que había sucedido después. Fue transportada durante breve tiempo, apenas consciente del movimiento, angustiada por un letargo que amenazaba con ahogarla. La fiebre la abrasaba, y por alguna razón comprendió que no sería capaz de librarse de ella. Se quedó dormida. Cuando despertó, descubrió que estaba arropada con mantas, pero volvió a dormirse inmediatamente. Recuperó la consciencia presa de convulsiones, y Garth la sujetó, obligándola a ingerir un líquido amargo y espeso. Lo vomitó y tuvo que beber más. Oyó que *Stresa* decía algo referente al agua, sintió en la frente un paño refrescante y se durmió una vez más.

Tuvo un sueño. Tigre Ty estaba allí, junto a *Stresa,* y ambos la miraban fijamente, el rudo y tosco jinete alado y el perspicaz *Stresa.* Hablaban con voz parecida, áspera y gutural, comentando lo que veían, refiriéndose a cosas que al principio no comprendió y, después, a ella. Decían que le había otorgado la facultad de utilizar la magia. Era evidente que la poseía. La magia era lo único en lo que podía confiar.

Se espabiló de mala gana, fresca. La calentura había desaparecido. Se sentía débil y tan sedienta que parecía que le hubieran extraído todos los líquidos del organismo. Después de retirar las mantas, intentó levantarse. Pero Garth acudió al instante para impedírselo. Le acercó una taza a los labios. Ella tomó algunos sorbos con esfuerzo y volvió a acostarse. Los ojos se le cerraban.

Cuando volvió a despertar, había oscurecido. Ahora se sentía más fuerte, con la vista clara, y era plenamente consciente de lo que sucedía a su alrededor. Se incorporó muy despacio sobre un codo y vio que Garth tenía los ojos fijos en los suyos. Estaba sentado junto a ella, sobre las piernas cruzadas, con el moreno y barbudo rostro demacrado y ojeroso por la falta de sueño. Wren miró más allá, hacia donde *Stresa* yacía hecho una bola; luego volvió centrar su atención en Garth.

¿Te sientes mejor?, preguntó el gigante por señas.

–Sí. Ya no tengo fiebre.

Has dormido durante casi dos días, dijo Garth, haciendo un gesto de asentimiento.

–¿Tanto tiempo? No me he dado cuenta. ¿Dónde estamos?

Al pie de la Cornisa Negra. Indicó con un gesto la oscuridad circundante. *Salimos del In Ju cuando te desmayaste, y acampamos aquí. El gatoespino consiguió identificar la enfermedad que sufrías y encontró una raíz para curarte. Creo que si no hubiéramos contado con su ayuda, habrías muerto.*

–Ya te dije que era una buena idea traerlo con nosotros –respondió Wren, esbozando una débil sonrisa.

Vuelve a dormir. Aún faltan varias horas para que amanezca. Si te encuentras con las suficientes fuerzas, proseguiremos el viaje.

Wren se acostó sin poner ninguna objeción, pensando en que Garth no se debía de haber movido de su lado durante todo el tiempo que había estado enferma, ya que *Stresa,* seguro dentro de su armadura, no se habría preocupado de eso. La inundó un sentimiento de gratitud. Siempre podía contar con Garth. Decidió que su gigantesco amigo dormiría todo lo que necesitaba cuando volviera a caer la noche.

Durmió bien. Se despertó descansada, impaciente por reanudar el viaje. Se cambió de ropa, aunque ya nada de lo que llevaba estaba limpio. Se lavó y desayunó. A instancias de Garth, dedicó unos momentos a ejercitar los músculos, asegurándose así de que contaba con la suficiente fuerza para afrontar los obstáculos que les esperaban. *Stresa* miraba unas veces con curiosidad y otras con indiferencia. Wren no se olvidó de dar las gracias al gatoespino por su valiosa ayuda para combatir la fiebre. La criatura respondió que no sabía de qué le hablaba. La raíz que le había dado sólo servía para provocar el sueño. Lo que de

verdad la había salvado era su magia élfica, le aseguró. Acto seguido desplegó las púas y se alejó balanceándose en busca de alimento.

Necesitaron todo aquel día y la mayor parte del siguiente para escalar la Cornisa Negra, y hubieran tardado mucho más, suponiendo que hubiesen conseguido escalarla, sin la ayuda de *Stresa.* La Cornisa Negra era una altísima muralla de roca que se levantaba a lo largo de la ladera suroeste del Killeshan. Estaba a medio camino del ascenso. Al parecer, se había formado al desprenderse una parte del volcán y caer sobre la selva, miles de metros más abajo. La superficie rocosa, en otro tiempo lisa, se había erosionado con el paso de los años, llenándose de oquedades y salientes, y cubriéndose de maleza y enredaderas. Sólo había unos pocos lugares por lo que era posible escalarla, y *Stresa* los conocía todos. El gatoespino eligió uno donde la roca se había agrietado, produciéndose una fisura que descendía hasta una altura de menos de cuatrocientos metros sobre el nivel de la selva. En el interior de la fisura se abría un paso que conducía a un valle. *Stresa* les dijo que era allí, a orillas del Rowen, donde estaban los elfos.

Encabezó la escalada con ánimo resuelto.

La subida era difícil y lenta, y parecía interminable. No había pasajes ni senderos. De hecho, eran muy escasos los puntos de apoyo, y ninguno de ellos estable. La lava solidificada cortaba como un cuchillo sus manos y pies, y podía romperse de forma imprevista en cualquier sitio. Los dos bohemios llevaban puestos gruesos guantes y capas para proteger su piel y evitar las mordeduras de las arañas y las picaduras de los escorpiones. La neblina cenicienta descendía por la pared rocosa como un líquido vertido por su borde, espeso e impregnado de azufre y hollín. La mayor parte de la vegetación que crecía en la roca era espinosa y dura, y era necesario cortarla. Cada centímetro de escalada era una lucha titánica que consumía sus fuerzas. Wren, que se sentía descansada cuando comenzaron la escalada, estaba extenuada antes del mediodía. Hasta Garth se agotó pronto a pesar de su gran resistencia.

Stresa no tenía ese problema. El gatoespino era incansable, trepaba a un ritmo lento y seguro. Sus poderosas garras buscaban el apoyo adecuado y se hincaban en la roca para impulsar su voluminoso cuerpo hacia arriba. Las arañas y los escorpiones no parecían afectarle; si se acercaban demasiado, se los comía. Encabezaba la marcha, escogiendo los lugares más accesibles para sus compañeros, haciendo frecuentes paradas para que pudieran llegar a su altura. Se desvió ligeramente para acercar una rama cargada de bayas dulces y rojas, que consumieron con avidez y fruición. Al anochecer, como todavía estaban a mitad de la escalada, buscó un reborde para acampar. Lo limpió de todo cuanto pudiera suponer una amenaza para los bohemios, y luego, ante su total asombro, se ofreció a hacer la guardia mientras ellos dormían. Garth, que había estado en vela las dos últimas noches a causa de la enfermedad de Wren, estaba demasiado fatigado para poner reparos. La muchacha durmió casi toda la noche. Después relevó al gatoespino antes del amanecer, sólo para descubrir que *Stresa* prefería charlar a dormir. Quería conocer todos los detalles sobre las Cuatro Tierras y los seres que las habitaban. A su vez, habló a Wren de la vida en Morrowindl, haciéndole una desgarradora exposición de la lucha diaria por la supervivencia en un mundo que estaba en permanente caza, siendo todas sus criaturas en unas ocasiones los cazadores y en otras las piezas, donde no existía ningún refugio seguro y donde la vida solía ser corta y triste.

–Rrruul. No era así al principio –ronroneó el gatoespino–. Pero cuando los elfos crearon a los demonios, todo se llenó de maldad. Pjjjfft. ¡Los muy necios! Edificaron su propia cárcel.

Hablaba con tanta amargura que Wren decidió no ahondar en el tema. Aún no estaba completamente segura de que el gatoespino conociera bien los hechos. Los elfos habían sido siempre sanadores y protectores, nunca creadores de monstruos. Le resultaba difícil

creer que hubiesen convertido un paraíso en un lugar de pesadilla. Seguía pensando que aquella historia debía de tener algunos factores ignorados por *Stresa* y que, por tanto, debía abstenerse de pronunciar su veredicto mientras no conociese todos los detalles.

Con las primeras luces del alba reanudaron la escalada, impulsándose por las rocas, gateando y aferrándose a la superficie, y atisbando las alturas a través del remolino de niebla. La lluvia los sorprendió en varias ocasiones, y quedaron completamente empapados. El calor disminuía a medida que ascendían la Cornisa Negra, pero persistía la humedad. Wren aún estaba débil a causa del ataque de las fiebres del pantano, y necesitó hacer acopio de todas sus fuerzas y poder de concentración para seguir poniendo un pie delante del otro y alargar la mano para impulsarse hacia arriba. Garth le ayudaba cuando podía, pero apenas había espacio para moverse, y se veían obligados a realizar la ascensión en fila india.

De vez en cuando veían cuevas en las escarpaduras; eran oscuras aberturas, silenciosas y vacías. *Stresa* las eludía de forma deliberada. Cuando Wren le preguntó qué había dentro de las cuevas, el gatoespino profirió un bufido, y le dijo que no tenía ninguna necesidad de saberlo.

Por fin, a media tarde llegaron a la base de la fisura y al principio del angosto desfiladero. De nuevo se encontraron en terreno llano y firme, pero con sus cuerpos doloridos y cansados. Volvieron la mirada hacia el extremo sur de la isla, que descendía hasta perderse en la inmensidad azul celeste del océano formando una ondulante y nebulosa alfombra de selva verde y roca oscura. La Cornisa Negra se elevaba por encima de sus cabezas a ambos lados, escarpada y brumosa; una ininterrumpida muralla que desaparecía en el horizonte. Las aves marinas describían círculos en el firmamento. La luz del Sol penetró por una grieta de las nubes, cegándoles con su intensidad, avivando y abrillantando los mortecinos colores de la tierra de abajo. Wren y Garth entrecerraron los ojos para protegerlos de su resplandor, al tiempo que disfrutaban de su tibia caricia en el rostro. Pero poco después desapareció tan súbitamente como había aparecido. Los dos bohemios volvieron a sentir el frío y la humedad, y los colores de la isla se tornaron pálidos de nuevo.

Volviéndose hacia la fisura, empezaron a ascender en dirección a la boca del estrecho desfiladero. Después entraron en él. La escarpada masa rocosa levantaba a su alrededor su imponente y taciturna presencia, y el viento soplaba desde la cumbre del Killeshan en violentas y rápidas rachas que semejaban la respiración de algún ser monstruoso. Hacía frío en el desfiladero, y los bohemios se ciñeron sus capas. La lluvia caía en intermitentes y bruscas ráfagas, y la niebla bajaba por las rocas en opacas oleadas.

Ya estaba oscureciendo cuando llegaron al final del desfiladero. Se encontraban al borde de un valle que se extendía hacia la última pendiente del Killeshan, un cuenco esmaltado en verde, asentado bajo una lejana franja boscosa que se elevaba hasta la yerma roca volcánica de las altas laderas del fondo. El valle era ancho, y como estaba cubierto por la bruma, era difícil ver lo que escondía en su interior. Al este se vislumbraban los destellos de una cinta de agua que serpeaba entre colinas salpicadas de grupos de acacias y lomas enlazadas por negras sinuosidades de roca agujereada. Reinaba una profunda quietud en todo el valle.

Acamparon al abrigo del desfiladero, bajo un saliente rocoso que daba al valle. Pronto cayó la noche, quedando el cielo tan cerrado que pronto una impenetrable y aterradora oscuridad se cernió a su alrededor. El silencio del crepúsculo dio paso lentamente a una mezcolanza de broncos sonidos: el intermitente y apenas perceptible retumbo del Killeshan, el siseo del vapor al salir entre las grietas que había abierto en la tierra el calor del núcleo volcánico, los gruñidos y bufidos de los depredadores, los súbitos alaridos que anunciaban alguna muerte y los nerviosos rumores de una huida. *Stresa* se

hizo una bola, poniéndose de cara a las tinieblas. Aquella noche tenía aún menos prisa en dormirse. Wren y Garth se sentaron junto a él, ansiosos e inquietos, preguntándose qué les esperaba. Ya se encontraban cerca de su destino; la joven bohemia podía sentirlo. Pronto encontraría a los elfos. A veces, a través de la impenetrable oscuridad y la niebla, le parecía captar el trémulo resplandor de unas hogueras que parpadeaban en medio de la noche como si fueran ojos. Las hogueras estaban al otro lado del valle, en la parte alta de las laderas, justo debajo de la franja de árboles. Parecían solitarias y aisladas, y se preguntó si su percepción era real. ¿Adónde habían llegado los elfos tras abandonar las Cuatro Tierras? ¿Quizá demasiado lejos? ¿Tan lejos que les era imposible regresar?

Se quedó dormida sin haber encontrado ninguna respuesta.

Al rayar el alba, volvieron a emprender la marcha. Morrowindl se había convertido en un grisáceo y nebuloso mundo de sombras y sonidos. El valle descendía bruscamente a medida que avanzaban, produciendo en ellos la sensación de que estaban bajando a un pozo. El sendero era pedregoso, y la humedad lo hacía resbaladizo. El verdor que a la incierta luz de la noche pasada les había parecido tan uniforme, se reducía ahora a pequeñas manchas de hierba y musgo agazapadas entre grandes extensiones de roca yerma. Volutas de vapor impregnadas de hedor a azufre se elevaban hacia el cielo para mezclarse con la bruma, y oleadas de intenso calor atravesaban las suelas de sus botas y quemaban la piel de sus caras. *Stresa* caminaba muy despacio, escogiendo su camino con cuidado, pasando sobre las rocas y sus aislados oasis verdes. En varias ocasiones se detuvo, volvió sobre sus pasos y cambió su rumbo. Wren no hubiera podido decir qué era lo que veía el gatoespino; ella era incapaz de distinguir nada. Una vez más se sentía despojada de sus habilidades. Era una extranjera en un mundo hostil y hermético. Intentó relajarse. Delante de ellos, la rechoncha figura de *Stresa* caminaba con paso bamboleante, y sus púas, semejantes a dagas, se levantaban y bajaban de forma rítmica. Detrás, Garth se movía como un cazador. Su oscuro semblante tenía una expresión intensa, indescifrable, dura. Qué parecidos eran, pensó con sorpresa.

Acababan de descender de una pequeña elevación hasta un bosquecillo de arbustos cuando el ser les atacó. Se abalanzó sobre ellos desde la neblina profiriendo un terrorífico alarido, con los pelos erizados, mostrando sus garras y dientes, y golpeando con desesperado frenesí. Tenía patas, tronco y cabeza... no tuvo tiempo para ver algo más. Pasó ante *Stresa* y cayó directamente sobre la muchacha, que apenas consiguió levantar los brazos cuando se le echó encima. De forma instintiva, se dejó caer hacia atrás, rodando y arrastrando al ser e impeliéndolo hacia fuera. La criatura golpeaba y mordía, pero los gruesos guantes y la resistente capa protegieron a Wren de sus ataques. Entonces pudo verle los ojos, que eran amarillos y alocados, y sentir su fétido aliento. Tras liberarse de su sacudida, logró ponerse de pie. Con el rabillo del ojo vio que la criatura giraba para iniciar un nuevo ataque.

Entonces Garth pasó a la acción, esgrimiendo su espada corta. Un destello de hierro y el espantoso ser perdió un brazo. Cayó al suelo profiriendo furiosos alaridos y arañando la tierra. Garth se acercó a él con rapidez y le cortó la cabeza, tras lo cual la criatura se quedó inmóvil.

Wren permaneció de pie, todavía temblando e insegura de la naturaleza de aquel ser. ¿Un demonio? ¿Un animal? Miró hacia la masa ensangrentada e informe. ¡Había ocurrido todo con tanta rapidez...!

–¡Pjfftt! ¡Escuchad! –bufó *Stresa* de repente–. ¡Vienen más! Sssttftttp. ¡Por aquí! ¡Deprisa!

Se alejó velozmente del lugar, y Wren y Garth lo siguieron, adentrándose con él en la penumbra.

Ahora podían oír a sus perseguidores.

8

La persecución, que se había iniciado con lentitud, adquirió mayor ímpetu a medida que los perseguidores descendían al valle. Al principio, Wren, Garth y el gatoespino se sentían relativamente seguros, perseguidos pero todavía no descubiertos, y sus cazadores sólo eran para ellos ruidos diseminados, aún lejanos e indistintos. Avanzaron con rapidez y cautela, sin sentir miedo ni pánico. El paisaje que los rodeaba parecía extraído de un sueño, árido y desértico allí donde la negra lava había enterrado la vegetación bajo su brillante y pétrea alfombra, y exuberante donde los grupos de acacias y las manchas de hierba luchaban para reivindicar lo que les había sido arrebatado. La ceniza volcánica cubría todas las cosas como un inmenso y vaporoso sudario, que se arremolinaba y cambiaba creando la vana ilusión de que todo cuanto tocaba estaba vivo. En las alturas, a través de las pequeñas roturas de la niebla, podía verse un cielo sin Sol de un oscuro color gris hierro.

Stresa eligió una ruta laberíntica y tortuosa, conduciéndolos tan pronto en una dirección como en la contraria. Su grueso y espinoso cuerpo se bamboleaba y daba tales bandazos que parecía que en cualquier momento podía perder el equilibrio. No sentía especial preferencia ni por la abierta extensión de lava rocosa ni por la abovedada cubierta vegetal, cambiando con absoluta imparcialidad de una a la otra. Era difícil precisar si el gatoespino elegía la ruta movido por su intuición o basándose en la experiencia. Wren podía escuchar su pesada respiración, un gruñido gutural que se transformaba en un siseo cuando se topaba con algo que no le agradaba. En un par de ocasiones volvió la mirada hacia ellos como si quisiera asegurarse de que lo seguían. Caminaba sin hablar, y los bohemios también guardaban silencio.

Sólo la casualidad los llevó a realizar su descubrimiento. Habían llegado a un paraje de roca desnuda, donde acechaba la extraña criatura. Emergió casi frente a ellos, brotando de la tierra donde había estado agazapada, siseando y chillando. Era una especie de pájaro de largas patas, con un gran pico ganchudo y garras en las puntas de las alas. Las garras se abrieron para capturar a *Stresa,* pero el gatoespino hinchó el lomo y acto seguido de él salió disparada contra su atacante una ráfaga de púas afiladas como flechas. La criatura profirió un agudo grito de dolor y cayó de espaldas.

–¡Sssttt! ¡Rápido! –dijo el gatoespino, y salió corriendo.

Huyeron mientras los gritos de su agresor se desvanecían a sus espaldas. Pero habían sido alertados otros muchos, y empezaban a acercarse. Los ruidos se multiplicaron; bramidos, gruñidos y resoplidos cortaban la niebla desde las sombras. Garth desenvainó su espada corta. Se deslizaron por un barranco poco profundo y algo salió volando de entre la maleza. Wren se agachó para esquivarlo y vio el destello de la hoja de Garth. La cosa cayó y quedó inmóvil. Subieron por el barranco hacia una nueva extensión de roca eruptiva, y corrieron hacia una arboleda en busca de protección. Una manada de pequeñas criaturas de cuatro patas, parecidas a jabalíes, abandonó su guarida y corrió tras ellos. *Stresa* se encogió, se sacudió, y una nueva lluvia de púas cayó sobre sus perseguidores. El aire se llenó de alaridos, e innumerables patas delanteras arañaron la tierra con sus garras. *Stresa* se apartó de ellos, con las púas levantadas como escarpias. Dos de ellos intentaron levantarse, pero Garth los derribó a patadas.

Se adentraron en los árboles, abriéndose paso entre húmedas hierbas y enredaderas, sintiendo el acuoso azote del follaje en la cara y los brazos. *Concédenos tan sólo unos minutos más,* estaba pensando Wren cuando un cuerpo enroscado bajó de los árboles, agarró a Garth y lo levantó. Ella se volvió con la espada en la mano y sólo pudo vislumbrar la silueta del gigante cuando lo sacaban de su campo visual medio en vilo, medio a rastras

mientras él se debatía para liberarse.

–¡Garth! –gritó.

Lo siguió inmediatamente, pero no había dado una docena de pasos cuando *Stresa* le empujó desde detrás, trabándole las piernas y tirándola al suelo.

–¡A tierra! Ssstt. ¡Quieta! –gritó el gatoespino.

Entonces oyó un sonido siseante que parecía emitido por docenas de serpientes. Después, una especie de desgarramiento mientras la cubierta vegetal se abría sobre sus cabezas. *Stresa* avanzó hasta ponerse junto a ella.

–¡Has cometido una estupidez! –exclamó *Stresa* en tono desabrido–. Mira. ¡Pjfffttt! ¿Ves lo que ha estado a punto de capturarte?

Wren miró. Había un arbusto de forma extraña, provisto de tantas púas como el gatoespino, erizadas como agujas que apuntaban en todas direcciones. Ante sus incrédulos ojos, las hojas se plegaron ocultando las agujas, y el arbusto recuperó su inofensiva apariencia.

–¡Jsssst! ¡Es un lanzaflechas! –dijo *Stresa* en voz baja–. ¡Venenoso! ¡Si alguien lo toca o le molesta, dispara contra él sus agujas! ¡Un simple pinchazo produce la muerte!

El gatoespino tenía los brillantes ojos clavados en los de la muchacha. Wren ya no consiguió ver ni oír a Garth. Sintió una ira y una frustración tan intensas que se le oprimió el estómago. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habían hecho? ¡Tenía que encontrarlo! Tenía que...

Stresa continuó el camino, y la muchacha lo siguió. Pasaron a través de la densa vegetación, escudriñando la neblina y escuchando. De repente, Wren oyó nuevos ruidos de lucha, y vio delante un destello de movimiento. *Stresa* avanzó con lentitud y las púas erizadas. Wren lo siguió a corta distancia. Se oyó un gruñido de dolor seguido de un forcejeo. Garth apareció durante un breve instante y volvió a desaparecer.

–¡Garth! –gritó Wren, y salió corriendo hacia delante.

Cuando llegó hasta donde estaba el gigantesco bohemio, lo encontró tendido en tierra, lleno de arañazos y cardenales, pero sin otros daños. Fuera quien fuese quien lo había atacado, parecía que se había cansado de luchar. Garth permitió que la muchacha lo abrazara, pero enseguida la apartó con delicadeza y se levantó tambaleándose.

Stresa consiguió que se pusieran en marcha sin perder ni un solo segundo. Retrocedieron a través de los árboles y la maleza hasta llegar a la zona de lava solidificada. Un enjambre de sombras pasó sobre sus cabezas y desapareció, silenciosas y carentes de forma. Los sonidos de los perseguidores volvieron a cercarlos con ánimo hostil. Corrieron a través de un llano hacia una cresta que descendía hasta una cárcava de niebla arremolinada. *Stresa* los hizo bajar por una pendiente resbaladiza hasta el fondo, que estaba casi seco.

Un nuevo horror surgió de la niebla, un ser con rasgos vagamente humanos pero con numerosas extremidades y una cara que parecía toda ella fauces y dientes. *Stresa* se hizo una bola, erizando las púas en todas direcciones, pero el monstruo no aflojó el paso. Wren blandió su espada en actitud defensiva y saltó a un lado, esquivando a duras penas los nerviosos dedos que intentaban agarrarla. Garth se mantuvo en su lugar, esperó a que se acercara y lo atacó con tal rapidez que Wren difícilmente pudo seguir el movimiento de su espada. La bestia empezó a sangrar, pero no cedió ni un ápice de terreno. Profiriendo terribles gruñidos, arremetió contra Garth. El gigante bohemio retrocedió lateralmente de un salto y volvió a la carga. Wren atacó por detrás, pero un monstruoso brazo giró y la tiró por los aires. Sin embargo, la joven bohemia no soltó la espada, se levantó y vio que el ser estaba a punto de caer sobre ella. Garth, con un rápido movimiento, la cogió en brazos y la retiró de allí. Corrieron de nuevo por la brillante roca negra, que crujía bajo sus botas. Aflojaron el paso sin llegar a detenerse, y dejó a Wren de pie en el suelo, e inmediatamente la muchacha empezó a correr junto a él. Vio que *Stresa* iba delante. No sabía cómo, pero el

gatoespino había conseguido volver a encabezar la marcha. Seguía oyendo a sus espaldas los gruñidos y bufidos de la bestia.

En aquel preciso instante, algo salió de entre de las sombras que había a su izquierda y la golpeó. Sintió una oleada de dolor que se extendía por su brazo y vio una mancha de sangre en la manga. Se oyó un rechinar de dientes y garras. Gritó y empujó al ser que la agarraba, porque estaba demasiado cerca para utilizar la espada. Garth apareció de improviso como surgido de la nada, agarró al atacante con las manos y lo apartó de un tirón. Wren vio el feo y contorsionado rostro y el nudoso cuerpo cuando se desplomó. Profiriendo un aullido, la joven bohemia le asestó una estocada que lo partió en dos.

–¡Grrrl! –gruñó *Stresa* estaba a su lado–. Tenemos que escondernos. Sssttt. Son demasiados.

Detrás, pero demasiado cerca para pararse a reflexionar en lo que debía hacer, el monstruo que los perseguía profirió un rugido de triunfo. Reemprendieron la huida, volviendo a sumergirse en la caliginosa amalgama de sombras y penumbra, avanzando por la roca a trompicones o, en el caso de *Stresa,* a golpe de garra. De la herida del brazo de Wren manaba abundante sangre. Vio que Garth también tenía manchas de sangre, pero no estaba segura de si era suya o de él. Tenía la boca reseca y el pecho le quemaba cuando aspiraba el aire a bocanadas. Entonces empezaron a fallarle las fuerzas.

Remontaron una loma. De repente, *Stresa,* que seguía abriendo la marcha, se tambaleó y desapareció de su vista. Corrieron hasta el lugar donde había caído, y lo encontraron tendido en el fondo de una pequeña hondonada.

–¡Aquí! ¡Un refugio! –dijo de repente, resoplando mientras volvía a incorporarse.

Bajaron por el flanco despejado del declive (el opuesto era una masa de pedruscos) y vieron lo que *Stresa* estaba mirando. En la roca, debajo de un saliente, se abría una negra hendidura.

–¡Sssstttppp! ¡Adentro, rápido! ¡No perdáis tiempo, ése es un lugar bastante seguro! –apremió el gatoespino. Al ver que no reaccionaban, se lanzó sobre ellos en actitud amenazadora–. ¡Escondeos! Yo me encargaré de despistar al monstruo y luego vendré a buscaros. ¡Jrrgggl! ¡Venga! ¡Ya!

Giró como un torbellino y desapareció. Garth dudó durante un breve instante antes de decidirse a esconderse en la grieta, y Wren lo siguió. Envueltos en la oscuridad, levantaron las manos para guiarse a tientas. La fisura atravesaba la capa de lava, adentrándose en la tierra. Cuando estuvieron tan adentro que apenas veían la luz del exterior, se acurrucaron esperando con inquietud el desarrollo de los próximos acontecimientos.

Unos segundos más tarde pudieron escuchar a su perseguidor. El monstruo se acercó a gran velocidad y pasó de largo, desvaneciéndose poco después el sonido.

Wren se acercó a Garth y le apretó el brazo. Sus ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad, y logró vislumbrar difusamente su figura. Envainó la espada, se quitó la chaqueta de cuero y se subió la manga de la túnica, dejando al descubierto los oscuros arañazos que tenía en el brazo. Se curó las heridas con un ungüento y las vendó con el último pañuelo limpio que le quedaba. El escozor desapareció poco después, transformándose en un dolor sordo. Se recostó, cansada por el esfuerzo, escuchando en el silencio su propia respiración combinada con la de Garth.

El tiempo pasaba y *Stresa* no regresaba. Wren dejó que se le cerraran los ojos y que sus pensamientos vagaran libremente. Se preguntó a qué distancia estarían del río. El Rowen discurría entre el lugar donde se encontraban y Arborlon. Cuando lo hubieran cruzado, estarían en la región de los elfos. Durante un momento pensó en lo que eso significaba. Apenas si se había concedido tiempo para reflexionar sobre la existencia real de los elfos: no eran un simple rumor o una leyenda, sino algo real y vivo, y a pesar de las

pocas probabilidades que tenía de encontrarlos, lo había conseguido. Bueno, casi lo había conseguido. Un día más, dos como mucho...

Volvió a abrir los ojos, y entonces vio a la criatura. Al principio pensó que sus sentidos le engañaban, que las sombras le estaban gastando una pesada broma. Pero había luz suficiente para que no pudiera confiar en sus ojos. La criatura permanecía inmóvil, agazapada sobre un saliente de roca a poco más de un metro de distancia de Garth. Era pequeña, de unos treinta centímetros de altura, según calculó Wren, aunque era difícil precisarlo con exactitud dada la postura en que se hallaba. Sus ojos, grandes y redondos, miraban fijamente, y sus orejas puntiagudas sobresalían notoriamente de la minúscula cabeza con cara de zorro. Tenía un cuerpo larguirucho y parecía un arácnido a primera vista, tanto más cuanto que Wren había tenido que reprimir un momentáneo sentimiento de repulsión al recordar su encuentro con el wisteron. Pero era pequeña y de aspecto inofensivo, y tenía unas manos y unos pies diminutos, iguales que los de los humanos. La miraba fijamente, y Wren mantuvo su mirada. Entonces, comprendió de repente que aquella extraña criatura también había escogido aquel lugar para esconderse. Había permanecido inmóvil para evitar ser descubierta, pero como no lo había conseguido, estaba pensando en lo que debía hacer.

Wren esbozó una amable sonrisa. La criatura seguía observándola con ojos escrutadores. La joven bohemia atrajo discretamente la atención de Garth, levantó un poco las manos, lo puso al corriente de la situación y le pidió que se acercara más. El gigante siguió su petición, y juntos estudiaron a la criatura. Al cabo de un rato, Wren hurgó en su morral y sacó unas viandas. Mordió un pedazo de queso y le pasó el resto a Garth, que lo terminó. La criatura se relamió los labios.

–Hola, pequeña –le saludó Wren con voz suave–. ¿Tienes hambre?

La criatura volvió a sacar la lengua.

–¿Sabes hablar?

No hubo respuesta. Wren le tendió un trozo de queso, pero la criatura no se movió. La joven se inclinó algo más, pero la criatura permaneció inmóvil. Wren dudó, sin saber qué hacer. Al ver que la criatura seguía inmóvil, estiró el brazo con precaución y tiró el queso hacia el saliente.

Con mayor rapidez de lo que la mirada de Wren podía captar, la diminuta mano cogió el queso en el aire. Después lo olfateó y se lo llevó a la boca.

–Tienes mucha hambre, ¿verdad? –le preguntó Wren.

Se oyó un arrastre de pies a la entrada del refugio, y la criatura del saliente desapareció inmediatamente entre las sombras. Tanto Wren como Garth se volvieron, empuñando las espadas.

–Jjrrrrggjj –susurró *Stresa* mientras aparecía lentamente, jadeando–. El demonio no quería renunciar a la caza. Ffpjtt. He necesitado mucho más tiempo del previsto para despistarlo.

Sacudió las púas, haciéndolas repiquetear.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Wren.

–Por supuesto que estoy bien –respondió el gatoespino, erizando las púas–. ¿Acaso observáis en mí algo que indique lo contrario? ¡Sssttt! Estoy sin aliento, eso es todo.

Wren miró furtivamente hacia el saliente. La extraña criatura había vuelto a acercarse y permanecía en actitud vigilante.

–¿Puedes decirme lo que es eso? –preguntó la muchacha al gatoespino, señalando a la criatura con un movimiento de cabeza.

–Ssspptt. ¡No es más que un jacarino! –respondió *Stresa* resoplando, tras escrutar la penumbra–. Es completamente inofensivo.

–Parece asustado.

–Los jacarinos se asustan de todo –dijo el gatoespino, parpadeando–. Por eso han conseguido sobrevivir. Eso y su rapidez. Son los seres más rápidos de todo Morrowindl. Y también son listos. Lo suficiente para no dejarse atrapar. Podéis estar seguros de que esta grieta tiene otra salida, porque de lo contrario éste no estaría aquí. Rrruul. Fijaos en su mirada. Parece muy interesado en vosotros.

Wren no podía apartar los ojos de la pequeña criatura.

–¿También hicieron los elfos a los jacarinos?

Stresa se instaló cómodamente en su sitio, con las patas relajadas.

–Los jacarinos han vivido siempre aquí. Pero la magia los ha transformado, como a todas las demás cosas. ¿Veis sus manos y pies? Antes eran zarpas. Pueden comunicarse. Observad.

Emitió un sonido breve y agudo. El jacarino se limitó a erguir la cabeza. *Stresa* hizo un nuevo intento, y en esta ocasión la criatura respondió con un sonido suave y bajo.

–Tiene hambre –dijo el gatoespino, encogiéndose de hombros y perdiendo todo su interés en el asunto. Después posó su achatada cabeza sobre las zarpas delanteras–. Descansaremos hasta el mediodía, y luego seguiremos nuestro camino. Los demonios se echan la siesta cuando aprieta el calor. Es la mejor hora para reemprender la marcha.

Cerró los ojos y su respiración se volvió más acompasada y profunda. Garth dirigió una significativa mirada a Wren y también se tendió, dedicándose a encontrar una postura cómoda entre las ásperas aristas de la roca eruptiva. Wren no estaba dispuesta a dormir. Esperó un instante y buscó en su morral otra porción de queso. La mordisqueó mientras el jacarino la observaba, y luego avanzó por el suelo de la oquedad hasta acortar la distancia que los separaba. Cuando estuvo a la distancia de un brazo del jacarino, partió un pequeño trozo del queso y se lo ofreció. La pequeña criatura lo cogió con cautela, se lo llevó a la boca y se lo comió.

Poco después, el jacarino yacía enroscado en su regazo, y allí seguía cuando el sueño venció a la joven bohemia.

La despertó la mano de Garth en su hombro, firme y reconfortante. Pestañeó y miró alrededor. El jacarino estaba de nuevo en el saliente, observando. Garth le dijo por señas que ya era hora de emprender la marcha. La joven bohemia se levantó con precaución en los estrechos confines de la grieta y recogió su morral. *Stresa* esperaba en la entrada con las púas desplegadas, olfateando el aire. Hacía calor dentro del refugio, tan mal ventilado.

Wren miró a su alrededor, deteniéndose un breve instante en el jacarino, que permanecía acurrucado.

–Adiós, pequeño –dijo con voz suave.

Abandonaron la oscuridad para salir a la brumosa luz del exterior. Habían dormido hasta después del mediodía. Las brumas del valle parecían más densas que antes, con su olor sulfuroso y fétido y su fuerte sabor a ceniza y cieno. El calor del interior del Killeshan se filtraba a través de la roca porosa y quedaba flotando en la atmósfera, obstinado e inmóvil, atrapado en el valle sin viento como en una marmita. La niebla reflejaba la difusa luz del Sol, obligando a parpadear a Wren para así protegerse de su resplandor. Sombríos grupos de acacias se destacaban en la neblina, y franjas de roca negra desaparecían en otros mundos.

Stresa abría la marcha, caminando con cautela a través de la lóbrega nube cenicienta, cambiando de dirección a cada paso y olfateando mientras lo hacía. El día transcurrió en un incómodo silencio. Wren mantenía alerta todos sus sentidos porque no acababa de creerse que, como había dicho *Stresa,* los demonios estuvieran durmiendo plácidamente a aquellas horas. Cada vez se adentraban más en el valle, atravesando zonas selváticas invadidas por hierbas y enredaderas, bajando declives alfombrados de maleza y recorriendo

interminables y áridas franjas de lava solidificada que resaltaban como bandas negras.

La tarde transcurrió con rapidez, sin detectar el menor movimiento en la neblina que los rodeaba. Sin embargo, Wren sabía que allí había seres, y podía advertir su presencia. Aquellos seres eran iguales que el que había estado a punto de atraparlos aquella mañana, y otros mucho peores. Pero *Stresa* parecía que conocía el lugar donde se encontraban y las medidas que debía adoptar para esquivarlos, dirigiendo la marcha por senderos que elegía sin la menor vacilación a través del traicionero laberinto. Todo oscilaba y cambiaba a su alrededor, produciendo la sensación de que nada era estable, de que Morrowindl estaba en constante mutación. La isla parecía romperse y recomponerse en torno a ellos, como un paisaje surrealista que pudiera transformarse a su antojo, libre de las leyes que gobiernan la naturaleza. Wren, acostumbrada al seguro terreno de llanuras, montañas y bosques, a un país no cercado por el agua ni asentado sobre un horno que podía abrirse en cualquier momento y acabar con la vida que bullía a su alrededor, sentía un desasosiego creciente. El aliento del Killeshan humeaba por las fisuras de la costra de lava en pequeñas erupciones que olían a roca quemada y a gases y dejaban estelas de detritus flotando en el aire. En medio de la roca eruptiva y la cizaña crecían aislados grupos de arbustos en flor, que luchaban por sobrevivir entre el calor y la ceniza. En otro tiempo, pensó Wren, aquella isla debió de ser muy bella, pero ahora era muy difícil imaginarla así.

Cuando Wren, Garth y *Stresa* llegaron a orillas del río Rowen, el día estaba tocando a su fin, y la luz se había vuelto grisácea y tenue. Las criaturas de la niebla habían reemprendido su actividad, y sus sordos murmullos y gruñidos hacían que tanto los dos bohemios como el gatoespino aumentaran sus precauciones. En aquel momento, la ribera derecha se ocultaba tras una pantalla de neblina, y la izquierda descendía en un pronunciado declive hasta llegar a una corriente de aguas oscuras y agitadas, llenas de cieno y escoria, tan turbias que no permitían ver nada de lo que yacía bajo ellas.

Stresa se detuvo junto a la orilla, mirando a izquierda y derecha con gesto preocupado y olfateando la cargada atmósfera.

–¿Cómo vamos a cruzarlo? –preguntó Wren al gatoespino, arrodillándose junto a él.

–Por los vados –gruñó el otro–. Sspptt. El problema es que no sé bien dónde están. Hace mucho tiempo que no venía por aquí.

Wren se volvió hacia Garth, que observaba en actitud impasible. La luz disminuía con rapidez, y los ruidos de los demonios, que estaban despertando de la siesta, iban en aumento. El aire continuaba quieto y denso, mientras el calor del día se transformaba en húmedo bochorno.

–Rrruul. Corriente abajo, creo –dijo *Stresa* sin demasiada convicción.

Entonces Wren se sobresaltó al advertir que, a sus espaldas, algo se movía en la niebla. Garth desenvainó su espada. Una pequeña figura avanzó muy despacio hacia ellos, y Wren se puso de pie de forma instintiva. Era el jacarino. Dio un rodeo, para evitar a Garth, y acercarse a ella, cogiéndola después del brazo con cierta inseguridad.

–¿Qué haces aquí, pequeño? –murmuró la joven bohemia, acariciándole su peluda cabeza.

El jacarino se acomodó sobre su hombro y dirigió a *Stresa* unos suaves chillidos.

–Afirma que el... crrruuuul... paso se encuentra río arriba, cerca de aquí. Pjffttt –tradujo el gatoespino–. Dice que nos indicará el camino.

–¿Sabe lo que estamos buscando? –preguntó Wren, frunciendo el entrecejo.

–Sssstt. Parece que sí –respondió *Stresa,* erizando las púas con ansiedad–. No me gusta estar en terreno despejado. Probemos suerte y hagamos lo que nos propone. Tal vez sepa algo.

Wren respondió con un gesto de asentimiento. Con *Stresa* todavía a la cabeza, el pequeño grupo reemprendió la marcha remontando el curso del río Rowen, siguiendo en

todo momento la irregular curva de su ribera. Wren llevaba al jacarino, que se aferraba a ella posesivamente. No cabía la menor duda de que los había seguido desde que dejaron la grieta. Al parecer, no quería quedarse atrás. Quizá la joven bohemia lo había conquistado con sus muestras de afecto y amabilidad. Acarició distraídamente el enjuto cuerpecillo y se preguntó si aún quedaría bondad en Morrowindl.

Un instante después, *Stresa* se detuvo de repente y les hizo retroceder hasta un montón de rocas. Algo gigantesco y deforme pasó delante de ellos en dirección al río, una sombra silenciosa en medio de la niebla. Los carraspeos y gruñidos aumentaban en número e intensidad a medida que la tenue luz crepuscular dejaba paso a las sombras de la noche. Cuando volvieron a emprender la marcha, lo hicieron conteniendo la respiración.

Más adelante, la orilla se desviaba y descendía para sumergirse en las alborotadas aguas del río, transformando su arremolinada superficie en una serie de rápidos cortados. La neblina se levantó lo suficiente para dejar a la vista un estrecho paso de piedras. Lo cruzaron con paso rápido, agachados contra el agua, ansiosos por alcanzar la otra orilla. Cuando llegaron, el jacarino volvió a dirigirse a *Stresa* con su peculiar voz.

–Dice que vayamos por la izquierda –tradujo el gatoespino con palabras que sonaban como un gruñido gutural.

Siguieron las instrucciones del jacarino, sumergiéndose en la niebla cenicienta. Poco después, el crepúsculo dejó paso a una impenetrable oscuridad. Delante de ellos, un extraño resplandor blanco brillaba trémulamente a través de la neblina. Se vieron obligados a ralentizar el paso para no tropezar en las áreas más oscuras, y detenerse y escuchar siempre que lo juzgaban oportuno. Al parecer, los demonios estaban un poco más adelante, todos agrupados, según presentía Wren, para interponerse entre ellos y su destino.

Pronto pudo descubrir que sus suposiciones eran acertadas. Cuando el pequeño grupo coronó una cresta de roca eruptiva poblada de arbustos resecos, la neblina se aclaró de repente, e inmediatamente se agacharon para ocultarse entre la maleza. Acurrucados muy juntos, miraron en silencio lo que tenían ante ellos.

La ciudad de Arborlon, que se levantaba sobre un promontorio a menos de un kilómetro de distancia, era el origen de aquel extraño resplandor blanco. Emanaba de una ciclópea muralla que rodeaba la ciudad, latiendo débilmente en la neblina y las nubes. Había demonios por todas partes, sombras que aparecían y desaparecían en la nebulosa penumbra, fantasmas informes y sin rostro iluminados por las lenguas de fuego que brotaban de las fisuras abiertas en la tierra por el flujo de lava. Chorros de vapor llenaban el aire de cenizas y calor, transformando la tierra requemada en un horrible y fantasmagórico infierno. Los alaridos de los demonios eran ahogados por el retumbo que salía de las profundidades de la tierra, donde las fundidas entrañas del volcán se convulsionaban con verdadera violencia. En lontananza, elevándose sobre la ciudad y los fantasmas que la asediaban, las fauces del Killeshan desprendían humo en un gesto amenazador, como un monstruo de fuego a la espera de un festín.

Wren, profundamente impresionada, apartó la vista de la ciudad sitiada para fijarla en el desolado paisaje. No podía comprender cómo los elfos podían haber quedado atrapados en aquel mundo increíble. El pánico y la repugnancia invadieron a la joven bohemia. ¿Cómo podía haber ocurrido? Los elfos eran sanadores, personas adiestradas desde su nacimiento para restaurar la vida, para conservar la tierra y sus criaturas. ¿Qué podía haber impedido que ejercitaran allí sus cualidades? Arborlon era una isla tras sus murallas, sus habitantes contaban con alguna protección especial y seguían siendo capaces de subsistir por sí mismos, mientras que el mundo exterior se había convertido en una pesadilla.

–¿Desde cuándo están así las cosas? –preguntó la joven a *Stresa,* inclinándose hacia él.

–¡Fffppjtt! –bufó el gatoespino–. Desde hace años. Hasta donde yo pueda recordar,

los elfos siempre han estado encerrados, escondidos tras su magia. ¡Sssttppp! ¿Ves la luz que desprende la muralla que los protege? Mmssst. ¡En ella se escudan!

El jacarino emitió unos suaves chillidos, haciendo que Wren se volviera.

–Jurrrl –gruñó *Stresa–.* El jacarino dice que la luz se está debilitando, porque la magia va perdiendo su fuerza de forma paulatina pero inexorable, y no tardará mucho tiempo en extinguirse por completo.

Wren volvió a fijar su mirada en el desolado panorama. No falta mucho tiempo, se dijo a sí misma. Pocas dudas cabían sobre ello. Una súbita sensación de impotencia se apoderó de ella. ¿Qué debía hacer ahora? Había ido a Morrowindl para encontrar a los elfos y convencerlos de que debían regresar al mundo de los humanos. Ése fue el encargo que había recibido de Allanon en el Cuerno del Infierno. Pero ¿cómo podrían salir de allí? No le cabía la menor duda de que ya habrían salido si hubieran tenido la oportunidad de hacerlo. Sin embargo, seguían allí, completamente asediados. Respiró profundamente. ¿Por qué la había enviado Allanon? ¿Qué tenía que hacer?

Un profundo sentimiento de tristeza nubló su rostro juvenil. ¿Habrían desaparecido los elfos? Ellos eran todo lo que quedaba del mundo fantástico, todo lo que permanecía de las primeras gentes, de la magia que había alimentado la vida cuando ésta empezaba. ¡Habían hecho tantos y tan duros esfuerzos para conservar la existencia de las Cuatro Tierras cuando las Grandes Guerras terminaron y los viejos procedimientos se perdieron...! Por las venas de todos los descendientes de la casa Shannara corría sangre élfica. Habían salido victoriosos de todas las luchas emprendidas para preservar a las razas. Parecía imposible que ahora todo quedara reducido a un simple capítulo del gran libro de la historia, que los elfos pasaran a formar parte de la leyenda.

Mitos y leyendas, reflexionó. *Eso es lo que son ahora.*

Pensó de nuevo en la promesa que se había hecho a sí misma de conocer la verdad sobre sus padres, quiénes eran y por qué la habían abandonado. ¿Qué representaban las piedras élficas en todo aquel asunto? Se había propuesto descubrir por qué se las habían entregado. Levantó la mano y sus dedos siguieron el contorno de la bolsa de cuero que colgaba de su cuello. No había vuelto a acordarse de las piedras élficas desde que iniciaron el ascenso de la Cornisa Negra. Ni siquiera se le había ocurrido utilizarlas cuando estuvieron amenazados. Hizo un gesto de resignación. ¿Hubiera debido utilizarlas? Podía ver con sus propios ojos los beneficios que el uso de la magia había proporcionado a los elfos.

Sintió la mano de Garth sobre su hombro y leyó en sus ojos una inquisitiva mirada: le preguntaba qué pensaba hacer. Ella se estaba preguntando lo mismo.

Vuelve a tu país, le dijo una voz en su interior. *Debes renunciar a esta locura.*

En cierto modo estaba de acuerdo. Aquello era una locura, y el único motivo de que estuviera allí era su necia curiosidad y su tenaz obstinación. ¡Qué poco podían ayudarle en aquella empresa sus habilidades y entrenamiento! Debía sentirse satisfecha por haber llegado tan lejos, e incluso por seguir conservando la vida.

Pero estaba allí, y las respuestas a todas sus preguntas se encontraban al otro lado de aquel resplandor blanco.

–*Stresa,* ¿existe alguna forma de entrar en la ciudad? –preguntó al gatoespino en voz baja.

–Wrroouul, Wren de los Elfos. Estás decidida, ¿verdad? –inquirió a su vez *Stresa,* pero no obtuvo respuesta–. Dentro de un barranco que... jrruul... se halla cerca de donde merodean los demonios, hay unos túneles ocultos. Sssstttpjt. Los túneles llevan al interior de la ciudad. Los elfos los utilizan para salir a escondidas... o, al menos, los utilizaban hace algún tiempo. Nos dejaban salir de la ciudad por ellos para que vigiláramos. Pjjffft. Tal vez se conserve todavía alguno en buen estado, ¿no crees?

–¿Podrías encontrarlo? –preguntó Wren.

El gatoespino se limitó a pestañear.

–¿Te importaría enseñármelo?

–Jsssttt. ¿No te olvidarás de tu promesa de llevarme con vosotros cuando acabe todo esto?

–No la olvidaré.

–Muy bien –concedió el gatoespino, haciendo una mueca–. En ese caso te llevaré hasta los túneles. ¿Quiénes vamos a ir? Ssttpjt.

–Garth, tú y yo.

El jacarino emitió inmediatamente unos chillidos mostrando su desacuerdo.

–Ya lo suponía –dijo *Stresa,* ronroneando–. El jacarino quiere acompañarnos. Ruuul. ¿Por qué no? Sólo es un jacarino.

Wren vaciló durante un instante, pero enseguida sintió en el brazo la firme presión de los dedos del animalillo, que volvió a emitir su característico chillido.

–Sssttt. –*Stresa* emitió un sonido que podría interpretarse como una risa–. Me pide que te diga que se llama *Fauno.* Ha decidido que lo adoptes.

–*Fauno* –Wren repitió el nombre, esbozando una sonrisa–. ¿Es así como te llamas, pequeño? –Los redondos ojos de la criatura estaban clavados en los de la joven, y sus grandes orejas permanecían enhiestas. Parecía extraño que el jacarino tuviese un nombre–. Así que quieres que te adopte, ¿verdad? ¿Y me seguirás a cualquier sitio que yo vaya? –Wren hizo un apesadumbrado gesto de asentimiento–. Bien, éste es tu país, y probablemente yo no podría impedirte que lo abandonaras aunque lo intentara.

Miró a Garth para asegurarse de que se hallaba dispuesto a continuar la marcha. El rudo semblante del gigante estaba sereno, y sus oscuros ojos eran insondables. La joven dirigió una última mirada al mundo de pesadilla que tenía ante sí. Entonces, sobreponiéndose al miedo y la duda, intentó convencerse de que ella, como bohemia que era, estaba capacitada para sobrevivir a cualquier peligro.

Sus dedos resbalaron rápidamente sobre la dura superficie de las piedras élficas.

En caso necesario...

Rechazó el pensamiento.

–Vayamos ya, *Stresa* –dijo en voz baja–. Y llévanos por lugar seguro.

El gatoespino no se molestó en responder.

9

Wren Ohmsford no recordaba ningún momento de su vida en que realmente hubiese sentido verdadero miedo de algo. Ella era así por naturaleza. Ni siquiera en su niñez, cuando el mundo todavía era nuevo y extraño, y casi todas las criaturas, más grandes, fuertes y rápidas que ella. Fuera cual fuese el peligro al que se tuviera que enfrentar, confiaba en encontrar la manera de protegerse. Esta confianza era innata, una mezcla de férrea determinación y seguridad en sí misma que durante toda su vida le había dado una gran fortaleza interior. A medida que fue creciendo, y sobre todo después de que fuera a vivir con los bohemios e iniciara su adiestramiento con Garth, adquirió la pericia y experiencia necesarias para comprobar que su autoconfianza nunca era excesiva, que nunca sobrepasaba su capacidad.

Sin embargo, todo eso había sufrido un cambio radical en el momento que decidió buscar a los elfos. A partir de ese momento, se había sentido aterrorizada en dos ocasiones: la primera cuando el Espectro que los había seguido a todo lo largo y ancho de las Tierras Occidentales se presentó ante ellos con la intención de acabar con sus vidas la noche en que encendieron la almenara y ella descubrió que no podía enfrentarse al monstruo. De nada le habían servido su adiestramiento y habilidades. Debería de haber estado prevenida, porque Par le había advertido sobre su peligrosidad cuando le refirió su propio encuentro con aquellos oscuros seres con todos los detalles. Pero, por alguna extraña razón, ella había creído que podría superarlos con facilidad en un enfrentamiento, o quizá ni siquiera pensó en la posibilidad de que pudiera tropezar con alguno de ellos. La realidad era que no había podido contar con la ayuda de Garth, a quien creía más fuerte y rápido que nadie, y frente a un ser que echó por tierra toda su confianza y habilidades.

Si no hubiera contado con la magia de las piedras élficas, habría muerto aquella noche. Pero esa magia había bastado para salvar sus vidas.

Ahora, mientras caminaba en compañía de los otros miembros del pequeño grupo al amparo de las sombras de la noche y de la niebla sulfurosa de Morrowindl, mientras se acercaban lentamente hacia un mundo de pesadillas y monstruos, volvió a sentir auténtico terror. Intentó analizar sus temores y buscar argumentos válidos para rechazarlos, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Conocía perfectamente la situación, sabía que era similar a la de la noche en que tuvo que enfrentarse al Espectro en las ruinas de Ala Desplegada. Su autoconfianza, destreza y experiencia, junto con la presencia protectora de Garth, por muy eficaces que fuesen en la mayoría de las ocasiones, en estas circunstancias eran muy poco tranquilizadoras. Morrowindl era un hervidero de magia impredecible y de maldad irracional, y la única arma eficaz que ella poseía eran las piedras élficas. Sólo la magia mantenía con vida a los elfos tras las murallas de Arborlon. También la magia, aunque mal utilizada, parecía que había convocado la maldad que los atenazaba, transformando para siempre la isla y los seres que la poblaban. No había ninguna razón para que Wren Ohmsford pudiera confiar en sobrevivir en Morrowindl durante mucho tiempo sin recurrir a su propia magia.

Sin embargo, la utilización de las piedras élficas era para ella tan aterradora como los propios monstruos contra los que debían protegerla. Como bohemia, había dedicado toda su vida a entrenarse para ser autosuficiente y para creer que realmente podía superar cualquier obstáculo. Eso era, precisamente, lo que le había enseñado Garth y eso era lo que había aprendido en su convivencia diaria con los bohemios, pero más importantes eran aún que todo eso las creencias que siempre había profesado. El mundo y todos los seres que lo poblaban estaban regidos por unas normas de conducta; si se llegaban a conocer esas

normas, se estaba en condiciones de afrontar cualquier situación. Reconocer el rastro de unas huellas, captar unos hábitos de conducta, conocer las debilidades y puntos fuertes de los demás, utilizar los cinco sentidos para descubrir lo que hubiese alrededor... eso era lo que permitía sobrevivir. Pero ¿qué ocurría con la magia? ¿Qué era la magia? Era algo invisible, una fuerza que estaba por encima de las leyes naturales, una incógnita que desafiaba toda comprensión, un poder sin límites discernibles. ¿Se podía confiar en algo que tuviera estas características? La historia de su familia, de diez generaciones de Ohmsford, le hacía pensar que no podía confiar en la magia. Un buen ejemplo eran los efectos que la magia había producido en Wil, Brin y Jair. ¿Qué seguridad podía tener si se veía obligada a depender de algo tan imprevisible? ¿Qué efectos podría provocar en ella la magia? Era cierto que le había sido muy fácil invocarla en su enfrentamiento con el Espectro. Había fluido de las piedras con docilidad, sin exigirle casi ningún esfuerzo, atacando a su enemigo con una simple insinuación de su mente. No había experimentado ningún sentimiento de culpabilidad por utilizarla; todo lo contrario, había tenido la sensación de que aquella energía esperaba ser invocada como algo que le pertenecía.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo al advertir lo que aquel pensamiento significaba. Comprendió que le habían entregado las piedras élficas porque sabían que las iba a necesitar. Estaba predestinado que su poder le pertenecía a ella.

Se reafirmó en su oposición a aceptar tal pensamiento. No quería poseer aquella magia. Deseaba que su vida continuara como había transcurrido hasta entonces, y no que fuese transformada de una forma irrevocable, como sin duda lo sería por un poder que superaba su capacidad de comprensión y, según creía, sus propias necesidades.

A excepción, por supuesto, de aquel momento: allí, en las laderas del Killeshan, rodeada de demonios engendrados por la magia con alguna oscura intención, en medio de aquel mundo de fuego y de niebla, donde podía desaparecer en fracciones de segundo a menos que...

Interrumpió su pensamiento, negándose a completarlo, y concentró toda su atención en el espinoso bulto de *Stresa* mientras el gatoespino continuaba avanzando en medio de la oscuridad de la noche. Las sombras flotaban por todas partes y la niebla se agitaba y adquiría nuevas formas, tapando y revelando zonas de maleza selvática y de roca eruptiva, como si constituyera la sustancia de un mundo calidoscópico incapaz de decidir lo que quería ser. A intervalos se oían gruñidos roncos y amenazadores que no procedían de ningún cuerpo ni llegaban de ninguna dirección. Se encogió en medio de la neblina. Una nerviosa e insistente voz interior le decía a gritos que desapareciera, que se enterrara en la roca, que se tornara invisible, que hiciera cualquier cosa para huir de aquella pesadilla. Desoyendo aquella voz, se volvió para mirar a Garth, y su proximidad la tranquilizó, pero enseguida se dijo que la presencia del gigante bohemio no cambiaba las cosas, que no era suficiente, que nada era suficiente.

En aquel momento, *Stresa* se quedó petrificado. Algo, sin poder precisar qué, se escabulló entre las sombras mientras sus garras repiqueteaban en la piedra. Esperaron inmóviles durante un momento. *Fauno* estaba expectante sobre el hombro de Wren, escuchando con la cabeza adelantada y las orejas tiesas. Sus apacibles ojos castaños se fijaron en los de la muchacha un momento, pero enseguida desvió la mirada.

De repente, Wren se preguntó en qué fase estaría la Luna. ¿Cuántos días hacía que el jinete alado Tigre Ty los había dejado en la isla? Entonces se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

Stresa volvió a reemprender la marcha. Remontaron una loma desprovista de vegetación, salvo unos raquíticos arbustos sin hojas, y bajaron por un barranco. La neblina se acumulaba sobre el suelo rocoso, dificultando notablemente la marcha. Las húmedas púas de *Stresa* brillaban, y el aire se enfrió. Había luz, pero era difícil establecer su

procedencia. Wren oyó un crujido como de una rama que se resquebrajara, seguido de un silbido de vapor y gases. Un breve grito vibró en el aire, y los gruñidos cesaron, para reanudarse enseguida. Contuvo la respiración. Ocurrían tantas cosas sin que pudiera verlas... A sus oídos llegaban sonidos de todas partes, pero eran inidentificables. No había ninguna huella que reconocer, ningún rastro que seguir; sólo un interminable paisaje de roca, fuego y bruma.

Fauno emitió un suave pero apremiante chillido.

En aquel preciso momento, *Stresa* se detenía de forma brusca. Las púas del gatoespino se abrieron en abanico, y su rechoncha figura se aplastó contra la roca. Wren se agachó y agarró su espada, sobresaltándose al sentir el roce de Garth. Había algo oscuro en la neblina delante de ellos. *Stresa* retrocedió unos pasos, volviéndose a medias en busca de otra posible ruta. Pero el barranco se estrechaba tanto que impedía cualquier maniobra. Renunció a su intento, con las púas erizadas.

La oscura imagen se hizo más compacta y empezó a adquirir forma. Algo se dirigió hacia ellos erguido sobre dos piernas. Garth se echó hacia un lado, tan silencioso como las sombras. Wren desenvainó la espada y contuvo el aliento.

La figura salió de la neblina y aminoró el paso. Era un individuo vestido con ropas ajustadas de color terroso, arrugadas y deterioradas, manchadas de ceniza y mugre, sin hebillas ni broches metálicos. Sus botas de cuero blando, que sólo le cubrían hasta el tobillo, estaban arañadas. La figura del propio individuo era un vivo reflejo de su vestimenta. Era de estatura mediana, pero parecía alto debido a su complexión angulosa. Su alargado rostro, en el que destacaba una nariz aguileña, estaba surcado de arrugas, no llevaba barba y la mayor parte de su oscura cabellera estaba cubierta por un extraño gorro en forma de calcetín. En conjunto, tenía la apariencia de algo que se ha arrugado y descolorado por haber estado guardado durante mucho tiempo.

No pareció que su presencia constituyera para él una sorpresa. Tampoco parecía que estuviera asustado. Sin pronunciar una sola palabra, se llevó un dedo a los labios, miró durante un breve instante hacia atrás y después señaló el camino por el que habían llegado.

Durante un minuto, todos permanecieron inmóviles, indecisos. Entonces Wren se fijó en algo que le había pasado desapercibido. Debajo del gorro y del enmarañado pelo había unas orejas puntiagudas y unas cejas oblicuas.

Era un elfo.

Después de tanto tiempo, pensó. *Después de tantos esfuerzos.* Sintió un gran alivio, además de una desconocida sensación que no pudo definir. Hasta cierto punto le parecía extraño encontrarse al fin cara a cara con lo que tantos esfuerzos le había costado encontrar. Se quedó inmóvil, mirándolo, presa de sus emociones.

El elfo volvió a señalar el camino por el que habían llegado, ahora con más apremio que antes. Era más viejo de lo que le había parecido al principio, pero estaba tan curtido que le resultó imposible determinar en qué medida su envejecimiento era natural o el resultado de una vida dura.

Cuando por fin logró controlar sus sentimientos y emociones, llamó la atención de Garth y le indicó por señas que obedeciera las indicaciones del elfo. Se irguió y empezó a desandar el camino que los había llevado hasta allí, seguida de sus compañeros. El elfo se adelantó una docena de pasos sin esfuerzo visible. Cruzó de nuevo el barranco y los llevó, a través de un área de roca volcánica, a un bosquecillo de árboles atrofiados. Allí se sentó en el suelo, y todos lo imitaron, rodeándolo.

–¿Quién eres? –preguntó en voz baja el elfo a Wren, inclinándose y fijando en ella sus penetrantes ojos grises.

–Wren Ohmsford –respondió la joven también en voz baja–, y éstos son mis amigos, Garth, *Stresa* y *Fauno.*

–Un grupo muy singular –respondió el elfo, a quien parecía divertir la situación–. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí, Wren?

Su voz era amable, tan cascada y fatigada como el resto de su persona, pero tan acogedora y cómoda como unos zapatos viejos.

–Un jinete alado, llamado Tigre Ty, nos trajo a Garth y a mí desde el continente. Necesitamos encontrar a los elfos. –Hizo una breve pausa–. Y creo que tú eres uno de ellos.

Las arrugas del rostro de su interlocutor se acentuaron cuando sonrió.

–No existen los elfos. Todo el mundo lo sabe –respondió su interlocutor, riéndose de su propia broma. La risa acentuó las arrugas de su rostro–. Pero si insistes, es posible que admita ser uno de ellos. Mi verdadero nombre es Aurino Estriado, pero me llaman Búho. Tal vez sea capaz de adivinar la causa...

–¿Cazas de noche?

–Puedo ver en la oscuridad. Por eso me encuentro fuera de las murallas de la ciudad, donde nadie más se atreve a estar. Yo soy los ojos de la reina.

–¿La reina? –inquirió Wren, parpadeando.

–¿Has recorrido tanta distancia sólo para encontrar a los elfos, Wren Ohmsford? –preguntó a su vez el Búho, haciendo caso omiso de la pregunta formulada por la joven bohemia con un gesto de indiferencia–. ¿Con qué objeto? ¿Por qué te preocupa la suerte que haya podido correr nuestro pueblo? –Sus ojos brillaron por encima de su sonrisa–. Has tenido mucha suerte al encontrarte conmigo. También debes sentirte afortunada por seguir aún con vida. O tal vez no. Ya veo que también eres elfina. –De repente, se desvaneció la sonrisa de su rostro–. ¿Es posible que...?

Se detuvo, indeciso. Sus ojos reflejaban algo que Wren no consiguió descifrar. ¿Qué era? ¿Esperanza? ¿Escepticismo? Empezó a decir algo, pero el Búho la obligó a callar con un gesto.

–Wren, te llevaré al interior de la ciudad, pero tus amigos no nos acompañarán, tendrán que esperar aquí. Mejor dicho, deberán esperar junto al río, donde disfrutarán de una relativa seguridad.

–No –repuso Wren–. Mis amigos me acompañarán.

–No pueden –dijo el Búho en tono paciente y amable–. Está terminantemente prohibido llevar a la ciudad a nadie que no sea elfo. Actuaría de otro modo si me fuera posible, pero no puedo infringir la ley.

–Pjfft. Yo puedo esperar junto al... jruul... río –dijo *Stresa–.* En cualquier caso, ya he cumplido mi promesa.

–Aquí fuera no hay ninguna seguridad –insistió Wren, sin prestar atención a las palabras del gatoespino y mirando fijamente al Búho.

–Ningún sitio es seguro –respondió el elfo apesadumbrado–. *Stresa* y *Fauno* están acostumbrados a cuidar de sí mismos, y tu amigo Garth parece que está bien preparado para defenderse. Un día o dos, Wren... con eso será suficiente. En ese tiempo quizá consigas persuadir al Consejo para que permita su entrada en la ciudad o que tú puedas salir a reunirte con ellos.

Wren no sabía de qué Consejo le hablaba el Búho, pero prescindiendo de la decisión que se pudiera tomar respecto a *Stresa* y *Fauno,* ella estaba decidida a no separarse de Garth. El gatoespino y el jacarino podían sobrevivir por sus propios medios, pero aquella isla era tan extraña y traicionera para Garth como para ella, y no estaba dispuesta a abandonarlo.

–Tiene que haber otro... –empezó a decir.

De repente, un griterío desgarró el aire y de la niebla surgió una oleada de seres provistos de innumerables extremidades. Wren apenas tuvo tiempo de levantar los ojos

antes de que cayeran sobre ella. Tuvo una visión fugaz de *Fauno* que desaparecía en medio de las tinieblas, de *Stresa* que flexionaba su cuerpo espinoso, de Garth que se levantaba para defenderla, y entonces un golpe la hizo saltar por los aires. Levantó la espada justo a tiempo para descargarla contra su atacante más próximo. Brotó sangre, y la criatura se retiró, tambaleándose. Había cuerpos por todas partes, negros y contrahechos, que saltaban mientras atacaban sin descanso a los miembros del pequeño grupo. *Stresa* clavó sus púas a uno de ellos, que se alejó profiriendo aullidos de dolor. Garth rechazó a otro y se puso al lado de Wren. La joven bohemia, de espaldas a él, combatía con los asaltantes a medida que se acercaban. No los veía bien; sólo vislumbraba sus cuerpos deformes y sus llameantes ojos. Buscó al Búho con la mirada, pero no lo encontró.

De pronto lo vio: era una silueta que se levantó del suelo tras derribar a dos de los atacantes antes de que éstos pudieran darse cuenta de lo que sucedía. Inmediatamente desapareció de nuevo para aparecer en otro lugar empuñando un largo cuchillo en cada mano, aunque Wren no recordaba que llevara ningún arma a la vista. El elfo se deslizaba entre sus agresores como si fuese una sombra. Aparecía aquí y allá, y desaparecía antes de que pudieran tener tiempo para localizarlo.

Garth luchaba cuerpo a cuerpo con los asaltantes, repeliéndolos con sus poderosos brazos. Los demonios mantenían sus posiciones durante un momento, y después retrocedían a saltos para reagruparse. Por todas partes se oían aullidos.

–¡Rápido! Seguidme todos –dijo Aurino Estriado con palabras ásperas y tajantes, apareciendo al lado de Wren–. Ya veremos cómo nos enfrentamos al Consejo.

A través del terreno volcánico, los llevó de nuevo hacia el barranco, con sus perseguidores pisándoles los talones. Corrieron agachados a través de la depresión rocosa, sorteando peñascos y zanjas, precedidos por el Búho, un fantasma que daba la impresión de que iba a desaparecer de un momento a otro en medio de la noche.

Sólo habían recorrido una corta distancia cuando algo pequeño y peludo saltó sobre el hombro de Wren. La joven bohemia dio un respingo y se encogió en actitud defensiva; pero enseguida se dio cuenta de era *Fauno,* y se enderezó y prosiguió la marcha. El jacarino se aplastó contra su hombro y gorjeó.

Unos segundos después, los demonios, surgiendo en tropel de la neblina, les dieron alcance. Pasaron rozando junto a *Stresa,* que se convirtió instintivamente en una bola; sus púas, que apuntaban en todas direcciones, salieron disparadas contra los asaltantes. Garth se enfrentó al grueso del ataque, como un muro que rechazaba uno tras otro a los agresores. Wren luchaba a su lado, veloz y ágil, blandiendo su corta espada a diestro y siniestro. Las piedras élficas, guardadas en su bolsa de cuero, empezaron a quemarle el pecho.

Los atacantes emprendieron una nueva retirada, pero en esta ocasión no tan lejos como la anterior, ni con tanta prontitud. Confundidos en la oscuridad de la noche y la niebla, se convirtieron en sombras, pero podían oír muy cerca sus gritos mientras esperaban nuevos refuerzos. El elfo y sus compañeros se reunieron e intentaron normalizar su respiración. Sus armas despedían frágiles destellos.

–Tenemos que proseguir la marcha –dijo el Búho–. Ya no estamos lejos.

–¡Sssttppjt! ¡Corred si tenéis que hacerlo, pero a mí ya me basta! ¡Pjjfft! –exclamó *Stresa,* que estaba a unos cuatro metros, volviendo su cabeza de gato hacia la joven bohemia–. Wren, os estaré esperando... ruuul... cuando regreséis. Estaré en el río. ¡Pero no olvides tu promesa!

Entonces se fue, deslizándose entre las negras sombras de la noche, confundiéndose con ellas.

A una seña del Búho, Wren y Garth volvieron a emprender una veloz huida siguiendo la curva del barranco. En la niebla circundante podían advertir movimientos rápidos y furtivos. Brotaban chorros de vapor por las grietas abiertas en la costra de lava,

impregnando el aire de un fuerte olor a azufre. Unas enormes rocas desprendidas bloquearon su camino, y decidieron trepar por ellas, en lugar de rodearlas, para ganar tiempo. Enfrente, detrás de su muralla protectora, resplandecía la ciudad de Arborlon, un conjunto de casas y torres que brillaba entre los árboles del bosque. En la mezcla de luz emitida por la magia de la ciudad y el fuego del volcán, la árida y desolada falda del Killeshan aparecía salpicada de isletas de maleza y boscaje que, de forma milagrosa, habían conseguido salvarse de la devastación inicial, pero que ahora estaban condenadas a sufrir la lenta sofocación del calor. La bruma cenicienta flotaba sobre el paisaje como una harapienta cortina, y los monstruos que en ella se ocultaban la atravesaban como las lombrices a la tierra.

Ante ellos se extendía una depresión de terreno, prolongación del barranco que habían seguido. El Búho se dirigía a toda prisa hacia ella cuando los demonios reanudaron su ataque. Cayeron sobre ellos desde ambos flancos, materializándose en la oscuridad como si hubieran brotado de repente de la tierra. El Búho fue derribado de un único y certero golpe, y Wren cayó desplomada entre un torbellino de garras y dientes. Sólo Garth permanecía de pie, atrapado por los demonios que lo arañaban e intentaban derribarlo por todos los medios. Wren pataleó con violencia y consiguió liberarse. *Fauno* había desaparecido en la noche, veloz como el pensamiento. La espada de Wren, girando en un ciego molinete, se hundió en un cuerpo, quedó retenida en él durante un breve instante y después se desprendió. La muchacha se incorporó de un salto, pero fue abatida de nuevo, siendo golpeada contra la roca. Sintió que había sufrido una herida en la parte posterior de la cabeza y el cuello. El dolor hizo que las lágrimas asomaran a sus ojos. Se apartó rodando y se levantó, acosada por los demonios. Como ya había ocurrido en el primer ataque, la noche y la niebla se habían tragado al Búho. Garth había sido derribado, sepultado por la tumultuosa masa de negros miembros de los demonios. Wren profirió un alarido y se debatió, en un intento por alcanzarlo, pero unas manos deformes la asieron con rudeza, frenando su avance.

Las piedras élficas le quemaban el pecho como si fueran de fuego.

Abrumada por el peso de sus atacantes, empezó a perder el equilibrio. Era plenamente consciente de que esta vez no tendría la posibilidad de levantarse, que aquél sería el fin de todos ellos.

Se oyó a sí misma proferir un grito sin sonido en algún profundo rincón de su interior.

La razón huyó ante la imperiosa necesidad, y el miedo dejó paso a la furia. Estaba rodeada de cuerpos, de garras y dientes que la laceraban y de fétidos alientos expulsados contra su piel. Sus dedos se hundieron entre su túnica, y sacaron de un tirón la bolsa de las piedras élficas.

Las piedras cobraron vida inmediatamente, en una erupción de luz y de fuego. La bolsa de cuero se desintegró. La magia estalló a través de los resquicios de los dedos de la joven bohemia, demasiado impaciente y obstinada para esperar a abrir la mano. Barrió el aire como una ráfaga de cuchillos, destrozando a aquellos seres negros, convirtiéndolos en polvo casi antes de que se extinguiesen sus gritos. Wren quedó libre, y se puso de pie, tambaleándose, con las piedras élficas tendidas ahora hacia delante. El fuego y la luz brotaban a raudales de su propio interior, fundiéndose con la magia hasta que no hubo posibilidad de distinguirlos. Levantó la cabeza mientras el poder, violento, desafiante y estimulante, fluía a través de ella. Sufrió una total transformación, y sus temores sobre las consecuencias que podían derivarse de la utilización de la magia se disolvieron por completo. No importaba lo que ella hubiera sido ni la clase de vida que hubiese llevado hasta aquel momento. La magia lo era todo. La magia era lo único que importaba.

Proyectó su energía contra la masa de cuerpos que se apelotonaban sobre el gigante

bohemio, traspasándolos, y se desintegraron en unos segundos. Algunos, los mayores y más fuertes, resistieron la furia del ataque durante un instante más que los demás, pero todos fueron exterminados. Garth se levantó, ensangrentado, con la ropa hecha jirones y una cenicienta máscara en su moreno y barbudo rostro. ¿Qué miraba con los ojos tan desorbitados?, se preguntó Wren sorprendida. Se quedó maravillada por la expresión de su cara mientras ella utilizaba el poder de las piedras para limpiar el lugar. El Búho reapareció, reflejando también asombro y temor en su curtido semblante. ¡Estaban los dos tan asustados...!

De pronto, Wren fue consciente de la realidad de la situación. Cerró los dedos, sobresaltada, y la magia desapareció. El estímulo y el fuego la abandonaron, desapareciendo al instante, y fue como si la hubiesen desnudado y expuesto a la vista de todos. Se sintió invadida por un gran cansancio. Se sentía avergonzada. La magia la había atrapado, se había adueñado de ella y la había seducido en contra de su voluntad, borrando sin dejar rastro su decisión de resistirse a su atractivo y burlándose de todos sus propósitos de no engrosar la lista de los miembros de la familia Ohmsford que habían sido esclavizados por ella.

Pero ¿no era cierto que había necesitado recurrir a su poder? ¿No tenía la obligación de conservar su vida y las de los demás? ¿No había deseado su poder, e incluso no había disfrutado con él? ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Garth la sujetaba por los hombros para que no se desplomara al suelo y la miraba intensamente a los ojos. Ella le indicó con un gesto que era consciente de su presencia y que estaba bien, aunque la verdad era que no lo estaba.

–Wren, tú eres la joven que ella espera, la que ha sido prometida –dijo el Búho, que también estaba a su lado–. Bienvenida seas. Apresurémonos antes de que los seres oscuros tengan tiempo de reagruparse y emprender un nuevo ataque. ¡Deprisa!

Lo siguió dócilmente, en silencio, sintiendo que su cuerpo era un ser extraño que la impulsaba mientras ella se limitaba a observar desde el exterior. Se sintió invadida por una oleada de calor y agotamiento, pero se sentía completamente ajena a ellos. Vio que el paisaje volvía a convertirse en un mar de niebla en el que flotaba un extraño conjunto de sombras. Los árboles, que crecían en grupos aislados, elevaban hacia el cielo su deshojado y esquelético ramaje, a la espera de que sus quebradizas ramas fueran cayendo a pedazos. Al frente se levantaba la ciudad de los elfos, reluciendo como un ser atrapado tras una ventana azotada por la lluvia, pero también como una alhaja que brillaba con destellos prometedores y esperanzadores.

Mentira. La idea le surgió de repente, de la forma más incongruente, y se quedó sorprendida por la intensidad de la misma. Todo es *mentira.*

El Búho los llevó entre una maraña de arbustos, entrando a continuación en un angosto desfiladero donde las sombras eran tan densas que casi imposibilitaban la visión. El elfo se agachó, maniobró en una formación rocosa y levantó una trampilla. La traspasaron a gatas, y entraron en un túnel donde hacía un calor sofocante. El elfo alargó la mano, cerró la trampilla y la aseguró con un cerrojo. La oscuridad sólo duró un momento; por el túnel llegaban retazos del resplandor blanco producido por la misteriosa luz de la ciudad. El Búho los condujo por el pasadizo sin pronunciar una sola palabra; su figura, bañada por el débil resplandor, parecía más delgada y lúgubre. Wren notó que su sensación de división se desvanecía; regresó a su propio interior, y volvió a ser la misma persona que antes de utilizar la magia. Sabía lo que había sucedido, lo que había hecho, pero no estaba dispuesta a obsesionarse por ello. No tenía otra opción que seguir adelante y completar el viaje que se había propuesto realizar. La esperaban la ciudad, Arborlon, y los elfos, a quienes había ido a buscar. Debía concentrarse en todo ello.

De repente se dio cuenta de que *Fauno* no había regresado. El jacarino seguía en el

exterior, perdido en aquel feroz inframundo... Cerró los ojos durante un breve instante. *Stresa* también estaba fuera, aunque éste por propia voluntad. Temía por la suerte que pudieran correr los dos, pero ella no podía hacer nada.

Siguieron caminando por el estrecho pasadizo durante un tiempo que le pareció interminable, agachados y en absoluto silencio. La luz se hacía más intensa a medida que avanzaban, hasta que fue tan clara como la del día. El mundo exterior desapareció por completo, y con él la niebla, el calor, la ceniza y el hedor a azufre. De improviso, también el suelo rocoso desapareció, trocándose en un terreno negro y fértil que le recordó el de los bosques de las Tierras Occidentales, su país. La magia, pensó, había conseguido preservarlo.

El túnel concluía en un tramo de escaleras de piedra que ascendía hasta una pesada puerta reforzada con hierro, enmarcada en una pared de roca.

–Wren, escúchame –dijo en voz baja el Búho volviéndose hacia los bohemios cuando llegaron al umbral de la puerta, y fijando sus ojos grises en los de la muchacha–. Sé que soy un desconocido para ti, y no tienes ninguna razón especial para creer en mis palabras. Pero debes confiar en mí al menos esta vez. Hasta que no hables con la reina, y sólo cuando te encuentres a solas con ella, no deberías decir a nadie que posees las piedras élficas. No se lo digas a nadie hasta entonces. ¿Me has entendido?

–¿Por qué me pides eso, Aurino Estriado? –pregunto Wren, haciendo un gesto de asentimiento.

–Porque, aunque me gustaría que las cosas fueran de otro modo, no todo el mundo verá con buenos ojos tu llegada –respondió el Búho, esbozando una triste sonrisa que acentuó las arrugas de su ajado rostro.

A continuación se volvió y golpeó la puerta con los nudillos; esperó un momento y volvió a golpear. Tres golpes y luego dos, en ambas ocasiones. Wren escuchó y oyó el ruido producido por un movimiento al otro lado. Enseguida oyeron maniobrar en unas pesadas cerraduras.

La puerta se abrió y traspasaron el umbral.

10

He llegado a mi hogar, éste fue el primer pensamiento de Wren... vívido, sorprendente e inesperado.

Estaba en el interior de las murallas de la ciudad, en un portillo que se abría a la sombra de los parapetos. Ante ella se extendía Arborlon, y tuvo la sensación de que había regresado a las Tierras Occidentales, porque había robles, nogales y olmos, hierba y arbustos verdes, tierra que olía a cultivos y a cambios de estación, arroyos y estanques; la vida se manifestaba a cada paso. Un búho ululó apaciblemente, y se produjo un revoloteo cercano cuando un pájaro más pequeño se lanzó al aire desde el oculto lugar donde estaba posado. Se oía el canto de otras aves... ¡chotacabras! Entre un grupo de cicutas, fosforescían las luciérnagas, y los grillos llenaban el aire con su incesante cri-cri. A sus oídos llegaba el sosegado murmullo del discurrir de un río y en su mejilla podía sentir la caricia de una suave brisa nocturna. El aire era puro, no se percibía el olor a azufre.

Y allí estaba la ciudad, anidada en el follaje... Innumerables viviendas y comercios, calles y caminos se extendían abajo, y arriba una red de viaductos de madera conectados con la maraña de arroyos, lámparas que iluminaban las ventanas parpadeando acogedoramente y un reducido número de ciudadanos que paseaba para descargar sus tensiones o quizá para admirar el cielo. Porque de nuevo había cielo, limpio y sin nubes, cuajado de estrellas y con la Luna en cuarto menguante, tan blanca como nieve recién caída. Bajo su bóveda, todo relucía débilmente con la magia emanada de las murallas. Pero el resplandor no era tan intenso como le había parecido desde fuera, y las murallas, a pesar de su altura y grosor, estaban tan suavizadas por él que parecían unas simples vallas.

Los ojos de Wren iban de un lugar a otro, encontrando jardines floridos en patios bien cuidados, hileras de arbustos que flanqueaban senderos, farolas de hierro forjado ricamente ornamentadas. Había caballos, vacas, pollos y animales de todas clases en corrales y establos. Había perros durmiendo enroscados en los portales y gatos en los alféizares de las ventanas. Había vistosos toldos y sombrillas sobre las entradas, y marquesinas en las fachadas de las tiendas y los carros de los comerciantes. Las casas y las tiendas eran blancas y pulcras, ribeteadas con franjas recién pintadas en una miríada de colores. Por supuesto, no podía ver toda la ciudad, sino sólo las partes más próximas. Pero no cabía la más mínima posibilidad de error sobre el lugar donde se encontraba ni sobre los sentimientos que le inspiraba.

Era su hogar.

Sin embargo, la familiaridad y la sensación de pertenencia desaparecieron con la misma rapidez con que se había sentido inundada por ellas. ¿Cómo podía sentir como propio un lugar donde nunca había estado, que nunca había visto, de cuya existencia no había tenido noticias hasta aquel momento?

Entonces la visión se nubló y pareció retroceder hacia las sombras de la noche, como si quisiera esconderse. Vio algo que había pasado por alto, quizá cegada por la emoción. Las murallas estaban llenas de elfos en uniforme de campaña, con las armas preparadas, que extendían sus líneas de defensa a través de las almenas. Se estaba produciendo un ataque. La lucha era extrañamente silenciosa, como si el resplandor de la magia consiguiera ahogar el fragor del combate. Caían elfos, unos para volver a levantarse y otros para morir. Las siluetas que atacaban también sufrían bajas, algunas quemadas por la luz que chispeaba y oscilaba como un fuego agonizante, y otras derribadas por los defensores. Wren parpadeó. Dentro de las murallas, la ciudad de los elfos parecía menos radiante y más deteriorada. Las casas y tiendas estaban un poco más oscuras, un poco menos cuidadas

de lo que había imaginado al principio. Los árboles y arbustos no eran exuberantes, ni las flores de colores tan vivos. Después de todo, el aire que respiraba no era tan puro como le había parecido en un principio; tenía partículas de azufre y ceniza. Más allá de la ciudad, el Killeshan se erguía oscuro y amenazador, y su boca resaltaba en la noche con sangriento resplandor.

De pronto fue consciente de que aún llevaba las piedras élficas en la mano. Sin bajar la mirada hacia ellas, las dejó caer en su bolsillo.

–Por aquí, Wren –dijo Aurino Estriado.

Había guardias en la puerta por la que habían accedido a la ciudad, jóvenes de gesto duro, facciones élficas y ojos que parecían fatigados y viejos. Wren los miró al pasar y se estremeció por la forma en que habían correspondido a su mirada. Garth se interpuso para ocultarla.

Guiados por el Búho, abandonaron la zona situada bajo parapetos y cruzaron una rampa que pasaba sobre un foso. Éste rodeaba la ciudad por el interior de las murallas. Wren se volvió, parpadeando a causa de la fuerza de la luz. Carecía de agua y, al parecer, también de finalidad. Sin embargo, era evidente que había sido excavado para defender la ciudad, cruzado como estaba por docenas de rampas que llevaban hasta las murallas. Wren dirigió una inquisitiva mirada a Garth, pero el gigante se limitó a encogerse de hombros.

Ante ellos se abría una calzada a través de los árboles, serpeando hacia el centro de la ciudad. Cuando apenas habían empezado a recorrerla, una nutrida compañía de soldados, encabezada por un individuo cuyo pelo estaba tan descolorado por el sol que casi parecía albino, los adelantó. El Búho empujó a Wren y a Garth hacia las sombras, y el hombre pasó sin reparar en su presencia.

–Faetón –dijo el Búho, siguiéndolo con la mirada–. El ungido de la reina en el campo de batalla, su protector contra los seres oscuros –dijo con ironía, pero con semblante serio–. La peor pesadilla de los guardias especiales.

Prosiguieron la marcha en silencio, abandonando la calzada para seguir una serie de calles laterales abiertas entre tiendas y casitas con las luces apagadas. Wren miraba a su alrededor con curiosidad, estudiando y analizándolo todo. Gran parte era como se había imaginado, pues Arborlon no difería mucho de los pueblos de las Tierras Meridionales, como, por ejemplo, Valle Umbroso, salvo por su extensión y, naturalmente, por la perpetua presencia de la muralla protectora, que relucía en la distancia como un testimonio del combate que se estaba librando. Algún tiempo después, cuando el resplandor desapareció tras la pantalla de árboles, le fue posible imaginar el aspecto que debió de tener la ciudad en el pasado, antes de que aparecieran los demonios y comenzaran el asedio. Debía de ser maravilloso vivir allí entonces, pensó Wren, en la ciudad boscosa y aislada sobre el Arroyo Cantarín, trasplantada a aquella isla paradisíaca desde las Tierras Occidentales, en la cual sus habitantes iniciaron una nueva vida, libre de la opresiva amenaza de la Federación. No había demonios entonces, el Killeshan estaba dormido y Morrowindl estaba en paz... Algo que ahora era inimaginable.

¿Habría aún alguien que recordara aquel paraíso?, se preguntó Wren.

El Búho los llevó por una arboleda de fresnos y esbeltos abedules, donde el silencio lo envolvía todo en un manto de paz. Llegaron ante una verja de hierro de unos seis metros de altura, terminada en puntas afiladas como lanzas y, doblando a la izquierda, avanzaron a lo largo de la misma. Al otro lado de la imponente barrera había unos jardines sombreados por árboles, que llegaban hasta un amplio edificio coronado con torreones. Era, sin duda, el palacio de los gobernantes élficos. Los Elessedil en la época de sus antepasados, recordó Wren. Pero ¿quiénes serían ahora? Siguieron la verja hasta donde las sombras eran tan densas que dificultaban la visión. El Búho se detuvo e inclinó. Wren oyó el chirrido de una llave en una cerradura, y se abrió una puerta en la verja. Traspasaron el umbral, esperaron a

que el Búho la cerrara de nuevo, y se dirigieron al palacio a través de los jardines. Nadie les impidió el paso. Nadie se interpuso en su camino, pero Wren sabía que había centinelas. Tenía que haberlos. Llegaron al edificio y se detuvieron.

Una figura salió de las sombras con agilidad felina. El Búho se volvió y esperó. La figura se acercó al elfo, intercambiaron unas palabras en voz demasiado baja para que Wren pudiera oírlos. Después la figura se fue, el Búho les hizo una seña y caminaron entre un grupo de piceas hasta llegar a un pórtico. Había una puerta entornada, la atravesaron y pasaron al iluminado interior.

Se encontraron en un vestíbulo de techo abovedado y dinteles y jambas de lustrosa madera labrada. Había bancos tapizados junto a las paredes, y lámparas de aceite iluminaban las arqueadas puertas dobles que se abrían a un corredor oscuro. Desde alguna parte de las profundas entrañas del palacio, llegaron a través del corredor sonidos de voces y movimientos. El Búho indicó con un gesto a Wren y Garth que se sentaran en un banco. La luz de las lámparas permitieron a la joven bohemia advertir el lamentable estado de sus vestidos. Tenía la ropa desgarrada, manchada de tierra y de sangre. El aspecto de Garth era aún más lamentable. Le faltaba una manga de la túnica, y la otra estaba hecha jirones, y sus robustos brazos estaban llenos de arañazos y cardenales. Tenía hinchado el barbudo rostro. Captó la mirada que le dirigió la muchacha y se encogió de hombros en un gesto de desdén.

Una figura entró lenta y silenciosamente en el área iluminada. Era un elfo de estatura y complexión medianas, de aspecto común, vestido con sencillez y con una firme y penetrante mirada. Su enjuto y bronceado rostro estaba pulcramente afeitado, y su cabellera castaña le llegaba hasta el hombro. No era mucho mayor que Wren, pero sus ojos sugerían que había visto y sufrido bastante más. Se acercó al Búho y le estrechó la mano sin pronunciar una palabra.

–Triss –lo presentó Aurino Estriado, volviéndose hacia los dos bohemios–. Éstos son Wren Ohmsford y su compañero Garth, que vienen a visitarnos desde las Tierras Occidentales.

El elfo les estrechó las manos, pero no habló. Sus oscuros ojos se fijaron durante un breve instante en los de Wren, que quedó sorprendida por la sinceridad que traslucían.

–Triss es el capitán de la Guardia Especial –dijo el Búho.

Wren hizo un gesto de asentimiento. Después se hizo un embarazoso silencio, durante el cual la joven recordó que la Guardia Especial era el cuerpo militar que tenía encomendada la seguridad de los soberanos de los elfos. Se preguntó por qué Triss no iba armado, y si en realidad cumplía allí alguna función. Luego se produjo un nuevo movimiento al otro extremo del oscuro corredor, y todos se volvieron para mirar.

Dos mujeres salieron de las sombras. La más llamativa era menuda y esbelta, de flameantes cabellos rojizos, piel pálida y enormes ojos verdes que dominaban un rostro curiosamente triangular. Pero fue la más alta la que llamó la atención de Wren, que se puso en pie sin darse cuenta, con la respiración acelerada. Sus ojos se encontraron, y la mujer aminoró el paso al tiempo que una expresión de extrañeza se dibujaba en su cara. Era delgada y de miembros largos, vestida con una túnica blanca que llegaba al suelo y se ceñía a su estrecha cintura. En sus facciones élficas, delicadamente cinceladas, destacaban unos altos pómulos y una boca grande y fina. Sus ojos eran de un azul intenso, y sus cabellos rubios, desordenados por haber estado acostada, caían en rizos sobre sus hombros. La tersura de su cutis daba a su rostro una apariencia juvenil.

Wren parpadeó con incredulidad. El color de los ojos y el corte del pelo eran diferentes, así como una docena de pequeños detalles... pero no cabía duda del parecido.

Wren se estaba viendo a sí misma tal y como sería treinta años después.

–Eowen, ¡mira cuánto se parece a Alleyne! –exclamó la mujer, esbozando una

radiante y efusiva sonrisa, dirigiéndose a su pelirroja acompañante–. ¡Oh, tenías razón!

–Dime, niña, ¿cómo te llamas? –preguntó la mujer, avanzando muy despacio y alargando las manos para coger las de Wren, sin reparar en los presentes.

–Wren Ohmsford –respondió, la joven bohemia, desconcertada. Por alguna extraña razón, parecía que la mujer ya lo sabía.

–Wren –suspiró la mujer. Su sonrisa se volvió aún más luminosa y Wren se dio cuenta de que también sonreía–. Bienvenida, Wren. Hace mucho tiempo que estamos esperando tu vuelta al hogar.

Wren pestañeó. ¿Qué había dicho? Miró a los que la rodeaban con impaciencia. Garth parecía una estatua, el Búho y Triss permanecían impasibles y la mujer pelirroja dejaba traslucir una gran ansiedad. De repente, se sintió desvalida. La luz de las lámparas de aceite fluctuó, y las sombras se hicieron más densas.

–Soy Ellenroh Elessedil –dijo la mujer apretándole las manos–. Reina de Arborlon y de los elfos de las Tierras Occidentales. Niña, apenas sé qué decirte, ni siquiera en estos momentos, después de tan larga espera. –Dio un profundo suspiro–. Pero ¿en qué estaré pensando? Hay que lavar y curar tus heridas. Y también las de tu amigo. Debes comer algo. Tenemos toda la noche para charlar, si es preciso. Aurino Estriado –agregó dirigiéndose al Búho–, vuelvo a estar en deuda contigo. Te doy las gracias de todo corazón. Al traer a Wren sana y salva a la ciudad, me has llenado de nuevas esperanzas. Por favor, acompáñanos esta noche.

–Os acompañaré, mi Señora –respondió el Búho con voz suave.

–Triss, encárgate de que tu buen amigo esté bien atendido. Y lo mismo el compañero de Wren –añadió, mirando al gigante bohemio–. ¿Cómo te llamas?

–Garth –respondió Wren, alarmada de pronto por la rapidez con que se sucedían los acontecimientos–. No puede hablar. –Se irguió en actitud defensiva–. Garth no se separará de mí.

El ruido de unas pisadas de botas en el corredor hizo que todos se volvieran a mirar en aquella dirección. Apareció un nuevo elfo, de pelo oscuro, rostro cuadrado y aventajada estatura, con una sonrisa tan espontánea y natural como la de la reina. Entró en la estancia sin aminorar el paso, decidido y seguro de sí mismo.

–¿Qué significa todo esto? ¿Es que no podemos disfrutar de unas cuantas horas de sueño sin que se produzca una nueva crisis? ¡Ah, ya veo que Aurino Estriado ha regresado del fuego. Bienvenido, Búho. ¿También se ha levantado Triss?

Se detuvo al reparar en Wren. Durante un breve instante, su rostro reflejó una expresión de incredulidad, y sus ojos se fijaron en los de la reina.

–Ha regresado a pesar de todo, ¿verdad? –Volvió a mirar a Wren–. Y es tan guapa como su madre.

La joven bohemia se ruborizó muy a su pesar. El elfo acentuó su sonrisa, aumentando aún más su turbación. Después se acercó a ella y la rodeó con un brazo en ademán protector.

–No puedes negarlo. Eres igual que tu madre. –La estrechó con camaradería–. Aunque hay que reconocer que estás un poco sucia y andrajosa.

–Ha sido muy duro el viaje desde la playa –logró articular, sintiéndose atraída, animada, reconfortada y gratificada por la abierta sonrisa del recién llegado. Parecía que no hubiera nadie más en la sala.

–Muy duro, desde luego. Pocos hubieran logrado hacerlo. Yo soy Gavilán Elessedil, sobrino de la reina y primo tuyo. –Se interrumpió al ver su desconcertada expresión–. Ah, ¿pero es que no lo sabías?

–Gavilán, vete a dormir –dijo Ellenroh, esbozando una sonrisa–. Ya habrá tiempo para las presentaciones. Wren y yo tenemos que hablar ahora a solas.

–¿Cómo? ¿Sin mí? –inquirió Gavilán, adoptando una expresión ofendida–. Yo pensaba que querrías incluirme, tía Ell. ¿Quién estaba más cerca de la madre de Wren que yo?

–Yo lo estaba –respondió la soberana, dirigiéndole una mirada firme. Después se volvió de nuevo hacia Wren y, apartando a Gavilán a un lado, pasó su brazo sobre los hombros de la joven–. Esta noche debe ser sólo para nosotras, Wren. Garth estará esperándote cuando hayamos acabado. Pero necesito hablar a solas contigo.

Wren vaciló durante un breve instante. Recordó que el Búho le había dicho que no debía hablar de las piedras élficas con nadie, excepto con la reina. Le dirigió una inquisitiva mirada, pero Aurino Estriado estaba distraído y no reparó en ella. La mujer pelirroja, por otra parte, miraba a Gavilán con una expresión indescifrable.

Haz lo que te pide, le pidió Garth, hablándole por señas.

Wren seguía sin responder. Estaba a punto de enterarse de la verdad sobre su madre y sobre su pasado, de descubrir las ansiadas respuestas a sus inquietantes preguntas sobre sus orígenes, y no quería estar sola en ese momento.

Todos estaban esperando su respuesta.

Hazlo, volvió a decirle Garth por señas.

Ése era el consejo del duro e independiente Garth, que tantos secretos guardaba.

–Hablaremos a solas –dijo por fin Wren, esbozando una forzada sonrisa.

Salieron del vestíbulo, recorrieron el pasillo y subieron por una escalera de caracol hasta la segunda planta del palacio. Garth iba detrás, acompañado de Aurino Estriado y Triss. Al parecer al gigante bohemio no le preocupaba la separación de su joven amiga, aunque sabía que a ella la inquietaba. Wren captó la mirada de Gavilán, quien le dedicó una sonrisa y un guiño antes de seguir su propio camino. Le gustaban tanto él como el Búho, pero de un modo distinto. No estaba segura de en qué consistía la diferencia, pues se sentía todavía demasiado confusa por los últimos acontecimientos para establecer distinciones. Le agradaba porque hacía que se sintiera bien y, de momento, eso era suficiente.

A pesar de que la reina había dicho que quería hablar con Wren a solas, la mujer pelirroja las siguió, destacándose en las sombras como un fantasma de blanco semblante. Wren se volvió hacia ella en un par de ocasiones y vio la enigmática pasión de su distante rostro, sus enormes ojos verdes, que parecían perdidos en otros mundos, y el revuelo de sus frágiles manos contra su ondeante túnica. Ellenroh parecía ignorar su presencia, y caminaba por los oscuros corredores del palacio en dirección al destino elegido, prescindiendo de cualquier iluminación que no fuese la de la Luna, que entraba por los grandes ventanales en rayos plateados. Llegaron al final de un corredor y doblaron por otro, todavía en la segunda planta. Por último llegaron ante unas puertas dobles al final del mismo. Wren se sobresaltó al detectar señales de movimiento en las sombras en uno de los lados; algo que hubiese pasado inadvertido para un observador menos atento. Aminoró el paso de forma deliberada para dar tiempo a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Amparado en las sombras de la noche, había un elfo pegado a la pared, quieto y vigilante.

–Es Cort, miembro de la Guardia Especial –dijo la reina en voz baja, acariciando a Wren en una mejilla–. Tienes ojos de elfina, niña.

Las puertas daban acceso al dormitorio de la reina, una espaciosa estancia abovedada en cuya pared opuesta se abrían una serie de ventanas protegidas con rejas y terminadas en arco. Había una cama con dosel, cuyas sábanas estaban desordenadas, sillas, sofás y mesas en reducidos grupos, un escritorio y una puerta que comunicaba con el cuarto de aseo.

–Siéntate aquí, Wren –le dijo la reina Ellenroh, conduciéndola a un pequeño sofá–. Eowen lavará y vendará tus heridas.

Miró a la mujer pelirroja, que ya estaba vertiendo agua de una jarra en una palangana, y después salió en busca de ropas limpias. Regresó enseguida, se arrodilló al lado de Wren y, con manos increíblemente fuertes, le desabrochó la ropa y empezó a lavarla. Trabajó en silencio mientras la reina observaba, y terminó poniendo los vendajes necesarios y proporcionándole un holgado camisón de dormir, que la muchacha le agradeció. Era la primera ropa limpia que se ponía en varias semanas. La mujer pelirroja cruzó la estancia y regresó con una taza de un líquido templado y sedante. Wren lo olfateó como medida precautoria, descubriendo olores de cerveza, té y algo más. Después lo bebió sin hacer ningún comentario.

Ellenroh Elessedil se acomodó en el sofá junto a ella y le cogió una mano.

–Ahora, Wren, ya podemos hablar. ¿Tienes hambre? ¿Te gustaría comer algo antes?

–Wren respondió haciendo un gesto negativo. Estaba demasiado cansada para comer y demasiado ansiosa por descubrir lo que la reina quería decirle.

–Bien, entonces –dijo la reina, dando un suspiro–. ¿Por dónde empezamos?

Wren advirtió que la dama pelirroja iba a sentarse frente a ellas, y la miró, vacilante. Había supuesto que Eowen, como la llamaba la reina, era su camarera personal y que había ido allí con el único propósito de atenderla a ella, para luego ser despedida como los demás. Pero la reina no lo hizo, ni parecía consciente de su presencia. Por su parte, Eowen no parecía tener ninguna intención de marcharse. Cuanto más la observaba, menos creía Wren que se tratase de una simple camarera. Había algo especial en su forma de comportarse, en la manera en que reaccionaba ante las palabras y acciones de la reina. Aunque era solícita, no mostraba hacia Ellenroh Elessedil la misma deferencia que los demás.

–Me temo que he vuelto a actuar de forma precipitada, saltándome las más elementales normas de cortesía –dijo la reina, esbozando una sonrisa, al advertir la mirada preocupada de la joven–. Wren, te presento a Eowen Cerise. Es mi amiga más íntima y mi más valiosa consejera. En realidad, ella es la razón de que tú estés aquí.

–No entiendo lo que quieres decir –respondió Wren, frunciendo el entrecejo–. Si estoy aquí es porque he venido en busca de los elfos, tras aceptar el encargo recibido del druida Allanon. ¿Qué tiene que ver Eowen con eso?

–Allanon... –repitió en voz baja la reina de los elfos, momentáneamente abstraída–. Vela por nuestra seguridad incluso después de muerto. –Soltó la mano de la joven, desconcertada–. Permíteme que te haga una pregunta. ¿Cómo has conseguido encontrarnos? ¿Puedes relatarnos cómo te las has arreglado para llegar hasta Morrowindl y después hasta Arborlon?

Wren estaba impaciente por conocer detalles sobre su madre, pero ella no controlaba nada allí. Disimuló su ansiedad y se dispuso a satisfacer la petición de la reina. Le habló de los sueños enviados por Allanon, de la aparición de Cogline y el consiguiente viaje al Cuerno del Infierno, de los encargos que el espíritu del druida había dado a los Ohmsford, de su regreso con Garth a las Tierras Occidentales, de sus indagaciones sobre la suerte que hubieran podido correr los elfos, que la habían llevado hasta el Recinto de Grimpen y a su encuentro con la Víbora, de su huida a las ruinas de Ala Desplegada, la llegada de Tigre Ty con *Espíritu,* el vuelo a Morrowindl y el peregrinaje a través de la isla. Sólo omitió dos cosas: el ataque del Espectro y que tenía en su poder las piedras élficas. El Búho le había advertido que no debía mencionar la existencia de las piedras élficas mientras no se encontrase a solas con la reina y, sin mencionarlas, no podía explicar el percance sufrido con el Espectro.

Cuando concluyó su relato, esperó a que la reina hiciera algún comentario. Ellenroh Elessedil la observó durante un breve instante, e inmediatamente después esbozó una amplia y cariñosa sonrisa.

–Eres precavida, Wren, y así es como se debe ser en este mundo. Me has contado exactamente lo que debías... y nada más. –Se inclinó hacia delante, y su enérgica cara mostraba una mezcla de sentimientos demasiado enmarañada para que Wren pudiera identificarlos–. Voy a confesarte algo a cambio, y cuando haya terminado habrán desaparecido los secretos entre nosotras.

Cogió de nuevo las manos de Wren.

–Tu madre se llamaba Alleyne, como te dijo Gavilán. Era mi hija.

Wren permanecía inmóvil, con las manos apretadas entre las de la reina, sorprendida, asombrada e incapaz de encontrar una respuesta.

–Por tanto, Wren, tú eres mi nieta. Hay algo más. Yo di a Alleyne, y ella tendría que habértela dado a ti, una bolsa de cuero con tres piedras pintadas. ¿Las tienes?

Wren vaciló un instante, atrapada ahora, sin saber qué debía responder. Pero no podía mentir.

–Sí –admitió.

Los azules ojos de la reina sondearon el rostro de la joven, y sus labios esbozaron una amplia sonrisa.

–Pero tú ya conoces la verdad sobre ellas, ¿no es cierto? Debes conocerla, Wren, o nunca hubieras conseguido llegar hasta aquí con vida.

–Sí –repitió con voz serena Wren, pero tuvo que realizar un gran esfuerzo para no dejar traslucir sus emociones.

–Eowen conoce todo lo referente a las piedras élficas, niña, y también algunos de los otros que llevan tantos años a mi lado... –dijo Ellenroh, dando unas afectuosas palmadas en las manos de Wren y soltándolas a continuación–. Aurino Estriado, por ejemplo, es uno de ellos. Te pidió que no dijeras nada, ¿verdad? No importa. Son pocos los que conocen el secreto de las piedras élficas, y ni uno solo las ha visto activadas... ni siquiera yo. Sólo tú has tenido esa experiencia y, por lo que veo, no te sientes muy satisfecha.

Wren hizo un gesto afirmativo, admirando la perspicacia de la reina, su capacidad para llegar a descubrir sus sentimientos, que ella creía mantener bien ocultos. ¿Se debería a que su parentesco las hacía tan afines como para que cada una penetrara en el corazón de la otra? ¿Podría ella también conocer los sentimientos de Ellenroh Elessedil cuando lo deseara?

Familia.

Pronunció la palabra en su mente. *La familia que he venido a buscar. ¿Es posible? ¿Soy en verdad la nieta de esta reina, una auténtica Elessedil?*

–Cuéntame el resto de tu viaje a Arborlon –le pidió la reina en voz baja–, y yo te diré lo que tanto deseas saber. No te preocupes por Eowen. Ella está al corriente de todo.

Wren relató las partes del viaje que había omitido, refiriendo con todo lujo de detalles el encuentro con aquella especie de lobo que resultó ser un Espectro y el descubrimiento de la verdad sobre las piedras pintadas que le había entregado su madre cuando era una niña. Cuando terminó, cruzó los brazos como para protegerse, levemente estremecida por el significado de sus propias palabras y por los recuerdos que éstas evocaban. Luego se levantó de forma impulsiva y se dirigió donde estaba la ropa que se había quitado un poco antes. Buscó entre las andrajosas prendas hasta que encontró las piedras élficas, que seguían donde las había guardado al entrar en la ciudad. Se acercó a la reina y extendió la mano.

–Aquí las tienes –le dijo–. Cógelas.

–No, Wren –respondió Ellenroh Elessedil, haciendo un gesto negativo. Después cerró los dedos de la joven sobre las piedras élficas y llevó su mano hasta un bolsillo de su camisón–. Guárdalas por mí.

–Has sido muy valiente, Wren –dijo Eowen Cerise con voz grave y apremiante,

hablando por primera vez–. Muy pocos habrían sido capaces de salvar los obstáculos que tú has superado. Eres digna hija de tu madre.

–Veo en ella muchos rasgos de Alleyne –dijo la reina, con ojos distantes. Luego se irguió, volviendo a fijarlos en Wren–. Has dado sobradas muestras de valor. Allanon estuvo acertado al elegirte. Pero estaba predeterminado que vinieras, así que supongo que él se limitó a cumplir la promesa de Eowen.

»Lo sé, pequeña, estoy hablando en clave –prosiguió la reina, esbozando una sonrisa al ver la confusión reflejada en los ojos de Wren–. Has tenido mucha paciencia conmigo, y no te ha resultado fácil. Estás deseando oír hablar de tu madre y descubrir a qué se debe el que estés aquí. Muy bien.

»Tres generaciones antes de mi nacimiento –continuó la reina, suavizando sus sonrisa–, cuando los elfos todavía poblaban las Tierras Occidentales, varios miembros de la familia Ohmsford, descendientes directos de Jair Ohmsford, decidieron emigrar a Arborlon. En mi opinión, tomaron esa decisión forzados por los desmanes cometidos por la Federación en los pueblos de las Tierras Meridionales, como Valle Umbroso, y su incipiente persecución de la magia. Estos Ohmsford, que eran tres, llevaron consigo las piedras élficas. Uno de ellos decidió mantenerse célibe. Los otros dos contrajeron matrimonio, pero sólo uno acompañó a los elfos cuando éstos decidieron desaparecer. El otro, que según mis informes era humano, regresó a Valle Umbroso con su esposa. Ellos podrían ser los bisabuelos de Par y Coltar Ohmsford. El miembro de la familia Ohmsford que acompañó a los elfos era una mujer, y trajo consigo las piedras élficas.

»Como ya sabes, Wren, estas piedras fueron formadas en tiempos remotos por la magia élfica y sólo podían ser utilizadas por personas por cuyas venas corriera sangre élfica –prosiguió Ellenroh tras hacer una breve pausa–. Los Ohmsford perdieron su sangre élfica, y carecieron de ella durante años tras la muerte de Brin y Jair, por lo que las piedras que guardaban no tenían ninguna utilidad. Por ello, decidieron que debían volver a poder de quienes las habían hecho... o de sus descendientes, para ser más precisos. Por tanto, cuando los dos Ohmsford que procedían de Valle Umbroso contrajeron matrimonio y empezaron su nueva vida, consideraron que era lógico que las piedras élficas, legadas a la familia Ohmsford por Allanon en tiempos de su antepasado Shea, permanecieran con los elfos fueran adonde fuesen.

»En cualquier caso, las piedras élficas desaparecieron al mismo tiempo que los elfos, y creo que debo hacer algunas precisiones al respecto. –Hizo un gesto de resignación, al recordar–. Durante años, nuestro pueblo había ido internándose más y más en los bosques de las Tierras Occidentales. Se aislaba de las otras razas a medida que la Federación extendía sus dominios hacia el norte. Actuaban de esta forma por voluntad propia, pero también a causa de la creciente creencia, fomentada por el Consejo de la Coalición de la Federación, de que los elfos eran diferentes de todos los demás y que ser diferente no era bueno. Los elfos, después de todo, descendían de las criaturas fantásticas, y no eran auténticos humanos. Además, eran los hacedores de la magia que había dado forma al mundo desde el Primer Consejo en Paranor, y nadie confiaba demasiado en la magia ni en quienes la utilizaban. Cuando empezaron a aparecer los seres que tú llamas Espectros y que entonces carecían de nombre, la Federación se apresuró a responsabilizar a los elfos del deterioro de la tierra. Después de todo, ¿dónde se había originado la magia? ¿No era ésta la causa de todos los problemas? Si no fuera así, ¿por qué su suelo natal no estaba afectado? Tales infundios se propagaron, como suele ocurrir, y llegó el momento en que nuestra gente no pudo resistir más. Tenían dos opciones: enfrentarse a la Federación, lo cual significaba darle el motivo para declarar la guerra que estaba buscando, o encontrar la manera de apartarse definitivamente de ella. La guerra no era una perspectiva muy halagüeña. Los elfos se quedarían solos en su lucha contra el ejército más poderoso de las

Cuatro Tierras. Callahorn ya había sido absorbida y las Legiones Libres disueltas, los trolls llevaban su vida tribal de siempre y los enanos no querían comprometerse.

»Por ello –continuó Ellenroh Elessedil–, los elfos tomaron la decisión de marcharse, de emigrar para establecerse en un nuevo territorio y esperar a que la Federación se desintegrara. No fue una decisión fácil; muchos elfos eran partidarios de quedarse y luchar, y un número igual prefería permanecer a la espera de acontecimientos. A fin de cuentas, se les pedía que abandonasen su tierra, la cuna de la comunidad élfica después del cataclismo de las Grandes Guerras. Pero, por fin, después de largas deliberaciones, se llegó a la conclusión de que lo mejor era marcharse. Los elfos habían logrado sobrevivir en todas las emigraciones que se habían visto obligados a realizar. Habían establecido nuevos asentamientos. Habían perfeccionado el arte de pasar inadvertidos.

»Esto sucedió hace mucho tiempo, Wren –prosiguió la reina de los elfos dando un suspiro–, y yo no estaba presente. No puedo estar segura de cuáles eran sus motivaciones. El proyecto de traslado provocó una paulatina concentración de elfos procedentes de todos los rincones de las Tierras Occidentales, por lo que sus aldeas dejaron de existir. Entretanto, los jinetes alados descubrieron esta isla, Morrowindl, que satisfacía las necesidades de los elfos terrestres. Una vez se hubo tomado la decisión de que éste sería su lugar de destino, eligieron el momento adecuado para emprender la marcha y desaparecieron.

Se quedó pensativa durante un momento, como si dudara sobre si debía continuar o no la exposición de los hechos; después hizo un enérgico gesto negativo.

–Con eso basta para entender los motivos que nos trajeron hasta aquí. Como antes te decía, atrás quedó un miembro de la familia Ohmsford. Pasadas dos generaciones, mi madre se desposó con el rey, emparentando así a las familias Ohmsford y Elessedil. Nací yo y luego mi hermano Asheron. Éste fue designado heredero de la corona, pero fue asesinado por los demonios. Entonces fue cuando yo accedí al trono. Me casé y nació Alleyne, tu madre. No tuve más hijos. Los demonios también acabaron con la vida de mi marido. Alleyne era todo lo que me quedaba.

–Mi madre –repitió Wren–. ¿Cómo era?

–No había nadie que pudiera compararse a ella –respondió la reina, esbozando una sonrisa–. Era inteligente, voluntariosa y muy bella. Se creía capacitada para emprender cualquier empresa... o al menos había en ella algo que la empujaba a intentarlo. –Entrelazó las manos y su sonrisa se desvaneció–. Eligió como esposo a un jinete alado. No me pareció una elección afortunada, porque los elfos aéreos nunca han estado muy unidos a nosotros, pero mi opinión no contaba demasiado. Esto sucedió hace casi treinta años, en una época de conflictos. Los demonios se habían extendido por todas partes y estaban acrecentando su poder. Nos estaban obligando a recluirnos en la ciudad. El contacto con el mundo exterior era cada vez más difícil.

»Poco después de casarse, quedó encinta de ti –prosiguió Ellenroh Elessedil–. Fue entonces cuando Eowen me contó su visión. –Miró a su amiga, que las contemplaba, impasible, con sus verdes ojos, enormes e insondables–. Eowen es vidente, Wren, quizá la mejor en toda la historia del pueblo elfo. Fue mi compañera de juegos y mi confidente durante la niñez, cuando aún desconocía el poder del que estaba dotada. Desde entonces ha permanecido a mi lado, aconsejándome y guiándome. Te he dicho que ella era la razón de que tú estuvieras aquí. Cuando Alleyne quedó embarazada, Eowen me advirtió que, según le había sido revelado en una visión, si no abandonaba Morrowindl antes de que nacieras, moriríais las dos. También me dijo que Alleyne no regresaría jamás, pero que tú sí, y que tu venida salvaría a los elfos.

»Comprendo tus sentimientos –continuó la reina, tras exhalar un profundo suspiro–. Yo me sentí entonces como debes de sentirte tú ahora. Me resistí a aceptarlo. No podía

permitir la marcha de Alleyne. Pero sabía que las visiones de Eowen siempre se cumplían. Así que llamé a Alleyne e hice que Eowen le repitiera lo que me había dicho. Alleyne no dudó, aunque sé que no le gustaba la idea de dejar Morrowindl. Dijo que se iría, que pondría los medios para que el ser que llevaba en sus entrañas se mantuviera a salvo, pero en ningún momento habló de su propia seguridad. Así era tu madre. Yo seguía teniendo en mi poder las piedras élficas, que habían pasado a mi poder gracias al enlace matrimonial de mis padres. Se las di a Alleyne para preservarla de peligros, aunque las enmascaré con mi propia magia para que no fuesen fácilmente reconocibles ni mostraran su valor.

»Así pues, Alleyne regresó con su esposo a las Tierras Occidentales. Tenía que viajar desde allí a Valle Umbroso para restablecer el contacto con los descendientes de los Ohmsford que habían regresado al poblado cuando los elfos emigraron a Morrowindl. Nunca supe si lo hizo. Desapareció de mi vida durante casi tres años. Lo único que Eowen podía decirme era que ella y tú estabais a salvo.

»Hace unos quince años, Alleyne decidió volver a Morrowindl. Ignoro el motivo; sólo sé que volvió. Te había entregado la bolsa de cuero con las piedras élficas, te había confiado al cuidado de los Ohmsford de Valle Umbroso y regresó con su marido.

»Para entonces, los demonios ya habían invadido Morrowindl, y la ciudad era todo lo que nos quedaba –prosiguió, haciendo un gesto de resignación, como si aún no hubiera podido asimilar la idea del regreso de su hija–. Habíamos levantado la Quilla con nuestra magia para protegernos; pero, fuera de sus murallas, los demonios estaban en todas partes. Los jinetes alados espaciaban cada vez más sus visitas. El ruc en el que Alleyne y su marido viajaban descendió en medio de una niebla y fue golpeado por algún proyectil. Tomó tierra cerca de las puertas de la ciudad. Los demonios...

Se detuvo, incapaz de continuar, con los ojos inundados de lágrimas.

–No pudimos salvarlos –concluyó.

Wren sintió un inmenso vacío interior. Con la mente, vio cómo moría su madre. Se inclinó hacia delante y abrazó a su abuela, el último miembro de su familia, el único lazo que la unía a sus padres, y la estrechó contra sí. Sintió que la cabeza de la reina se apoyaba en su hombro, y que los delgados brazos correspondían a su abrazo. Guardaron un largo silencio, sin separarse. Wren intentó en vano recordar la cara de su madre. Lo único que se dibujaba en su mente era el rostro de su abuela. Fue consciente de que por muy dolorosa que hubiera sido la pérdida para ella, no podía compararse con la de la reina.

Al fin se separaron, y Ellenroh Elessedil esbozó una radiante sonrisa, sintiéndose fortalecida.

–¡Me alegro tanto de que hayas venido, Wren...! –repitió–. He esperado durante mucho tiempo este momento.

–Abuela –dijo Wren, y la palabra le resultó extraña en su boca–, aún no entiendo por qué he sido enviada. Allanon me dijo que debía encontrar a los elfos porque las Cuatro Tierras no podían regenerarse mientras ellos no regresaran. Y tú me dices que, según las predicciones de Eowen, mi llegada salvará a los elfos. Pero ¿en qué cambia las cosas el que yo esté aquí? Supongo que habríais regresado hace tiempo si hubieseis tenido la oportunidad de hacerlo.

–Creo que la situación es más complicada de lo que parece –respondió la reina, y su sonrisa se desvaneció.

–¿Más complicada todavía? ¿No podéis marcharos aunque queráis?

–Sí, mi querida pequeña, podemos marcharnos.

–En ese caso, ¿por qué no lo hacéis? ¿Qué es lo que os retiene aquí? ¿Es que tenéis obligación de quedaros? ¿Han conseguido escapar esos demonios de la Prohibición? ¿Ha vuelto a debilitarse Ellcrys?

–No, Ellcrys está bien –respondió la reina, indecisa.

–Entonces, ¿de dónde proceden esos demonios?

–No estamos seguros, Wren –respondió la reina, reflejando en su rostro una tensión apenas perceptible.

Wren supo instintivamente que estaba mintiendo. Lo percibió en la voz de su abuela y en los ojos verdes de Eowen, que de repente los fijó en el suelo. Sorprendida, dolida y también furiosa, miró a la reina con incredulidad. *¿No habrá más secretos entre nosotras?,* pensó, repitiendo las palabras de su abuela. *¿Qué estás ocultando?*

Ellenroh Elessedil pareció no advertir la aflicción de su nieta. Volvió a abrazarla. Wren no la rechazó, pese a estar tentada a hacerlo, pensando que debía de existir alguna razón para aquella reserva y que se explicaría a su debido tiempo. Consideró también que había recorrido demasiada distancia para descubrir la verdad sobre su familia como para renunciar a averiguarla porque se le ocultara en parte. Se sobrepuso a sus sentimientos. Ella era bohemia, y Garth había sido un magnífico maestro. Tendría paciencia. Esperaría.

–Tendremos tiempo para hablar de esto mañana –le dijo la reina–. Ahora tú necesitas descansar, y yo, reflexionar.

Se retiró con una sonrisa tan triste que casi provocó las lágrimas de Wren.

–Eowen te mostrará tu cuarto –dijo la reina, esbozando una sonrisa tan triste, que estuvo a punto de provocar las lágrimas de Wren–. Tu amigo Garth dormirá en la habitación contigua, por si lo necesitaras. Descansa, niña. Hemos tenido que esperar mucho para que llegara el momento de vernos, y no debemos precipitarnos en el primer encuentro.

Se puso de pie, levantándose Wren al hacerlo. Frente a ellas, Eowen Cerise las imitó. La reina dio a su nieta un último abrazo. Wren se lo devolvió, disimulando las dudas que albergaba en su interior. Estaba cansada, le pesaban los párpados y le flaqueaban las fuerzas. Se sentía querida y reconfortada, pero necesitaba descansar.

–Me alegro de estar aquí, abuela –dijo con ternura.

Pero conoceré la verdad, añadió para sus adentros. *Lo sabré todo.*

Salió a la penumbra del corredor, precedida por Eowen Cerise.

11

Cuando a la mañana siguiente Wren abrió los ojos, se encontró en una habitación de paredes blancas, acostada en un lecho con sábanas de algodón ribeteadas de florecillas bordadas, y tapices de lana de suaves colores que destacaban a la luz que se filtraba por las cortinas de encaje que cubrían la gran ventana.

Se maravilló de que hubiera luz solar en una tierra donde, más allá de las murallas de la ciudad y del poder de la magia élfica, sólo había tinieblas.

Permaneció acostada un rato más, todavía somnolienta, concediéndose tiempo para coordinar sus pensamientos. La noche anterior apenas había visto la alcoba, pues estaba a oscuras, y Eowen la ayudó a acostarse a la escasa luz de una vela. Había caído desplomada en el lecho de plumón, durmiéndose casi de forma instantánea.

Cerró los ojos durante un momento, intentado conectar lo que en ese momento estaba viendo con sus recuerdos, aquel luminoso presente de ensueño con el duro e inexorable pasado. ¿Había sido real la búsqueda de los elfos, el vuelo a Morrowindl, el viaje a través del In Ju, la escalada de la Cornisa Negra, la marcha hasta el río Rowen y la llegada a Arborlon? Reposando allí, envuelta por la luz del Sol y las acariciadoras sábanas, se resistía a creerlo. Sus recuerdos de lo que había al otro lado de las murallas (la oscuridad, el fuego y la neblina, los monstruos que salían de todas partes y sólo sabían destruir) parecía borroso y lejano.

Sus ojos parpadearon con fuerza, y se impuso la obligación de recordar. Los acontecimientos desfilaron ante ella, vívidos y violentos. Vio a Garth a su lado, enfrentándose al Espectro, en el borde de los acantilados que dominaban la Linde Azul. Revivió la noche que pasaron en la playa de la isla donde los habían dejado Tigre Ty y *Espíritu.* Pensó en *Stresa* y en *Fauno,* esforzándose por recordar su aspecto, su forma de hablar y de comportarse, y lo que habían soportado para ayudarles a cruzar aquel mundo de pesadilla. Eran amigos a los que había abandonado en pago de su ayuda.

El recuerdo del gatoespino y el jacarino acabó de despertarla. Se sentó en la cama y miró a su alrededor. Estaba en Arborlon, en el palacio de la reina de los elfos, en el hogar de Ellenroh Elessedil, su abuela. Aspiró profundamente, luchando con esa idea, esforzándose en hacerla real. Lo era, desde luego... pero al mismo tiempo no parecía que lo fuera. Era algo demasiado nuevo, pensó. Había ido allí para descubrir la verdad sobre sus padres, sin imaginar que esa verdad fuese tan asombrosa.

Recordó lo que había pensado cuando Cogline fue en su busca para hablarle de los sueños infundidos por el druida: que si viajaba al Cuerno del Infierno para hablar con Allanon, podía cambiar su vida.

Pero nunca hubiera podido imaginar hasta qué punto.

Precisamente era este cambio lo que la intrigaba y atemorizaba. Después de vivir tantas aventuras para llegar a Morrowindl y encontrar a los elfos, ahora se enfrentaba a un mundo y a unas gentes a las que en realidad no conocía ni comprendía. La pasada noche había descubierto las innumerables dificultades a las que debía enfrentarse. Si su propia abuela era capaz de mentirle, ¿qué confianza podía depositar en los demás? Le dolía que mantuviesen secretos con ella. Había sido enviada al encuentro con los elfos con un objetivo concreto, pero aún lo desconocía. Si Ellenroh lo conocía, lo guardaba para sí... al menos por ahora. Y tampoco había sido muy explícita sobre los demonios, limitándose a asegurarle que no habían escapado de la Prohibición, y que Ellcrys no se había debilitado. Pero procedían de alguna parte, y Wren estaba segura de que la reina conocía su origen. Su abuela guardaba muchos secretos.

Secretos... De nuevo la odiosa palabra.

Secretos.

Rechazó el asunto con un enérgico gesto negativo. La reina era su abuela, el último miembro de su familia, la persona que había dado la vida a su madre, y una mujer dotada de talento, belleza, amor y sentido de la responsabilidad. Volvió a hacer un gesto negativo. No podía permitirse el lujo de pensar mal de Ellenroh Elessedil. No podía menospreciar sus valores. Tal vez se parecía demasiado a ella, física y emocionalmente, en palabras, pensamientos y obras. Había podido comprobarlo la noche anterior, lo había percibido en la conversación que habían mantenido, en las miradas que habían intercambiado y en sus respectivas reacciones.

La joven bohemia dio un suspiro. Era mejor ser fiel a su propósito de esperar con paciencia.

Poco después se levantó y se dirigió a la puerta que comunicaba con la alcoba contigua. La abrió y se encontró con Garth, que no llevaba camisa. Tenía vendados sus musculosos brazos y su atlético torso, y su oscuro y barbudo rostro estaba lleno de cicatrices y cardenales. Sin embargo, el gigante bohemio parecía descansado y en plena forma. Cuando Wren le invitó a entrar con un gesto, se volvió en busca de una túnica y se la puso apresuradamente. La ropa que le habían proporcionado le estaba pequeña y acentuaba su corpulencia. Ella disimuló una sonrisa mientras se dirigían a sentarse en un banco situado junto a la ventana de cortinas de encaje, feliz sólo de verlo de nuevo, reconfortada con su presencia familiar.

¿Qué has averiguado?, le preguntó Garth por señas.

Ella le mostró entonces su sonrisa. El bueno, entrañable y leal Garth... siempre directo al asunto. Le repitió la conversación que había mantenido con la reina la noche anterior, refiriéndole la historia de sus padres y de las familias Elessedil y Ohmsford. Pero se calló sus sospechas de que Ellenroh le ocultaba la verdad sobre los demonios. Quería reservarse ese dato por ahora, con la esperanza de que su abuela no tardaría en confiárselo.

No obstante, quiso conocer la opinión de Garth sobre la reina.

–¿Has advertido en mi abuela algo que a mí se me haya pasado por alto?

Garth esbozó una ligera sonrisa ante la tácita afirmación de que había algo que a ella se le había pasado por alto. Su respuesta fue rápida.

Está asustada.

–¿Asustada? –En efecto, Wren no se había dado cuenta–. ¿De qué?

Es difícil decirlo. Supongo que de algo que ella sabe y nosotros no. Mide mucho sus palabras y también la forma de decirlas, como pudiste apreciar. Hizo una pausa. *Tal vez tema por ti, Wren.*

–¿Porque mi madre fue asesinada cuando regresó a Morrowindl y teme que yo pueda correr el mismo riesgo? Pero, según la visión de Eowen, yo tenía que regresar. Estaban esperando mi llegada. Garth, ¿qué opinas de esa visión? ¿Cómo se supone que he de salvar a los elfos? ¿No te parece absurdo? Después de todo, nos ha costado mucho trabajo llegar a la ciudad. No veo cómo mi presencia pueda cambiar algo.

Mantén los ojos y los oídos bien abiertos como buena bohemia, respondió Garth, encogiéndose de hombros. *Así es como se aprenden cosas.*

El gigante esbozó una amplia sonrisa, y Wren le correspondió con otra.

La dejó a solas para que se vistiera. Ella lo siguió con la vista hasta que cerró la puerta que comunicaba sus dormitorios, De pronto se dio cuenta de las numerosas e importantes contradicciones entre las historias sobre sus padres contadas por su abuela y por Garth. Sin embargo, debía tener en cuenta el hecho de que la versión de Garth procedía de fuentes indirectas, mientras que la de la reina se basaba en sucesos acaecidos antes de que sus padres salieran de Arborlon, lo cual tal vez hiciera inevitables las incoherencias.

En cualquier caso, ninguno de los dos había hecho el menor comentario sobre lo que debería haber considerado como evidentes errores del otro. Garth nunca había mencionado a los jinetes alados y la reina, por su parte, no había hecho alusión alguna a los bohemios. Ninguno de los dos le había dicho por qué sus padres habían acudido a las Tierras Occidentales antes que a Valle Umbroso para encontrarse con los Ohmsford.

Se preguntó si debía comentar estas contradicciones con Garth. Dada la magnitud de las otras preocupaciones que la abrumaban, ¿podía considerar que aquello era realmente importante?

Encontró la ropa que le habían llevado, unas prendas que le sentaban mejor que a Garth las suyas... Pantalones, una túnica, medias, un cinturón y un par de botines de cuero finamente repujado. Mientras se vestía, repasó las revelaciones de la noche anterior, considerando de nuevo lo que había averiguado. La reina parecía convencida de la importancia de su llegada a Arborlon, y segura de que la visión de Eowen se cumpliría. Aurino Estriado también le había dicho que esperaban su llegada. Sin embargo, nadie había explicado por qué, si es que alguien lo sabía. En el sueño no se especificaba la naturaleza de su cometido. Tal vez fuera necesaria una segunda visión para descubrirlo.

Esbozó una sonrisa ante su propia vanidad, y estaba calzándose cuando la sonrisa se desvaneció de repente.

¿No podía deberse la importancia de su regreso a que tenía en su poder las piedras élficas? ¿No esperarían que utilizara las piedras como arma contra los demonios?

Se estremeció sólo con pensarlo, recordando cómo se había visto obligada a utilizarlas dos veces en contra de su voluntad, reviviendo la sensación de poder que experimentó cuando la magia corrió a través de ella como un fuego líquido que quemaba y estimulaba al mismo tiempo. Era consciente del efecto adictivo que ejercían sobre ella, de la vinculación que se producía cuando las utilizaba y de cómo parecían formar parte de ella. Después de repetirse una vez más que no volvería a utilizarlas, se había visto obligada a hacerlo... o quizá persuadida. Hizo un gesto de disgusto. El empleo de una palabra u otra carecía de importancia; los resultados seguían siendo los mismos. Cada vez que utilizaba la magia, se alejaba un poco de sí misma y estaba más cerca de convertirse en un ser a quien no conocía. El poder de la magia la enajenaba.

Acabó de calzarse los botines y se puso de pie. Estaba confundida. Las piedras élficas no podían ser tan importantes. De lo contrario, ¿por qué Ellenroh no las había conservado en lugar de dárselas a Alleyne? Si en realidad podían cambiar el curso de los acontecimientos, ¿por qué no las habían utilizado contra los demonios hace ya mucho tiempo?

Dudó durante un breve instante. Después cogió su camisón y sacó las piedras élficas del bolsillo donde las había guardado la noche anterior. Relucieron en su mano, con la magia dormida, inofensiva e invisible. Las examinó con atención, preguntándose por las circunstancias que las habían puesto bajo su custodia, lamentando de nuevo que Ellenroh no hubiera aceptado que se las devolviera.

Luego rechazó los sombríos sentimientos suscitados por las piedras élficas y las enterró en las profundidades del bolsillo de su túnica. Tras colocar un largo cuchillo en su cinturón, se irguió con la confianza en sí misma recuperada y salió de la habitación.

Había un centinela haciendo guardia ante su puerta. Después de detenerse para llamar con una seña a Garth, éste los escoltó escaleras abajo hasta el comedor. Desayunaron solos, sentados a una larga y pulimentada mesa de roble cubierta de blancos manteles y adornada con flores, en un enorme salón de techo arqueado y ventanas con cristaleras emplomadas que filtraban la luz solar descomponiéndola en los colores del arco iris. Los atendía una doncella, haciendo que la autosuficiente Wren Ohmsford se sintiera incómoda. La joven bohemia desayunaba en silencio, sentada frente a Garth,

preguntándose qué debería hacer una vez hubiese terminado el desayuno.

No había señales de la reina.

Sin embargo, cuando estaban a punto de acabar, se presentó el Búho. Aurino Estriado parecía tan escuálido y macilento como cuando se encontraba sumergido en las densas sombras de los campos de lava, y movía su anguloso cuerpo de modo tan singular que daba la impresión de tener los miembros desarticulados. Su ropa estaba limpia y había desaparecido el extraño gorro que llevaba el día anterior, pero seguía conservando su apariencia ajada y descuidada, que parecía formar parte de su naturaleza. Se acercó a la mesa del desayuno y se sentó, inclinándose hacia delante con un movimiento desgarbado.

–Tenéis mucho mejor aspecto que anoche –dijo, esbozando una media sonrisa–. Una ropa limpia y un baño te han convertido en una muchacha bonita, Wren. ¿Has descansado bien?

–Bastante bien, gracias –respondió la joven bohemia, devolviéndole la sonrisa. Le agradaba el Búho–. Y gracias otra vez por habernos traído aquí sanos y salvos. No lo hubiéramos conseguido sin tu ayuda.

–Quizá sí –respondió el Búho, frunciendo los labios y, tras dirigir una significativa mirada a Garth, se encogió de hombros–. Pero los dos sabemos muy bien que fuiste tú quien nos salvó. –Hizo una pausa, conteniéndose cuando estaba a punto de mencionar las piedras élficas, y se arrellanó en la silla. Sus envejecidas facciones élficas se contrajeron dándole un aire de duende travieso–. ¿Os apetece visitar los alrededores cuando terminéis, y dar un paseo por la ciudad? Tu abuela me ha ordenado que, por ahora, esté a vuestra disposición.

Poco después abandonaron los jardines del palacio, esta vez por la puerta principal, y se dirigieron a la ciudad. El palacio se levantaba sobre un montículo situado en el centro de Arborlon, protegido por los bosques y rodeado por las casitas y tiendas de la ciudad. Durante el día había una gran actividad en todas las calles de la ciudad, con los elfos ocupados en la realización de sus tareas cotidianas. Todas las miradas convergían en los tres paseantes. En realidad no iban dirigidas al Búho ni a Wren, sino a Garth, que era mucho más corpulento que los elfos y difería mucho de ellos. Wren estiraba el cuello para poder verlo todo. La luz del Sol intensificaba el verdor de los árboles y de la hierba, y avivaba los colores de los edificios y de las flores que bordeaban los senderos. Daba la impresión de que no existían las brumas ni el fuego en el interior de las murallas. Había pequeñas partículas de ceniza y azufre en el aire, y la sombra del Killeshan se destacaba como una borrosa mancha en el cielo oriental, donde la ciudad se adentraba en la montaña, pero la magia resguardaba y protegía todo el espacio interior de las murallas. Los elfos se dirigían a sus trabajos como si no ocurriera nada anormal, como si sobre ellos no pesara ninguna amenaza y toda la isla de Morrowindl estuviera en las mismas condiciones que la ciudad.

Un rato después atravesaron el bosque y la muralla exterior quedó a la vista. Parecía diferente a la luz del día. El resplandor de la magia había quedado reducido a una trémula aureola que tornaba el mundo exterior en una imprecisa y nebulosa acuarela. Morrowindl con sus montañas, el cráter del Killeshan, la mezcla de roca eruptiva y bosque calcinado, las fisuras de la tierra y sus surtidores de vapor y cenizas... todo ello estaba tan envuelto en la neblina que casi era invisible. Había soldados elfos patrullando en las murallas, pero no estaban librando ningún combate, porque los demonios se habían retirado a dormir hasta el anochecer. El mundo circundante se había convertido en un tétrico desierto, y los únicos sonidos audibles procedían de las voces y movimientos de los habitantes de la ciudad.

–¿Por qué hay un foso en el interior de la muralla? –preguntó Wren al Búho, volviéndose hacia él cuando se aproximaban a la cabeza del puente más próxima.

–Para separar la ciudad de la Quilla –respondió el Búho, mirando a lo lejos–. ¿Sabes

algo de la Quilla?

Señaló la muralla. Wren recordó entonces el nombre. *Stresa* había sido el primero en pronunciarlo, al afirmar que los elfos atravesaban una situación apurada debido a que su magia se estaba debilitando.

–Fue erigida por medios mágicos en tiempos del padre de Ellenroh, cuando surgieron los demonios. Protege a la ciudad de esos seres monstruosos, y la mantiene como fue en sus orígenes. Todo es como era cuando Arborlon fue trasladada a Morrowindl hace ya más de cien años.

Wren aún estaba pensando en lo que *Stresa* había dicho sobre el debilitamiento de la magia. Iba a hacer una pregunta a Aurino Estriado sobre la importancia de ese debilitamiento cuando cayó en la cuenta de lo que el elfo acababa de decir.

–Búho, ¿has dicho cuando Arborlon fue *trasladada* a Morrowindl? Supongo que lo que en realidad querías decir es que había sido construida, ¿no es así?

–Quiero decir exactamente lo que he dicho.

–¿Que los edificios fueron trasladados? ¿O te referías a Ellcrys? A propósito, Ellcrys está en la ciudad, ¿no es cierto?

–Allí detrás –respondió el elfo, haciendo un gesto vago, y su cara pareció nublarse–. Detrás del palacio.

–Así que te referías a...

–A la ciudad, Wren –la interrumpió el Búho, con gesto impaciente–. A toda la ciudad, junto con los elfos que la habitan. A eso me refería.

–Pero... –dijo Wren, mirando al Búho con asombro–. Eso significa que fue reconstruida con los materiales transportados por los elfos...

–Wren, ¿nadie te ha hablado de la Loden? ¿No te explicó anoche la reina cómo habían llegado los elfos a Morrowindl? –preguntó el Búho, haciendo un gesto negativo.

Se había inclinado hacia la joven, atravesándola con sus penetrantes ojos.

–Me dijo que los elfos habían tomado la decisión de emigrar de las Tierras Occidentales porque la Federación... –respondió Wren, tras vacilar durante un breve instante.

–No –la interrumpió tajante el Búho–. No me estoy refiriendo a eso.

Apartó la mirada por un instante; luego la cogió del brazo y la llevó hasta un saliente de piedra al pie del puente, para sentarse. Garth los siguió, con su oscuro semblante inexpresivo, y se puso frente a ellos para poder ver el movimiento de sus labios.

–No había pensado en hablarte de este tema, muchacha –empezó a decir el Búho después de que se hubieran sentado–. Otros podrían hacerlo mucho mejor que yo. Pero no podremos hablar mucho si no te lo explico antes. Además, si eres la nieta de Ellenroh Elessedil y la persona que ella ha estado esperando, la de la visión de Eowen Cerise, debes saberlo. –Cruzó sus angulosos brazos en actitud relajada–. Pero no vas a creerlo. Estoy seguro de que no lo creerás.

–Dímelo de todas maneras –respondió Wren, esbozando una sonrisa, un poco incómoda ante la perspectiva.

–Quiero que tengas en cuenta que lo que voy a decirte es lo que a mí me han contado, por lo que no puedo asegurarte que sea cierto –respondió Aurino Estriado, haciendo un gesto de asentimiento–. Los elfos recuperaron parte de su magia ancestral hace más de cien años, antes de que vinieran a Morrowindl, cuando todavía vivían en las Tierras Occidentales. No sé cómo lo consiguieron, y la verdad es que tampoco me preocupa. Lo importante es que, cuando tomaron la decisión de emigrar, concentraron su magia en una piedra élfica llamada Loden. Según tengo entendido, dicha piedra existía desde tiempos inmemoriales, escondida, guardada en un lugar secreto a la espera del momento en que fuese necesaria. Habían transcurrido cientos de años, incluyendo el

período posterior a las Grandes Guerras, sin que llegara ese momento. Pero los Elessedil la tenían oculta, o quizá la encontraron. El caso es que la utilizaron cuando se tomó la decisión de emigrar.

»Según me han dicho –prosiguió el Búho, tensando los labios, después de tomarse un pequeño respiro–, esa piedra élfica, como todas las demás, extrae su fuerza del usuario. En este caso, el usuario no fue una sola persona, sino toda la raza elfa. Toda la fuerza de la nación élfica se dedicó a invocar la magia de la Loden. –Carraspeó–. Cuando lo hicieron, la ciudad de Arborlon se levantó igual... igual que una palada de tierra, quedó reducida a la nada y se introdujo en la piedra. Esto es lo que quiero expresar cuando digo que Arborlon fue trasladada a Morrowindl. Fue encerrada en la Loden junto con la mayor parte de sus habitantes, y trasladada a esta isla por una pequeña escolta. Una vez elegido el emplazamiento de la ciudad, se invirtió el proceso, y Arborlon resurgió íntegramente junto con todos sus habitantes, hombres, mujeres, niños, perros, gatos y demás especies animales; casas y tiendas, árboles, flores, hierba... todo. Y, por supuesto, Ellcrys también. Todo.

»¿Qué dices ahora, muchacha? –le preguntó el Búho, echándose hacia atrás y entrecerrando sus penetrantes ojos.

–Tenías razón, Búho. No lo creo –respondió Wren, sin poder salir de su asombro–. No puedo comprender cómo los elfos pudieron recuperar con tanta rapidez algo que había estado perdido durante miles de años. ¿De dónde les llegó? Ellos carecían por completo de magia en la época de Brin y Jair Ohmsford... ¡Sólo contaban con sus dotes curativas!

–Eso escapa a mis conocimientos, Wren –respondió el Búho, encogiéndose de hombros–. Sucedió mucho antes de que yo naciera. Tal vez lo sepa la reina, pero nunca me ha dicho ni una palabra sobre ello. La ciudad y sus habitantes fueron transportados aquí en la Loden. Ésa es la historia. Y así fue erigida también la Quilla... Bueno, no exactamente así. En realidad fue construida de piedra, siguiendo el procedimiento normal; pero la magia que la protege procede de la Loden. Yo era entonces un niño, pero recuerdo que el antiguo rey utilizó el báculo Ruhk, que sostiene la Loden y canaliza la magia.

–¿Lo has podido ver tú? –preguntó Wren en tono de duda.

–He visto muchas veces el báculo y su piedra –respondió el Búho–. Pero sólo en una ocasión he podido presenciar su utilización.

–¿Qué me dices de los demonios? –prosiguió Wren, ávida de información, intentando encontrar algún sentido a lo que estaba oyendo–. ¿Qué ocurre con ellos? ¿No pueden ser combatidos con la Loden y el báculo Ruhk?

–No –respondió el Búho, ensombreciéndosele el rostro y cambiando su expresión con tal rapidez que cogió a Wren por sorpresa–. La magia es inútil contra los demonios.

–Pero ¿por qué? –apremió ella–. La magia de las piedras élficas que yo poseo puede destruirlos. ¿Por qué no puede hacerlo la magia de la Loden?

–Supongo que será una clase diferente de magia –respondió con inseguridad el Búho, encogiéndose de hombros.

–¿Puedes decirme de dónde han salido los demonios, Búho? –preguntó Wren.

–¿Por qué me lo preguntas, Wren Elessedil? –inquirió Aurino Estriado, claramente incomodado.

–Ohmsford –le corrigió la joven.

–No lo creo.

Se produjo un tenso silencio mientras se miraban.

–También proceden de la magia, ¿no es así? –dijo Wren, incapaz de renunciar a sus indagaciones.

–Pregúntaselo a la reina, Wren. Habla con ella –respondió el Búho, manteniendo firme su penetrante mirada. Después se levantó de repente.

»Ahora que ya sabes cómo llegó aquí la ciudad, al menos según la leyenda, acabemos nuestro paseo. Hay tres portones en la Quilla: el principal y dos secundarios. Mira allí...

Empezó a caminar, sin dejar de hablar, explicándole lo que estaban viendo y soslayando las preguntas que nadie parecía querer contestar. Wren lo escuchaba medio distraída, más interesada en la historia de la llegada de los elfos a Morrowindl. Se requería una magia de poder inconcebible para levantar una ciudad entera, reducirla al tamaño de una piedra élfica y encerrarla en su interior para trasladarla a través del océano. Aún no podía comprenderlo. La magia élfica recuperada del mundo fantástico, de una época vagamente recordada... Era increíble. Y con todo ese poder no había manera de librarse de los demonios, no había manera de destruirlos. Cerró la boca para impedir que salieran por ella una docena de preguntas. En realidad, no sabía muy bien qué podía creer.

Pasaron la mañana y las primeras horas de la tarde paseando por la ciudad. Subieron a las murallas y contemplaron el panorama que se divisaba desde ellas, un paisaje sombrío y cubierto de niebla, carente de movimiento salvo donde el Killeshan lanzaba sus chorros de vapor y la bruma cenicienta se arremolinaba. Vieron de nuevo a Faetón, que se dirigía a la Quilla desde la ciudad, sin reparar en su presencia. Sus duras facciones, cubiertas de cicatrices y enmarcadas por una cabellera descolorada por el Sol, tenían una expresión adusta. El Búho lo miró con desagrado y se dispuso a continuar el paseo. Entonces Wren le pidió que le hablase de Faetón. Aurino Estriado le explicó que era el comandante de campo de la reina, sólo inferior en rango a Barsimmon Oridio, a quien ansiaba suceder.

–¿Por qué razón te disgusta tanto? –le preguntó Wren sin rodeos.

–Es difícil de explicar –respondió el Búho, frunciendo el entrecejo–. Supongo que se debe a que existe una diferencia fundamental entre nosotros. Yo paso la mayor parte de mi tiempo fuera de las murallas, rondando de noche entre los demonios, observando dónde se encuentran y lo que se traen entre manos. Vivo en su mismo entorno, y así es como se puede llegar a conocerlos. Conozco sus diferentes especies y sus hábitos. Estoy mejor informado que ninguna otra persona. Pero Faetón no da ningún valor a estos conocimientos. Para él, los demonios sólo son enemigos a los que es necesario destruir. Quiere sacar el ejército élfico fuera de las murallas y lanzar un ataque sorpresa contra ellos. Hace varios meses que está buscando la autorización de Barsimmon Oridio y de la reina. Sus hombres lo admiran; piensan que tiene razón porque quieren creer que sabe más que ellos. Llevamos encerrados tras la Quilla cerca de diez años. La vida sigue su curso normal, pero aunque nadie lo diría al ver a los habitantes de la ciudad, o incluso al charlar con ellos, todos sienten una profunda desazón. Recuerdan cómo vivían antes y desean volver a vivir como entonces.

Wren pensó durante un momento en la posibilidad de volver a plantear el tema de la aparición de los demonios y por qué no se les podía rechazar, pero decidió seguir el curso de la conversación.

–Por lo que veo, piensas que no hay esperanzas de que el ejército salga vencedor fuera de las murallas.

–Tú has estado ahí fuera conmigo, Wren... –respondió el Búho, fulminándola con la mirada–, algo de lo que no puede presumir Faetón. Has viajado desde la playa hasta aquí. Te has enfrentado a los demonios en más de una ocasión. ¿A qué conclusión has llegado? Es evidente que no son como nosotros. Existen centenares de especies, y cada una supone un peligro diferente. A algunos se les puede matar con espadas, pero no a todos. A lo largo del río Rowen, siguiendo su curso, se encuentran, en primer lugar, los aparecidos, todo dientes y garras. Sobre la Cornisa Negra se asientan los dráculs, fantasmas que pueden absorber nuestra vitalidad, semejantes al humo, sin cuerpo con el que luchar ni donde poder clavar una espada. Y éstas son sólo dos de las especies, Wren. –Hizo un gesto de

impotencia–. No, no creo que podamos vencerlos fuera de las murallas. Creo que debemos considerarnos dichosos si logramos sobrevivir en el interior.

–Pero el gatoespino me dijo que la magia que protege a la ciudad se está debilitando –objetó Wren, que escuchaba con atención, tras caminar algunos pasos más.

Pronunció estas palabras en tono casi afirmativo, y esperó la respuesta del Búho. Pero el elfo guardó un largo silencio, con los ojos fijos en el suelo.

–El gatoespino tiene razón –respondió por fin el Búho, levantando la vista.

Entraron por primera vez en la ciudad propiamente dicha. Curiosearon por las tiendas y los carromatos que llenaban la plaza del mercado, examinando las mercancías y estudiando a los compradores y vendedores. Arborlon era una ciudad como cualquier otra en todos los aspectos, salvo en uno. Al mirar las caras que tenían a su alrededor, Wren veía reflejados sus propios rasgos élficos. La experiencia era nueva y gratificante, y le complacía la idea de ser la primera persona procedente del mundo exterior que veía a los elfos desde hacía más de cien años. Estaban vivos; su existencia era real. Era un descubrimiento maravilloso, y se emocionaba al pensar que sólo ella lo sabía.

Tomaron un frugal almuerzo en el mercado, compuesto por un emparedado de pan poco cocido y carne asada con verdura, una fruta parecida a la pera y una taza de cerveza. Después, el Búho los llevó a los Jardines de la Vida, situados detrás del palacio. Recorrieron sus senderos en silencio, dejándose embargar por la fragancia de los parterres y los aromas de los centenares de flores que alegraban con sus llamativos colores los árboles y arbustos. Pasaron ante un Elegido vestido de blanco, consagrado al cuidado de Ellcrys, que los saludó con un amable gesto. De pronto, Wren se dio cuenta de que estaba pensando en la historia que Par Ohmsford le había contado sobre Amberle, la joven elfina que llegó a ser la más famosa entre los Elegidos. Subieron a lo alto de la colina sobre la que se asentaban los jardines y se detuvieron ante Ellcrys. Las hojas escarlatas y las ramas plateadas del árbol destellaban a la luz del Sol con tal viveza que no parecían reales. Wren quiso tocarla, susurrarle algo, decirle que comprendía los muchos sinsabores que había tenido que soportar. Pero no lo hizo; se limitó a quedarse ante ella en silencio. Ellcrys nunca hablaba, pero había captado los sentimientos de la joven. Por consiguiente, Wren se limitó a contemplarlo en mudo éxtasis, pensando cuán terrible sería que la Quilla sucumbiera y que los demonios invadieran la ciudad de los elfos. Ellcrys sería destruida, sin duda, y cuando eso sucediera, todos los monstruos apresados tras las murallas de la Prohibición, los seres que habían permanecido encerrados durante todos aquellos años, invadirían de nuevo el mundo de los hombres mortales. Entonces, pensó Wren con angustia, se haría realidad la visión de Allanon.

Regresaron al palacio para descansar hasta la cena. El Búho los dejó en la entrada principal, diciendo que tenía algunos asuntos urgentes que atender.

–Sé que aún te quedan muchas preguntas pendientes, Wren –dijo al despedirse con gesto solemne–. Procura ser paciente. Me temo que las respuestas llegarán demasiado pronto.

Se alejó por el sendero y traspasó las puertas de la verja. Wren, junto a Garth, lo siguió con la mirada mientras se alejaba. El gigante bohemio se volvió hacia ella enseguida, indicándole que volvía a tener hambre y que deseaba ir a la cocina en busca de algo de comer. Wren respondió con un gesto de asentimiento, abstraída, pensando todavía en los elfos y en su magia, dándose cuenta de que el Búho no había contestado a su pregunta de por qué había un foso dentro de la Quilla. Garth desapareció por el corredor, rompiendo el silencio con el ruido de sus pisadas, y ella se dirigió a la alcoba. No estaba segura de lo que haría allí, salvo reflexionar sobre la situación, aunque esa tarea podría ser suficiente. Subió por la escalera principal, escuchando el silencio, atrapada en el torbellino de sus pensamientos. Cuando empezaba a recorrer el pasillo que arrancaba del último

rellano, apareció Gavilán Elessedil.

–¡Hola, prima Wren! –saludó alegremente, flamante con su túnica a rayas amarillas y azules ceñida con una cadena de plata–. Has estado paseando por la ciudad, según tengo entendido. ¿Cómo te encuentras hoy?

–Muy bien, gracias –respondió Wren, aminorando el paso hasta detenerse mientras él se acercaba.

–Dime, ¿te alegras de haber venido o preferirías haberte quedado en tu país? –preguntó Gavilán, cogiéndole la mano, llevándosela a los labios y besándola con delicadeza.

–Supongo que hay algo de las dos cosas –respondió Wren, esbozando una sonrisa al tiempo que retiraba la mano y se ruborizaba, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo.

–Era previsible –dijo Gavilán, destellándole los ojos–. No todo son rosas, pero tampoco espinas. Has recorrido un largo camino para poder encontrarnos, ¿verdad? Debiste de tomarte muy en serio nuestra búsqueda, ¿no es así, Wren? ¿Has averiguado lo que querías?

–Sólo en parte.

–Te hubieras sentido muy orgullosa de Alleyne, tu madre –dijo Gavilán, adoptando su hermoso rostro una expresión grave–. Sé que la reina ya te ha hablado de ella, pero quiero añadir algo. Cuidó de mí como una hermana mayor cuando yo era niño. Estábamos muy unidos. Era una muchacha fuerte y decidida... y veo que tú eres igual.

–Gracias, Gavilán –respondió Wren, esbozando una nueva sonrisa.

–Es la verdad. –Guardó silencio durante un breve instante–. Espero que veas en mí más a un amigo que a un simple primo. Quiero que sepas que, si alguna vez necesitas algo o deseas obtener alguna información, puedes contar conmigo. Me sentiré muy satisfecho de ayudarte si está en mi mano hacerlo.

–Gavilán, ¿puedes hacerme una descripción física de mi madre? –preguntó Wren, vacilante–. ¿Puedes decirme qué aspecto tenía?

–Eso es fácil –respondió Gavilán, encogiéndose de hombros–. Alleyne era pequeña, como tú, tenía el pelo del mismo color, y su voz... –Se le quebró la frase–. Es difícil de describir. Era musical. Alleyne era ingeniosa y muy risueña. Pero, sin duda, lo que mejor recuerdo de ella son sus ojos. Eran idénticos a los tuyos. Cuando miraban, le hacían sentirse a uno como si no hubiera nada ni nadie más importante en el mundo.

Wren recordó entonces el sueño en que su madre, con un aspecto muy parecido al descrito por Gavilán, se inclinaba sobre ella y le decía una y otra vez: *Acuérdate de mí.* Ahora ya no le parecía un sueño. Tenía la sensación de que alguna vez, hacía mucho tiempo, debió de suceder realmente.

–¿Wren?

La joven se dio cuenta de que tenía la mirada perdida en el vacío. Volvió a mirar a Gavilán, preguntándose de pronto si debía hacerle algunas preguntas sobre las piedras élficas y los demonios. Parecía que estaba ansioso por seguir hablando con ella, y ella se sentía atraída por él de una forma que la sorprendía. Pero todavía no lo conocía bien, y las enseñanzas que había recibido como bohemia hacían que actuara con cautela.

–Los elfos atraviesan momentos difíciles –comentó Gavilán de repente, inclinándose hacia ella. Wren sintió el contacto de sus manos, que se levantaron hasta cogerla por los hombros–. La magia tiene secretos que...

–Buenas tardes, Wren –saludó Eowen Cerise, que acababa de aparecer en el rellano de la escalera, a sus espaldas. Gavilán se quedó cortado por la sorpresa–. ¿Lo has pasado bien en la ciudad?

Wren se dio la vuelta, y advirtió que las manos de Gavilán se retiraban de sus hombros.

–¿Qué te parece tu prima, Gavilán?

–Encantadora, decidida... un vivo reflejo de su madre –respondió el elfo, esbozando una sonrisa y mirando a Wren–. Tengo que irme. He de resolver un montón de asuntos antes de la cena. Entonces hablaré contigo.

Saludó con una leve inclinación de cabeza y se alejó con paso seguro, confiado y no exento de elegancia.

Wren lo siguió con la mirada, pensando que escondía muchas cosas tras su amistosa actitud, pero que en el fondo era sincero.

–Gavilán hace que todas nos sintamos de nuevo como unas jovencitas –dijo Eowen, cruzándose su mirada con la de Wren cuando la joven bohemia se volvió. Llevaba su flameante cabello rojo recogido en una redecilla, y vestía una holgada túnica con flores bordadas. Su sonrisa era cálida, pero sus ojos, como siempre, parecían fríos y distantes–. Creo que todas estamos enamoradas de él.

–¡Pero yo casi no lo conozco...! –exclamó Wren, sonrojándose.

–Bien, háblame ahora de tu paseo –dijo Eowen, haciendo un breve gesto de asentimiento–. ¿Qué has visto de la ciudad, Wren? ¿Qué es lo que te ha contado Aurino Estriado sobre ella?

Mientras recorrían el pasillo hacia la alcoba de Wren, la joven repitió a Eowen las palabras del Búho con la secreta esperanza de que la vidente ampliara la información. Pero Eowen se limitó a escuchar en silencio, alentándola con gestos aprobatorios a que siguiera hablando. Parecía estar preocupada por otras cosas, aunque le prestaba la atención necesaria para no perder el hilo de la conversación. La joven había completado su relato cuando llegaron a la puerta de su dormitorio, y se volvió hacia su oyente.

–Te has enterado de muchas cosas para llevar menos de un día en la ciudad, Wren –dijo Eowen, esbozando una leve sonrisa.

Muchas menos de las que me gustaría saber, pensó la muchacha.

–Eowen, ¿por qué nadie me dice de dónde proceden los demonios? –preguntó Wren abiertamente.

–A los elfos no les gusta pensar en los demonios, y mucho menos hablar de ellos –respondió Eowen. La sonrisa se había esfumado de su solemne rostro, siendo reemplazada por una evidente pesadumbre–. Los demonios surgieron de la magia, Wren... del mal entendimiento y del mal uso. Constituyen, a la vez, una amenaza, una ignominia y una promesa. –Hizo una pausa y, al ver el desencanto y la frustración reflejados en los ojos de Wren, le cogió las manos–. La reina me ha prohibido hablar de ellos, Wren –dijo en voz baja–. Y es probable que tenga razón. Pero te prometo que algún día, si todavía sientes necesidad de saberlo, te lo contaré todo.

–Te lo recordaré, Eowen –respondió Wren, haciendo un gesto de asentimiento, viendo reflejada la honestidad en los ojos de la amiga de la reina–. Pero me gustaría que mi abuela hiciera que fuera innecesario.

–Sí, Wren. A mí también me gustaría. –Eowen dudó durante un momento–. Hace mucho tiempo que estamos muy unidas. Juntas hemos conocido la infancia, nuestro primer amor, y a nuestros esposos y nuestros hijos. Nada de eso nos queda ya. Alleyne fue nuestra peor experiencia. Nunca se lo he dicho a tu abuela, aunque creo que lo sospecha, pero la visión me reveló que Alleyne intentaría regresar a Arborlon, y que no podríamos impedírselo. Las visiones son una bendición y una maldición. Me permiten conocer lo que ha de suceder, pero no puedo hacer nada para cambiarlo.

–Magia, Eowen –respondió Wren, haciendo un comprensivo gesto de asentimiento–. Como la de las piedras élficas. Me gustaría librarme de ella. Me asustan los efectos que pueda producir en mí. ¿No te pasa a ti algo parecido?

–Nuestro destino en esta vida nos es otorgado por algo que no podemos comprender

ni controlar, y nos liga a nuestro futuro tan estrechamente como ninguna magia podría hacerlo –respondió Eowen, reforzando su apretón y fijando sus verdes ojos en el rostro de Wren.

»Mientras nosotros estamos hablando, la reina decide el destino de los elfos, Wren –prosiguió Eowen, soltándole las manos y retirándose unos pasos–. Ha sido tu llegada lo que la ha impulsado a hacerlo. ¿Deseas saber qué cambios produce tu presencia? Creo que esta noche lo sabrás.

–Has tenido una visión, ¿verdad, Eowen? –preguntó la joven, estremeciéndose al comprender el significado que encerraban aquellas palabras–. Has visto lo que ha de suceder.

–Siempre ha sido así, niña –respondió en voz baja la vidente, haciendo un gesto de resignación–. Siempre. –Su rostro reflejaba una gran angustia–. Las visiones nunca cesan.

Después se dio media vuelta y desapareció por el corredor. Wren la siguió con la vista. Los dos eran profetas que se encaminaban hacia un destino incierto, visiones de lo que los elfos estaban destinados a ser.

Aquella noche la cena transcurrió con exasperante lentitud, en un embarazoso clima regido por largos paréntesis de silencio. Wren y Garth fueron llamados al anochecer, y bajaron al comedor donde ya los estaban esperando Eowen y el Búho. Gavilán se unió al grupo un poco después. Ocupaban asientos contiguos en un extremo de la larga mesa de roble, sobre la que había depositados muchos alimentos. Varios criados ocupaban sus puestos, preparados para servirlos, y el comedor estaba profusamente iluminado. Hablaban poco y, cuando lo hacían, se esforzaban en no entrar en terrenos resbaladizos. Incluso Gavilán, que llevaba el peso de la conversación, elegía con cuidado los temas. Wren no conseguía descubrir si su primo se sentía intimidado por la presencia de Eowen y el Búho o estaba preocupado por otra cosa. Se mostraba tan brillante y alegre como siempre, pero no prestaba atención a la comida y parecía un poco ausente. Cuando hablaban, era para comentar la infancia de Wren con los bohemios y los recuerdos que él conservaba de Alleyne. La cena fue tediosa, y se produjo una inconfundible sensación de alivio cuando terminó.

Aunque todos esperaban la llegada de la reina, Ellenroh Elessedil no se presentó.

Cuando los cinco comensales ya se habían levantando de la mesa y se disponían a despedirse, un nervioso mensajero irrumpió en la estancia y habló precipitadamente con el Búho.

–Los demonios han atacado por la parte septentrional de la muralla y, al parecer, han conseguido abrir una brecha –dijo Aurino Estriado con la preocupación reflejada en su curtido rostro, volviéndose hacia los comensales tras despedir al mensajero.

Todos salieron precipitadamente del comedor, Eowen para buscar a la reina, Gavilán para empuñar las armas; el Búho, Wren y Garth, para comprobar con sus propios ojos lo que estaba sucediendo. Los dos bohemios, precedidos por el Búho, corrieron por el palacio hasta atravesar la puerta principal, y después por la ciudad. Wren veía que el suelo volaba bajo sus pies mientras corría. El crepúsculo había dejado paso a la oscuridad, y la luz de la Quilla fulguraba intensamente entre los árboles. Recorrieron varias calles secundarias. Los elfos corrían en todas direcciones, profiriendo gritos de alarma. Toda la ciudad se había movilizado al conocer la noticia del asalto. Aurino Estriado esquivó a las multitudes rodeando el centro urbano, Y se dirigió al este por la parte trasera de la ciudad hasta donde los árboles se espaciaban y permitían la vista de la Quilla. La muralla era un inmenso hormiguero de soldados elfos, mientras otros varios centenares cruzaban los puentes para unirse a ellos, corriendo todos hacia un lugar donde el resplandor había quedado reducido prácticamente a la nada y una masiva aglomeración de combatientes luchaban con ardor en

la oscuridad.

Wren y sus compañeros siguieron adelante hasta llegar a menos de doscientos metros de la muralla. Allí les cortaron el paso las oleadas de soldados.

Wren, impresionada, se agarró del brazo de Garth. La magia parecía haber fallado por completo en la brecha abierta en la Quilla, y las piedras habían quedado reducidas a escombros. Centenares de oscuros cuerpos sin rostro se apiñaban en la brecha, intentando atravesarla por todos los medios mientras los elfos se esforzaban para evitarlo. La situación era caótica, los cuerpos se retorcían y contorsionaban agónicamente al ser aplastados por los que empujaban desde atrás. Los gritos y alaridos llenaban el aire, y no había nada que pudiera amortiguar los ruidos de la batalla que aquella noche estaban librando los elfos y los demonios. Las espadas de los elfos cortaban y las zarpas de los demonios desgarraban, y un gran número de muertos y heridos yacían alrededor de la brecha. Parecía que los demonios acabarían triunfando; eran tan numerosos que podía considerarse que su vanguardia ya estaba dentro de la ciudad. Pero un feroz contraataque de los elfos los obligó a retroceder. La batalla se libraba en fluctuantes oleadas en torno a la brecha, sin acabar de decidirse a favor de ninguno de los dos bandos.

Después se oyó el grito de «¡Faetón, Faetón!», y la albina cabeza del comandante elfo apareció al frente de una nueva compañía de soldados. Espada en alto, el comandante se dirigió hacia la muralla. Los demonios fueron repelidos, entre chillidos y aullidos, por una avalancha de elfos. Faetón, al frente de la misma, se mantenía milagrosamente ileso, mientras muchos de sus hombres caían alrededor. Los elfos de los baluartes se sumaron a la contraofensiva, actuando desde arriba, y cayó un diluvio de lanzas y flechas sobre la horda de demonios. El resplandor de la Quilla se intensificó, cerrando durante un breve instante la brecha de la muralla.

Pero los demonios, en masa, reanudaron su asalto, trepando por doquier. Los elfos resistieron un momento, pero enseguida empezaron a retroceder. Faetón se situó delante de ellos de un salto, enarbolando la espada. La batalla se equilibró mientras los combatientes de ambos bandos luchaban por ganar el control. Wren contemplaba horrorizada el desarrollo de la matanza; los muertos, moribundos y heridos yacían por todas partes, pero la lucha era tan intensa que resultaba imposible llegar hasta ellos. En torno a Wren y sus compañeros se habían reunido muchos elfos: ancianos, mujeres y niños; todos los que no formaban parte del ejército. Un extraño silencio se cernía sobre ellos, mientras presenciaban con ansiedad e impotencia la sangrienta escena.

¿Qué ocurrirá si los demonios logran traspasar al muralla?, pensó Wren de repente. Nadie tendrá la más mínima oportunidad de salvarse. No hay ningún lugar donde toda esta gente pueda refugiarse. Todos morirán.

Miró a su alrededor con los nervios a flor de piel. ¿Dónde estaba la reina?

En ese preciso instante apareció, escoltada por una docena de guardias especiales, y la multitud se abrió para dejarle paso. Wren vio a Triss, que encabezaba a los guardias con expresión dura y tétrica. La reina avanzaba entre ellos en línea recta y con la cabeza erguida, inconsciente, al parecer, del tumulto que la rodeaba, con su terso rostro sereno y la mirada al frente. Dejó atrás a la multitud para dirigirse al puente más cercano que salvaba el foso. Sostenía en una mano el báculo Ruhk, en cuyo extremo relucía la Loden como un ascua.

¿Qué puede hacer?, se preguntó Wren, y de pronto temió por su vida.

La reina llegó al centro del puente, donde se arqueaba sobre el foso, y se situó de modo que todos pudieran verla. Se elevaron vítores, y los soldados de la muralla empezaron a corear su nombre, cobrando ánimos. Los elfos que luchaban con Faetón en la brecha renovaron su brío. La defensa, haciendo acopio de sus fuerzas, avanzó en una impetuosa oleada. Los demonios volvieron a ser rechazados. Se multiplicaron los golpes y

chirridos de las armas de hierro, y con ellos los alaridos de los moribundos.

De pronto, Faetón cayó. Fue imposible saber lo que había sucedido: estaba allí, liderando la defensa, y unos segundos después había desaparecido. Los elfos gritaron y embistieron en un intento de protegerlo. Los demonios cedieron terreno, empujados por el aluvión que se les venía encima. La oleada de combatientes entró en la brecha una vez más, y la atravesó, empujando a los demonios al otro lado, más allá de luz. El halo que protegía la Quilla se soldó al entretejerse las líneas de su magia.

Los demonios reanudaron su asalto por tercera vez, y los elfos, extenuados, se retiraron tambaleándose.

Ellenroh Elessedil levantó el báculo Ruhk, apuntando hacia la brecha. La Loden refulgió bruscamente. Se oyeron gritos de aviso, y los elfos retrocedieron en tropel por la brecha. De la Loden brotó un estallido de luz que se proyectó hacia la Quilla al concentrarse la energía de la piedra élfica. Alcanzó la muralla en el preciso instante en que se retiraba el último de los soldados elfos. Los escombros de piedra se fueron levantando fragmento a fragmento, rechinando y chirriando, y la muralla empezó a reconstruirse. Los demonios quedaron atrapados y sepultados en el remolino. Las piedras se recompusieron en sucesivas capas y los resquicios se rellenaron de mortero. La magia trabajaba y la Loden proyectaba su poder. Wren retenía el aliento, presa de la incredulidad. La muralla se reedificó, rellenando su negro boquete, y quedó completamente restaurada.

La magia había hecho su trabajo en unos pocos segundos, y los demonios fueron rechazados tras las murallas una vez más.

La reina permaneció inmóvil en el centro del puente mientras nuevas compañías de soldados elfos pasaban corriendo junto a ella para proteger las almenas. Esperó hasta que el mensajero que había enviado regresara del escenario de la matanza. El mensajero, tras arrodillarse un momento, se levantó para hablar. Wren vio cómo la reina hacía un gesto de asentimiento, se volvía y emprendía el camino de regreso. La Guardia Especial despejó de nuevo el camino, pero ahora la soberana buscó con su mirada a Wren, logrando encontrarla de una forma misteriosa en medio de la creciente multitud. La joven bohemia sintió miedo al ver la expresión del rostro de su abuela.

Ellenroh Elessedil se acercó a la joven, con sus ropas ondeando al viento como banderas desde el báculo Ruhk que presionaba contra su cuerpo. La Loden todavía destellaba con aterradora luz blanca.

–Aurino Estriado –dijo la reina cuando estuvo cerca, con los ojos fijos en el Búho–. Si no tienes inconveniente, adelántate a nosotros y haz salir a Bar y Eton de sus aposentos... si es que aún siguen en ellos. Diles... –Pareció que se le hacía un nudo en la garganta, y su mano se crispó en el báculo Ruhk–. Diles que Faetón ha muerto en el ataque, víctima de una flecha disparada por sus propios arqueros. Diles también que deseo celebrar inmediatamente una reunión en la sala del Consejo Supremo. Vete ya, deprisa.

El Búho se mezcló con la multitud y desapareció de su vista. La reina se volvió hacia Wren, rodeó con un brazo los finos hombros de la joven y con el otro señaló con el báculo hacia la ciudad. Reemprendieron la marcha, con Garth pisándoles los talones, rodeados por la Guardia Especial.

–Wren –dijo en voz baja la reina élfica, inclinándose hacia la muchacha–. Estamos atravesando nuestro momento más crítico. Ahora vamos a determinar si podemos salvarnos. Quédate cerca de mí, ¿quieres? Debes ser mis ojos, mis oídos y mi mano derecha. Para eso has venido aquí.

Sin decir más, cogió a Wren por el brazo y aceleró el paso en medio de la noche.

12

Las salas del Consejo Supremo de los Elfos, habilitadas en un edificio que se levantaba en un viejo bosquecillo de robles blancos, no estaban lejos del palacio. El edificio estaba construido con enormes piezas de madera y paredes de piedra. La sala del Consejo propiamente dicha, que constituía la parte principal de la estructura, era una amplia cámara hexagonal, con el techo reforzado por vigas que se alzaban de la conexión entre las paredes y convergían en el centro igual que una estrella protectora. Pesadas puertas de madera se abrían en una pared, frente a un estrado con tres escalones sobre el que descansaba el trono de los reyes elfos. El trono estaba flanqueado por estandartes con el emblema de las casas reales. A ambos lados, dispuestas a lo largo de las paredes restantes, varias hileras de bancos formaban una galería que acogía a quienes participaban de forma activa en las sesiones públicas y también a los que asistían en calidad de espectadores. En el centro de la sala destacaba un amplio entarimado, dominado por una mesa redonda rodeada de veintiuna sillas. Cuando el Consejo Supremo celebraba una sesión, ocupaba esa mesa, con el monarca a la cabeza.

Ellenroh Elessedil entró en la cámara con actitud ceremoniosa y sosteniendo ante sí el báculo Ruhk, seguida de Wren, Garth, Triss y algunos miembros de la Guardia Especial. Gavilán Elessedil, que ya estaba sentado a la mesa del Consejo, se levantó en el mismo momento en que la reina hizo acto de presencia. Vestía una cota de malla y su espadón colgaba del respaldo de su silla. La reina llegó hasta él, lo abrazó con cariño y después continuó hasta la cabecera de la mesa.

–Wren –dijo, volviéndose hacia la joven elfina–, siéntate a mi lado.

Wren hizo lo que pidió la reina. Por su parte, Garth se dirigió a la galería y se sentó en uno de los bancos destinados a los espectadores. Las puertas de la cámara se cerraron, y dos miembros de la Guardia Especial montaron guardia a ambos lados de la entrada. Triss, cuyo enjuto y acerado rostro tenía una expresión distante, se adelantó hasta la mesa para tomar asiento junto a Gavilán. Éste se enderezó en su silla, dedicó a Wren una insegura sonrisa, se alisó nerviosamente las mangas de la túnica y apartó la mirada. Ellenroh cruzó las manos ante sí y guardó silencio, dando tiempo a que pudieran llegar a la reunión los miembros que faltaban. Wren se dedicó a inspeccionar la cámara, deteniéndose en los oscuros rincones a los que no llegaba la luz de las lámparas. La madera pulimentada brillaba débilmente en la penumbra de detrás de Garth, y diferentes imágenes proyectadas por las llamas de la lámpara danzaban en los límites de la luz. Detrás de la muchacha, los estandartes colgaban fláccidos e inmóviles, con el emblema oculto entre sus profundos pliegues. En la cámara reinaba un absoluto silencio, sólo levemente turbado por el roce de las botas y el frufrú de las ropas.

Entonces vio a Eowen sentada en la galería opuesta a la que se encontraba Garth, muy lejos, casi invisible entre las sombras.

Los ojos de Wren buscaron los de la reina, pero Ellenroh, que tenía su mirada puesta en las puertas de la cámara, no daba muestras de advertir la presencia de la vidente. La joven se volvió de nuevo hacia Eowen, y luego desvió la mirada hacia las sombras. Podía percibir la tensión que flotaba en el ambiente. Todos los presentes presentían que iba a suceder algo, pero sólo la reina sabía qué era. Wren respiró profundamente. Según le había confesado la reina, ella había ido a Arborlon por lo que estaban esperando que ocurriera.

Sé mis ojos, mis oídos y mi brazo derecho.

¿Por qué?

Las puertas de la cámara del Consejo se abrieron para abrir paso a Aurino Estriado y

a otros dos elfos. El primero de los desconocidos era viejo y corpulento, con el pelo y la barba grises y movimientos ponderados que sugerían que no era una persona que se arredrase ante los obstáculos. El segundo era de talla mediana e iba afeitado; tenía los ojos hundidos pero vivaces, y se movía con ligereza y soltura. Esbozó una sonrisa al entrar. El primero adoptó una expresión ceñuda.

–Barsimmon Oridio –dijo la reina, presentándolo, y a continuación hizo lo mismo con el segundo– y Eton Shart. Os doy las gracias a ambos por venir. Aurino Estriado, quédate, por favor.

Los tres hombres tomaron asiento sin apartar su mirada de la reina. Ahora, todos la miraban, expectantes.

–Cort, Dal –dijo dirigiéndose a los guardias apostados a la entrada–. Esperad fuera, por favor.

Los guardias especiales abrieron las puertas, salieron y las cerraron tras ellos.

–Amigos míos –dijo Ellenroh Elessedil, recostándose en el respaldo de la silla, y su voz sonó con claridad en el silencio–. No podemos seguir fingiendo. No podemos seguir disimulando durante más tiempo. No podemos seguir engañándonos. Lo que durante más de diez años hemos tratado de evitar, se cierne ya sobre nosotros.

–Mi Señora... –empezó a decir Barsimmon Oridio, pero la reina lo obligó a callar con una mirada.

–Esta noche, los demonios han conseguido romper la Quilla. La magia se está debilitando desde hace meses, o quizás años, y los oscuros seres del exterior han estado utilizando su fuerza en provecho propio. Esta noche la balanza se ha inclinado a su favor lo suficiente para permitirles abrir una brecha. Nuestros soldados lucharon con valor para evitarlo, haciendo todo cuanto estaba en sus manos para rechazar el asalto. Pero fracasaron. Por desgracia, Faetón ha muerto. Al final, me he visto obligada a utilizar el báculo Ruhk. Si no lo hubiera hecho, la ciudad habría caído en manos del enemigo.

–¡Mi Señora, eso no es cierto! –exclamó Barsimmon Oridio, incapaz de permanecer callado más tiempo–. El ejército se habría reorganizado. ¡Faetón seguiría con vida si no hubiera corrido tantos riesgos!

–Corrió esos riesgos para salvarnos –respondió Ellenroh, con el semblante duro como una piedra–. No lo critiques, comandante. Te lo prohíbo, Bar.

El corpulento individuo se vio obligado a morderse la lengua, acentuando su expresión ceñuda.

–Yo estuve allí y pude ver lo que sucedió –dijo la reina con voz serena y suave, dejando traslucir un cálido afecto. Esperó a que el comandante bajara sus feroces ojos, y a continuación dirigió su mirada a toda la mesa–. La Quilla no podrá protegernos durante mucho tiempo. He utilizado el báculo Ruhk para fortalecerla, pero si vuelvo a hacerlo, correremos el riesgo de perder su poder. Y eso, amigos míos, no puedo permitirlo. Os he reunido para deciros que he decidido seguir otra línea de acción.

»Ésta es mi nieta, Wren, la hija de Alleyne, que nos ha sido enviada desde el mundo antiguo, como profetizó Eowen –prosiguió la reina, volviéndose hacia su nieta–. Su llegada, según la profecía, tiene el objetivo de salvar a los elfos. La he esperado durante muchos años, sin acabar de creer en que llegara a presentarse o en que, en caso de que lo hiciera, pudiera hacer algo por nosotros. Si he de ser sincera con vosotros, no deseaba que viniese, porque temía perderla como perdí a Alleyne.

»Sigo sintiendo ese temor –continuó Ellenroh Elessedil, extendiendo la mano y acariciando la mejilla de Wren–. Pero ya se encuentra entre nosotros, a pesar de mis temores, después de haber cruzado la inmensa extensión de la Linde Azul y haberse enfrentado a la terrible amenaza de los demonios. Ya no cabe la menor duda de que ha sido enviada para salvarnos, como predijo Eowen Cerise. –Hizo una pausa–. Wren todavía no

acaba de creerlo ni de entenderlo. –Intercambió una cálida mirada con su nieta–. Ha venido a Arborlon por razones propias. El espíritu de Allanon la llamó y le encargó que nos buscara. Las Cuatro Tierras, según parece, sufren el acoso de sus propios demonios, unas horribles criaturas llamadas Espectros. El espíritu de Allanon asegura que nuestra presencia es necesaria para que no sucumban las Cuatro Tierras.

–Lo que suceda en las Cuatro Tierras no es problema nuestro, mi Señora –puntualizó Eton Shart con voz serena.

–En efecto, primer ministro, eso es exactamente lo que estamos repitiendo una y otra vez desde hace más de cien años, ¿verdad? –respondió la reina, volviéndose hacia él–. Pero ¿no podemos estar equivocados? ¿Qué ocurrirá si nuestro problema es también el suyo? ¿Qué ocurrirá si, en contra de lo que siempre hemos creído, los destinos de todos estuviesen vinculados entre sí y la supervivencia dependiera del establecimiento de un lazo común? Wren, di a los reunidos cómo has llegado a encontrarme. Cuéntales todo lo que te dijeron el anciano y el espíritu del druida. Háblales también de las piedras élficas. Éste es un buen momento para hacerlo. Ya es hora de que lo sepan.

Wren relató una vez más cómo Garth y ella habían llegado a Arborlon, empezando por los sueños enviados por el espíritu del druida y terminando con el descubrimiento de su propia identidad. Habló con voz insegura de las piedras élficas, dudando de que fuera adecuado revelar su existencia. Pero la reina la alentó con gestos aprobatorios cuando empezó, por lo que no omitió ningún detalle. Terminó, y todos siguieron en silencio, intercambiando miradas vacilantes. Gavilán la miraba como si la viera por primera vez.

–¿Comprendéis ahora por qué pienso que es imposible seguir ignorando lo que ocurre fuera de Morrowindl? –inquirió la reina con voz serena.

–Mi Señora, creo que lo comprendemos –dijo el Búho–, pero ahora necesitamos oír la solución que propones.

–Sí, Aurino Estriado, así es –respondió la reina, haciendo un gesto de asentimiento y una breve pausa, durante la cual un profundo silencio sobrevoló la sala del Consejo–. No nos queda nada que hacer en Morrowindl. Por tanto, ha llegado el momento de que nos marchemos, de que emprendamos el retorno al viejo mundo para reintegrarnos en él. Nuestros días de desaparición y aislamiento han terminado. Es hora de volver a utilizar la Loden.

–¡Tía Ell, no! –exclamó Gavilán, poniéndose de pie como movido por un resorte–. ¡No podemos abandonarlo todo! ¿Cómo podemos saber que la Loden conserva su poder después de tanto tiempo? ¡Es sólo una leyenda! ¿Y la magia de la Quilla? ¡Si nos marchamos, se perderá! ¡No podemos hacer eso!

Wren oyó que Barsimmon Oridio manifestaba su acuerdo con la opinión de Gavilán profiriendo un gruñido.

–¡Gavilán! –repuso Ellenroh, furiosa–. Estamos celebrando un consejo. ¡Has de dirigirte a mí como corresponde!

–Perdón, mi Señora –se excusó Gavilán, sonrojándose.

–¡Ahora siéntate! –le ordenó la reina, y Gavilán obedeció–. Me parece que nuestra actual crisis se debe a la indecisión. Hemos permanecido inactivos durante mucho tiempo. Hemos dejado que el destino decida por nosotros. Hemos estado utilizando la magia para luchar, incluso después de que fuera evidente que no podíamos seguir dependiendo de ella.

–¡Mi Señora! –se apresuró a advertirle Eton Shart, con el rostro demacrado.

–Sí, lo sé –respondió Ellenroh.

No miró directamente a Wren, pero la muchacha pudo leer claramente en sus ojos que la advertencia había sido hecha por su causa.

–Mi Señora, ¿nos estás pidiendo que renunciemos por completo a la magia?

–Ya no es de mucha utilidad seguir conservándola, ¿no es verdad, primer ministro? –

respondió la reina con un gesto cortante.

–Pero, como dice Gavilán, no podemos saber si la Loden actuará como esperamos cuando llegue el momento.

–Nada perderemos si falla, salvo, quizá, la oportunidad de escapar.

–Pero escapar, mi Señora, no es necesariamente la respuesta que estamos buscando. Tal vez una ayuda de otra fuente...

–Eton –lo interrumpió la reina–, piensa en lo que estás sugiriendo. ¿Qué otra fuente existe? ¿Propones que invoquemos más magia aún? ¿O tal vez que usemos de otro modo la que ya tenemos y la convirtamos en algún nuevo horror? ¿O acaso hemos de buscar la ayuda en las mismas personas que abandonamos a la Federación hace años?

–Seguimos contando con el ejército, mi Señora –dijo Barsimmon con la cara enrojecida por la indignación.

–Sí, Bar, lo tenemos. Por el momento. Pero no podemos devolverles la vida a quienes la han perdido. Carecemos de esa magia. Cada nuevo asalto acaba con la vida de numerosos soldados. Los demonios parecen materializarse del aire. Si seguimos aquí, no nos durará mucho el ejército.

»Sé lo que os estoy pidiendo –prosiguió la reina, esbozando una irónica sonrisa–. Si devolvemos Arborlon con los elfos al mundo de los hombres, de las Cuatro Tierras y de sus Razas, perderemos la magia. Volveremos a ser lo que éramos en los viejos tiempos. Pero quizás eso sea suficiente. Quizá tenga que serlo.

Los que estaban sentados en torno a la mesa miraron a su reina en silencio, reflejando en sus rostros una mezcla de ira, duda y admiración.

–Yo no entiendo nada de magia –intervino Wren, incapaz de seguir callada mientras las preguntas se acumulaban en su interior–. ¿Qué queréis decir cuando afirmáis que la magia se perderá si abandonáis Morrowindl?

–Estoy olvidando, Wren, que no eres versada en sabiduría élfica y que tus conocimientos sobre los orígenes de la magia son aún más pobres –respondió la reina, volviéndose hacia ella–. Haré todo lo posible para exponértelo con sencillez. Si yo invoco a la Loden, como tengo intención de hacer, Arborlon y los elfos quedarán concentrados en el interior de la piedra élfica para realizar el viaje de regreso a las Tierras Occidentales. Cuando eso suceda, la magia que protege a la ciudad desaparecerá. La única magia que quedará entonces será la que proceda de la Loden, que protegerá lo que transporte en su interior. Cuando Arborlon sea restablecida, esa magia cesará también. La Loden, compréndelo, sólo puede utilizarse de una única manera. Si no es así, su magia se extingue.

–Pero, si es así, ¿cómo pudo reparar la brecha abierta en la Quilla por los demonios? ¿Puedes explicármelo? –preguntó Wren, haciendo un gesto de incomprensión.

–Desde luego. Me apropié de parte de la misma magia que la Loden necesita para transportar la ciudad y sus habitantes. En resumen, robé parte de su poder. Pero la utilización de ese poder para reforzar la Quilla ha supuesto un desgaste de la energía que se necesita para el uso primordial de la piedra. –Ellenroh se detuvo–. Wren, ahora ya sabes que los elfos recuperaron una parte de la magia que utilizaban en la época fantástica. Lo hicieron así después de descubrir que las fuentes de la magia eran la tierra y sus elementos. Ya antes de que nuestra llegada a Morrowindl, hace años, mucho antes de que yo naciera, se tomó la decisión de intentar recuperarla. –Hizo una breve pausa–. Ese esfuerzo no obtuvo los resultados apetecidos, por lo que el proyecto acabó siendo abandonado por completo, y la magia sobrante se empleó para fortalecer la Quilla. Pero la magia sólo perdura mientras es realmente necesaria. Cuando desaparezca la ciudad, la magia de la Quilla será innecesaria y, por tanto, desaparecerá.

–¿Y no puede ser restablecida cuando hayamos regresado a las Tierras Occidentales?

–No, Wren. Nunca más –respondió Ellenroh con una dura expresión reflejada en su

rostro.

–Tú asumes... –intervino Gavilán.

–¡Nunca! –lo interrumpió Ellenroh, y el joven guardó silencio.

–Mi Señora –dijo Eton Shart, atrayendo la atención de la reina con gentileza–. Aun suponiendo que hagamos lo que nos propones e invoquemos el poder de la Loden, ¿qué probabilidades tenemos de llegar a las Tierras Occidentales? Hay demonios por todas partes. Como muy bien has dicho, apenas hemos sido capaces de defendernos dentro de las murallas de la ciudad. ¿Qué sucederá cuando esas murallas desaparezcan? ¿Será nuestro ejército lo bastante fuerte para llevarnos con vida hasta las playas? ¿Y qué nos sucederá entonces, sin embarcaciones ni guías?

–El ejército no podrá defender las playas durante mucho tiempo, mi Señora –subrayó Barsimmon Oridio.

–Es cierto, Bar, no podrá hacerlo –admitió la reina–. Pero no estoy proponiendo que utilicemos el ejército para ello. Creo que nuestra mejor alternativa es salir de Morrowindl de la misma forma que entramos, es decir, cobijados todos en la Loden, excepto el pequeño grupo que se encargará de transportarla.

Entonces se produjo un opresivo silencio.

–¿Un pequeño grupo, mi Señora? –preguntó Barsimmon Oridio, que no podía salir de su asombro–. ¡No tendrá ninguna posibilidad de éxito!

–Tal vez sí –dijo en voz baja Aurino Estriado.

–En efecto, Aurino –respondió la reina, esbozando una sonrisa–. Después de todo, mi nieta es prueba irrefutable de que esa posibilidad existe. Pasó entre los demonios sin contar con otra ayuda que la de su amigo Garth. La verdad es que un pequeño grupo tiene más posibilidades de conseguirlo que todo un ejército. Puede viajar sin ser visto; un viaje azaroso, pero factible. En cuanto a lo que pueda suceder una vez que ese pequeño grupo alcance las playas, Wren ya ha tomado las precauciones oportunas. El jinete alado Tigre Ty estará allí con su ruc para llevar al menos a uno de nosotros con la Loden a lugar seguro. Otros jinetes alados pueden transportar al resto. Después de meditar a fondo, creo que ésta es la mejor solución a nuestro problema. Pienso, amigos míos, que no nos queda otra opción.

Gavilán hizo un gesto negativo. Ahora estaba calmado, y su hermoso rostro reflejaba una gran tranquilidad.

–Mi Señora, soy consciente de lo desesperada que es la situación. Pero si fracasa esa arriesgada empresa que propones, desaparecerá para siempre el pueblo elfo. Si sucumbe el equipo que transporte la Loden, el poder de la piedra élfica nunca podrá ser invocado, y la ciudad y sus habitantes quedarán sepultados en su interior. Creo que no debemos arriesgarnos a correr ese riesgo.

–¿Por qué no, Gavilán? –preguntó la reina en voz baja.

–Sería menos arriesgado invocar una nueva magia de la tierra –respondió él, levantando las manos para contener la áspera protesta de la reina–. Conozco los peligros. Pero quizá tengamos éxito esta vez. Es posible que ahora la magia sea lo bastante fuerte para conservarnos a salvo dentro de la Quilla y mantener bloqueados en el exterior a los seres oscuros.

–¿Durante cuánto tiempo, Gavilán? ¿Posiblemente un año más? ¿Quizá dos? ¿Y nuestro pueblo seguirá prisionero en la ciudad?

–Es preferible que esté prisionero a su extinción. En el plazo de un año tal vez seamos capaces de encontrar un método que nos permitiera controlar la magia de la tierra. Debe de haber un medio de hacerlo, mi Señora. Sólo necesitamos descubrirlo.

–Hace más de un siglo que nos estamos engañando con esas falsas esperanzas –respondió la reina, haciendo un apesadumbrado gesto negativo–, pero nadie ha encontrado

la solución. Mira en lo que nos hemos convertido. ¿No nos va a servir de nada la lección?

Wren no acababa de comprender lo que estaban diciendo, aunque sí lo suficiente para darse cuenta de que, en algún momento de su dilatada trayectoria, los elfos habían tenido graves problemas con la magia que habían invocado. Ellenroh afirmaba que debían renunciar a su práctica, mientras que Gavilán replicaba que era conveniente hacer nuevos intentos para dominarla. Aunque nadie se lo había dicho, Wren estaba segura de que los demonios eran el eje de la controversia.

–Búho –dijo la reina, dirigiéndose de repente a Aurino Estriado–. ¿Qué opinión te merece mi plan?

–Creo que es factible, mi Señora –respondió el Búho, encogiéndose de hombros–. He pasado muchos años fuera de las murallas de la ciudad y sé que un hombre solo puede viajar por las tierras de los demonios sin que sea descubierto por ellos. Creo que un grupo reducido también podría conseguirlo. Como muy bien has dicho, Wren y Garth han llegado sanos y salvos desde la playa. Estoy convencido de que también pueden regresar a ella sin sufrir ningún daño.

–¿Estás insinuando que debemos entregar la Loden a esta muchacha y a su amigo? –preguntó Barsimmon Oridio con incredulidad.

–Parece una decisión acertada, ¿no crees? –respondió Ellenroh con la mayor naturalidad. Después miró a Wren, quien se había considerado la persona menos adecuada–. Pero, desde luego, antes tendríamos que contar con su conformidad –prosiguió Ellenroh como si leyera el pensamiento de la joven–. En cualquier caso, creo que el grupo debe estar integrado por más de dos personas.

–¿Cuántas? –inquirió el comandante de los elfos.

–Sí, ¿cuántas? –insistió Eton Shart.

La reina esbozó una sonrisa, y Wren supo lo que estaba pensando. Había conseguido que consideraran su propuesta, en lugar de que se limitaran a refutarla. No habían estado de acuerdo en ningún punto de la misma, pero al fin discutían los pormenores.

–Nueve –respondió la reina–. El número élfico de la suerte. La cantidad idónea para garantizar el éxito de la empresa.

–¿Quiénes integrarían el grupo? –preguntó Barsimmon Oridio con voz serena.

–Tú no, Bar –contestó la reina–. Ni tampoco tú, Eton. Éste es un viaje para personas jóvenes. Deseo que permanezcáis en la ciudad y con sus habitantes. Todo será nuevo para ellos. Al fin y al cabo la Loden sólo es una leyenda para ellos. Alguien debe mantener el orden durante mi ausencia, y vosotros sois los más indicados.

–¿Es que piensas formar parte del grupo? –preguntó Eton Shart–. ¿Estas dispuesta a emprender ese viaje que sólo es adecuado para jóvenes?

–No te muestres tan crítico, primer ministro –dijo Ellenroh con voz amable–. Es evidente que debo hacerlo. El báculo Ruhk está a mi cargo y soy yo quien puede invocar el poder de la Loden. Además, yo soy la reina, y como tal es mi obligación cuidar de que mis súbditos y mi ciudad sean devueltos sanos y salvos a las Tierras Occidentales. Por otra parte, el plan es mío, por lo que no puedo defenderlo y después dejar que sean otros los que lo lleven a la práctica.

–Mi Señora, no creo que... –empezó a objetar Aurino Estriado.

–Búho, por favor, no sigas –lo interrumpió Ellenroh Elessedil con expresión severa–. Estoy segura de poder expresar, palabra por palabra, cada una de las objeciones que estás a punto de exponer, así que no te molestes en hacerlo. Si lo juzgas necesario, puedes explicármelas durante el camino, ya que espero que tú también me acompañes en el viaje.

–No sé si yo... –respondió el Búho, con su arrugada cara nublada por la duda.

–No hay nadie que esté mejor preparado que tú, Aurino Estriado, para sobrevivir fuera de las murallas. Tú serás nuestros ojos y nuestros oídos en el exterior, estimado

amigo.

El Búho respondió con un gesto de asentimiento.

–Triss, os necesito a ti, a Cort y a Dal para que custodiéis la Loden y nos protejáis –dijo la reina, mirando a su alrededor–. Ya somos, por tanto, cinco personas. Eowen también estará en el grupo. Quizá necesitemos contar con sus visiones para sobrevivir. Gavilán. –Miró a su sobrino–. Me gustaría que tú también vinieras.

–A mí también me gustaría, mi Señora –respondió Gavilán, sorprendiendo a todos los presentes con una radiante sonrisa.

–Gavilán, puedes volver a llamarme tía Ell a partir de esta noche –dijo Ellenroh, rebosante de satisfacción–. Y tú, niña, ¿vendrás también con nosotros, junto con tu amigo Garth? –preguntó la reina a su nieta, volviéndose hacia ella–. Necesitamos vuestra ayuda. Habéis logrado sobrevivir a vuestro viaje desde la playa, adquiriendo así algunos conocimientos preciosos sobre el mundo exterior, y esa experiencia es muy valiosa. Además, es a ti a quien el jinete alado prometió volver a buscar. ¿Te estoy pidiendo demasiado?

Wren guardó silencio durante un breve instante. No se molestó en mirar a Garth. Sabía que él aceptaría la decisión que tomara, fuera cual fuese. Sabía también que ella no había recorrido el largo camino hasta Arborlon para acabar sus días encerrada allí, que Allanon no la había enviado para que se escondiera y que no había tomado posesión de las piedras élficas para no volver a utilizarlas en el futuro. La vida real era muy dura y exigente. No había sido enviada como una simple mensajera, ni para que se limitara a averiguar sus orígenes. Su actuación en el asunto, fuera de su agrado o no, acababa de empezar.

–Puedes contar con Garth y conmigo –respondió Wren.

Creyó advertir en su abuela un fuerte impulso de abrazarla, pero la reina permaneció erguida en su silla, limitándose a esbozar una sonrisa. Sin embargo, lo que Wren pudo ver en sus ojos fue más gratificante que cualquier abrazo.

–¿Estamos todos de acuerdo con el proyecto? –preguntó de repente Eton Shart desde el otro extremo de la mesa.

La sala estaba en silencio cuando Ellenroh Elessedil se levantó. Se quedó de pie ante ellos, con el orgullo y la autoconfianza reflejados en sus bellas facciones, en su actitud y en el destello de sus ojos. En aquellos momentos, Wren pensó que su abuela era hermosa, con sus dorados rizos cayéndole en cascada sobre los hombros, las vestiduras colgándole hasta los pies y las arrugas del rostro atenuadas y suavizadas por la combinación de luces y sombras.

–Lo estamos, Eton –respondió la reina sin levantar la voz–. Te he pedido que te reúnas conmigo para escuchar mi decisión. Me había propuesto desistir de mi idea si no conseguía persuadirte. Sin embargo, creo que hubiera seguido adelante aunque no lo hubiera conseguido; no por arrogancia ni por creerme infalible, sino por amor a mi pueblo y temor a que pudiera perecer por mi culpa. Tenemos una oportunidad de salvarnos, como le fue revelado a Eowen en su visión. Con su venida, Wren nos ha anunciado la llegada de la hora decisiva. Todo lo que somos, e incluso lo que podríamos ser, corre un gran riesgo sea cual fuere la decisión que tomemos, pero prefiero afrontarlo actuando que permaneciendo pasiva. Amigos míos, estoy segura de que el pueblo de los elfos sobrevivirá. La nación elfa no sucumbirá jamás.

–¿Aceptáis mi propuesta? –preguntó Ellenroh Elessedil, mirando uno por uno a todos los asistentes al Consejo, con una radiante sonrisa dibujada en su rostro.

Se fueron levantando uno tras otro para manifestar su acuerdo. El primero en hacerlo fue Aurino Estriado, y a continuación lo siguieron Triss, Gavilán, Eton Shart y Barsimmon Oridio después de una breve vacilación y con evidente recelo. Wren fue la última, porque

estaba tan absorta en la escena que olvidó por un momento que también formaba parte de ella.

–No podría desear mejores amigos –dijo la reina, haciendo un gesto de aprobación–. Os amo a todos. –Mantuvo el báculo Ruhk ante sí–. No podemos perder ni un minuto. Disponemos de un día para avisar a nuestro pueblo, prepararnos y tomar las medidas oportunas para el futuro que nos espera. Ahora podéis retiraros a descansar, porque la noche ya toca a su fin.

Dio la espalda a sus súbditos, y se dirigió a la salida de la sala. En silencio, todos siguieron su salida con la mirada.

Wren se quedó rezagada a la salida del Consejo Supremo, con la mirada perdida en el brillante firmamento cuajado de estrellas y pensando en que apenas lograba recordar su vida anterior a la búsqueda de los elfos, cuando Gavilán se acercó a ella. Todos los asistentes a la reunión se habían marchado ya, excepto Garth, que estaba apoyado contra un árbol un poco apartado, mirando a la ciudad. Wren había buscado a Eowen con la intención de hablar con ella, pero la vidente no se veía por ninguna parte. Se volvió hacia Gavilán, dispuesta a hablar con él, a formularle las preguntas a las que tanto ansiaba encontrar una respuesta.

–Pequeña Wren –saludó con ironía no exenta de ansiedad Gavilán, esbozando su fácil sonrisa–, ¿también tú ves nuestro futuro con las mismas esperanzas que Eowen?

–No estoy segura de querer verlo precisamente ahora –respondió la joven encogiéndose de hombros.

–¡Hummm...! Sí, quizá tengas razón. No promete ser tan plácido y benigno como esta noche, ¿verdad? –Cruzó los brazos y la miró a los ojos–. ¿Qué veremos cuando estemos fuera de estas murallas, si puedes decírmelo? Nunca las he traspasado, ¿sabes?

–Demonios –respondió Wren, frunciendo el entrecejo–. Bruma, fuego, ceniza y roca eruptiva hasta que lleguemos a los acantilados; a continuación, pantanos y selvas; y después lo que más abunda es la niebla cenicienta. Gavilán, no deberías haberte ofrecido para acompañarnos.

–¿Y tú sí? –inquirió el joven, riéndose alegremente–. No, Wren, quiero morir como un hombre, sabiendo lo que ha sucedido, no preguntándomelo al amparo de la magia protectora de la Loden, suponiendo que llegue a funcionar. Estoy deseando verlo. Nadie está seguro de que funcione, ni siquiera la reina. Tal vez no pase nada cuando la invoque.

–Pero tú no lo crees, ¿verdad?

–No. La magia actúa siempre que la invoca Ellenroh o, al menos, casi siempre.

–Háblame de la magia, Gavilán –le pidió Wren–. ¿Qué inconvenientes tiene? ¿Por qué nadie quiere hablar de ella?

–¿Puedes imaginarte lo que supondrá para los elfos que tía Ell invoque la magia de la Loden? –preguntó a su vez Gavilán, metiéndose las manos en los bolsillos de su túnica, dando la impresión de que se encogía al hacerlo–. Ninguno de ellos vivía cuando Arborlon fue transportada desde las Tierras Occidentales. Ninguno ha visto jamás las Cuatro Tierras. Sólo unos pocos recuerdan cómo era Morrowindl cuando estaba libre de toda contaminación y de demonios. La ciudad es todo lo que conocen. Imagínate cómo se sentirán cuando los saquen de la isla y los instalen de nuevo en las Tierras Occidentales. Imagínatelo. Se sentirán aterrorizados.

–Tal vez no –dijo Wren.

–Perderemos todo lo que conocemos cuando eso suceda –prosiguió Gavilán, ignorando el comentario de su prima–. La magia nos ha sustentado durante toda nuestra vida. Lo hace todo por nosotros. Purifica el aire, nos protege contra las inclemencias del clima, mantiene la fertilidad de los campos, alimenta las plantas y los animales del bosque

y además nos abastece de agua. Todo. ¿Qué ocurrirá si se pierden esas cosas?

Wren comprendió entonces la verdad. Estaba aterrorizado. No podía concebir la vida fuera de la Quilla, la existencia de un mundo sin demonios donde la naturaleza proporcionase todo aquello que ahora obligaba a los elfos a depender de la magia.

–Gavilán, todo saldrá bien –dijo voz serena–. Las cosas de que ahora disfrutáis existían antes. La magia sólo os proporciona aquello de lo que podréis disfrutar de nuevo si se restaura el equilibrio de la naturaleza. Ellenroh tiene razón. Los elfos no podrán sobrevivir si permanecen en Morrowindl. Tarde o temprano, la Quilla fallará. Y es posible que las Cuatro Tierras tampoco logren sobrevivir sin los elfos. Quizá los destinos de las Razas estén interrelacionados, como sugirió Eowen. Quizá fue eso lo que vio Allanon cuando me encomendó la misión de buscaros.

–Yo comprendo la magia, Wren –respondió Gavilán con sus ojos fijos en los de la joven. El miedo había desaparecido, pero reflejaban una gran preocupación–. Tía Ell piensa que la magia es muy peligrosa e imprevisible. Pero yo la comprendo, y creo que podría encontrar la forma de controlarla.

–Dime por qué la asusta –insistió Wren–. ¿Por qué piensa que es peligrosa?

–No, Wren. No puedo decírtelo –respondió Gavilán, haciendo un gesto negativo, tras vacilar durante un breve instante–. He jurado no hacerlo. Eres una elfa, pero... es mejor para ti que no lo sepas nunca, puedes creerme. La magia no es lo que parece. Es demasiado...

Levantó las manos como si quisiera olvidarse del tema, frustrado e impaciente. Luego, de pronto, su estado de ánimo cambió y se mostró optimista.

–Pregúntame sobre cualquier otra cosa y te responderé abiertamente. Sobre cualquier cosa.

–No quiero preguntarte sobre ninguna otra cosa –respondió Wren visiblemente enfadada, cruzándose de brazos–. Quiero que contestes a la pregunta que te he formulado.

–Wren, eres como tu madre Alleyne –dijo Gavilán, acercándose tanto a la muchacha que casi se rozaron, mientras una chispa de humor danzaba en sus oscuros ojos–. No me cabe la menor duda. Decidida hasta el fin.

–Entonces, respóndeme.

–No te das por vencida, ¿verdad?

–¡Gavilán!

–Si tanto te empeñas en conseguir una respuesta, no podrás ver lo que tienes ante tus mismas narices.

Wren titubeó, confusa.

–Mírame –dijo Gavilán.

Se miraron en silencio, sondeándose de un modo que trascendía las palabras. Wren sintió el calor de su aliento y vio cómo se expandía y contraía su pecho.

–Dímelo –repitió.

Sintió el suave y firme contacto de sus manos cuando la cogió por los brazos. Luego su rostro se inclinó sobre ella y la besó.

–No –dijo el joven en voz baja, dirigiéndole una fugaz y vacilante sonrisa, y desapareció en la noche.

13

Al mediodía siguiente, todos los habitantes de Arborlon conocían la decisión tomada por Ellenroh Elessedil de invocar el poder de la Loden y transportar a los elfos y su ciudad natal a las Tierras Occidentales. La reina había transmitido la noticia al despuntar el alba, enviando mensajeros hasta los rincones más alejados de su asediado reino. Barsimmon Oridio había comunicado la noticia personalmente a los oficiales y soldados de su ejército, Triss a los miembros de la Guardia Especial, Eton Shart al resto de los miembros del Consejo Supremo y, a través de éstos, a los funcionarios que prestaban sus servicios en las dependencias administrativas del gobierno. Gavilán, por su parte, se había encargado de comunicársela al sector mercantil, convocando a una reunión a los dirigentes financieros y a las comunidades de campesinos. Cuando después de desayunar Wren salió a pasear por las calles de la ciudad, ése era el tema de conversación en todos los grupos y corrillos.

Le pareció admirable la reacción de los elfos. No daban muestras de pánico ni de desesperación, ni siquiera oyó una sola amenaza o reproche contra la reina por haber tomado aquella decisión. Por supuesto, en el ambiente flotaba cierta inquietud y una razonable dosis de duda. Ninguno de aquellos elfos vivía cuando Arborlon fue transportada de las Tierras Occidentales, y aunque todos habían oído contar en innumerables ocasiones la historia del éxodo a Morrowindl, pocos habían pensado en la posibilidad volver a emigrar, en esta ocasión a la inversa. Aunque la ciudad estaba asediada por los demonios y que la vida había sufrido drásticos cambios desde el reinado del padre de Ellenroh, la preocupación por el futuro no había contemplado la posibilidad de utilizar la magia de la Loden. Por tanto, los ciudadanos hablaban de marcharse como si la idea fuera completamente nueva, un proyecto recién concebido. La mayoría de las conversaciones que Wren pudo escuchar durante su paseo admitían que si Ellenroh Elessedil pensaba que aquello era lo mejor, así debía de ser. Era un tributo a la confianza que los elfos habían depositado en su reina el que aceptaran su propuesta con tanta prontitud, sobre todo teniendo en cuenta el drástico carácter de la misma.

–Será una agradable experiencia poder salir de la ciudad –decían muchos–. Llevamos demasiado tiempo encerrados tras estas murallas.

–Así tendremos la oportunidad de viajar y ver mundo –afirmaban otros–. Siento mucho cariño hacia mi tierra, pero me gustaría conocer otros lugares.

Pudo escuchar más de una alusión a cómo sería la vida sin la constante amenaza de los demonios, en un mundo donde los seres oscuros no fueran más que un recuerdo y los jóvenes pudieran crecer sin tener que aceptar que la Quilla era imprescindible para sobrevivir y que nunca podrían traspasar sus murallas. Algunos expresaban su preocupación sobre cómo podría actuar la magia, o incluso ponían en duda el que llegase a actuar, pero la mayoría parecían sentirse satisfechos con la promesa de la reina de que la vida en la ciudad no sufriría ningún cambio durante el viaje, que la magia los protegería y aislaría contra cualquier peligro exterior y que todo permanecería igual, salvo porque en lugar de la Quilla habría una oscuridad que nadie podría atravesar hasta que la magia de la Loden volviera a ser invocada.

Vio a Aurino Estriado en el mercado, y corrió tras él. El Búho estaba levantado desde el amanecer, reuniendo las provisiones que necesitarían los nueve viajeros para realizar su viaje a través de las laderas del Killeshan hasta llegar a la playa. Su tarea no era fácil, porque la reina había ordenado que sólo llevarían lo que pudieran transportar sobre la espalda, afirmando que la rapidez y la agilidad serían sus mejores aliados para esquivar a los demonios.

–La magia, como yo la entiendo, funciona de esta forma –le dijo el Búho durante el trayecto de regreso al palacio–. Cuando se invoca, se produce un envolvimiento y un traslado. Una vez que acude, protege contra las intrusiones del exterior como una concha. No sólo transporta la ciudad con todos sus componentes, sino que la retiene en su interior hasta que se retira el hechizo. Se produce una especie de detención del tiempo. De esa forma no se siente nada de lo que sucede durante el viaje; se pierde toda sensación de movimiento.

–Entonces, ¿la vida en la ciudad continuará desarrollándose como antes? –preguntó Wren, intentando imaginar lo que sucedería.

–En gran medida, así es. No hay noches ni días, sólo penumbra, como si el cielo estuviese nublado. Eso es lo que me ha asegurado la reina. Hay aire, agua y todo lo necesario para vivir, todo protegido cuidadosamente por una especie de capullo.

–¿Qué sucederá cuando llegue a su destino?

–La reina retirará el hechizo de la Loden y la ciudad se restablecerá.

–Suponiendo que sea cierta la información que posee Ellenroh sobre la magia –dijo Wren, mirando al Búho.

–Eres demasiado joven para ser tan escéptica –respondió el Búho, dando un suspiro y haciendo un gesto de resignación–. Por otra parte, Wren, ¿Qué importancia puede tener el que la reina esté equivocada? Estamos atrapados en Morrowindl sin esperanza, ¿no es cierto? Una minoría podría salvarse escabullándose entre los seres oscuros, pero todos los demás perecerían. Necesitamos creer en la magia, muchacha, porque no tenemos otra posibilidad de salvación.

Wren se separó del Búho cuando se acercaron a las puertas del palacio. El elfo prosiguió su camino con los ojos cansados y los hombros caídos; su sombra, estrecha y desgarbada, se proyectaba en la tierra como un reflejo de sí mismo. Ella simpatizaba con Aurino Estriado. Era fácil de trato y cómodo como la ropa vieja. Confiaba en él. Si alguien podía ayudarles a salvar los obstáculos del proyectado viaje, ése era el Búho.

Se alejó del palacio, dirigiéndose, abstraída, hacia los Jardines de la Vida. Cuando se levantó no había avisado a Garth, sino que salió del dormitorio en busca de la reina. Pero como Ellenroh Elessedil estaba ilocalizable, decidió dar un paseo por las calles de la ciudad. Ahora, tras concluir el paseo, se dio cuenta de que deseaba y necesitaba estar sola. Dejó que su mente vagara mientras se adentraba en los jardines desiertos y subía la suave pendiente que conducía a Ellcrys. Sus pensamientos, le había pasado desde el mismo momento en que se había despertado, volvieron a centrarse en Gavilán Elessedil. Se detuvo un momento, dibujándolo. Al cerrar los ojos sintió como si la besara de nuevo. Respiró profundamente y después dejó salir poco a poco el aire de sus pulmones. Sólo la habían besado un par de veces en su vida, siempre demasiado ocupada con su entrenamiento, aislada y sumida en sus ocupaciones para preocuparse de los muchachos. No había tenido tiempo para cultivar las amistades, y la verdad era que tampoco le habían interesado demasiado. ¿Por qué?, se preguntó de repente. Pero sabía que también podría preguntarse por qué el cielo era azul.

Abrió los ojos y siguió caminando.

Cuando llegó ante Ellcrys, la observó durante un rato antes de sentarse a su sombra. Le gustaba Gavilán Elessedil, y tal vez le gustaba demasiado. El sentimiento parecía instintivo, y desconfió de su inesperada intensidad. Sin apenas conocerlo, pensaba en él más de lo debido. La había besado, y ella había aceptado el beso. Pero se sentía enojada porque le ocultaba lo que sabía sobre la magia y los demonios, una verdad que rehusaba a compartir con ella, un secreto que tantos elfos guardaban. Ellenroh, Eowen y el Búho entre ellos. Pero la reticencia de Gavilán le afectaba mucho más porque había sido él quien le había ofrecido su amistad, quien le había prometido responder a sus preguntas, quien la

había besado con su consentimiento, pero también quien había faltado a su palabra. Interiormente se rebelaba ante la traición y, sin embargo, sentía deseos de perdonarlo, de excusarlo y darle la oportunidad de revelárselo cuando lo juzgase oportuno.

Pero ¿existía alguna diferencia entre la actitud de Gavilán y la de su abuela?, se preguntó de repente. ¿No había utilizado el mismo razonamiento con los dos?

Tal vez los sentimientos que le inspiraban no fuesen tan diferentes.

La idea la turbaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, y se apresuró a rechazarla.

Había silencio y calma en los jardines, recluida entre los árboles y macizos de flores, fresca y acogedora bajo la sedosa cobertura de Ellcrys. Dejó que sus ojos vagaran por la colcha de colores que formaban los jardines, observando cómo se extendían por la tierra a pinceladas, algunas anchas y cortas, otras finas y curvadas, llenándola de arriates que reverberaban a la luz del día. El Sol resplandecía en un cielo despejado y azul, y el aire era cálido y fragante. Wren lo aspiraba lenta y cuidadosamente, saboreándolo, consciente de que todo aquello desaparecería aquella noche, de que cuando se invocase la magia de la Loden ella se vería sumida en la salvaje oscuridad de Morrowindl. Había conseguido olvidar durante un tiempo el horror que existía al otro lado de la Quilla, ahuyentar sus recuerdos del hedor a azufre, las fisuras humeantes de la costra de lava, el sofocante calor que el Killeshan irradiaba a través de la tierra, las tinieblas y la bruma cenicienta, y los gruñidos y carraspeos de los demonios al acecho. Se encogió al sentir que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. No quería regresar a ese mundo. Sentía que la esperaba como un ser vivo, pacientemente agazapado, decidido a atraparla, seguro de que iría.

Volvió a cerrar los ojos y esperó a que se apaciguaran esos sentimientos negativos, restaurando gradualmente su decisión, calmándose, diciéndose que no estaría sola, que se protegerían unos a otros, que el descenso de las montañas sería breve y que tras él estarían a salvo de cualquier peligro. ¿No había conseguido llegar hasta Arborlon sin sufrir ningún daño? ¿Por qué no iba a conseguir regresar hasta la playa del mismo modo?

Sin embargo, persistían las dudas, insistentes murmullos que repetían una y otra vez la advertencia que la Víbora le había hecho en el Recinto de Grimpen. *Ten cuidado, elfina. Veo el peligro ante ti, tiempos duros, y traición y maldad más allá de lo imaginable.*

No confíes en nadie.

Pero si actuaba con arreglo a la advertencia de la Víbora, si seguía su consejo y no depositaba su confianza en nadie, no podría dar ni un solo paso. Quedaría aislada de todo el mundo, y no creía que pudiera soportarlo.

¿Hasta dónde alcanzaba la visión que había tenido la Víbora sobre su futuro?, se preguntó con angustia. ¿Qué parte se había reservado y no se la había revelado?

Se puso de pie, dirigió una última mirada a Ellcrys y emprendió el camino de regreso. Descendió muy despacio por los Jardines de la Vida, guardando en su espíritu débiles sensaciones de su atmósfera apacible y reconfortante, luminosa y acogedora, reservándolas para cuando las necesitase, para cuando se encontrara perdida en las tinieblas. Quería creer que no llegaría ese momento. Albergaba la esperanza de que la Víbora estuviese equivocada.

Pero sabía que no podía estar segura.

Poco después se encontró con Garth, y estuvo a su lado el resto del día. Hablaron largo y tendido de los próximos acontecimientos, rememorando los peligros que conocían y debatiendo qué necesitarían para hacer el viaje de regreso a través de la locura del exterior. Garth parecía relajado y seguro de sí mismo, pero lo cierto era que siempre se mostraba así. Se comprometieron a estar siempre juntos, sucediera lo que sucediese.

A Gavilán sólo lo vio una vez, y durante un momento. La tarde estaba ya muy avanzada, y el joven salía del palacio para cumplir otro de sus encargos cuando vio que Wren se acercaba por el prado. La saludó con una amplia sonrisa y un movimiento de mano como si todo se desarrollara con normalidad y no existiese el mal en el mundo. A pesar de la irritación que producían a la joven sus desenfadados modales, le devolvió la sonrisa y el saludo. Sintió un fuerte deseo de hablar con él, pero la presencia de Garth y de los acompañantes de Gavilán le hizo desistir de su propósito. Intentó volver a verlo, pero no lo consiguió. Cuando empezaba a anochecer, se encontró de nuevo sola en su alcoba, contemplando a través de la amplia ventana el avance de las sombras, pensando que debería estar haciendo algo, sintiéndose atrapada y preguntándose si debía luchar para liberarse. Garth se encontraba en la habitación contigua, y estaba a punto de pasar a verlo cuando se abrió la puerta y apareció la reina.

–Abuela –saludó Wren con alegría, sin conseguir disimular por completo el alivio que le proporcionaba su visita.

Ellenroh cruzó la estancia con paso majestuoso, sin decir palabra, y la estrechó entre sus brazos.

–Wren –dijo en voz baja, tensando su abrazo como si temiera que se escapara.

Después retrocedió unos pasos, sonrió para ocultar su tristeza, cogió a Wren de la mano y la condujo hasta la cama, donde se sentaron.

–Te he tenido muy abandonada durante todo el día. Te pido que me disculpes. Cada vez que me disponía a buscarte, recordaba que tenía algo que hacer, alguna pequeña tarea que debía realizar antes de que anocheciera. –Hizo una breve pausa–. Wren, lamento haberte mezclado en este asunto. No está bien que carguemos sobre tus espaldas nuestros problemas. Pero no tengo otra alternativa. Te necesito, niña. ¿Me perdonas?

–No hay nada que perdonar, abuela –respondió Wren, presa de una gran confusión, haciendo un gesto de asentimiento–. Me comprometí yo misma cuando decidí aceptar traeros el mensaje que Allanon me había dado para vosotros. Sabía que, si lo escuchabais, tendría que acompañaros. Nunca se me ha ocurrido pensar otra cosa.

–Wren, me das tantas esperanzas... Me gustaría que Alleyne estuviera aquí para verte. Se habría sentido muy orgullosa. Posees su misma fortaleza y determinación. –Frunció su terso entrecejo–. La añoro mucho. Hace años que desapareció y todavía me parece que sólo ha salido un momento. A pesar del tiempo transcurrido, a veces me sorprendo buscándola.

–Abuela –dijo Wren con voz serena, esperando que los ojos de la reina miraran directamente a los suyos–. Háblame de la magia. ¿Qué es lo que tú, Gavilán, Eowen, el Búho y todos los demás sabéis y yo no? ¿Por qué os asusta tanto?

Ellenroh Elessedil se tomó su tiempo para responder. Sus ojos adoptaron una dura expresión y todo su cuerpo se puso en tensión. Wren observó en ese momento la férrea voluntad que su abuela podía manifestar cuando la situación así lo requería, una actitud que contrastaba con su juvenil semblante y su delicada figura. Un incómodo silencio se asentó entre ellas. Wren mantuvo la mirada firme, esforzándose por no apartarla, decidida a acabar de una vez por todas con los secretos que las separaban.

–Como decía, te pareces a Alleyne –respondió por fin la reina, esbozando una inesperada y amarga sonrisa. Soltó las manos de Wren como si quisiera fijar una frontera entre ambas–. Hay ciertas cosas que me gustaría decirte, pero no puedo hacerlo. Al menos, todavía no puedo hacerlo. Tengo mis razones, y tendrás que aceptar mi palabra de que son poderosas. Por tanto, te diré lo que pueda y así debemos dar por zanjado el asunto.

»La magia es imprevisible, Wren –prosiguió la reina, dando un suspiro y dejando que se disolviera la amargura de su sonrisa–. Así era al principio y así es ahora. Tú sabes por las leyendas de la Espada de Shannara y de las Piedras Élficas que la magia no es una

constante ni actúa siempre de la forma prevista, sino que se manifiesta de las maneras más sorprendentes y evoluciona con el uso y el paso del tiempo. Es una verdad que parece eludirnos continuamente, que siempre se ha de estar aprendiendo. Cuando los elfos vinieron a Morrowindl, decidieron recuperar la magia, redescubrir las tradiciones y seguir el modelo de sus antepasados. El problema, por supuesto, residía en que el modelo se había perdido hacía mucho tiempo y nadie conocía los métodos. Sin embargo, la recuperación de la magia fue una empresa más fácil de lo que se esperaba, pero controlarla después sería una cuestión diferente. Se hicieron diversos intentos, y muchos de ellos fracasaron. En uno de esos fracasados experimentos aparecieron los demonios. Todo se debió a una desafortunada negligencia, pero eso no restaba gravedad al hecho. Una vez presentes, no hubo manera de expulsarlos. Crecieron y se multiplicaron, y lograron sobrevivir pese a todos los esfuerzos realizados para exterminarlos.

Hizo un gesto de resignación como si viera desfilar ante sus ojos todos esos esfuerzos.

–Te preguntarás por qué no pueden ser devueltos al lugar de donde salieron, ¿verdad? Pero la magia no actúa de ese modo, no ofrece una solución tan fácil. Gavilán, entre otros, cree que pueden obtenerse mejores resultados si se hacen nuevos experimentos, que las pruebas y el error acabarán proporcionándonos un medio para derrotar a esas horribles criaturas. Pero yo no estoy de acuerdo. Yo comprendo la magia, Wren, pues la he utilizado y conozco la extensión de su poder. Me asusta porque, en realidad, no tiene límites. Nos empequeñece como criaturas mortales; carece de las limitaciones de nuestra humanidad. Es más fuerte que nosotros y sobrevivirá mucho después de que todos hayamos muerto. No confío en ella más allá de lo descubierto por la experiencia y exigido por la necesidad. Creo que si seguimos explorándola, si seguimos creyendo que encierra la solución de nuestros problemas, algún nuevo horror caerá sobre nuestras vidas y hará que añoremos el tiempo en que sólo teníamos que luchar contra los demonios.

–¿Qué puedes decirme de las piedras élficas? –le preguntó Wren con voz serena.

–Sí, niña, ¿qué pasa con las piedras élficas? ¿Qué ocurre con su magia? –Ellenroh hizo un gesto de asentimiento, esbozó una sonrisa y apartó la mirada de su nieta–. Sabemos lo que ésta puede hacer, hemos visto sus resultados. Cuando la sangre élfica se debilita, cuando no es lo bastante fuerte como ocurrió en el caso de Wil Ohmsford, produce resultados inesperados. El Cantar. Bueno y malo a la vez. –Volvió a mirar a la joven–. Pero la magia de las piedras élficas es conocida y está controlada. Nadie cree ni sugiere que pueda ser subvertida por otro uso. Ni la Loden. Conocemos bastante bien esa clase de magia y las empleamos para sobrevivir. Pero existe una magia mucho más poderosa a la espera de ser descubierta, niña... una magia que mora bajo la tierra, que puede encontrarse en el aire, y que pide a gritos ser reconocida. Ésa es la magia que tu primo Gavilán quería invocar. Es la misma que el druida Brona intentó dominar hace más de mil años, la misma magia que lo persuadió para que se convirtiera en el Señor de los Hechiceros y luego lo aniquiló.

Wren comprendía el temor que la magia inspiraba a su abuela, podía reconocer sus peligros con la misma claridad que ella, y podía compartir con ella mejor que ninguna otra persona los sentimientos que la invocación de su poder, mediante las piedras élficas o la Loden, provocaba, un poder que podía arrollar, anular y devorar.

–Dijiste que querías que los elfos volvieran a ser como antes de recuperar la magia –afirmó, retrotrayéndose con el pensamiento a la noche anterior, cuando Ellenroh había presidido el Consejo Supremo–. Pero, ¿es eso posible? ¿No cabe la posibilidad de que alguno de los elfos haga resurgir la magia de nuevo, de que quizá la descubra de algún otro modo?

–No –respondió Ellenroh, mirándola de repente con una expresión fría–. No a partir

de ahora. Nunca jamás.

Estaba ocultando algo. Wren lo advirtió enseguida, y también tuvo la sensación de que su abuela había tomado la decisión de no hablar de ello.

–¿Qué me dices de la magia que tú ya has invocado, la que protege a la ciudad?

–Desaparecerá tan pronto como nos marchemos, a excepción de la que sea necesaria para utilizar la Loden y trasladar a los elfos y Arborlon a las Tierras Occidentales. Sólo quedará esa parte.

–¿Y las piedras élficas?

–No existe la verdad absoluta, Wren –respondió la reina, esbozando una sonrisa–. Las piedras élficas llevan mucho tiempo con nosotros.

–Podría tirarlas cuando estemos a salvo.

–Sí, niña, podrías hacerlo... y deberías.

Wren sintió que algo inexpresable pasaba entre ellas, pero no consiguió descubrir su significado.

–¿Actuará la magia de la Loden de la forma que tú crees, abuela? ¿Sacará a los elfos de Morrowindl sin que sufran daño alguno?

–No puede negarse la presencia de su magia –respondió la reina, inclinando su suave rostro ensombrecido por la duda y por algo más–. La he sentido al utilizar el báculo. Me ha sido revelado su secreto con toda certeza. –Levantó el rostro de forma brusca–. Pero somos nosotros, Wren, quienes debemos hacer el traslado. Somos nosotros quienes hemos de encargarnos de que los protegidos por el hechizo de la Loden, nuestros hermanos, sean reintegrados al mundo y tengan la oportunidad de iniciar una nueva vida. La magia sola no es suficiente. Nunca es suficiente. Nuestras vidas y, en última instancia, las vidas de quienes dependen de nosotros, están siempre bajo nuestra responsabilidad. La magia no es más que un instrumento. ¿Puedes comprender lo que te digo?

–Ayudaré todo lo que pueda –dijo Wren con voz suave, haciendo un gesto de asentimiento–. Pero desde ahora te aseguro que me gustaría que la magia desapareciera de una vez para siempre, por completo, hasta el último rastro, desde los Espectros hasta los demonios, pasando por la Loden y las piedras élficas. Me gustaría ser testigo de su completa extinción.

–Y si así sucediese, Wren, ¿qué podría reemplazarla? –le preguntó la reina poniéndose de pie–. ¿Las ciencias del viejo mundo, cuando resurja? ¿Un poder aún mayor? Ha de ser reemplazada por algo. Siempre tiene que haber algo.

»Llama ahora a Garth y venid los dos a cenar conmigo –prosiguió la reina, extendiendo los brazos y estrechando a Wren–. Y sonríe. Sean cuales fueren las consecuencias de lo que nos proponemos hacer, nosotras nos hemos encontrado. Me alegro mucho de que estés aquí.

Estrechó a Wren otra vez, prolongando el abrazo.

–También yo me alegro, abuela –respondió Wren, correspondiendo al abrazo de la reina.

Aquella noche asistieron a la cena todos los miembros de la cúpula del Consejo Supremo: Eton Shart, Barsimmon Oridio, Aurino Estriado, Triss, Gavilán y la reina, además de Wren, Garth y Eowen Cerise. Todos los que habían asistido a la reunión en que se había tomado la decisión de invocar el poder de la Loden y abandonar Morrowindl. Incluso Cort y Dal estaban allí, montando guardia en los corredores para impedir el paso a cualquier posible intruso, incluido el personal de servicio después de que estuviera la comida sobre la mesa. Una vez solos, los reunidos discutieron los pormenores del viaje que iban a emprender el día siguiente. La conversación fue animada y directa, y versó sobre el equipamiento, las provisiones y las rutas más convenientes. Ellenroh, tras consultar al

Búho, determinó que el momento ideal para intentar la huida era justo antes del amanecer, cuando los demonios estaban cansados de sus correrías nocturnas y preocupados sólo por dormir. Así aprovecharían al máximo la luz del día para viajar. La noche era peligrosa, porque los demonios aprovechaban las horas de oscuridad para merodear. Por estas razones, el grupo de nueve viajeros necesitaría algo más de una semana para llegar a la playa, en el caso de que no tuvieran ningún contratiempo. Si alguno tuvo dudas sobre que los acontecimientos se desarrollasen del modo expuesto, se las guardó para sí.

Gavilán, sentado frente a Wren, dedicaba a la joven unas afables y frecuentes sonrisas. La muchacha, consciente de sus atenciones, le correspondía de vez en cuando, pero dirigía sus palabras a su abuela, al Búho y a Garth. Comió algo que después no pudo recordar, escuchando lo que decían los demás, mirando con frecuencia a Gavilán como si al observarlo pudiera descubrir de algún modo el misterio de su atractivo, y pensando en lo que la reina le había dicho antes.

O, mejor dicho, en lo que se había callado.

Las revelaciones de la reina, si se analizaban, pocas dudas le aclaraban. Era verdad que le había hablado de la recuperación de la magia; pero ¿de dónde? Era admisible que esa recuperación hubiese provocado de algún modo la liberación de los demonios que los asediaban; pero ¿de qué los había liberado la magia? ¿Y de dónde? Wren aún no había oído una palabra sobre la clase de error cometido en la utilización de la magia ni sobre la carencia de recursos mágicos para reparar el error cometido. Lo que su abuela le había ofrecido era un bosquejo carente de sombras, colores y relieve. Y, por supuesto, eso no era suficiente para ella.

Y, sin embargo, Ellenroh había insistido en que eso debía ser suficiente.

Wren permanecía sentada a la mesa, con los pensamientos zumbando en su interior como mosquitos. Las conversaciones fluían, acaloradas, a su alrededor, mientras las caras se volvían hacia un lado u otro, la luz exterior disminuía, la oscuridad se intensificaba y el tiempo avanzaba con paso silencioso huyendo del pasado y acercándose a un futuro que podría cambiar sus vidas para siempre. Se sentía desconectada de su entorno, como si hubiese ocupado su sitio en la mesa sin haber sido invitada, como una espectadora de las vidas de quienes estaban sentados a su alrededor. Ni siquiera la familiar presencia de Garth contribuía a sosegarla, y habló poco con él.

Cuando acabó la cena, se retiró a descansar sin demora; se desnudó, se metió en la cama y esperó en la oscuridad el desarrollo de los acontecimientos. Su respiración se hizo más lenta, sus pensamientos se dispersaron y por fin cayó en un profundo y reparador sueño.

Pero ya estaba despierta y vestida antes de que sonaran en la puerta los golpes que debían despertarla. Se encontró ante Gavilán, que vestía gruesas ropas de cazador con armas colgadas alrededor del cinturón. Su habitual sonrisa había desaparecido y parecía otra persona.

–Pensé que te gustaría acompañarme a la muralla –se limitó a decir, intentando corresponder a la sonrisa que la joven bohemia le dedicaba.

–Sí, me gustaría ir –respondió Wren.

Con Garth tras ella, salieron del palacio y se adentraron por las oscuras y desiertas calles de la ciudad. Wren había creído que sus habitantes estarían despiertos y vigilantes, ansiosos de ver lo que ocurriría cuando la reina invocase la magia de la Loden. Pero sus viviendas estaban oscuras y silenciosas, y si había alguno observando, lo hacía desde las sombras. Pensó que quizás Ellenroh no les había dicho cuándo se produciría la transformación. Se dio cuenta de que alguien los seguía, miró hacia atrás y vio a Cort a cierta distancia. Debía de haberlo enviado Triss para asegurarse de que llegaban a tiempo al punto de reunión convenido. Triss, o quizá Dal, estaría con la reina, Eowen Cerise y

Aurino Estriado. Todos se dirigían a la Quilla, a la puerta que se abría a la desolación, al duro y yermo vacío que debían atravesar para sobrevivir.

Llegaron al lugar de reunión sin sufrir ningún contratiempo, en medio de la noche cerrada, mientras la luz del amanecer aún seguía escondida tras el horizonte. Todos estaban reunidos: la reina, Eowen, el Búho, Triss, Dal y, ahora, ellos cuatro. Sólo nueve, pensó Wren, consciente de pronto de los pocos que eran y de lo mucho que dependía de ellos. Intercambiaron abrazos, apretones de manos y furtivas palabras de aliento; un puñado de sombras que hablaban en voz baja en la noche. Todos llevaban atuendo de cazador, holgado y resistente, para protegerse de las inclemencias del tiempo y, en cierta medida, de los peligros que los esperaban. Todos iban armados, excepto Eowen y la reina. Ellenroh llevaba el báculo Ruhk, cuya oscura madera brillaba débilmente. La Loden era un prisma multicolor que desprendía destellos y relucía incluso en aquella oscuridad. Sobre la Quilla, la magia era un resplandor estable que iluminaba las almenas y se levantaba hacia el cielo. Los guardias especiales patrullaban las murallas en grupos de seis, y había centinelas apostados en el interior de sus torres. Los gruñidos y aullidos que llegaban del exterior eran esporádicos y distantes, como si los seres que los emitían estuvieran cansados y se dispusieran a dormir.

–Vamos a darles una sorpresa antes de que acabe la noche, ¿verdad? –dijo Gavilán en voz baja al oído de la joven, intentando esbozar una sonrisa.

–Ojalá sean ellos los únicos sorprendidos –respondió Wren en el mismo tono de voz.

Vio a Aurino Estriado junto a la puerta que llevaba a los túneles, y se dirigió hacia él, quedándose a su lado. Su desgarbado cuerpo se volvió en la penumbra.

–¿Ojos y oídos aguzados, Wren? –preguntó a la joven, mirándola y haciendo un gesto de reconocimiento.

–Supongo que sí.

–¿Tienes las piedras élficas a mano?

Su boca se tensó dibujando un rictus con los labios. Las piedras élficas estaban en una nueva bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello; podía sentir su peso contra el pecho. Había conseguido olvidarse de ellas hasta aquel momento.

–¿Crees que las necesitaré?

–Las necesitaste cuando viniste –respondió el Búho, encogiéndose de hombros.

La joven guardó silencio durante un breve instante, pensando en esa posibilidad. Por alguna razón, había creído que podría salir de Morrowindl sin que tuviera que recurrir de nuevo a la magia.

–Parece que todo está tranquilo ahí fuera –dijo la joven con cierta esperanza.

–No nos esperan. Tendremos nuestra oportunidad –dijo el Búho haciendo un gesto de asentimiento y apoyando su delgada figura contra la piedra.

–¿Una buena oportunidad, Búho? –inquirió Wren, inclinándose hacia el elfo, hasta que sus hombros se tocaron.

–¿Qué puede importar eso? Es la única que tenemos –respondió el Búho, esbozando una sonrisa.

La figura de Barsimmon Oridio se materializó en la oscuridad, se dirigió a la reina, habló con ella en voz baja durante unos minutos y volvió a desaparecer. Parecía maltrecho y agotado, pero su paso era firme y decidido.

–¿Cuánto tiempo hace que sales por ahí fuera? –preguntó Wren al Búho de repente y sin mirarlo–. Por ahí fuera, donde están ellos.

–Ya he perdido la cuenta –respondió el Búho, tras un instante de duda. Sabía lo que Wren quería decir.

–Lo que yo quiero saber, supongo, es de dónde sacas el valor para hacerlo –dijo la muchacha, sintiendo que el elfo la miraba fijamente–. Yo apenas me siento capaz de salir

esta vez, sabiendo lo que nos espera ahí fuera. –Tragó saliva por el esfuerzo que tuvo que realizar para hacer esta confesión–. Quiero decir... que lo haré porque no tengo alternativa, y porque sé que no tendré que volver a repetirlo. Tú, en cambio, pudiste elegir cada vez que salías, excepto ahora. Podrías haber decidido no hacerlo.

–Wren. –Ella levantó la vista cuando lo oyó pronunciar su nombre–. Permíteme que te diga algo que todavía no sabes, algo que sólo se aprende con el tiempo. A medida que uno se va haciendo viejo, la vida lo va desgastando. Sucede siempre, sin que importe quiénes seamos o lo que hagamos. La experiencia, el tiempo, los acontecimientos... todo conspira contra nosotros para robarnos la energía, corroer nuestra seguridad, hacer que nos preguntemos cosas a las que no hubiéramos dedicado ni un segundo cuando éramos jóvenes. Ocurre de una forma gradual, e incluso al principio pasa inadvertido, pero un buen día, de improviso, salta a la vista. Nos despertamos y nos encontramos privados del fuego de la juventud.

»Entonces tenemos que elegir –prosiguió el Búho, esbozando una leve sonrisa–. Podemos plegarnos a ese sentimiento y decir: «De acuerdo, hasta aquí he llegado», y dejar las cosas como están, o luchar contra ellas. Podemos aceptar que cada día que vivimos vamos a tener que enfrentarnos a esta decadencia, que vamos a tener que decirnos que no nos preocupa, que no nos importa lo que nos ocurra porque tarde o temprano va a suceder, que vamos a hacer lo que debemos porque si actuáramos de manera distinta estaríamos derrotados y la vida carecería de sentido. Cuando logramos eso, pequeña Wren, cuando somos capaces de aceptar la decadencia y el desgaste, podemos hacer cualquier cosa. ¿Cómo me las arreglaba para continuar saliendo noche tras noche? Sólo me decía que yo no era importante... que quienes realmente importaban eran los que estaban aquí dentro. ¿Sabes una cosa? En realidad no es muy difícil. Basta con dejar atrás el miedo.

–Creo que le restas importancia, aparentando que es más fácil de lo que es –respondió la joven tras reflexionar durante un minuto, haciendo un gesto de asentimiento.

–¿Eso crees? –dijo el Búho, separándose de la pared–. Después volvió a esbozar una sonrisa y se alejó.

Wren se acercó a Garth. El gigante bohemio señaló hacia los baluartes de la Quilla. Los guardias especiales estaban bajando. Eran como furtivas y silenciosas criaturas que huían de la luz para reunirse en las sombras. Wren miró hacia el este y vio la primera claridad del alba.

–Ha llegado el momento –dijo Ellenroh.

Todos se apresuraron, precedidos por Aurino Estriado, hacia la puerta que conducía a los túneles. Se detuvieron ante ella, se dieron la vuelta y miraron a la reina. Ellenroh, que ya se había alejado de la muralla, se dirigía a la cabeza del puente, deteniéndose justo antes de llegar a la rampa para clavar el extremo del Ruhk en la tierra. Una campana sonó en Arborlon, una señal, y los pocos guardias especiales que quedaban sobre la Quilla bajaron sin pérdida de tiempo. En unos segundos, la muralla estuvo desierta.

Ellenroh Elessedil miró a los ocho que la esperaban. Después se volvió de cara a la ciudad, apretando entre sus manos el pulimentado báculo Ruhk, e inclinó la cabeza.

Inmediatamente, la Loden empezó a brillar, y su brillo aumentó con gran rapidez hasta convertirse en un fulgor blanco que envolvió a la reina. La luz continuó extendiéndose, elevándose contra la oscuridad, inundando el espacio interior de las murallas hasta que todo Arborlon quedó iluminado como si fuera de día. Wren intentó ver lo que ocurría, pero la luz fue aumentando su intensidad hasta cegarla y tuvo que apartar la vista. El fuego blanco inundó las almenas de la Quilla y empezó a revolverse. Wren podía sentirlo más que verlo, pues mantenía los ojos cerrados para protegerlos. Fuera, los demonios empezaron a proferir terribles chillidos. Se produjo una ráfaga de viento de procedencia incierta que creció hasta convertirse en un aullido. Wren cayó de rodillas,

sintió que el fuerte brazo de Garth rodeaba sus hombros y oyó la voz de Gavilán que la llamaba. En su mente se formaron imágenes provocadas por la invocación de Ellenroh, salvajes y grotescas visiones de un mundo envuelto en el caos. La magia la recorría como un roce de dedos que susurraba y cantaba.

Se escuchó un grito, un sonido que ninguna voz humana hubiera podido proferir, y a continuación la luz, expulsada por las tinieblas, desapareció como si fuera succionada por un remolino. Wren abrió los ojos, siguiendo el movimiento, intentando ver. Fue lo bastante rápida para captar el último resplandor cuando éste desaparecía en la esfera de la Loden. Desapareció en menos tiempo de lo que dura un parpadeo.

También había desaparecido la ciudad de Arborlon con todo lo que encerraba: sus habitantes, sus edificios, sus calles y caminos, sus jardines y campos de césped, sus árboles; todo lo que guardaba la Quilla. Sólo quedó un cráter poco profundo, como si una mano gigantesca hubiera arrancado de cuajo la ciudad de Arborlon de la tierra.

Ellenroh Elessedil estaba sola, de pie junto a lo que había sido el foso y ahora era el borde del cráter, apoyada pesadamente en el Ruhk, desprovista de su energía. Sobre ella, la Loden era un prisma de fuego multicolor. La reina se sacudió, intentó andar pero le fallaron las piernas, se tambaleó y cayó de rodillas. Triss corrió hacia ella, la cogió en brazos como si se tratara de una niña y regresó. Fue entonces cuando Wren advirtió que la magia que había protegido la Quilla también se había evaporado, cumpliéndose las previsiones de su abuela. El cielo estaba cubierto de una niebla cenicienta, y la aurora había quedado reducida a un tétrico resplandor que apenas lograba penetrar en las tinieblas nocturnas. Wren respiró profundamente y descubrió que el aire volvía a estar impregnado de olor a azufre. Todo cuanto había estado bajo la absoluta protección de Arborlon se había desvanecido.

El silencio del momento anterior dio paso a una cacofonía de aullidos y alaridos de los demonios, que habían comprendido lo sucedido. De todas partes llegaban sonidos de cuerpos que trepaban por las murallas y de garras que escarbaban.

Triss ya había llegado, sosteniendo a la reina y también el báculo Ruhk.

–¡Adentro todos, rápido! –gritó el Búho, corriendo hacia el túnel.

Los demás componentes del pequeño grupo encargado de salvar a Arborlon y a sus habitantes lo siguieron y traspasaron la puerta abierta, quedando sumidos en la oscuridad.

14

En un mundo de luces y sombras, de vacíos nebulosos en los que la verdad sólo era un vislumbre de incongruencia, de vida despojada de sustancia y transmutada en vaporosas transparencias, Walker Boh se encontró cara a cara con lo imposible.

–He estado esperando mucho tiempo tu llegada, Walker –dijo el fantasma que tenía ante sí.

Era Cogline (que había muerto hacía varias semanas en la Chimenea de Piedra, asesinado por los Espectros comandados por Rimmer Dall) y estaba acompañado de Rumor. Walker había presenciado la terrible lucha, estando él mismo a punto de morir a causa del veneno inyectado por el Áspid en su brazo, postrado e indefenso en su dormitorio mientras el anciano y el gato del páramo libraban su último combate. Lo había visto todo: el ataque final de los monstruos creados por la magia negra, el fuego de la magia del anciano refulgiendo en represalia y la explosión que había consumido a todos los que se encontraban en su radio de acción. Cogline y Rumor habían desaparecido junto a varias docenas de sus atacantes, Nadie había logrado sobrevivir excepto Rimmer Dall y unos cuantos espectros que salieron despedidos por la onda expansiva de la explosión.

Sin embargo, Cogline y el gran gato de páramo estaban allí. No sabía cómo, pero habían encontrado la manera de llegar a Paranor. Sombras surgidas de la muerte.

Pero Walker Boh los encontraba tan reales como él era, un reflejo de sí mismo en aquel mundo crepuscular donde lo había trasladado la piedra élfica negra. Parecían espectros, pero, en contra de toda lógica, estaban vivos. Walker se sentía abrumado por tantas contradicciones. Sentía un nudo en la garganta que le impedía hablar. ¿Quién estaba vivo y quién no?

–Walker. –El anciano pronunció su nombre, y el sonido de esa palabra lo sacó del abismo en que estaba sumido.

Cogline se aproximó, con lentitud y cautela, consciente al parecer del miedo y la confusión que su presencia había provocado en su discípulo. Le habló en voz baja a Rumor, y el gato del páramo se sentó obedientemente sobre las patas traseras, fijando con interés sus luminosos ojos en Walker. El cuerpo de Cogline seguía siendo tan frágil y huesudo como siempre bajo los pliegues de sus raídas vestiduras, y la grisácea y neblinosa luz lo atravesaba en finos rayos. Walker se sobrecogió cuando el anciano alargó las manos para tocarle el hombro. Los esqueléticos dedos bajaron hasta cogerlo del brazo.

–Estoy vivo, Walker. Y Rumor también. Ambos estamos vivos –dijo el anciano, agarrándolo con cariño y firmeza–. Nos ha salvado la magia.

Walker Boh permaneció callado, mirando a los ojos a su interlocutor sin comprender, intentando encontrar algún fundamento lógico a sus palabras. ¿Vivos? ¿Cómo era posible? Por fin, ante la necesidad de dar una respuesta, de sobreponerse al miedo y a la confusión, hizo un gesto de asentimiento.

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí? –preguntó con voz vacilante.

–Ven a sentarte conmigo –respondió Cogline.

Lo llevó hasta un banco de piedra adosado a la pared, los dos con un extraño centelleo que los destacaba de las sombras, los dos envueltos en niebla y fulgor. Los sonidos estaban amortiguados dentro del Alcázar, como si algún huésped indeseado obligara a sus ocupantes a moverse con sigilo para no llamar su atención. Walker miró a su alrededor, incrédulo aún, escudriñando el laberinto de senderos que se perdían atrás y adelante, captando fugaces imágenes de murallas, almenas y torres de piedra que se elevaban a su alrededor, tan vacías de vida como las tumbas hundidas en la tierra. Se sentó

junto al anciano y, cuando lo hizo, sintió el contacto de Rumor, que se frotaba contra él.

–¿Qué nos ha sucedido? –preguntó, recobrando parte de su firmeza y determinación en un intento de descubrir la verdad y sobreponerse a la incertidumbre–. Mira qué aspecto tenemos. Parecemos fantasmas.

–Estamos en un universo de existencia intermedia, Walker –respondió Cogline con voz serena–, situado en algún lugar intermedio entre el mundo de los hombres mortales y el de los muertos. Paranor reposa allí ahora, rescatado de la nada por la magia de la piedra élfica negra. La encontraste, ¿no es así? La recuperaste de donde estuviera escondida y la has traído. La has utilizado, como sabías que debías hacer, y has llegado hasta nosotros.

»Espera, no respondas todavía –prosiguió el anciano, cortando el intento de Walker de hablar–. Me he adelantado a lo que quería decir. Primero debes saber exactamente qué me sucedió. Después hablaremos de ti. Rumor y yo hemos vivido nuestra propia aventura la cual nos ha traído hasta aquí.

»Hace algunas semanas, cuando hablé con el espíritu de Allanon, me advirtió que mi tiempo en el mundo de los mortales estaba a punto de expirar, y que la muerte iría a buscarme cuando volviera a ver la cara de Rimmer Dall. Cuando eso sucediera, debía coger la *Historia de los Druidas* y no soltarla. Eso fue todo lo que se me dijo. Cuando el primer investigador y sus Espectros llegaron a la Chimenea de Piedra, recordé las palabras de Allanon. Logré entretenerlos el tiempo suficiente para sacar el libro de su escondrijo. Lo aferré contra mi pecho en el porche de la casita, y Rumor retrocedió apretándose contra mí mientras los Espectros intentaban desgarrarme.

»Tú creíste que era mi magia la que me envolvía, pero no era así. Cuando me acosaron los Espectros, acudió en mi defensa la magia contenida en la *Historia de los druidas.* Liberó un fuego blanco que consumió cuanto lo rodeaba, destruyendo todo lo que no formaba parte de mí, excepto a Rumor, que intentaba protegerme. No nos causó ningún daño, sino que nos sacó de allí en un abrir y cerrar de ojos. Perdimos el conocimiento, cayendo en un profundo sopor que nunca antes había conocido. Cuando nos despertamos, estábamos en Paranor, dentro del Alcázar de los Druidas.

»No puedo saber con certeza lo que sucedió mientras la magia actuaba –prosiguió inclinándose hacia Walker–, pero puedo imaginarlo. Los druidas nunca dejarían desprotegida su obra. No permitirían que ninguna de sus creaciones fuese utilizada sin el debido derecho y el motivo justificado. Eso sucedía, estoy seguro, con sus *Historias*. La magia que las protegía era tal, que cualquier amenaza provocaba su retorno a la cripta del Alcázar que las había albergado durante tantos años. Eso fue lo que sucedió a la *Historia* que yo sujetaba. He buscado en la cripta y he encontrado la *Historia* entre las demás, sin el menor daño. Allanon debía de saber que sucedería así, y que quien sujetara la *Historia* también sería llevado... de vuelta a Paranor, al santuario de los druidas, pero no al mundo de los mortales.

–Porque el Alcázar fue enviado a algún otro lugar hace trescientos años –repuso Walker, empezando a comprender.

–Sí, Walker, porque el Alcázar había sido extraído de las Cuatro Tierras por Allanon, y permanecería fuera de ellas hasta que los druidas lo hicieran volver. Así que el libro fue devuelto, y Rumor y yo transportados con él. –Hizo una breve pausa–. Parece que los druidas aún me necesitan.

–¿Te tienen aquí prisionero? –preguntó Walker.

–Eso me temo –respondió el anciano, esbozando una tensa sonrisa–. Carezco de la magia necesaria para liberarnos. Ahora formamos parte de Paranor, como las *Historias.* Aunque estamos sanos y salvos, no somos más que fantasmas en un castillo fantasmal, atrapados en algún momento y lugar crepuscular hasta que una magia más poderosa que la mía nos libere. Y ésa es la razón de que haya estado esperándote. –Sus huesudos dedos

apretaron el brazo de Walker–. Dime. ¿Has traído la piedra élfica negra? ¿Puedes enseñármela?

Walker Boh recordó de pronto que todavía conservaba la piedra, un talismán que apretaba en su mano con tal fuerza que sus aristas se clavaban en la palma. Tendió la mano vacilante, y sus dedos se abrieron de uno en uno. Estaba receloso, asustado ante la posibilidad de que la magia lo arrollara. La piedra élfica negra destelló opacamente en el cuenco de su mano, pero la magia permanecía dormida, la no-luz estaba ausente.

Cogline contempló la piedra en silencio durante largo rato, reflejándose la duda y la admiración en su enjuto y arrugado rostro.

–¿Cómo la encontraste, Walker? –preguntó el anciano, levantando la mirada–. ¿Qué ocurrió después de que Rumor y yo desapareciéramos?

Walker le habló entonces de la llegada de Despertar, la hija del rey del Río Plateado, y de cómo le había curado el brazo. Le contó todo lo que había sucedido en el viaje a Eldwist, la lucha de Despertar y sus compañeros para sobrevivir en aquella región de piedra, la búsqueda de Uhl Belk, los encuentros con el Rastrillo y Fauces Ávidas, y la destrucción final de la ciudad y de quienes la preservaban.

–Llegué aquí solo –concluyó Walker con la mirada perdida mientras revivía las penalidades pasadas–. Yo sabía lo que se esperaba de mí. Acepté ser el depositario de la confianza de Allanon como antes lo había sido Brin Ohmsford. –Miró a su alrededor–. Tú siempre me has dicho que tenía que aceptar para comprender, y creo que he seguido tu consejo. También he realizado la misión que me encomendó Allanon. He utilizado la piedra élfica negra para restablecer el Alcázar de los Druidas. Pero mírame, Cogline, parezco un fantasma, igual que tú. Si la magia ha logrado su propósito, ¿por qué...?

–Piensa, Walker –lo interrumpió el anciano con una pesarosa mirada en sus cansados ojos–. ¿Qué fue lo que te encargó Allanon? Repítemelo.

–Que restaurara Paranor y propiciara el regreso de los druidas –respondió Walker dando un suspiro, reflejando una profunda turbación en su pálido rostro.

–Sí, Paranor y los druidas... ¿Comprendes qué significa?

–Sí, Cogline –respondió Walker entre dientes, frunciendo el entrecejo con frustración y rechazo–. Debo convertirme en druida si Paranor es restaurado. Y lo he aceptado, aunque será como yo desee y no como pretende el espíritu de alguien que murió hace trescientos años. –Hablaba con furia y precipitación–. No estoy dispuesto a ser como eran ellos, aquellos viejos que...

–¡Walker! –exclamó Cogline, con un enojo tan intenso como el suyo, y eso lo aplacó–. Escúchame. No proclames lo que vas a hacer ni cómo lo harás hasta que hayas comprendido lo que se te pide. No se trata sólo de aceptar un encargo y cumplirlo. Nunca se ha tratado de eso. La aceptación de lo que eres y de lo que debes hacer es el primero de los numerosos pasos que has de dar. Sí, has recuperado la piedra élfica negra y has invocado su magia. Sí, también has conseguido entrar en el desaparecido Paranor. Pero eso sólo es el principio de lo que es preciso.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué más hay? –preguntó Walker, sin poder salir de su asombro.

–Mucho, me temo –respondió el anciano, esbozando una melancólica sonrisa en sus arrugadas facciones, que parecían talladas en madera resquebrajada por el tiempo–. Has llegado a Paranor de una manera muy parecida a como hemos llegado Rumor y yo. Te ha traído la magia. Pero la magia sólo concede la entrada en sus propios términos. Estamos aquí con su consentimiento, conservamos la vida bajo las condiciones que ella dicta. Ya has podido darte cuenta del aspecto que tienes: casi el de un fantasma, sin las suficientes materia y vida para ser como el resto de los humanos. Eso debería indicarte algo, Walker. Mira a tu alrededor. Paranor tiene la misma apariencia... Está y no está aquí; sus formas

son ambiguas, y a su vida le falta plenitud.

»¿Lo ves? –prosiguió el anciano, tensando los músculos de su fina boca–. Ni Rumor, ni tú, ni yo, ni Paranor, hemos retornado todavía al mundo de los humanos. Nuestra existencia se desarrolla en una especie de limbo, en algún lugar intermedio entre el ser y el no ser, y permanecemos a la espera. Estamos esperando, Walker, a que la magia nos restaure por completo. Porque aún no lo ha hecho, a pesar de que hayas utilizado la piedra élfica negra y de tu entrada en el Alcázar. Porque la magia no ha sido aún dominada.

Se inclinó y cerró los dedos de Walker sobre la piedra élfica negra. Después se apoyó en el respaldo del asiento, lentamente, destacándose en las sombras como un frágil manojo de ramas secas.

–Para que Paranor sea devuelto al mundo de los hombres es necesario que regresen los druidas. Mejor dicho, un druida. Tú, Walker. Pero la aceptación de lo que eso significa no basta para convertirte en druida. Has de hacer algo más para que la magia llegue a ser tuya, para que llegue a pertenecerte. Debes llegar a ser lo que se te ha encargado que seas. Debes transformarte.

–¿Transformarme? –Walker estaba aterrorizado–. ¡Me parece que ya lo he hecho! ¿Qué nueva transformación se requiere? ¿Debo desaparecer por completo? No, no me contestes. Concédeme un momento para que intente averiguarlo por mi cuenta. He aceptado el encargo de Allanon, he tomado posesión de la piedra élfica negra... ¡y todavía he de hacer más cosas para que esto sirva a algún propósito! ¿Transformarme, dices? ¿Cómo?

–Lo ignoro –respondió Cogline, haciendo un gesto negativo–. Sólo sé que si no lo haces, no te convertirás en druida ni Paranor volverá al mundo de los hombres.

–¿Me quedaré atrapado aquí si fracaso en mi intento? –inquirió Walker, sin poder contener su furia.

–No. Puedes marcharte cuando lo desees. La piedra élfica negra puede sacarte de aquí.

Se produjo un angustioso silencio mientras se miraban. Eran como dos vagas sombras sentadas en el banco de piedra bajo las murallas del castillo.

–¿Y tú? –preguntó Walker al fin–. ¿Y Rumor? ¿Podréis venir conmigo?

–Hemos conseguido conservar la vida a cambio de un precio, Walker –respondió Cogline, esbozando una débil sonrisa–. Estamos ligados de forma irrevocable a la magia de las *Historias de los druidas.* Debemos permanecer junto a ellas. Si no son devueltas al mundo de los hombres, tampoco nosotros podremos volver a él.

–Fantasmas –dijo Walker, pronunciando esta palabra como si fuera una maldición, y sintió sobre sí el peso de las piedras de Paranor–. Por tanto, puedo obtener mi propia libertad, pero no la vuestra. Yo puedo marcharme, pero vosotros tenéis que quedaros aquí. –Esbozó una dura e irónica sonrisa–. No podría abandonaros, porque vosotros habéis entregado vuestras vidas para salvar la mía. Eso lo sabéis, ¿verdad? Lo sabíais desde el principio y, por supuesto, también lo sabía Allanon. Estoy atrapado por todos los lados, ¿no es así? Puedo presumir de lo que seré y de lo que haré, pudo alardear de controlar mi propio destino, pero mis palabras carecen de valor.

–Walker, no hay nada que te ate a nosotros –respondió Cogline–. Rumor y yo luchamos para salvarte de forma desinteresada, sin esperar nada a cambio.

–Cogline, sé sincero; luchasteis porque era necesario para que yo pudiera cumplir el encargo de Allanon. No cabe duda de que os debo la vida. Y si ahora me niego a cumplir esa misión, o si fracaso en su cumplimiento, ¡todo lo sucedido sería inútil! –Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su voz, que amenazaba con convertirse en grito–. ¡Mirad lo que ha sido de mí!

–¿En realidad, tan mala es tu situación, Walker? ¿Tan mal te han tratado? –respondió

Cogline con voz serena, tras guardar un breve silencio.

–¿Es que no puedo opinar sobre mi propio futuro? –inquirió Walker, fulminando al anciano con la mirada–. ¿He de resignarme a que se me destine a ser algo que detesto? ¿Que se me obligue a obrar de una forma que rechazo? Anciano, me asombras.

–Pero no lo bastante para provocar tu respuesta...

–Las respuestas carecen de importancia –contestó Walker, haciendo un gesto de desdén–. Cualquier respuesta que yo pudiera dar sólo serviría para atormentarme después. Me siento traicionado por mis propios pensamientos en este asunto. Es preferible tratar con lo que hay que con lo que puede haber, ¿no es así? –Dio un suspiro, sintiendo por primera vez que el frío de la piedra lo invadía. –Estoy tan atrapado en el castillo como vosotros.

–Entonces, escapa –le dijo Cogline, que se había apoyado en la muralla del Alcázar, dando la momentánea impresión de que iba a desaparecer en ella–. Pero no huyendo de tu destino, sino abrazándolo. Desde el principio has insistido en que no estabas dispuesto a dejarte manipular por los druidas. ¿Crees que mis sentimientos son diferentes? Ambos somos víctimas de unas circunstancias que datan de hace trescientos años, y ninguno lo seríamos si hubiéramos tenido otra opción. Pero no la hemos tenido. Sin embargo, de nada sirve que nos lamentemos de nuestro destino. Por tanto, Walker, haz algo que cambie las cosas en tu beneficio. Acepta tu destino, transfórmate en lo que debes, y después actúa de la manera que te parezca mejor.

–Así que he de transformarme, ¿eh? –inquirió Walker, esbozando una irónica sonrisa–. ¿Cómo lo hago, Cogline? Aún no me lo has dicho.

–Lo primero que debes hacer es leer las *Historias de los druidas.* Se dice que contienen todos los secretos de la magia. –El anciano lo agarró del brazo impulsivamente–. Sube al Alcázar y saca las *Historias* de su cripta, de una en una, y descubre sus enseñanzas. Podrás encontrar en ellas las respuestas que necesitas, o al menos te servirán como punto de partida.

–Sí –admitió Walker, reflexionando en su interior la posibilidad de que Cogline tuviera razón al afirmar que pudiera alcanzar sus objetivos trocando su destino en provecho propio en lugar de rechazarlo–. Sí, pueden ser un punto de partida.

–Lamento lo que te ha sucedido –se disculpó Walker, poniéndose de pie, y Cogline lo imitó. Después miró al anciano durante un breve instante, y puso sobre sus hombros con afecto el brazo sano–. Repito lo que te dije en la Chimenea de Piedra antes de que llegara Rimmer Dall: que estaba equivocado al responsabilizarte de lo sucedido, y que te agradezco todo lo que has hecho por mí. Encontraremos la forma de liberarnos, Cogline. Te lo prometo.

Retrocedió un paso, y Cogline le respondió esbozando una sonrisa que fue un momentáneo rayo de Sol que rompió la nebulosa penumbra.

Así pues, Walker entró en la Alcázar precedido por Cogline y Rumor; tres espectros deambulando en un mundo crepuscular. El Alcázar de los Druidas, oscuro y lúgubre, rielaba como una imagen reflejada en las aguas de un estanque sobre el que se proyectaban sombras. La piedra de las paredes, del suelo y de las torres estaba fría y desprovista de vida, y los corredores serpeaban como túneles bajo la tierra, negros y húmedos. Había huesos esparcidos en los salones alfombrados y con las paredes revestidas de tapices: los restos de los gnomos que encontraron la muerte en el momento en que Allanon invocó la magia que sacó el Alcázar de las Cuatro Tierras hacía trescientos años. Montones de polvo indicaban el fin de los Espectros Corrosivos que habían quedado atrapados, y todo lo que quedaba de lo que habían sido era un remoto recuerdo encerrado entre aquellos muros.

Había pasillos en todas direcciones, escaleras rectas y curvadas, un laberinto enterrado en la roca. El silencio era penetrante, denso y profundo como la hojarasca del

bosque a finales de otoño, inexorable y enraizado en las paredes del castillo. Ellos no lo desafiaron, no hablaron mientras pasaban a través de su cortina, atentos a lo que había más allá, en el camino que seguían y el que los esperaba. Había puertas y cámaras vacías por doquier, desoladas e inhóspitas en su penumbra. Las ventanas se abrían a un mundo gris, una peculiar neblina que cubría todo lo que circundaba al Alcázar, aislándola. Walker intentó descubrir algún vestigio del bosque que cercaba la colina yerma sobre la que se asentaba Paranor, pero los árboles habían desaparecido; o quizás él no los viese porque había quedado reducido a la nada al salir de las Cuatro Tierras. Las alfombras, los tapices y los cuadros habían perdido todo su color, e incluso hasta la piedra y el cielo. Sólo quedaba la penumbra, una especie de vacío gris y muerto.

Sin embargo, había algo más. Era la magia que aislaba Paranor. Estaba presente a cada paso, invisible pero perceptible en una especie de remolino de bruma verdosa. Flotaba en las sombras y en los límites de su visión, perversa y segura, susurrando palabras de muerte. No podía tocarlos porque estaban protegidos por otra magia y formaban un todo con el Alcázar, pero los vigilaba, atormentaba, provocaba y amenazaba. Podía asustarlos insinuando lo que les sucedería cuando su magia los abandonara y quedaran desprotegidos.

Era extraño que la presencia de la magia fuera tan obvia; Walker Boh la percibió enseguida. Era como si la magia fuese un ser vivo, un perro guardián que tenía encomendada la misión de rondar por el Alcázar para descubrir a los intrusos y acabar con ellos. Su presencia le recordó al Rastrillo de Eldwist, un Escalador que recorría los dominios de su amo para acabar con cualquier vestigio de vida. La magia carecía de la corporeidad del Rastrillo, pero producía la misma sensación. Walker la presentía como un enemigo al que tarde o temprano tendría que enfrentarse.

Ya en la biblioteca de los druidas pasaron a la cripta que estaba oculta tras las estanterías. Allí, en una oquedad que se abría en los muros del Alcázar, encontraron las *Historias,* voluminosos libros encuadernados en cuero y dispuestos en hileras. La magia, que en otro tiempo los había ocultado a los ojos mortales, se había debilitado cuando el Alcázar desapareció del mundo de los hombres. Walker miró los volúmenes durante un rato, pensando por cuál decidirse; por fin cogió uno al azar, se sentó y empezó a leer. Cogline y Rumor se quedaron con él, quietos y en silencio. El tiempo pasaba, pero la luz no sufrió variación alguna. En Paranor no había días ni noches. No existían el pasado ni el futuro, sólo el aquí y ahora.

Walker, absorto en la lectura, perdió la noción del tiempo. No sentía fatiga ni sueño, ni tenía hambre ni sed. Cogline le había dicho en cierta ocasión que en el mundo al que Paranor había sido enviado las necesidades de los mortales estaban ausentes. Walker y sus acompañantes eran ahora fantasmas, sin dejar de ser dos hombres y un gato del páramo. No formuló ninguna pregunta, porque no era necesario.

Leyó durante varias horas, tal vez durante varios días o quizá durante varias semanas; nunca llegó a saberlo. Al principio leía sin comprender, limitándose a dejar que las palabras fluyeran ante sus ojos. El texto estaba alejado y desconectado de la vida que él había conocido antes de que Allanon le enviara los sueños. Trataba sobre los druidas y sus estudios, sobre el mundo que habían intentado construir tras el cataclismo de las Grandes Guerras, del Primer Consejo de Paranor y la reunión de las Razas después del holocausto. ¿Qué consecuencias debía extraer de todo aquello?, se preguntó. ¿Qué repercusión podría tener en la actualidad?

Terminó un libro, cogió otro y luego otro, avanzando con seguridad a través de los volúmenes, buscando lo que necesitaba saber. Había explicaciones sobre hechizos y conjuros, sobre ensalmos destinados a prestar pequeñas ayudas, sobre el arte de curar mediante el tacto y el pensamiento, sobre métodos para auxiliar a las criaturas vivientes y devolver a la tierra su fertilidad. Pero nada de lo que había leído hasta entonces resolvió su

problema. ¿Cómo podía transformarse de lo que era en lo que debía ser? ¿Dónde se explicaba el procedimiento? Pasaba las páginas, las palabras se sucedían y las respuestas seguían ocultas.

No terminó la lectura de una sola sentada, a pesar de que estaba libre de sus necesidades naturales y no dormía, ni comía, ni bebía. Salía a pasear de vez en cuando para pensar en otras cosas y permitir que su mente asimilara lo que había leído en las *Historias.* En unas ocasiones Cogline lo seguía como una sombra, y en otras lo acompañaba Rumor. Parecía como si hubiesen regresado a la Chimenea de Piedra, recorriendo sus senderos y disfrutando de su mutua compañía. Pero la Chimenea de Piedra había desaparecido, destruida por los Espectros, Paranor estaba privado de luz y de vida, y ningún deseo podía cambiar los acontecimientos pasados. No es posible retroceder, se dijo Walker en más de una ocasión. Todo estaba perdido.

Después de cierto tiempo empezó a desesperarse. Casi había terminado de leer las *Historias de los druidas* y no había conseguido descubrir nada. Sabía todo lo referente a los druidas, sus enseñanzas y sus creencias, su modo de vida y los fines que perseguían, pero nada sobre cómo adquirían sus habilidades. No se indicaba de dónde procedía Allanon, ni cómo había aprendido a convertirse en druida o quién se lo había enseñado, ni cuál era la naturaleza de sus enseñanzas. Los libros carecían de la más mínima referencia al conjuro que había aislado al Alcázar y a lo que se necesitaba para invertir el hechizo.

–No logro descubrirlo, Cogline –confesó Walker Boh al anciano, con todas sus esperanzas perdidas, mientras el último volumen yacía abierto en su regazo–. Lo he leído todo y de nada me ha servido. ¿Es posible que falte algún tomo? ¿Hay alguna otra cosa que pueda intentar?

Cogline hizo un gesto negativo. Las respuestas, si se habían recogido por escrito, tenían que estar allí. No había más libros ni otras fuentes de información. Todo el saber estaba recogido en las *Historias.* Allí empezaba y terminaba toda la ciencia de los druidas.

Walker salió de la biblioteca y paseó solo durante un rato, recorriendo las dependencias del castillo, sintiéndose traicionado y burlado por el capricho y la vanidad de los druidas. Pensó con amargura en lo que le habían hecho por ser quien era, en todo lo que había tenido que soportar. Su hogar había sido destruido. Había perdido un brazo y había estado a punto de morir. Había sido engañado y embaucado en varias ocasiones. Le habían hecho sentirse responsable del destino del mundo. Por un momento se sintió invadido por la autocompasión, pero después su boca se tensó dibujando un rictus. ¡Basta!, se dijo a sí mismo. ¿Acaso no estás vivo? Otros no habían sido tan afortunados. Todavía estaba obsesionado por el rostro de Despertar; no podía olvidar su expresión cuando la dejó caer. *Recuérdame,* le había pedido a Morgan Leah, pero dirigiéndose también a él. *Recuérdame...* ¡Cómo si alguien que la hubiese conocido pudiera olvidarla...!

Ensimismado, dobló por un corredor que llevaba al centro del *Alcázar* y a la boca del oscuro pozo donde se había originado la magia que recluyó a Paranor. Su mente aún estaba ocupada por Despertar, y revivió una vez más la visión del destino que le esperaba ofrecida por el Oráculo Siniestro. Se sintió invadido por una gran amargura. La visión se había cumplido. Las visiones del Oráculo Siniestro siempre se cumplían. Primero había perdido el brazo, luego a Despertar, luego...

Se detuvo de repente en el centro del oscuro corredor, petrificado por el sobresalto, con la mirada perdida en el vacío. *Lo había olvidado. Había una tercera visión.* Respiró profundamente, reproduciendo en su mente esa visión. Se encontraba en el interior de un castillo vacío y sin vida, y sobre él se cernía una muerte ineludible, persiguiéndolo sin descanso...

Expulsó bruscamente el aire de sus pulmones. *¿Era aquél el castillo?* Cerró los ojos, intentado recordar. Sí, podía ser Paranor.

Sintió que se le aceleraba el pulso. En la visión se sentía impulsado a correr, pero no podía. Estaba paralizado mientras la muerte se acercaba. Una figura vestida de negro surgía a sus espaldas, reteniéndolo con rapidez e impidiéndole huir.

Allanon.

Sintió que el silencio se volvía más opresivo. ¿Qué significaba aquella tercera visión? ¿Cuándo se suponía que había de cumplirse? ¿Tendría lugar allí?

De repente lo supo, y la certeza lo golpeó con fuerza, pero no cabía la menor duda. La visión se cumpliría igual que las demás, y los hechos tendrían lugar allí mismo. Paranor era el castillo, y la muerte que lo acechaba era la tenebrosa magia invocada para sellar el Alcázar de los Druidas. Allanon estaba detrás de él, sujetándolo; no físicamente, sino de una forma mucho más eficaz.

Pero había más, algunas cosas que aún no había adivinado. No estaba establecido que muriese. Ése era el obvio significado de la visión del Oráculo Siniestro, lo que el Oráculo quería que Walker creyera. Las visiones eran siempre ambiguas. Las imágenes eran reveladas con habilidad, prestándose a más de una interpretación. Era preciso encajarlas como las piezas de un rompecabezas para descubrir su contenido.

Walker dejó errar la mirada por las oscuras y acechantes sombras que lo invadían todo. ¿Sería capaz de encontrar la manera de utilizar el ingenio del Oráculo Siniestro en provecho propio? ¿Lograría descifrar en esta ocasión la predicción del vengativo espíritu, adelantándose a su cumplimiento? Si conseguía descifrarla ¿le daría la clave para comprender su destino dentro del Alcázar de los Druidas?

Sintió que en su interior empezó a brotar un fuego, una ardiente determinación. Aún no tenía las respuestas que necesitaba, pero contaba con algo que tenía el mismo valor. Disponía del medio para descubrirlas.

Retrocedió con el pensamiento al momento de su entrada en Paranor y a su encuentro con Cogline y Rumor. Las piezas que faltaban estaban allí, en alguna parte. Releyó las *Historias de los druidas,* viendo de nuevo las palabras en sus páginas, sintiendo de nuevo el peso de los libros, la textura de las encuadernaciones. Sin duda, allí había algo que había pasado por alto. Cerró los ojos, visualizando su propia imagen, reproduciendo todo lo ocurrido en relación consigo mismo. Mientras realizaba esta revisión mental, permanecía inmóvil en aquel pasillo solitario, envuelto en sombras y silencio, sintiendo que su confusión empezaba a ceder, percibiendo susurros nuevos y acogedores. Buceó en su interior, sondeando los recovecos de su mente donde se ocultaban los secretos más recónditos. Su magia salió a recibirlo. Se dijo que podía ver cualquier cosa si indagaba con tesón y paciencia. Se sumergió en la parte más tranquila de su ser, permitiendo que todo se disolviera.

¿Qué había pasado por alto?

Cualquiera que tenga razón y derecho, la usará para su debida finalidad.

Sus ojos se abrieron de repente. Su mano se levantó muy despacio, palpando. Sus dedos encontraron lo que buscaban, cuidadosamente guardado entre sus ropas, y se cerraron a su alrededor.

La piedra élfica negra.

Se alejó deprisa de allí, asiendo el talismán con fuerza. Su mente rebosaba nuevas posibilidades.